



UNA FEA ESPLENDOROSA

Eva Benavidez

SERIE "HERMANDAD DE LAS FEAS"

Una fea esplendorosa

Eva Benavidez

Título: *Una fea esplendorosa*

© Eva Benavidez, 2020

© Diseño de portada: Dayah Araujo

ISBN: 978620852376

Primera edición

Argentina, 2020

Todos los derechos reservados.

Es propiedad del escritor. No puede ser reproducido en su totalidad, ni parcial o transmitido por ningún medio electrónico, mecánico, de grabación, fotocopia, microfilmación o en cualquier forma sin el consentimiento del autor.

Dedicado a todos aquellos que, a pesar de las dificultades, luchan por lo que quieren contra viento y marea.

Sinopsis

Como hijo segundo de un laird escocés, Alexander MacFire vive sus días rodeado de diversión, placeres y naturaleza... hasta que su vida toma un giro inesperado cuando una carta proveniente de la hermana Inglaterra llega a su clan.

Tres años después, con sus modales y descaro camuflados tras ropa elegante y a la medida, el nuevo duque de Fisherton intenta, sin mucho éxito, encajar en la estirada nobleza inglesa. Además de ir de juerga con sus nuevas amistades, Alex está empeñado en hacer sentir orgullosos a sus difuntos padres. Para eso debe cumplir con su primera obligación como par del reino: asegurar su legado. Sin embargo, no está dispuesto a escoger una esposa de entre las remilgadas debutantes, a menos que la candidata sea la única dama que no se espanta ante su tamaño y salvajismo, quien logra encender en él un fuego inaplacable.

Pertenecer al grupo de las “demasiado feas” supone más de un problema para Brianna Colleman, que solo ha mirado desde su asiento de florero las temporadas pasar.

Cuando una mala inversión de su padre los deja prácticamente en la ruina, Brianna se convierte en la esperanza para su familia. Aunque ella no cree que ningún caballero pase por alto su poco atractivo físico, sus evidentes defectos, su procedencia apenas aristocrática y su carencia de dote, el barón está decidido a encontrarle un buen esposo, además de rico. No es que su corazón le pertenezca a alguien, podría decir que ningún joven llama su atención. Hasta que un día se topa en su camino un highlander perdido en la ciudad. Él es el hombre más pecaminosamente atractivo que jamás vio y, cómo no, el candidato imposible.

Él, intrépido; ella, recatada.

Él, escocés; ella, inglesa.

Él, un duque; ella, casi una plebeya.

Él, más que hermoso; ella, demasiado fea.

Él, cazador; ella, la presa.

En una sociedad repleta de protocolos, a veces se debe transgredir algunas reglas. Libertad no es hacer lo que se desea, sino hacer por amor hasta lo que no se espera.

Prefacio

Solo el destino puede dictaminar quién llegará a ostentar el status indiscutible de dama perfecta.

—Requisitos para ser una dama perfecta.

*Highlands, Escocia
Drummond, 1792
23 años antes...*

La brisa soplaba fuerte, hacía volar el cabello suelto que rozaba los hombros del pequeño rubio de ocho años. Sentía la risa de los demás niños llegando como un eco desde algún punto del bosque en donde se jugaba. Por ser el más grande, reclamó el privilegio de ser quien se escondiera del resto.

Casi alcanzaba su lugar secreto, ese en donde solía pasar largas horas y vivir más de una aventura, cuando el sonido de un objeto que pasó veloz cerca de su oreja derecha le hizo tirarse de cabeza al suelo. Sus ojos se abrieron al constatar que se trataba de una flecha, entonces los gritos y estruendos proveniente del castillo comenzaron a resonar a su alrededor.

Sin perder tiempo, se puso en pie y comenzó a correr en zigzag, esquivó flechas, saltó ramas y troncos caídos. El sentido de supervivencia le hizo tomar una velocidad vertiginosa; el terror por no lograr llegar a tiempo le dieron una resistencia sobrenatural.

Cuando avistó al grupo de niños que atemorizados intentaban regresar por el camino hacia el patio exterior de la fortaleza, su corazón se paralizó.

—¡Keith! —gritó a todo pulmón, llamó la atención del pequeño que intentaba huir de los hombres a caballo que se aproximaban por la colina, cargaban en sus brazos a una pequeña rubia.

El niño se giró hacia él y corrió en su dirección, se separó del resto que escapaba de los hombres armados en todas direcciones. Al llegar a su altura, la niña se lanzó a sus brazos. Él la apretó contra sí, sintió su pequeño cuerpo temblar y su fuerte llanto. Desesperado, se aferró el brazo de la joven y juntos se alejaron hacia un lateral del muro exterior, en donde sabía que había una puerta disimulada tras el follaje.

En cuestión de minutos ingresaron al interior del castillo, utilizaron los pasillos ocultos que contenían las paredes de piedra. Por el camino no cesaron de oír los llantos, gritos y escarceo que denotaban que el lugar estaba siendo atacado.

El llanto de alivio de la mujer que los recibió fue acompañado de un sentido abrazo y besos regados. Él la observó y sintió paz al ver que se encontraba intacta.

—Mis niños... Mis pequeños... Mis niños... —repetía ella mientras los apretaba entre sí.

La puerta de madera se abrió, por ella apareció una dama de compañía y doncella que cerró con presteza el ya maltratado portón, no tardó en pasar la traba interior con nerviosismo.

La otra mujer se separó un poco de ellos para mirar interrogante a la sirvienta que negó con la cabeza.

Entonces la joven mujer, de cabello largo y rubio, los observó con un gesto indescifrable. Con lentitud se agachó para acariciar la cara de la niña que era una réplica en miniatura de ella y tras besarla, abrió su mano y depositó un broche en ella. Luego se inclinó frente al pequeño de cabello castaño que se aferró a ella, lloroso, y tras dejar un beso en su cabeza, le puso una larga cadena de plata en el cuello.

Por último, se acercó al niño rubio, que intentaba con ahínco reprimir sus lágrimas. También besó su frente. Al tiempo que una lágrima descendía por su mejilla, le dijo:

—*Ma wee diuc*^[1], tu destino está muy lejos de aquí. Algún día lo entenderás —susurró, colocó en su palma un anillo muy grande que resaltaba por la enorme piedra de rubí—. Cuando llegue el momento, no reniegues de tu misión, naciste para ser importante, para devolver el honor a los tuyos, pero nunca olvides las raíces de tu padre y el aroma de tu tierra.

Dicho esto, abrió un viejo baúl que estaba oculto en el pasaje, tomó una extensa y pesada tela de rayas azules, celestes y blancas; tras cortarla en cuatro partes, envolvió a cada uno con ella.

Ellos se conmocionaron al ver los colores de su clan y aquel tartán que después de la batalla perdida de Culloden hacía ya cuarenta años, fue prohibido su uso. En ese momento, la puerta fue aporreada con violencia, los atemorizó.

—Llévatelos, Agatha —murmuró lady Amanda Becher, esposa del laird Lanchal MacFire, llorando. Mientras la doncella tiraba de ellos hacia el pasaje, ella tomó el brazo del niño rubio y al entregarle el pedazo sobrante de tela, le encomendó—: Cuando veas a Connor, entrégale esto. Hasta entonces, tú eres el mayor, Alexander. —La piedra del pasaje se cerraba cuando ella con una sonrisa de tristeza y ternura les dijo—: *Bluid fae ma bluid*^[2].

—¡*Cioch!*^[3] —sollozaron ellos, extendieron sus brazos hacia la dama mientras eran arrastrados, vieron por última vez a la mujer que se enderezaba y encaraba la entrada con expresión resuelta.

El estallido de la puerta al ser arrancada de sus bisagras amortiguó sus súplicas y las palabras de consuelo que la doncella les repetía al ser alejados de su hogar.

Capítulo 1

Una dama perfecta debe, ante todo, conservar la compostura en cualquier circunstancia.

—Requisitos para ser una dama perfecta.

*Drummond, Highlands
Otoño de 1812*

—Shh... ven, dulzura —susurró el hombre con picardía, tiró del brazo de la muchacha que acababa de salir del salón principal portando una jarra de cerveza vacía. Una de las tantas que circulaban por la estancia en donde se celebraba el banquete de bodas.

La música de las gaitas resonaba, todos los invitados y habitantes del clan disfrutaban de la gran algarabía, aprovechaban la oportunidad de oír aquel sonido que había sido prohibido hacía más de cuatro décadas y que solo era permitido en contadas ocasiones.

Como el casamiento del conde de Lenin, y actual jefe del antiguo clan MacFire, con una reacia mujer que no se movió de su silla, desde donde sus ojos celestes fulminaban a todos, más que todo a su flamante marido, que solo bebía con parsimonia de su copa, ignoraba a la castaña con una mueca de aburrimiento.

La joven de cabello oscuro lo miró, un gesto de coquetería apareció en su cara redonda y sonrosada al reconocerle. Tras lanzar una risa, se dejó arrastrar por él, depositó la jarra en una silla del pasillo de paredes de piedra.

Juntos salieron por la puerta trasera del castillo, se besaban con ansias en cada superficie con la que se topaban, hasta que traspasaron la puerta del establo y él comenzó a desvestirse a la mujer con prisa.

Unos minutos después, se hallaban prodigándose intensas caricias; la mano masculina había encontrado el sitio donde el placer hacía jadear a la joven, cuando un carraspeo fuera del cubículo interrumpió su intercambio.

—¡Maldición, Keith! Espero que tengas una buena excusa —gruñó el rubio al incorporarse con fastidio.

—No hubiera osado aparecerme por aquí, si así no fuera —afirmó con sorna el recién llegado—. Connor solicita tu presencia en su despacho con urgencia.

—¿Y la fiesta? —inquirió el rubio, suspiró con resignación mientras le hacía un gesto de disculpa a la mujer que lo veía con desilusión y se ataba la cinta de sus calzas—. No me digas que ese demonio que tiene por esposa volvió a huir, esta noche no hay luna para seguir el rastro y casi todos los hombres están borrachos, se romperían el cuello intentando dar con ella.

—Nada de eso. Lady Harriet se retiró a sus aposentos. No sé cuál es el motivo, solo me enviaron por ti —negó el castaño, trató de mirar por encima del hombro del rubio cuando este salió del cubículo acomodando su camisa y chaleco. Reía al recibir un empujón y un golpe en la cabeza por parte de la amante frustrada—. Adiós, Leticia, si quieres, puedo terminar lo que mi hermano comenzó.

—Ya cállate, mocoso, y fuera —espetó el mayor, le propinó otro golpe y lo sacó a rastras del establo.

—Cuando quiera, señor Keith —se despidió con una risa seductora la criada.

En el interior de su derruido castillo, la fiesta llegó a su fin. En los pasillos y el salón habían quedado algunas mujeres y hombres rezagados que dormían su borrachera despatarrados sobre improvisados jergones distribuidos por doquier.

La puerta del despacho de Connor estaba abierta. Cuando los dos hombres entraron, el conde se giró hacia ellos dejando a la vista un sobre lacrado que sostenía entre sus manos. El mayor de los MacFire, que aún llevaba su traje de gala escocés, les hizo una seña para que tomarán asiento. Tras servir y entregarles tres vasos de Whisky, se ubicó tras su escritorio.

—Alex... —comenzó con su habitual voz potente, pero algo en su expresión y en su tono vacilante, alertó al rubio sobre algo extraño—. Mejor léelo por ti mismo, esto acaba de llegar —informó tras vaciar su bebida, no tardó en extender la carta hacia él.

Alexander dudó un segundo, miró los ojos azules de su hermano, color que compartían los cuatro MacFire, y tras adivinar preocupación en la siempre indiferente cara de Connor, tomó el papel tragando saliva.

Solo con ver el sello lacrado que adornaba la misiva, su estómago se tensó.

Con manos temblorosas abrió el sobre y desplegó el papel de su interior, dejó que sus pupilas se desplazaran por la caligrafía desconocida que llenaba la hoja.

—No tienes que hacerlo si no quieres, saldremos adelante como siempre lo hemos hecho, Alex —dijo Connor cuando él cerró sus ojos con impotencia.

—No es tu obligación. Es demasiado sacrificio para cualquiera —añadió Keith, colocó una mano en su hombro en señal de apoyo.

Alex permaneció en silencio, sintió sus emociones desbordarse.

El temido día había llegado.

Su abuelo había muerto.

Él era el nuevo duque de Fisherton.

Y debía dejar todo para iniciar una nueva vida a miles de millas de allí.

Alejado de su hogar.

Separado de su familia.

Rodeado de gente extraña y costumbres estiradas.

No podría...

«Ma wee diucl, tu destino está muy lejos de aquí. Algún día lo entenderás. Cuando llegue el momento no reniegues de tu misión, naciste para ser importante, para devolver el honor a los tuyos, pero nunca olvides las raíces de tu padre y el aroma de tu tierra...», las palabras susurradas con tanto sentimiento resurgieron de sus recuerdos, impregnaron su corazón de una nueva resolución y calma.

Su mano aferró el colgante que siempre llevaba consigo, también apretó el anillo de rubí entre su puño.

—Lo haré. Viajaré a Inglaterra de inmediato, como se especifica aquí. Y me someteré a lo que tenga que hacer para convertirme en el nuevo duque de Fisherton.

—Alex... no estás obligado a asumir esa carga. Este es tu hogar. Es mi responsabilidad hacer que estas tierras y su gente sobrevivan, no la tuya. Con mi unión con la hija de los MacTavish han crecido los recursos y las posibilidades. Solo es cuestión de soportar el... —Negó con frustración Connor, se puso de pie y recorrió el lugar con ansiedad.

Él echó un vistazo a la estancia, en donde, a pesar que el poco servicio que conservaban hacía lo mejor posible su trabajo de aseo, podían verse las grandes grietas en las paredes, los techos cubiertos de moho y la decadencia de un castillo que un día había brillado con opulencia.

—Hermano, con cada estación son más los habitantes que parten de aquí en busca de mejor vida. La tierra es casi estéril, se están reduciendo las ovejas y animales, no te quedará mano de obra suficiente para trabajarla. Además del estado deplorable del edificio y los almacenes vacíos. Viene el invierno y si no encontramos recursos, muchos morirán. Mi posición como par del reino me abrirá un abanico de posibilidades. No puedo desaprovechar esta oportunidad.

—No estás pensando con claridad, tu vida está aquí, eres mi segundo al mando. ¿Qué tal si...?
—terció obstinado el mayor.

—Se lo prometí a madre, Connor —interrumpió él, dejó mudo al mayor—. Yo... siempre supe que este era mi destino: ella me lo advirtió. No le daré la espalda a mi gente. Haré honor a mi promesa y le devolveré el brillo a mi tierra, al legado de nuestro Padre —siguió con solemnidad y seguridad. Sus ojos iban del rostro conmovido de Connor al emocionado del menor—. En cuanto a mi función aquí, no te preocupes, tienes un digno sucesor que sabrá reemplazarme a la perfección. Keith será el mejor de tus hombres.

Su anuncio flotó entre ellos. Tras darse unas palmadas que intentaron transmitir lo que sus bocas no sabían decir, los vasos fueron rellenados.

—Por el nuevo duque de Fisherton —brindó Connor al alzar su copa.

—¡Salud! —dijeron al unísono los hermanos MacFire, hicieron chocar sus vasos y echaron la cabeza hacia atrás para vaciar los mismos.

Londres, Inglaterra
Tiempo después...

Brianna Coleman descendió del coche de alquiler y volteó para ayudar a descender a su madre. Detrás de ella descendieron sus dos hermanos más pequeños, Tim y Tom, que ni bien pusieron los pies en el suelo, comenzaron a correr desoyendo las órdenes de su progenitora, que miraba para los costados mortificada por el comportamiento de los terribles mellizos de once años de edad.

Menos mal estaban en invierno y eso reducía las posibilidades de tener espectadores de la falta de fineza de su prole. Ella solo los miró con la risa reprimida y contempló su alrededor, maravillada.

Esta era una de sus primeras salidas como flamante debutante en sociedad, es decir, sería oficial el fin de semana, en cuanto hiciera su puesta en largo. Pero se sentía ya diferente y más adulta.

Sobre todo, porque ya estrenaba su guardarropa nuevo. Y estaba emocionada por lo que vendría, tanto que no le importó las burlas de sus hermanos, que aseguraban que se veía como un melocotón maduro con sus trajes.

La fachada del edificio que conocería en su primera salida como señorita versaba: «British Museum de Londres».

Y debajo había una descripción con datos de su fundación y exhibición.

El origen del museo se remontaba a una compilación de más de 80.000 artículos procedentes de la colección privada de sir Hans Sloane, médico y naturalista. Esta eminencia donó su colección privada al estado británico, según indicaba su testamento que data de 1753. Esta incluía 40.000 libros, 7.000 manuscritos, cuadros de Dürero, su colección de ciencias naturales y medicina, y antigüedades de Egipto, Grecia, Roma, América, de Medio y Extremo Oriente. El gobierno británico adquirió esta colección por el precio simbólico de 20.000 libras, dinero que se obtuvo mediante una lotería pública organizada por el Parlamento Británico, según mostraba su

acta de fundación del 7 de enero de 1753. Además, también se adquirió la biblioteca de sir Robert Cotton y la del anticuario Robert Harley.

Una vez pagaron la entrada que costaba unos cuantos chelines, ingresaron al edificio. Los mellizos se habían calmado lo suficiente como para aparentar ser dos señoritos civilizados; su madre parecía más relajada.

Aunque debió ir detrás de sus hermanos cuando salieron disparados a ver una enorme estatua de un originario americano, Brianna quedó rezagada y con la vista en una vitrina que contenía una enorme piedra con muchos objetos extraños.

Entonces el gran alboroto de la entrada la hizo mirar en esa dirección. Su reacción ante lo que vio fue digna del actor de la obra más aplaudida de Shakespeare. Un enorme semental blanco se hallaba junto al arco de las puertas abiertas, sobre él estaba el hombre más salvajemente hermoso que jamás vio.

Él se bajó del caballo de un salto, y sin percatarse del pasmo que su aparición inadecuada creaba en las pocas personas que salían en ese momento del museo, le arrojó las riendas a un caballero que, anonadado, alcanzó a sostenerlas, mientras él ingresó sin pasar por el sitio en donde se abonaba la entrada. Comenzó a examinar las paredes y los objetos expuestos.

A su espalda apareció el que debía ser su criado, que luego de pagar, tomó las riendas de las manos del estupefacto caballero y dio media vuelta, alejándose con el animal hasta la acera.

Brianna, que se quedó paralizada, con la boca abierta y los ojos desorbitados, miró al gigante rubio que se acercaba.

Por unos segundos consideró aprovechar que el hombre no se percató de su presencia para huir, pues ella no podía entablar conversación con ninguna persona hasta la noche de su presentación y menos podía ser vista hablando con un hombre. Sin embargo, sus pies no le respondían y su corazón amenazaba con salirse del pecho.

Nerviosa y ruborizada, se giró hacia la pared y cerró los ojos, rogó que el salvaje pasara de largo sin verla, mas una voz potente y ronca, con un fuerte acento extranjero, resonó a su espalda, ocasionó que toda ella temblara.

—«La Piedra de Roseta», una colección inigualable de momias egipcias y parte del friso del Partenón, tres de las muchas obras de incalculable valor que albergan el museo. Vaya, no entiendo qué tiene de interesante ver estos adefesios decrepitos —murmuró con sorna. Luego sintió su mirada sobre ella y no pudo evitar contener el aliento cuando ese tono se tornó grave y seductor —, pero bueno... no todo está perdido si puedo contemplar esta rosa tan bonita.

Capítulo 2

*Ante todo, una dama perfecta es: decorosa,
pudorosa y recatada.*

—Requisitos para ser una dama perfecta.

Brianna no movió un músculo, al menos no con intención, porque sus rodillas temblaban por sí solas. Un pesado silencio prosiguió al, ¿cómo decirlo? ¿Elogio del gigante? Pero sabía que él continuaba detrás, porque percibía su proximidad y por extraño que pareciera, imaginaba que el hombre sonreía muy divertido por su reacción.

—¿Acaso tú también me temes, muchacha? No me digas que huirás despavorida como todas las jovencitas a las que les he dedicado una mirada. Estaba al tanto de que las mujeres inglesas eran algo melindrosas, pero no había sospechado cuánto —rezongó el rubio con esa voz ronca que evidencia su hilaridad.

Brianna se escandalizó por su increíble descaro al tutearla de aquella manera, para una joven de su círculo era casi insultante el modo en el que el hombre la abordaba y más todavía la crítica implícita hacia su género. No obstante, algo evitaba que se sintiera ofendida, tal vez era la frustración que percibió tras su comentario.

—No es correcto que se dirija a mí, señor... —murmuró Brianna con timidez, sin volverse.

Alexander arqueó sus cejas y volvió a repasar la silueta de la mujer, como lo hizo cuando se topó con ella.

Lo primero que captó su atención era el brillante y abundante cabello pelirrojo recogido en un moño flojo, algo que le recordaba a las féminas de su tierra y que desde que se había instalado en la húmeda Inglaterra, no volvió a ver. Después, las generosas curvas que destacaban en esa tela de muselina clara y la inusual altura de la joven. La coronilla de su cabeza encajaría bajo su barbilla si él cometiera la locura de atraerla hacia sí.

De repente, el deseo golpeó en sus entrañas: una necesidad que se adormeció en cuanto comprobó que las damas que lo rodeaban, además de ser todas una copia de su compañera, eran criaturas anodinas, nerviosas, delgadas, delicadas, y extremadamente impresionables y asustadizas. También comprobó que la gran mayoría eran presumidas, vanidosas y crueles.

Sin embargo, frente a él se hallaba una inequívoca prueba de que no todo estaba perdido. Esa mujer, a pesar de parecer tímida, no huyó. No todavía. Y a juzgar por la sencillez de su atuendo, tan distinto a los enormes y sobrecargados vestidos que había visto usar a las damas que su tío le presentó, no parecía ser del círculo al que él pertenecía ahora. Tal vez fuera la hija de un estudioso, un abogado o un médico.

Su sonrisa se convirtió en una mueca lobuna, pues esta reciente conclusión le agradaba. Si ella no era una dama de la nobleza, podría prescindir de las absurdas reglas sociales que el profesor asignado intentó meterle en la cabeza, esas a las que no prestó demasiada atención.

—¿No es correcto? Yo no puedo afirmar lo contrario, ya que desde que puse los ojos en ti no he tenido ni un pensamiento decoroso —anunció con sorna, reprimió una carcajada ante el evidente sofoco y desazón que experimentaba la joven.

—¡Señor! Usted... no... puede... es decir, yo no... ¡Oh! —balbuceó Brianna descolocada,

pero se interrumpió cuando sintió que el hombre aferraba una de sus manos.

—¿No me darás el placer de ver tu rostro? —murmuró él muy de cerca, logró que sus mejillas, ya de por sí arreboladas, se encendieran más.

—Señor... por favor... —Las palabras se atragantaron en la garganta de Brianna cuando el extraño comenzó a pasar el pulgar de su enorme mano por su palma cubierta. ¡Él no llevaba guantes! Y un intenso calor se expandió por cada rincón de su tembloroso cuerpo, traspasó la fina tela.

—Por favor, déjame mirarte... —prosiguió él con ese peculiar acento que ahora que había escuchado más veces, reconocía como escocés.

—No es posible, señor, por favor, déjeme ir —suplicó ella. No deseaba que él viera sus rasgos, no solo porque la situación era indecorosa, sino también porque sabía que él despreciaría su poco atractivo y corriente rostro.

Este fugaz momento en que se sintió especial por tener la atención de este magnífico hombre, se esfumaría cuando él se percatara que ella era simplemente fea.

—Solo si me dices tu nombre —rogó Alex, pues era demasiado obvio la incomodidad de ella y sabía que en cualquier momento huiría. Cuando la voz de una mujer mayor se oyó desde algún punto cercano a ellos, la joven se tensó y volteó nerviosa hacia la salida—. Muchacha, dame al menos eso —insistió, aferró su mano para impedir que se alejara.

Brianna se detuvo. Tras varios latidos de su acelerado corazón, dijo: —En este momento no puedo decirle quién soy, señor, pero quizás en otra oportunidad nos volvamos encontrar, y si es así, prometo decirle mi nombre.

—¿De qué manera será eso posible? Si no eres tú quien me da una respuesta, ¿quién más lo hará? —inquirió Alex, al tiempo que ella aún de espaldas se soltaba de su agarre y comenzaba a alejarse.

—El Destino —respondió ella en voz alta para que él la oyera—. Él lo decidirá. Adiós, señor.

—Adiós, bonita flor —contestó sin poder apartar la vista de la silueta de la muchacha que con gracia y prisa se perdió en la entrada. Sin borrar su sonrisa radiante, susurró—: Destino, tienes trabajo que hacer.

Tres años más tarde...

Para Brianna, la vida en sociedad podía definirse de diversas maneras, pero siendo desde pequeña una señorita instruida en la austeridad y sobriedad, bien podía resumirlo en tres palabras: una auténtica tortura. No era mucho decir o exagerar, ser dramática no era una de sus cualidades.

Al estar transitando su tercera temporada, sin haber bailado más que con su hermano mayor y un par de amigos de este, no haber tenido ni un pretendiente y mucho menos alguna propuesta matrimonial, estaba más que clara la verdad de su aseveración.

Y allí estaba una vez más, sentada en la hilera de sillas que se destinaban al «rincón de las florero» y se ubicaban junto a la pared del fondo de la estancia, viendo a la masa de bailarines girar y girar por la pista de baile.

Como en todo cuento, no todo eran brujas, dragones y monstruos malvados, también había hadas madrinas, doncellas afables y compañeras de aventuras, ¡ah! Y también príncipes encantadores. Sus amigas, el grupo que habían fundado simbólicamente como La hermandad de las feas, eran sus aliadas y quienes hacían más llevadero su estancia en la aristocracia; tres jóvenes tan desafortunadas y solteronas como ella, a quienes apodaron las demasiado feas. Con respecto al príncipe... aún brillaba por su ausencia. O no.

Un revuelo de murmullos, gritos contenidos y expresiones escandalizadas, la hicieron levantar la cabeza y seguir con la vista la dirección en la que cada alma del salón miraba anonadado. Entonces lo vio, el príncipe de esta sátira hacía acto de presencia, ¿o era el villano? No sabría decirlo, el sujeto que entraba parecía un gigante: salvaje, indomable y fiero highlander.

Hasta vestía como uno; las conversaciones entre los presentes lo denotaban:

—Por Cristo, ¿quién es ese salvaje...?

—¡Qué desvergüenza! Lleva el cabello demasiado largo, la barba muy crecida, es un escocés incivilizado...

—¡Oh, Dios santo! ¿Lleva puesto un vestido?

—¡Qué indecencia! Ese hombre está prácticamente desnudo.

—¡Misericordia! ¡No lo mires demasiado, ese gigante nos masacrará uno a uno!

Su corazón se paralizó cuando el rubio gigante que iba acompañado de un caballero mayor delgado, elegante y de rostro rígido, comenzó a avanzar ignorando deliberadamente la multitud escandalizada. Esbozaba una amplia sonrisa, al tiempo que guiñaba un ojo hacia un grupo de matronas que jadearon horrorizadas, que procedieron a abanicarse con brío. Luego de lanzar un beso hacia una fila debutantes, que empalidecieron y sostuvieron a una delicada rubia que biqueó, cayó despatarrada y desvalida, el gigante escocés se dirigió hacia un extremo y procedió a beber varias copas.

Brianna se echó hacia atrás en su silla, volvió a quedar oculta por las plantas y cerró los ojos, mortificada. Agradecía que ninguna de sus tres amigas hubiera asistido esa noche o, de lo contrario, no sabría explicar su monumental sonrojo y el temblor que se apoderó de todo su cuerpo.

Y no era para menos, el hombre que acababa de cruzar la puerta era más que atractivo: era la persona preferida de sus pensamientos prohibidos, la cara y el cuerpo de sus desvelos nocturnos, la materialización de la palabra Destino.

Alguien a quien, pese a solo haber visto una vez, no podía desprender de su mente ni a aquel intenso encuentro.

Habían pasado tres años y ella después de su primera temporada esperando encontrarlo en algún evento, terminó convenciéndose de que jamás lo volvería a ver. Sin embargo, lo tenía enfrente, ni el más nítido de sus recuerdos le hacía justicia: él era demasiado perfecto y devastador.

Cuando su pulso acelerado comenzó a recobrar su ritmo natural, sus mejillas y cuello volvieron a su asidua palidez, hizo lo único que una persona inadaptada, tímida y cobarde como ella podía hacer: huyó.

«Público imaginario, lánzame verduras podridas si quieren. Yo soy el tipo de protagonista asustadiza que no está preparada para enfrentar esos devastadores ojos claros, y menos está dispuesta a que él mire en su poco agraciado rostro el fracaso y la vergüenza de ser una fea florero».

Aunque era una pena que en su atropellada huida no se percatara del gesto de reconocimiento y curiosidad que acompañaban esos orbes azules que seguían con intensidad su silueta encorvada y llamativo cabello rojo, sin perderse ni un detalle.

—¿Quién es esa muchacha, tío? —inquirió Alexander, odió el hecho de no poder mandar al diablo aquello de las reglas de etiqueta que demoró más de tres años en empezar a asimilar, y abandonar ese sofocante salón para comprobar que ella era quien imaginaba.

—No la reconozco. De todas formas, no es a quien vinimos a encontrar esta noche, sobrino, así que ya deja esa actitud impropia de un duque inglés y concéntrate en lo que hemos venido a hacer

—espetó con un ademán rígido el conde de Pemberton.

Alex gruñó, ya se encargaría él de averiguar la identidad de aquella joven de cabello color fuego. No dispuesto a que su estreñado tío político le agriara el buen ánimo, depositó la copa sobre una bandeja, y sin reparar en si el conde le seguía o no, salió en busca de la persona que le abriría las puertas de la aristocracia.

El heredero de un noble linaje y también par del reino de una, según su tía y única familia por parte de madre que le quedaba, la madre del susodicho era una vieja amiga y dama de sociedad muy influyente. Solo esperaba que el tal lord Luxe no fuera como los caballeros ingleses que conoció hasta el momento: un grano en el trasero.

—Lord Luxe, buenas noches —saludó su tío a un hombre de cabello oscuro que jugaba una partida de cartas.

El caballero alzó la mirada y Alex lo examinó de arriba abajo.

—Buenas noches, lord Pemberton —respondió Luxe desviando su vista hacia su tío—. No tengo el placer de conocer al... caballero que lo acompaña —siguió, viéndolo con una ceja alzada. Su tono era de un inglés pomposo intolerable, pero sus ojos no podían ocultar un brillo socarrón.

¡Qué alivio!

—Alexander Mac... —empezó con sorna, extendió su mano hacia el conde, que ya se había puesto de pie, cuando su tío interrumpió.

—Es el recién nombrado duque de Fisherton, milord. Mi esposa lady Pemberton le ha hablado a su madre de él.

La expresión de Luxe pasó de incredulidad a sorpresa, luego sustituida por una de comprensión y, tal vez... resignación

—Cierto, disculpe el trato informal, su Excelencia. Por supuesto que mi madre me puso al corriente de su situación y estoy más que dispuesto a extender mi círculo de amistades y conexiones hacia usted.

Alex se quedó viendo fijamente sus gestos, un poco intimidado con los modales y la verborragia impecable del caballero.

Ni en un siglo podría reunir ese conjunto de elegancia y modales perfectos.

—Disculpe a mi sobrino, milord. Hace apenas un par de semanas que empezó su incursión en sociedad y no se ha acostumbrado a los protocolos.

«Ni quiero».

—No se preocupe, es verdad que a veces los ingleses podemos ser apabullantes con nuestro acento y lista interminable de reglas —asintió Luxe.

«Yo lo resumiría en: un montón de zopencos que se comportan como si le hubieran metido un palo en...».

—Acompáñeme, su Excelencia, le presentaré unas amistades —siguió lord Luxe con una señal de su mano enguantada.

El viejo lo animó a seguirlo y Alex suspirando fue tras el delgado lord.

¡Por Odín! ¿qué esperaba? Que aquel estirado no tuviera como amigos a más ingleses pomposos y aburridos, o enloquecería antes de que la dichosa temporada llegara a su final.

—Lord Fisherton, le presento a lord Vander y su hermano, el recién estrenado conde de Lancaster. Él es el duque de Fisherton. —Se detuvo frente a dos tipos que no se parecían en nada.

De inmediato tuvo un buen presentimiento, no solo por la mirada divertida que el caballero de ojos oscuros le dirigió a él y al kilt que llevaba puesto, sino por el espectáculo que el rubio hizo al enfocarlo junto a él: abrir los orbes, estupefacto, y atragantarse con su bebida, regando de

champagne el impávido rostro de Luxe.

Capítulo 3

Es requisito para ostentar el estatus de “dama perfecta”: conservar siempre un aspecto pulcro, elegante y sobrio.
—Requisitos para ser una dama perfecta.

Desde el principio, Brianna supo que no era buena idea espiar detrás de unos matorrales a cuatro de los solteros más deseados de Londres. No era solo por el hecho de que ella hubiera estado las últimas semanas evitando como a la peste un encuentro con cierto duque, sino también porque se encontraban en una situación vulnerable, a bordo de un bote sobre la laguna que bordeaba la propiedad de uno de los sujetos que no muy lejos retozaba junto a sus tres amigos con conocidas viudas jóvenes, y no tan viudas. Lo que significaba poder ser descubiertas figoneando en cualquier momento.

Aun así, la consolaba saber que ella y sus tres amigas no eran unas solteras metomentodos y desesperadas, solo eran cuatro floreros con muy mala suerte, tan mala que habían terminado por accidente en aquella humillante situación.

Estaban en una encrucijada: si se quedaban, corrían riesgo de ser descubiertas y parecer unas entrometidas chismosas; si intentaban volver con el resto de los invitados, serían vistas y la humillación sería la misma.

Agazapadas en su escondite se miraron espantadas.

—¡Oh, por Cristo...! —soltó Mary Anne con angustia. La pequeña y voluptuosa morena del grupo.

—¡Rayos! —le siguió Abby, ofuscada. La integrante más enérgica y empeñada en permanecer soltera.

Ella y Clara se miraron nerviosas, porque eran las más reservadas y tímidas de las cuatro. La segunda era un año mayor, transitaba su última temporada, algo que más que angustiarle le provocaba alivio, pues por su aspecto deslucido, nariz prominente y actitud huidiza, fue burlada y rechazada innumerables veces.

—¿Qué haremos? —preguntó Mary.

—Moriré si nos ven—adujo Brianna, imaginaba el bochorno que significaría ser atrapadas in fraganti.

—¡Miren quiénes son! —exclamó Clara, parecía más indignada que consternada.

—Sugiero esperar a que esos mujeriegos se vayan para volver nosotras —propuso Abby al encoger un hombro.

—Esa es la única opción que... ¡Ah! —gritó Mary, aterrorizada.

—¿¿Qué?! ¿¿Qué pasa?! —inquirió Clara, asustada.

Brianna contuvo un grito al percatarse de lo que espantó a Mary. Se aferró con fuerza al borde del bote con la mano que no sostenía el parasol, anticipándose a la inminente catástrofe.

—¡No te muevas, Clara! ¡Detrás de ti hay una serpiente! —chilló Abby con horror.

—¿¿Qué?! —berreó Clara llena de miedo, se agitó con frenesí.

Su movimiento brusco provocó que el bote se sacudiera con violencia, soltó unos

desgarradores gritos, las cuatro volaron por el aire y aterrizaron con fuerza en las turbias y frías aguas del lago.

Brianna pateó debajo del agua y con ayuda de sus brazos logró salir a la superficie, donde abrió la boca en busca del oxígeno que la brusca caída y los segundos sumergida le habían quitado.

Lo primero que vio fue el rostro asustado del conde de Lancaster, que sin mediar palabra la alcanzó, tiró de ella y la hizo impactar contra un enorme, muy duro pecho masculino.

Como cabría esperar, su cabello rebelde e intratable había ido a parar a su cara, por lo que fue cuando sus pies tocaron la hierba de la orilla, que se percató de la identidad del hombre que, con delicadeza, la sacó del lago y la depositó en el suelo.

Era el duque.

Su enorme complexión le transmitía calor y una sensación de seguridad inaudita. Aunque también una desazón inusitada, puesto que ella evitó coincidir con él desde que lo vio en aquel salón de baile, mas el destino una vez más dejaba en evidencia que sus esfuerzos habían sido en vano, porque de igual manera allí estaba, rodeada por sus brazos.

Las sensaciones que el temblor por las circunstancias le ocasionaban, el aire de otoño y la ropa empapada, se intensificaron considerablemente. Y más todavía cuando su intento de enterrar la barbilla en su pecho se vio frustrado por una fuerte mano que rodeó su mandíbula y la elevó, esto hizo que su cabello rizado dejara los rasgos de su rostro visibles. Brianna no fue capaz de levantar la vista, pero de todas formas fue consciente de la parálisis que se apoderaba del caballero y el aire que sus pulmones retuvieron. Se negaba a mirarlo para comprobar la decepción y el rechazo en sus ojos. Algo que sin dudas estaría sintiendo el hombre al ver la fealdad de su cara.

Por fortuna, él no sabía quién ella era y cuando pudiera librarse de su presencia, huiría y no volvería a cruzarse con él.

—Eres tú... —murmuró el duque con aquella voz ronca que más de una vez recordó en sus desvelos.

Ella se tensó, tragó saliva y permaneció estática, rogaba en su interior que alguien los interrumpiera, que aquel gigante desistiera en su curiosidad y la soltara para poder refugiarse a su rincón de seguridad habitual.

No obstante, no sucedió. Una vez más el mundo parecía conspirar en su contra.

—Vamos, bella flor... sé que eres tú. Puedo reconocer tu aroma, tu cabello color fuego y la tentadora forma de tu... —continuó el hombre con su marcado acento escocés, pero ella sofocada y escandalizada, lo interrumpió.

—No sé de qué habla, milord. Me confunde con otra persona —balbuceó rígida, ejerció presión para liberarse.

—Ah, ¿sí? —respondió él con un evidente tono socarrón, lo que no hizo sino intensificar su ya monumental sonrojo—. Supongamos que le creo, milady, y esta es la primera vez que tengo la dicha de encontrarla, ¿podría entonces recibir el placer de conocer su nombre?

Brianna se desesperó.

Otra vez aquella pregunta que, como en el museo, le causaba consternación, pues ella no deseaba develar su nombre, no quería traspasar la barrera que imponía ser desconocidos y, sobre todo, no soportaba presentarse ante él como lo que era: una don nadie.

Fijó su vista en la camisa y chaleco color burdeos del duque, trató de ignorar la manera infame con la que la tela se pegaba al pecho musculoso. Buscando elucubrar alguna estrategia que lograra sacarla de aquella bochornosa escena, dijo lo primero que cruzó por su mente, aturdida e

inexperta en estrategias y locuacidad.

—No soy una lady, milord. Mi padre solo es un barón —soltó. La respuesta del escocés fue un temblor en su pecho y una risa ronca.

—De acuerdo, hija de barón. ¿Puede usted decirme su nombre? —inquirió burlón el duque, tal vez divertido por su actitud melindrosa.

—No es posible, milord. No es correcto decirle mi nombre sin una adecuada presentación, ni mucho menos el que estemos... —negó Brianna, pero el movimiento brusco que hizo el duque al pegar sus rostros hasta lo indecente, la hizo interrumpir su clase de protocolo no pedida—. Pero... ¿qué hace? —balbuceó sin aliento, se estremeció cuando por fin sus miradas se cruzaron.

El color de sus luceros era de un azul profundo y brillante como el mar inglés, como un cielo despejado en la tierra de su madre. Y ellos la veían de una manera tan intensa, tan devastadora e inquietante que cada vello de su cuerpo se erizó.

—Lograr mi cometido, ver sus ojos, señorita. Y comprobar que son tan bonitos como los imaginé... —contestó el duque, desplazó su vista hacia su boca que seguramente estaba abierta de conmoción. Al igual que su pulso, que corrió desbocado cuando él se inclinó despacio hacia ella, no pudo más que suspirar expectante y sumergida en un sueño dorado, a la espera de que sus labios se juntaran.

—¡Brianna! —chilló la conocida voz de Mary Anne, la expulsó del paraíso que, de no ser por su oportuna interrupción, se hubiese convertido en su infierno particular.

Salvada por la Hermandad... justo a tiempo.

Alexander aflojó sus brazos, permitió que la muchacha se alejara y observó cómo ella se abrazaba con dos damas tan mojadas como la ella.

Por fortuna, la llegada del grupo que también incluía a Vander y a Luxe, impidió que él cometiera un error garrafal que, sin duda, cuando su cuerpo se enfriara, lamentaría. No porque estuviera arrepentido de haber estado a punto de besar a la joven, sino porque claramente era uno de los puntos que su tío le recalcó hasta el hartazgo, el cual definió como: prohibido.

En Inglaterra estaba: prohibido abordar damas sin un acompañante adecuado, prohibido bailar con una mujer más de dos veces, prohibido hacer algún comentario sobre su fisonomía, prohibido decir lo que piensa si no es elegante y correcto, prohibido usar un trato informal con alguien ajeno a la familia, prohibido quedarse viendo los encantos de las damas, prohibido permanecer a solas en público con una mujer y, sobre todo, prohibido besar a una señorita soltera y menos si esta forma parte del mercado matrimonial.

Uf... eso, aunque ridículo, llegaba a entenderlo. A lo que no se acostumbraría era a hablar como un cura frente al rey; a caminar como si le hubiesen empalado por el... ¡Rayos! ¿Tampoco podía pensar en la palabra «trasero»?

Entonces esos ingleses, además de estirados y afeminados, eran hipócritas, porque bien que no se podía decir la palabra, pero cada uno de sus amigos no dejaban de comer con la mirada las curvas que los vestidos mojados y adheridos a los cuerpos del cuarteto de floreros dejaban ver.

Y él ni borracho se perdería la visión ardiente que componía esa pelirroja tan apetitosa como tímida y misteriosa.

Vaya... más que una flor, la joven era un dulce, un exquisito dulce que ahora más que nunca estaba decidido a desenvolver.

—Así está bien Maggie, puede retirarse —ordenó la baronesa de Fergusson, se adentró en el cuarto de Brianna y se detuvo detrás de ella, quien permanecía sentada frente a su tocador.

La doncella soltó las tenazas sobre el mueble y haciendo una reverencia, se marchó. Su madre la miró a través del espejo, ella reprimió un suspiro al ver la expresión de su rostro, puesto que

podía anticipar que estaba por recibir otro de sus sermones.

—Hija, este peinado, aunque sé que no te gusta, es lo que está al uso, las solteras más elegantes, refinadas y hermosas lo llevan. Ya verás que causarás una buena impresión con él — inició, como siempre, camuflando sus imposiciones con halagos y buenos deseos.

No es que ella no sintiera afecto por su progenitora, al contrario, el problema era que, aunque físicamente eran dos gotas de agua, salvo que su madre no tenía tantas pecas, además que su figura era delgada y esbelta aún a su edad, sus personalidades eran por completo opuestas y a menudo entraban en conflicto. Brianna heredó el carácter y personalidad de su padre, por eso no se sentía cómoda con el empecinamiento de su progenitora en hacerla verse, comportarse y parecer alguien que no era.

El extravagante peinado que ordenó que le hicieran había requerido dos horas de preparación para lograr alisar sus rizos y el volumen de su cabello lo máximo posible, estaba segura que terminaría derrumbándose a mitad de la noche, dejándola hecha un desastre, porque aquella especie de cuernos sostenidos en lo alto de su cabeza, no soportarían el peso de su voluminosa melena.

Además, estaban aquellos vestidos que Marion mandó a hacer basándose en los atuendos de las damas más aclamadas que, al haber sido creados para mujeres de la mitad de su tamaño, de colores acorde a su tez y tonalidad, en ella se veían espantosos.

No obstante, hace tiempo comprendió que tratar de hacerle entender esto a la baronesa era una causa perdida. Así que Brianna se limitaba a obedecer y soportar.

—Escúchame, Brianna, no debo recordarte que esta es tu tercera temporada. Sé que eres una hija obediente, pero debes prometerme que vas a esforzarte más, querida —siguió Marion, mientras le ayudaba a colocarse los guantes—. Eres mi única hija, no podré ser feliz hasta verte casada y establecida como Dios manda. No creas que tu padre y yo permitiremos que sigas el espantoso camino de las hijas del marqués de Garden, tú no serás una solterona que se dedique a trabajar como una vulgar sirvienta. —Brianna rodó los ojos en el momento que su madre se giró a coger su chal color rosado. Reprimió un: «Clara y Abby no serán sirvientas, solo mujeres independientes y felices»—. ¡No, señor! Tú encontrarás un buen partido, un caballero honorable que te desposará y con el que me darás unos lindos nietecitos. Serás una señora decente.

Su hermano Richard las esperaba al final de la escalera, ya que sería su acompañante en la mascarada de los duques de Malloreen. Su madre estaba aún débil por un fuerte resfrío, eso dejaba al pobre de su hermano mayor como carabina obligada. Brianna creía que Marion estaba más que recuperada. Sin embargo, fingía lo contrario para lograr que su hijo asistiera a los eventos sociales y así dejara de perder el tiempo, según ella, entre esos polvorientos libros de historia antigua. Quería que encontrara una esposa

—Richard, espero te dediques esta noche a cortejar alguna jovencita. Y tú, hija, olvida ese rincón de floreros y ponte a la vista para que puedas recibir alguna petición de baile. ¡Por Dios, ningún caballero mínimamente decente se acercará a ti si te enclaustras junto a las rechazadas y las damas de compañía!

Brianna y Richard balbucearon un: «sí, madre» y se apresuraron a huir de la pequeña mansión familiar.

—Bienvenido —saludó el alto y espigado mayordomo, en cuanto Alexander extendió la sutil invitación lacrada color dorado—. Adelante, su Excelencia —continuó el sirviente, luego de que un lacayo recibiera su sombrero.

Alex siguió la dirección en la que otros invitados elegantemente ataviados se dirigían y pronto llegó a unas grandes puertas franqueadas por otros dos lacayos que también vestían finas libreas

color verde oscuro con arabescos dorados.

—Debe colocarse el antifaz, milord —dijo uno de los sirvientes, justo cuando se disponía a cruzar el umbral.

Él bufó, rebuscó en el bolsillo de su saco y se colocó el antifaz de terciopelo. Una vez dentro, aceptó la copa que un criado le ofreció. Observó la enorme estancia que estaba a rebosar de personas enmascaradas.

En realidad, aquello era otra de las ridículas extravagancias de la nobleza, pues aquel baile de máscaras a él le parecía un evento igual a los otros a los que asistió, salvo porque en este caso los convidados llevaban un pedazo de tela cubriendo sus caras. Algo sin sentido, puesto que, con solo un vistazo, él, que no llevaba más de un año en sociedad, podía reconocer a la mayoría de los presentes. Y lo mismo podían hacer los demás con su persona, dado que dudaba que ese minúsculo antifaz ocultara el resto de su anatomía. No había muchos caballeros con su altura y enorme complexión, menos que llevaran el cabello tan largo.

—Buenas noches, Fisherton —habló una voz masculina a su derecha. Alex se giró para encontrar al conde de Luxe parado a su lado, que también llevaba un antifaz, solo que el suyo en lugar de ser color azul real, era verde esmeralda.

—Ni tan buenas. Aquí dentro hace un calor insoportable, ¿es que acaso esta era la única fiesta que había en Londres? —renegó él, tirando un poco de su pañuelo azul para intentar aliviar el sofoco.

—Como si así fuera, querido amigo: el baile de los duques de Malloreen es uno de los acontecimientos más esperados de la temporada y nadie en su sano juicio se lo perdería o rechazaría una invitación.

—Pues deberían entonces dejar de procrear, de lo contrario, en un par de años tendrán que cobrar alguna especie de pago por las invitaciones —gruñó él y sonrió al ver la mueca divertida que esbozaba el siempre estoico conde.

—Que no se te ocurra repetir eso por ahí, MacFire, salvo que quieras que más de una importante matrona sufra un colapso nervioso. Acabas de hablar de este evento como si fuera Vauxhall Garden o algún circo itinerante. En otras palabras, una vulgaridad imperdonable —comentó Luxe, divertido.

—Uf... el señor Cisne no me dijo nada de eso. Maldito inútil, lo único que hizo fue tocarme el trasero varias veces, según él, para mejorar mi postura —resolló Alex y su amigo se atragantó con el champagne.

—¿De qué hablas? Pff... —balbuceó Luxe, soltó una carcajada y tosió a la vez.

—Del señor Cistner, es el profesor de baile, modales y etiqueta, que mi tío me obligó a soportar. Y era, además de un lastre, un marica aprovechado —explicó al vaciar el contenido de su copa.

—La mayoría lo son. Aunque déjame decirte que no hizo un buen trabajo contigo, dos de cada tres palabras que dices son un atentado a las buenas costumbres —contestó Luxe, hilarante.

—¡Pero si he dejado de pescar en el Serpentine! Y ya no he mandado a nadie a que le metan un... —alegó indignado Alex, pero su amigo abrió los ojos y negando, le señaló algo a su espalda.

—Mira, allí están los Bennet —cortó, hizo un ademán y emprendió la marcha hacia un lateral del enorme salón.

Alexander le siguió y pronto llegaron hasta los dos hombres que conversaban, mirando sin disimulo, hacia un punto opuesto al que todos lo hacían, que era la entrada a la pista de baile.

Cuando siguió la dirección de sus miradas, descubrió, no sin sorpresa, que el objeto de su escrutinio era el grupo de damas que rescataron del lago hacía solo un par de días.

Ellas, por supuesto, presentaban un mejor aspecto que el que mostraron en aquel incidente. En definitiva, él seguía prefiriendo a la pelirroja: mojada y con su cabello rebelde suelto.

Por un momento se quedó absorto en la figura de la muchacha, que reía echando su cabeza hacia atrás y se sonrojaba de un modo encantador. Le agradaba verla en aquella faceta tan diferente a la que le enseñó antes; ahora se veía relajada y en su rostro, quizá corriente para muchos, resaltaban sus ojos chispeantes y vivaces.

—No me digas que estás disfrutando de la vista —saturizó Luxe, esto hizo que Alex lo mirara dispuesto a responder, pero el conde veía con sorna al mayor de los Bennet.

—No solo eso, amigo, ha estado catando esa mercancía —rió Colin.

—¡No es cierto! —soltó Luxe, incrédulo.

—¿Por qué no? —curioseó Alex. Volvió a fijar sus ojos en la dama que vestía de rosado y ahora se abanicaba, provocando que él detuviera su escrutinio en la porción de piel que el rescatado escote de su vestido dejaba ver—. Yo encuentro a la pelirroja bastante apetecible.

—¡Estás de broma! La única rescatable de allí es la morena voluptuosa. Creo que si me concentro en sus... Ya saben, podría pasar por alto lo demás —acotó el conde de Vander con saña e hizo un gesto con sus manos sobre su pecho. Lanzó una mirada sardónica a Luxe.

—No seas idiota, Vander, que todos saben que le has echado el ojo a la monja de ojos azules —provocó Luxe con una mueca de fastidio inusual.

Alexander rio viendo los gestos fulminantes que se hacían los dos y la expresión de sufrimiento que tenía Lancaster mientras veía a la castaña sentada en el rincón de floreros.

Era evidente que los tres ingleses se hallaban más que prendados de esas tres damiselas.

¿Y él? Para qué negarlo. No había podido dejar de pensar en la dama de cabello color fuego desde que la halló en aquel tentempié. A menudo se sorprendía rememorando la suavidad de la piel de su rostro, la profundidad verde de su mirada que le hacía añorar las praderas de su tierra, las ardientes curvas que pudo apreciar gracias a la tela empapada y pegada a su voluptuoso cuerpo.

La deseó como no lo había hecho nunca, pese a la primera vez que pudo trascender el umbral entre su niñez y juventud.

—Escuchen, necesito de su ayuda —anunció Marcus con gesto decidido. Y el dúo de condes interrumpió su discusión para mirarlo con expresión interrogante.

—¿Tiene que ver con lady Thompson? —preguntó Alexander, haciendo una seña a un lacayo que pasaba con una bandeja.

Era eso o el fuego que la pelirroja encendía en él, más el calor agobiante de aquel lugar, lograrían que comenzara a salir humo de su trasero.

—Si es eso, olvídalo. No quiero tener nada que ver con esas cuatro, salta a la vista que están locas —señaló Maxwell. Creó un gesto disimulado hacia donde las jóvenes reían exageradas, ajenas a las miradas escandalizadas de las damas de compañía sentadas a su alrededor.

—Por favor —suplicó Marcus—. Solo será por esta vez. No es nada comprometedor. Únicamente necesito que saquen a bailar a las amigas de lady Thompson, así yo puedo tener oportunidad de hablar con ella —pidió el conde y los otros dos abrieron los ojos con horror.

Alex no tuvo que meditar mucho su respuesta.

No había manera de que un hombre tan desesperado como él, perdiera la oportunidad de tener al objeto de sus más prohibidos deseos entre sus brazos.

No, señor...

Ansiaba tenerla cerca, mirar aquellas pecas que ninguno de esos polvos podía ocultar y que a él solo le incitaban al más oscuro pecado, ya que su imaginación se desbocaba tratando de

adivinar en dónde más tendría esos lunares.

Pero, sobre todo, le intrigaba saber el porqué de la actitud recelosa y esquiva que la joven esgrimía. No entendía cómo. Sin embargo, esa muchacha despertaba más que curiosidad en él: lo retaba y tentaba con su timidez y dulzura. Ningún escocés que se preciara se echaría atrás ante un desafío, jamás.

Estaba decidido, no se marcharía de esa mascarada sin, al menos, obtener el nombre de la dama. Mucho menos permitiría que nadie que no fuera él tocara a la muchacha.

—La pelirroja es mía —declaró en tono fiero y todos lo miraron, anonadados.

Él no se inmutó, sino que encogió un hombro y vació el contenido de su copa con una sonrisa amplia.

—De acuerdo. Las otras dos quedan para cualquiera de ustedes —señaló Marcus, dejó tanto a Max como a Colin con gestos espantados, y con un ademán para que le siguieran, se encaminaron hacia el cuarteto de floreros.

Alex siguió a sus amigos, pensaba que era curioso que cuatro de los solteros más reacios de su círculo estuvieran dirigiéndose hacia un grupo de reconocidas solteras. Él no estaba interesado en el matrimonio, no hasta que Odín le pusiera alguna trampa mortal que le hiciera imposible eludir el sagrado sacramento.

Aunque, mientras tanto, nada le impedía disfrutar de su nuevo hogar y de las flores que adornaban el jardín. Más si esta era una rosa. Una hechizante, tentadora y apetecible rosa roja.

Capítulo 4

*Estatus, fortuna y belleza son requisitos fundamentales que solo una dama perfecta posee.
Un caballero inteligente sabrá apreciar tan imprescindibles virtudes.*
—Requisitos para ser una dama perfecta.

Para fortuna de Brianna, la hermandad al completo se había reunido en la mascarada de los duques de Malloreon. Algo que solía ser su salvación en cada evento social, sino fuera por la compañía de sus amigas, acudir a estas fiestas se habría convertido en una tortura hacía mucho. Y no es que ella no disfrutara de relacionarse, escuchar hermosa música, observar los atuendos de las demás damas, las parejas danzando y todo lo que conllevaba estar en una temporada social. Solo que cuando toca ver todo aquello como una mera espectadora, alguien relegado a un rincón y confinado en un baúl marcado como objeto inservible, ya no era tan divertido.

—¿Quién es ella? —preguntó Brianna con la vista fija por encima de la cabeza de Mary Anne, que se hallaba sentada a su lado.

Se refería a la joven parada en lo alto de la escalera que parecía nerviosa y efectivamente se veía muy hermosa. El inconfundible conde de Baltimore apareció tras ella, confirmando su identidad, venía acompañado de su esposa y de dos despampanantes damas rubias.

—Ah, estoy casi segura de que es una de las hermanas Hamilton. Mira lo bonita que se ve su silueta con ese vestido —respondió Mary Anne con tono triste.

—Miren, es su primera temporada y ya tiene a varios caballeros babeando por ella —señaló Abby con tono despectivo.

Era cierto, desde donde ellas se encontraban sentadas, podían ver a dos caballeros muy apuestos que veían con fijeza a la joven. No los reconocía, así que lo más probable es que estuvieran hace poco en la ciudad.

—Incluido a mi príncipe —se quejó Mary Anne, cabeceaba hacia un lateral del salón.

Brianna se fijó y su corazón se saltó un latido.

Del otro lado del salón estaba el duque de Fisherton en compañía del conde de Luxe. Ambos hombres llevaban sus antifaces puestos, pero era imposible no reconocer la poderosa y fuerte contextura del caballero escocés. Él se veía un poco incómodo en su traje a medida color gris oscuro, tiraba de su pañuelo azul, era seguro que intentaba aplacar el calor incesante que reinaba en la estancia.

Su cabello rubio dorado estaba impecable recogido en su nuca y le otorgaba un poco de sofisticación a su imagen algo salvaje.

Se veía devastador y atractivo.

Tanto que, si seguía observándolo, corría el peligro de cometer alguna locura imperdonable, como desear que, por una vez, un caballero se aventurara a la zona de los floreros y para pedirle un baile, le sonriera con esos brillantes zafiros y la encandilara con su descarado galanteo.

—Esos dos están encandilados por las gemelas Hamilton. Una de ellas fue declarada como la incomparable de la temporada —siguió Abby en voz baja.

Su ánimo decayó al caer en cuenta de que se dejaba llevar por deseos imposibles, puesto que

el duque no era un hombre que se fijaría en ella.

Sí, le había dicho cosas bonitas, cosas que le habían hecho sentir especial en las dos oportunidades en que coincidieron, mas no debía engañarse.

Era obvio que Fisherton era esa clase de hombre que disfrutaba coqueteando y halagando a todo lo que llevara faldas.

Y eso era todo.

Si algún día él quisiera sentar cabeza, no dudaría en escoger como esposa a alguna de las damas bonitas, perfectas y de estatus impecable en las que posaba sus ojos mientras conversaba con su amigo. Nunca elegiría a una solterona perteneciente al grupo de las demasiado feas, tal y como les había apodado la sociedad.

Y estaba bien.

El puesto de duquesa le quedaba enorme.

—Bueno, creo que es hora que nos cuentes lo que está sucediendo contigo, Clara —declaró la menor de las Thompson.

—¿A qué te refieres? —preguntó Brianna con curiosidad, agradecida por tener algo en qué ocupar su mente y así dejar de lado los tristes pensamientos que le habían atacado.

—Uhm... bueno, verán, ¿recuerdan el día del accidente en el lago? —indagó Clara, vacilante cuando Abby respondió solo clavando en ella una significativa mirada. Las tres asistieron al unísono, como títeres—. En esa ocasión el conde de Lancaster... él... yo... mejor dicho, él me besó —tartamudeó con el cuello ruborizado.

—¿Qué?! —exclamó Mary Anne, llevándose una mano al pecho.

—Y no fue solo una vez, en la velada de las hermanas Rolay, se encontraron a solas para hacer cosas indecorosas —acusó Abby cruzándose de brazos, hacía referencia a una conocida velada musical a la que Mary y ella no habían podido asistir por no haber recibido invitación.

—¡Oh, por Dios! ¡Qué emoción! ¡Tienes que contarnos cómo fue! ¿Qué sentiste!? ¿Qué te dijo!? ¿Cómo besa!? ¿Es cierto que tus rodillas se aflojan y sientes tu cuerpo flotar!? —chilló Mary Anne, eufórica.

Clara le lanzó una mirada mortal a su hermana y suspiró.

Brianna escrutó la expresión aturdida de su amiga y se preocupó por ella. No conocía al conde de Lancaster, pero su nombre siempre estaba en la lista de partidos solteros, mas nefastos a la hora de considerar un candidato aceptable.

—Pero, amiga, ese hombre tiene una pésima reputación, no debes arriesgarte. No creo que esté buscando nada honorable de ti —acotó ella, pensando que la castaña podría estar en serio peligro.

Clara apretó su mano, intentó decirle que no se alarmara por ella y abrió la boca para responder, cuando su hermana la volvió a interrumpir.

—Para nada, amiga, es peor que eso: el conde le propuso matrimonio, y como Clara lo rechazó, él se coló anoche en su habitación. Borracho —dijo con voz fúnebre.

La exclamación que soltaron sus amigas y sus bocas abiertas, provocaron que Clara estallara en hilarantes carcajadas que terminaron contagiando a todo el grupo.

—¡Por lo más sagrado! Tendrían que ver sus caras ahora mismo —se carcajeó, mientras Abby frenó su risa y lanzó una mirada enfurruñada a su hermana.

—Anoche no fue muy divertido. El conde es un aprovechado inmoral, además de ser un borracho lujurioso. Atacó a Clara en su habitación, sin importarle que en casa estuviera nuestro padre, que estuvo a punto de descubrirlos. ¡Tuvimos que deshacernos de él lanzándolo por la ventana! Era eso, o la ruina de mi hermana —relató Abby y cruzó sus brazos, molesta, al tiempo que Clara esbozaba un gesto de remordimiento y retorció sus manos enguantadas.

—¡Por la ventana! ¿No lo dicen en serio? —jadeó Mary Anne, medio horrorizada, medio divertida.

—Pero tu alcoba está en la segunda planta, Clara, ¿acaso mataron al hombre? —exclamó Brianna, impresionada, viendo a Clara negar de inmediato, aunque sus ojos se abrieron y pareció estar dudando.

—¡Qué va! Ese gato callejero cayó sobre sus zarpas, o más bien sobre su cochero y lacayo. No se hizo nada más que un chichón o dos —descartó Abby con un ademán despectivo, provocó la risa en ella y Mary.

—Lamento lo sucedido, pero quizás era la única manera en que el caballero negro comprenda que no estoy dispuesta a convertirme en su esposa —continuó Clara con la voz más decaída que aliviada.

—Pero, Clara, ¿por qué has rechazado la propuesta del conde? —inquirió Brianna con incredulidad. No entendía el motivo, pues si bien al caballero en cuestión le precedía su mala reputación, esta hacía alusión a su irreverencia hacia las normas sociales y sus aventuras amorosas. No es que tuviera fama de cruel, infame o malvado... estaba dispuesto a rectificar y pasar a la honradez de la mano del matrimonio...

—Yo tampoco lo comprendo, ¿acaso no es el sueño de cualquier dama? Casarse con un caballero apuesto, de buena posición y joven... ¡Es el hombre perfecto! —agregó Mary Anne, soñadora.

—Olvidaste que es un libertino, inmaduro, con pérfida reputación y mujeriego —acotó Abby con una mueca despectiva.

—Amigas... —intervino Clara, detuvo una de las inminentes escaramuzas de su hermana y Mary—. Nada de eso me interesa. Yo no quiero casarme con nadie, ya saben por qué, y para ser sincera, no me da confianza el repentino interés de lord Lancaster en mí —terminó ella desviando su mirada hacia las parejas que en ese momento bailaban un vals, con expresión triste.

Por supuesto que Brianna la comprendía a la perfección. Ninguna de ellas había tenido buena suerte en el romance. Fueron rechazadas y burladas innumerables veces. Era sabido por las cuatro que Mary no perdía la esperanza de hallar un príncipe encantador y tener una historia de ensueño. Sin embargo, las hermanas no deseaban atarse a ningún hombre. Y ella, bueno, ella se resignó después de su segunda temporada fallida; no era atractiva para los caballeros de su círculo, en su futuro estaba ser una solterona.

A esto se debía que estuviera reticente a los acercamientos de hombres como el duque. Caballeros tan hermosos como amantes de la seducción que, si no se tiene cuidado, pueden terminar convirtiéndose en la ruina y motivo del corazón roto de cualquier mujer.

—Entonces, ¿por qué correspondiste a los besos del conde? —susurró Brianna confundida, poniéndole voz a sus pensamientos: su amiga se arriesgó demasiado.

—Clara, te conocemos. Tú debes sentir algo por ese caballero o de lo contrario no le habrías permitido tales libertades —agregó Mary Anne con curiosidad, mientras Abby arqueaba una ceja esperando su respuesta.

—Yo... no... es decir... —tartamudeó Clara, nerviosa.

Viendo la complicada situación en la que Clara se encontraba, se sentía agradecida de no haber llegado más lejos con lord Fisherton. Lo mejor fue que todo hubiera quedado reducido a ese ocasional flirteo, y nada más. Así ella se evitaba un posible sufrimiento y una decepción amorosa, de la que seguro saldría más que maltratada.

Qué bueno que no dejó crecer ningún sentimiento inoportuno en su interior hacia el escocés.

No importaba que, en estos días y semanas, su mente hubiese caído cautiva del recuerdo de ese

hombre arrebatador; ellos no tenían nada en común y él se movía en círculos muchos más selectos que a los que Brianna tenía acceso como hija de un simple barón. Era difícil que volvieran a coincidir o a estar lo suficientemente cerca como para que se expusiera al peligro que rodeaba al duque.

Además, no es que alguien con su nivel y físico se interesaría en ella más allá de un coqueteo frívolo. Nada más lejos de la realidad, era algo absurdo e imposible. Ella estaría más que segura en su rincón de floreros, mientras el duque se codearía con las damas más solicitadas.

Su corazón estaba a salvo.

—Buenas noches, lindas damas —interrumpió una voz conocida. Las cuatro saltaron en sus sillas, sobresaltadas, y elevaron sus ojos para mirar al hombre que las había saludado. El antifaz no lograba ocultar los apuestos rasgos de Colín Bennett, conde de Vander, que les sonreía.

Brianna desplazó la vista hacia el costado, de inmediato sus ojos colisionaron con dos esferas azules y radiantes. Lord Fisherton la veía con un gesto pícaro que ocasionó que su rubor se intensificara.

No estaba solo, Maxwell Grayson, conde de Luxe, lo acompañaba con su expresión agria de siempre.

Las cuatro estaban anonadadas por su inaudita presencia, solo atinaron a mirarlos con los ojos y bocas muy abiertos.

—Eh... espero estén pasando una magnífica velada —siguió lord Luxe con tono vacilante, pegando con el codo al escocés parado a su derecha.

—Buenas noches, señoritas —saludó el gigante rubio, dedicándoles una reverencia. Ellas asintieron en repuesta al unísono como muñequitas—. Quisiera solicitarle esta pieza, señorita —continuó con su fuerte acento, regresando la vista a ella, que sintió calor hasta en la piel de su escote.

Anonadada, Brianna se quedó viendo la mano enguantada que él extendió hacia ella. Estaba paralizada y demasiado aturdida. No podía creer que estuvieran solicitándole un baile, no porque no hubiera bailado antes, sino porque si lo había hecho, fue con su hermano Richard que a menudo se apiadaba de ella, o con algunos de los jóvenes amigos de él.

Pero definitivamente jamás un caballero como el duque se había acercado a ella a solicitarle nada.

Abby bufó y se puso de pie, algo que sacó a las demás de su estupor y le imitaron.

Siendo consciente de que el duque esperaba una respuesta y no apartó los ojos de ella, Brianna se puso de pie con las piernas temblorosas. Su sola mirada anulaba su intento de reacción y acentuaba la excesiva timidez que a menudo le embargaba.

Mary Anne empujó con poco disimulo su hombro con uno de los suyos, aunque más bien tocó sus costillas, pues Brianna la superaba en altura por más de una cabeza. Sintiéndose avergonzada, aceptó la mano del escocés y se alejaron hacia la pista.

Mientras él la guiaba, el pánico le atenazó el estómago.

Ella, que se había creído a salvo, solo unos minutos después estaba siendo rodeada por los brazos del único hombre que hizo emerger emociones que creía profundamente enterradas en su interior.

Ellos ya habían tomado la posición de arranque; cuando los primeros compases del vals sonaron, Brianna solo deseó poder salir airosa de esa batalla. Aunque tenía el descorazonador presentimiento de que en esa guerra no había enemigos, sino contendientes, rivales que no estaban en igualdad de condiciones, en donde ella formaba parte del regimiento de los débiles.

Y el duque... él nació en el batallón de los vencedores.

Sus pies comenzaron a moverse, seguían el ritmo. El último pensamiento coherente de Brianna fue: ¿cuál sería el botín que reclamaría Alexander MacFire?

—Por fin, bella flor. Estás donde te quería y no puedes escapar. Deseo mucho de ti, pero me conformaré por ahora con oír tu nombre —murmuró él con su ronco acento escocés, acercó su rostro a su oreja mucho más de lo permitido. Y un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza.

Alexander pudo sentir el temblor que invadió el cuerpo de la muchacha y el ritmo agitado de su respiración al susurrar ese atrevido comentario. Y no queriendo presionarla demasiado, no fuera la pobre a desmayarse o salir corriendo despavorida —aunque la primera opción no le desagradaría porque significaría poder tocarla y estrecharla en sus brazos—, tomó la distancia correcta y la hizo girar para seguir el ritmo de la música. Agradecía que se tratase de una canción de tiempo lento, porque él no era un excelso bailarín, al contrario, era bastante torpe y a menudo tenía que durante uno de los pasos que debía ejecutar, su pareja de baile saliera volando por el aire aventada por su fuerza a veces desmedida.

Eso significaría, tal vez, su ostracismo social, y a su tío le daría un soponcio.

Por lo menos en lo que al vals se refería, prefería bailar ese estilo que los otros tipos de danza que le parecían ridículos y con los que se sentía un bufón amanerado moviéndose así. Además, al tener que enlazar brazos y manos a cada momento, siendo él tan alto en comparación a la mayoría de las damas, debía encogerse todo el tiempo y terminaba la noche con un dolor de espalda monumental.

—¿No me va a contestar, muchacha? —apremió sin dejar de observar la frente de ella, pues no levantaba su cabeza hacia él y se sentía tensa en las partes en las que sus manos la tocaban.

Aun así, notó que la joven se movía con gracia y suavidad. También cayó en cuenta de que él no necesitaba encogerse para nada, porque la dama tenía una altura superior a la media de las mujeres inglesas, incluso debía ser más alta que muchos caballeros, lo que a él particularmente le agradaba y complacía en demasía.

—¿En verdad no sabe mi nombre, su Excelencia? Estoy segura que el otro día escuchó cómo lady Mary Anne Russell me llamó, o lo habrá escuchado en otro sitio —inquirió ella, con aquella voz tan suave como grave que a él lo enloqueció desde la primera vez que la oyó.

—Para serle sincero, el día del infortunio que tuvieron en el lago, mi atención estaba en otra cosa y no me fue posible concentrarla en nada que no fuera aquello —confesó él, sonrió con picardía cuando vio cómo el rubor tan encantador que ella ya ostentaba, se intensificaba—. También sabrá que un caballero puede hacer uso de múltiples recursos para averiguar la identidad de una mujer que haya captado su interés. Y yo podría haber averiguado su nombre hace semanas, pero quiero oírlo de sus labios —explicó con tono demandante y tentador a partes iguales.

—N-No entiendo el interés y la obstinación, milord. Puedo decirle quién soy, pero eso carece de importancia, no ganará nada con ese conocimiento —señaló ella, nerviosa.

—Permítame contradecirla, encanto —contestó muy divertido con la actitud evasiva de la joven, mientras ejecutaban otro giro—, pero fue usted misma quien convirtió en un desafío el conocer su identidad. ¿O me seguirá negando que es usted la muchacha del museo?

El jadeo que ella emitió fue más revelador que su evidente sofoco, pese a ello, la dama permaneció en dubitativo silencio.

Alex apretó la mano que rozaba su cintura y la sintió estremecerse de nuevo.

—Dijiste que el destino sería el encargado de responderme, y el destino te puso de nuevo en mi camino, es más, te colocó en mis brazos directamente. Así que, ¿harás honor a tus palabras o seguirás huyendo, bonita flor? —preguntó muy cerca de su oído, convirtió su voz en un murmullo ronco.

La cercanía de la mujer, su aroma dulce, la visión de la piel de su escote y la cadencia de sus cuerpos rozándose con cada movimiento, enfebrecían su interior y lo hacían anhelar mucho más que un vals en un salón de baile. Deseaba algo mucho más íntimo y placentero.

Tenía la intención de hacer de ese secreto una verdad. Su comentario provocó que ella contuviera la respiración y su pecho se contrajera. La música comenzaba a bajar de intensidad, los últimos compases resonaban cuando la joven levantó su cabeza y sus miradas colisionaron con intensidad. Sus ojos verdes relucieron tras la máscara blanca y le miraron con abrasadora fijeza unos segundos. Los suficientes para que él sintiera su estómago apretarse y sus partes nobles endurecerse de manera inconveniente.

—Me llamo Brianna —dijo ella con suavidad. Alex pensó que era el nombre más perfecto que había oído en sus treinta y un años de vida—. Lamento tener que sacarlo de su error, excelencia, pero el destino no es el causante de que nosotros estemos ahora frente a frente. El destino no es más que nuestra propia voluntad tomando las riendas de nuestros deseos ocultos y de nuestras intenciones secretas.

Alexander abrió la boca para replicar, pero solo salió el sonido de su respiración agitada.

Entonces ella sonrió con sutileza y tras ejecutar una venía, se marchó dejándolo desconcertado, intrigado, impresionado y muy, muy acalorado.

Capítulo 5

Compostura, recato y sobriedad, son las perlas que adornan el cuello de una dama perfecta.

—Requisitos de una dama perfecta.

Solo unos días después de la mascarada de los Duques de Malloren, acaeció un cambio drástico en la hermandad.

—¡Tom, vuelve aquí, pequeño engendro! Devuélveme mis pololos —siseó sin aliento Brianna, interrumpió la persecución de uno de los gemelos pelirrojos, al tiempo que este se perdía por la dependencia del servicio, dejando el eco de su traviesa risa.

Frustrada, deshizo el camino para regresar al ala principal de la mansión, cuando se topó con lo que parecía un chismorreó entre doncellas detrás de una de las puertas que llevaban a la cocina.

—Mira nada mas la fea solterona, resultó más avispada que muchas debutantes —dijo con tono malicioso una de las fregonas del piso de abajo.

—Ni que lo digas, Maggie, y nada estúpida para elegir, se aseguró nada más que al conde de Lancaster. Han dicho que estaban comprometidos desde hace un tiempo, pero lo cierto es que los encontraron en pleno acto en el baile de Lady Harrison —agregó su doncella personal y luego prorrumpió en carcajadas.

Brianna tuvo que sostenerse de la pared al oír sus palabras y cubrir con su mano derecha su boca para reprimir el jadeo que estuvo por escapar de ella. Tenía que enviar ya mismo un mensaje a Mary Anne, quien seguro también se había ya enterado de la inminente boda de Clara Thompson.

—Clara, amiga, ¡tienes que explicarnos lo que está sucediendo! —espetó Mary, ni bien la doncella les abrió la puerta del cuarto de Clara.

—Supongo que el rumor ya se ha extendido por toda la ciudad—suspiró ella, sentándose en su tocador.

—¿Estás bien? ¿Acaso el conde te ha dañado o coaccionado de algún modo? —preguntó Brianna, acercándose a ella y posando una mano en su hombro.

Clara echó un vistazo a su doncella que se hallaba extendiendo el atuendo que usaría ella en la fiesta. Y tras despedirla, se giró hacia ellas.

—No, más bien todo lo contrario, y eso es lo que más me pesa —respondió Clara una vez estuvieron a solas.

—Entonces, ¿es cierto que fueron hallados in fraganti en la sala de Lady Harrison? —interrogó Mary, quien más que preocupada, parecía emocionada.

—Yo... —vaciló Clara, ruborizada.

—Yo puedo satisfacer su curiosidad —dijo una voz desde la entrada y las tres voltearon para ver a la recién llegada, quien se adentró en el lugar. Abby estaba ya vestida para la celebración, al igual que Mary Anne. Las dos habían corrido hacia la casa de las Thompson en cuanto recibieron la invitación firmada por los marqueses de Garden—. Mi hermana y el infame conde fueron sorprendidos en un más que íntimo abrazo. Tu propio hermano, Brianna, resultó ser un espectador privilegiado. ¿Es que no te ha dicho nada?

—No. No he visto a Richard desde anoche —negó ella, pensativa, su hermano no compartió el

desayuno con la familia. Pensándolo mejor, con lo reservado que él era, no creía que, de haberlo visto, le hubiese dicho nada de lo sucedido en el baile.

—¿Lord Lancaster te comprometió en contra de tu voluntad, Clara? —cuestionó Mary, asustada, adelantándose a la pregunta que ella misma pensaba hacerle.

Abigail bufó y se dejó caer en el asiento junto a la ventana.

—No, amigas. De hecho, él aceptó mi voluntad y postura de permanecer soltera, pero dejándome claro que deseaba casarse conmigo sinceramente y, bueno, yo... —titubeó Clara, concentró su vista en sus manos, luego alzó la vista hacia las tres, y con la mirada brillante y sus mejillas muy sonrojadas terminó.

—Yo le confesé que correspondo sus sentimientos, por eso es que él me besó y nos dejamos llevar.

Las palabras de la castaña quedaron flotando en el aire unos segundos, después fueron reemplazadas por el chillido de alegría de Mary Anne.

—¡Oh, por Dios, eso es maravilloso! Hacen una pareja formidable. ¡Es la historia de amor más bonita de todos los tiempos! Ni siquiera la de Romeo y Julieta se le iguala —aseguró al precipitarse hacia Clara y abrazarla con emoción.

—Estoy muy feliz por ti, Clara. Serán muy felices, ya verás. El conde parece un caballero muy agradable y honorable. —Se sumó ella, se acercó también a su amiga y le dio un beso en cada mejilla.

—Solo hay un problema, yo sigo creyendo que el matrimonio no es para mí, muchachas —declaró Clara, en su rostro se denotaba la duda y la aprensión.

—Pues es demasiado tarde para echarte atrás, hermana. Cuando estuviste a tiempo, no lo hiciste. Ahora, a menos que estés dispuesta a huir al exterior y condenar a la familia a un escándalo, deberás casarte. Pero no es el fin de tu vida, encontraremos el modo de seguir con nuestros planes y cumplir tu sueño —exclamó Abby con tono neutro, apartó la vista del grupo y la fijó en la ventana.

Clara bajó la cabeza y los hombros con expresión derrotada. Mary Anne y ella intercambiaron miradas de compasión.

—Bueno, tampoco lo tomes con ánimo de luto, Clara. Ya quisiera yo tener como esposo a semejante ejemplar masculino —dijo con tono pícaro y anhelante Mary, hizo que las demás rieran.

—Estoy de acuerdo —acotó Brianna en cuanto sus carcajadas y comentarios, que ninguna señorita debería siquiera estar pensando cesaron—. Deberías estar muy agradecida, Clara, te ha cazado un partido inmejorable, serás la envidia de muchas —aseveró risueña ella, ya que no eran muchas las jóvenes de su grupo que podían presumir de tener un prometido tan apuesto y jovial. Gran parte solo podían aspirar a casarse con uno con la dentadura a la mitad, barriga, peluquín y relleno en sus pantorrillas.

Abby hizo una mueca de asco y simuló correr tras el biombo, lo que provocó la hilaridad en las otras. Entonces regresó la doncella de Clara para continuar preparando a la futura novia.

—No lo puedo creer. Pareciera que estuvieran desesperados por deshacerse de mí —se quejaba Clara sentada en el tocador.

—No creo que se trate de eso, amiga. Solo que, si la boda es en dos semanas, se debe celebrar el compromiso con urgencia —le consoló Brianna, observó el gesto impotente de su amiga.

—Además, sino lo hicieran, crecerían las especulaciones que dicen que el conde accedió a casarse contigo para evitar el escándalo —agregó Abby.

Clara fue enfundada en un vestido de seda y organza dorada, con el que se veía bastante bonita, pues si bien la hacía ver algo añorada y perdida entre tanta tela, componía una mejora

considerable en comparación con los feos modelos que solía llevar. Le recogieron su cabello castaño oscuro en un rodete sobre su cabeza acompañado de largos pendientes, un poco de colorete en las mejillas y brillo en sus labios.

—¿Estás lista, Ara? —preguntó Abby acercándose y mirándola a través del espejo.

—No. Pero no tengo alternativa —bromeó Clara, soltó un suspiro trémulo y un más que obvio nerviosismo.

—Te ves bonita, amiga, Lord Lancaster se pondrá feliz cuando te vea — comentó con una sonrisa Mary Anne. Brianna asintió apoyando esa conjetura.

Un golpe en la puerta interrumpió su respuesta. Lily, la doncella, se apresuró a abrir, entonces apareció la silueta del padre de las hermanas Thompson, ya vestido para la cena. Abby y ellas abrazaron a una temblorosa Clara. Abandonaron la habitación rumbo al salón de eventos que tenía la mansión.

Dentro de la estancia, donde habían sido colocadas las mesas para la cena, se llevaría a cabo el brindis y departirían acompañados por un cuarteto de cuerdas, contratado especialmente para la ocasión. Se hallaban congregados familiares y amigos más cercanos de ambas partes, tenían en cuenta que todo se organizó en medio día; la reunión se convirtió en un acontecimiento íntimo, había alrededor de cincuenta personas allí.

Cuando ellas ingresaron, varias miradas se posaron en el trío y regresaron a sus conversaciones. Abby hizo una seña para que la siguiesen hacia un lateral del lugar, ella se dispuso a hacerlo, pero una enorme figura se interpuso en su camino.

—Nos volvemos a encontrar, bonita flor —comentó la potente voz del duque de Fisherton y eso, junto con el detallado escrutinio que el gigante hizo de cada parte de su ahora tembloroso cuerpo, ocasionó que el aire quedase retenido en sus pulmones.

—Buenas noches, su Excelencia —se obligó a articular ella ejecutando una reverencia, antes de que el hombre pensase que era lenta de entendimiento. Aunque seguro su sonrojo era bastante delatador.

—Nunca he estado en una cena de compromiso. ¿Tiene algún consejo, señorita? —soltó el duque y esbozó su magnífica sonrisa.

Brianna reflexionó su respuesta, pero le costaba concentrarse bajo la intensa mirada azul del rubio.

—Pues ninguno, su Excelencia. Se trata de una cena más bien familiar, así que las reglas de etiqueta son más flexibles. —Agradeció que un lacayo se acercara y les ofreciera sidra.

—Con que más flexibles... —murmuró el caballero bebiendo de su copa sin apartar la vista del movimiento que los labios de Brianna hacían al beber.

Ella sintió su garganta secarse a pesar de beber y empezó a buscar alguna vía de escape.

—Entonces espero poder estar muy cerca de ti esta noche, bonita flor —siguió el duque con un tono que parecía insinuar oscuras promesas.

Siendo testigo de su sofoco y enmudecimiento, le guiñó un ojo y se marchó.

Aturdida, Brianna se percató de que Clara y Lord Lancaster acababan de hacer acto de presencia, así se daba formalmente inicio a la celebración.

Abby y Mary se detuvieron a su lado. Mientras los novios comenzaban a saludar a los presentes, ella no pudo evitar que sus traicioneros ojos estudiaran el lugar hasta dar con el objeto de sus deseos prohibidos.

El gigante escocés, que se veía más que atractivo en su traje color gris azulado, al parecer sintió el peso de su mirada y clavó en ella sus seductores orbes zafiro. Su sonrisa que había estado dirigida a sus amistades, ahora se tornó misteriosa y también peligrosa. Brianna más que

acalorada y también apenada, se apresuró a apartar la vista del hombre.

Deseando que la hora transcurriera rápido, así ella pudiese regresar a casa y refugiarse en su habitación, de lo contrario, estaba segura de que sufriría alguna clase de parálisis en el corazón. Ya fuese cerca o del otro lado de una enorme habitación, el duque de Fisherton era demasiado letal para su salud mental, espiritual y física.

Durante la cena que se había dispuesto en el gran comedor, Brianna apenas pudo pasar bocado. Frente a ella se hallaba sentado el conde de Vander, Lord Fisherton y Lord Luxe. Al principio, el duque clavó su mirada azul en ella con tanta intensidad, que podía ver cómo sus pupilas brillaban siguiendo el movimiento que ella hacía al comer y tragar. Por supuesto, la boca de su estómago se cerró y estaba más que ruborizada, con sus ojos clavados en el plato y los nervios a flor de piel.

Abigail, por el contrario, parecía estar muy tranquila al alimentarse, pasaba por completo del caballero rubio que tenía sentado a su lado. El conde parecía indignado con la falta de consideración y buena educación de la dama. No disimulaba su ceño fruncido.

Por parte de Mary Anne, ella parecía ensimismada, solo se movía para comer y beber. Aunque de vez en cuando sus ojos cafés se desviaban hacia el frente, donde el conde de Luxe comía y conversaba con uno de los parientes de Clara con aparente pasividad. No obstante, lucía tenso, sus dedos se crispaban con más fuerza de la necesaria al tomar los utensilios y si seguía inclinándose así, terminaría por enterrar la cabeza en el plato.

Las primas de las hermanas Thompson, quienes estaban más que emocionadas con la presencia de los tres caballeros solteros, por supuesto, apuestos, no hacían nada por ocultarlo. Pronto comenzaron a coquetear con ellos, lanzaban risitas tontas, movían sus pestañas con provocación y se inclinaban para alcanzar sus copas mucho más de lo necesario, hacían desbordar sus escotes.

De más estaba decir que, a excepción de una de ellas, quien estaba comprometida y su aspecto era parecido al de Clara, pues era de la rama paterna de la familia, las otras tres eran rubias como Abby, con ojos azules, rasgos bonitos y femeninos. También lo era la hermana menor de la madrastra de las muchachas, quien miraba con un brillo depredador en sus orbes verdes al conde Vander.

Los tres hombres no pudieron evitar quedarse embobados por sus movimientos seductores.

Ante este espectáculo, Abby bufó con fuerza, Mary suspiró y se lanzó a por el postre, que consistía en pastel de arándanos y nueces, como si la vida le fuese en ello. Brianna rodó los ojos, no dudó en terminar de golpe del contenido de su copa.

Pero se avergonzó al ver que Clara se había percatado de toda la patética escena que protagonizaban y las miraba muy divertida. Así que volvió a prestarle atención a los platos. Inició una conversación sobre su personaje favorito con Mary. Pronto, como siempre que hablaban de libros, se sumergieron en una revitalizante discusión y olvidaron al resto.

Luego de finalizar la comida, se trasladaron al salón de música, donde se dispuso todo para el brindis y el anuncio oficial.

La sala de música tenía apostado en un rincón algunos instrumentos. El grupo de mayores se dirigió a una esquina, donde se dispusieron a beber té y brandy los caballeros. Por su parte, los jóvenes se quedaron en el extremo contrario. Ni bien se hubieron sentado en los largos sillones, las primas de Clara y Abby se hicieron con estos, comenzaron a interpretar una hermosa melodía.

Al terminar la canción, recibieron aplausos.

Alexander estaba bastante aburrido, con ganas de marcharse hacia el club; le resultaba agobiante los descarados filtros de las jóvenes rubias, no porque no fuese capaz de apreciar toda esa belleza, sino porque era muy evidente la codicia en sus miradas, que solo intentaban cazarles y asegurarse un pretendiente con título. Además, la única dama que a él le interesaba en realidad,

no le dirigía la mirada ni le prestaba atención. Ofuscado, algo extraño en él, decidido a largarse, iba a decírselo a Luxe, cuando Vander propuso hacer un juego.

El aire perverso y juguetón en el rostro del conde delató sus intenciones secretas, esto intrigó a Alex.

—Me apunto. —Recuperó la sonrisa. Tal vez pudiese terminar esta velada de manera más interesante.

—Oh, es una magnífica idea —canturreó Lady Valerie Tanner, una de las primas de Clara; sus hermanas Vanessa y Vivian asintieron entre chillidos. Lady Tamara Thompson solo asintió. Las cuatro floreros se limitaron a mirar a Vander sin mucho entusiasmo.

—Bien, el juego consiste en que cada uno deberá desafiar a otro a demostrar algún talento musical, si el elegido se niega, deberá cumplir la prenda que se le imponga — anunció Colín.

Todos estuvieron conformes, a excepción de la futura novia y su grupo. Maxwell, sentado a su lado, murmuró una queja, y Alex solo le ánimo con una palmada.

—Empiece usted, Lord Vander, ya que tuvo esta magnífica idea —indicó la señorita Meredith Gibson en tono seductor, hermana de la anfitriona y actual marquesa de Garden.

Colín aceptó y rápido desafío a la pequeña Thompson, quien reaccionó con desinterés y contrariedad, se negó con rotundidad.

Algo que, en lugar de molestar al Colín, pareció satisfacerle, a juzgar por su mirada sardónica y la promesa de cobrarse la prenda que le hizo.

Luego la señorita Gibson desafió a Clara Thompson, quien palideció y negó con su cabeza, pareció querer salir corriendo. Al final, Lady Abigail se sumó y las dos hermanas interpretaron una dulce canción de cuna. La voz de la mayor era encantadora, la menor ejecutaba las mitades en el piano con maestría.

La última nota flotó en el aire, dejó a todos los presentes en estupefacto silencio. Alex muy divertido por la cara de estúpidos que tenían ahora Marcus y Colín, prorrumpió en aplausos y elogios, a los que se sumaron las amigas de las muchachas.

—Me toca —dijo Lady Mary Anne Rusell, enfrentando al grupo. Y para Alex no pasó desapercibido la rigidez que atacó al cuerpo de Luxe.

—Desafío a Lord Luxe y a Lord Fisherton— declaró, sonreía a la pelirroja que negaba hacia ella con mirada desesperada.

Alex y Max se miraron, se negaron al unísono. Él nunca había cantado en público, no al menos sin varias jarras de cerveza encima, rodeado de sus hermanos y amigos.

—¿Cuál es la prenda si rechazamos el desafío? —preguntó con un gruñido Maxwell. Miraba con fijeza a la joven.

—Eh... —vaciló la morena—. Deberán... volver a sus hogares descalzos y a pie —dijo de un tirón.

Ellos abrieron los ojos como platos ante tan descabellada idea.

Se oyeron las risas de Colín y Marcus.

—¡Eso es inaudito e inaceptable! Le exijo que cambie de prenda —ordenó ofuscado Max con gesto envenenado.

—Lo siento, eso no está en las reglas. O aceptas el desafío o cumples con la prenda —intervino con hilaridad Colín, ganándose una mirada asesina del castaño.

Alexander desvió su mirada hacia la joven pelirroja, la atrapó observándole también. Ella se ruborizó y desvió la vista con rapidez. Entonces una idea cruzó por su mente, quería provocar a la joven, tener su atención por completo y sabía cómo lograrlo.

—Bueno... yo acepto. Eso sí, solo me sé canciones de mi tierra. Tú puedes acompañarme con

la flauta, mencionaste una vez que sabías tocarla. —Sonrió Alexander palmeando la espalda de Maxwell, quien parecía ser llevado a la horca.

Una vez ubicados en el centro, Alex le dijo a Luxe que cantaría una canción que solían entonar en las fiestas que hacían en Escocia.

—¿Estás bromeando?! No puedes querer interpretar alguna tonada de borrachos. ¡Estamos en un maldito salón en medio de Mayfair Square, no alrededor de una hoguera! —susurró, a su vez, frenético el conde.

—¿Y qué quieres? ¿Que cante como una monja en una iglesia? ¡Ni siquiera he pisado una! Ya basta de ser tan puritano, Luxe, que de santo no tienes nada. Deberías lanzarte de una vez sobre la morena, de lo contrario el morado de tus bolas te llegará hasta el cuello —terminó exasperado Alex y se giró hacia la audiencia.

Aclaró su garganta; su voz resonó gruesa y ronca, su acento escocés resaltó. Mientras tanto, Maxwell tomaba su instrumento a regañadientes y soplabla el ritmo de una rápida balada.

Él fijó su vista en la pelirroja, ella le miró con su piel sonrojada y la respiración contenida.

Esta noche quiero beber.

Esta noche quiero buen vino.

Esta noche quiero intentar olvidar.

Cuánto anhelo perderme en tu cuerpo.

Cuánto anhelo beber de ti lo prohibido.

Esta noche quiero mirar tus pies danzando en la hoguera.

Esta noche quiero admirar tu cabello flotando en tu espalda.

Esta noche quiero escuchar tu risa bailando en el viento.

Esta noche quiero tus labios.

Esta noche quiero tus amores.

Esta noche quiero arder en tu fuego.

Esta noche quiero llamarte mía.

Pero esta noche solo tengo mi pena. Mientras ella, la luna, tiene a la musa de esta oda.

Yo entonces me colaré como un furtivo ladrón en su cuarto.

Yo entonces me robare su deseo y saquearé el elixir de sus encantos.

Las últimas palabras quedaron suspendidas en el aire. Y Alex, sin dejar de mirar a la joven, le transmitió que aquello más que una canción, era una promesa. Una declaración de guerra abierta, un ataque sin tregua, en donde el botín sería ella y solo ella.

El ambiente entre ellos pareció subir de temperatura. La joven parecía querer desmayarse. Él solo sonrió satisfecho, al tiempo que Colín aplaudió al dúo, riendo a mandíbula batiente, y Marcus le secundó apiadándose del gesto angustiado del muy correcto Maxwell. El resto de las damas habían quedado paralizadas y boquiabiertas, solo atinaron a mirarse entre sí y abanicarse con brío. En ese momento, se acercaron los marqueses y todos se callaron, como si cometiesen algún acto ilícito.

—Queridos, ha llegado la hora de formalizar el compromiso —anunció Lord Garden enfocando su vista gris en su hija mayor.

Todos se pusieron en pie para seguir la comitiva. Alex se mantuvo en su lugar hasta que la señorita Brianna no tuvo más opción que pasar por su lado. Ella estaba bastante acalorada y temblorosa, pero, aun así, él se inclinó y antes que huyese, le susurró con descaro y tono ronco:

—Quedas advertida, bonita flor, tarde o temprano serás mía.

Capítulo 6

Recato, sobriedad, y beatitud, son las virtudes máspreciadas a las que solo una dama perfecta puede aspirar.
—Requisitos de una dama perfecta.

Dos semanas prácticamente transcurrieron desde la última vez que Briana vio al duque de Fisherton. Y si se lo preguntan, sí, la protagonista de esta extraña, pero simpática historia de amor, huía del príncipe del cuento. No obstante, no hay que ser tan duros con ella, después de todo, el príncipe, más que un caballero, parece un dragón, uno enorme y salvaje que puede quemarla de pies a cabeza con una sola de sus miradas de fuego.

Briana estaba más que asustada, tanto como por el interés que el duque manifestó hacia ella, como por sus propias reacciones cuando tenía cerca a ese hombre y también de sus propios pensamientos cuando no lo tenía en frente. Estos eran los más peligrosos para ella, pues de un tiempo hacia aquí, empezó a imaginar y pensar en cosas que eran del todo imposibles. Algo que le aterrorizaba, ya que, si había algo que le salvó siempre de la amargura, el rencor y demás emociones negativas, era su sentido de la realidad y la practicidad. Lo que no era para ti, no lo era y ya. Debía quedar relegado a la nada, no perder ni un segundo en desear lo que nunca estaría a tu alcance. Hacerlo solo generaba frustración y tristeza.

Sin embargo, su mente parecía no recordar nada de esto cuando aparecía cierto duque en escena. Por esto es que lo evitaba como a la peste.

Ella no quería sufrir, y sabía que intentar ver más allá de los descarados coqueteos de Fisherton, quien era un seductor nato y su trato hacia ella era parte de su naturaleza, sería terminar abocada al fracaso y a la decepción. Ese hombre coqueteaba tantas veces como respiraba. No se fijaría en ella para nada más que ese juego de galanteo superficial. Ella no era una dama que cumpliera ninguno de los requisitos necesarios para convertirse en una candidata si quiera aceptable como duquesa. Además, no es que el hombre hubiese manifestado estar en busca de sentar cabeza, ni tampoco había hecho declaraciones de amor; eso solo sucedía en los libros. En ellos no había protagonistas floreros, feas, pelirrojas y desastrosas como lo era ella.

Por fortuna, los días en que no tuvo que toparse con el escocés, le sirvieron para volver a centrarse en sí misma y regresar al eje, calma y realismo que siempre la caracterizaba, hasta la noche en que decidieron reunirse para despedir la soltería de su amiga Clara Thompson. Allí perdió mucho más que la practicidad; sus anhelos y fantasías ocultas quedaron al desnudo.

Dos días antes de la boda de Clara, se hallaban en la alcoba de esta las cuatro integrantes de la hermandad.

—¿No creen que es imprudente esto? —titubeó Briana al señalar el vaso aún vacío que sostenía entre sus manos.

—Bah, no lo es. Nunca he comprendido la razón por la que se les reserva a los hombres el derecho de beber alcohol —bufó Abby al terminar de servir el líquido transparente y pasándoselo a ella.

—Eso es cierto. No es como si no supiésemos cómo es. Desde jóvenes se nos permite tomar

vino en las comidas —apoyó Mary Anne acercando su nariz a su vaso, no tardó en arrugar un poco su nariz.

—Pero no es lo mismo, Mary. Esto es Whisky escocés, y del fuerte. No creo que nuestros estómagos resistan —alegó preocupada Briana. No es que quisiese aguarles la diversión, pero ella, cuando se desvelaba y era incapaz de conciliar el sueño, asaltaba la licorera de su padre y se tomaba un dedo de aquella bebida. Por lo tanto, sabía de su efecto y de que ninguna de sus amigas llevaría bien beber tanta cantidad, menos por primera vez.

—Solo será un vaso, lo necesito —pidió Clara con un suspiro. Al inicio se opuso a la descabellada idea de Abby, quien robó la botella del aparador del marqués, pero cuando hizo la sugerencia de que Clara debía relajarse y tratar de dormir, pues no lo hacía bien hace una semana, la mayor terminó claudicando.

—Listo. Ahora brindo por mi hermana mayor, por que sea feliz y no se contagie de la estupidez de su futura familia política —anunció Abby al cerrar la botella después de servirse y levantar su vaso con fingida pomposidad.

Las cuatro hicieron chocar sus vasos y se quedaron mirándose con duda.

—¡Ah! Y por que mis sobrinos no hereden la ineptitud de los Bennett —terminó con sorna la rubia.

El resto exclamó:

—¡Viva! —Riendo por sus ocurrencias y después de contar hasta tres, llevaron los vasos a sus bocas y vaciaron el contenido.

Media hora después, habían bebido casi toda la botella y comenzado a reír sin sentido por cualquier cosa.

—Quied lo diría, ¡Lady ratón ponto se comerá un rico qesho! —graznó con dificultad Abby, ella y Mary prorrumpieron en carcajadas.

—¿Estás preparada para tu noce de boda? —interrogó Briana intentado enfocar a Clara y fracasó, puesto que miraba hacia uno de los postes de la cama.

—No. Y ni siqueda sé qué debo hacer —negó Clara viendo, extrañada, dos cabezas igualitas a la de su amiga pelirroja asentir comprensiva.

—No creo que den... debes preocuparte. Lod Lacaster pareshe un hombre eshperimentado —aseguró Mary Anne abanicándose con fuerza. Empezaba a hacer calor en la alcoba y eso que ya habían apagado la chimenea.

—Ess shierto, Ara. Tú Romeo sa... sabe lo que se hace y no te hagas que sha te depeinó en variash ocasions —le dijo Abby al rebuscar en su vestido, que al igual que las otras tres, aún no se había quitado—. Voilà —exclamó al mostrar su mano con la palma hacia arriba.

Las tres se inclinaron para ver qué les enseñaba y abrieron los ojos como platos.

—¿Estás loca? —inquirió alucinada Clara.

—No pensarás que... —intervino Briana.

—¡Hagamoshlo! ¡Liberemosno de las cadenas del machismo! —chilló Mary Anne saltando en el colchón, las hizo sobresaltar y cayó desparramada en el suelo alfombrado por el brusco movimiento.

Su rostro de consternación les causó gracia y mientras ella se levantaba tambaleante, las demás rieron.

—Enronces, ¿qué dicen? Solo sherá uno y nade nuca tiene que shaberlo, sholo noshotras —les propuso la rubia con mirada pícara.

Clara y sus amigas se observaron con gestos interrogativos, luego asintieron hacia Abby, quien procedió a encender el puro que sostenía.

Alexander se encontraba en la mansión de Maxwell Grayson, jugaba una partida de póker junto a los mellizos Bennett. Se reunieron para celebrar la anteúltima noche de soltero del conde de Lancaster.

—Tu turno, Colín —dijo Marcus y sorbió de su Whisky.

—¡Por un demonio! —se quejó Alex cuando Colín mostró su mano. Otra vez perdía y es que, además de que el maldito Vander era muy bueno y que Luxe era un auténtico as del juego, había otro motivo para su pésimo desempeño. No estaba concentrado para nada, su distracción se acrecentaba desde hace unas semanas.

No era cualquier distracción, tenía nombre y apellido: Briana Colleman.

Y su más que efectiva manera de dejarle claro que no quería verlo cerca.

Al parecer, metió la pata hasta el fondo con la muchacha, pues después de lo que hizo en la cena de compromiso, no la había vuelto a ver. Se sentía extraño con esa realidad y no es porque no estuviese acostumbrado a que las mujeres decentes huyesen de él, que lo estaba, sino porque en este caso le provocaba un mal sabor de boca pensar que podría haber insultado o incomodado a la joven de alguna manera.

Es que era un bruto condecorado, no sabía cómo había ido a tratar a la dama, como si fuese una lechera de su aldea, mas lo hizo y ahora arruinó la oportunidad de acercarse a ella para conocerla.

Podría parecer una locura, de seguro sus amigos le dirían que estaba desquiciado, pero él quería tener la amistad de la señorita Colleman. Ella le interesaba de una manera extraña e indefinible, quería poder saber más de ella y pasar tiempo a su lado. Lo que, por supuesto, no quitaba que también deseara desnudarla y saquear cada uno de los tesoros que estaba seguro escondían esos poco atractivos vestidos.

Colín sonrió con perversidad y descubrió su mano, era una escalera real y con esas cartas volvía a ganar otra partida. Gruñendo, Max y el resto le pasaron su ganancia, mientras el rubio se regodeaba y gesticulaba, satisfecho.

—Ya ven, soy el as del póker, bastardos —presumió.

—Eres un fanfarrón, amigo —comentó risueño Alex.

—Qué puedo decir, camaradas. La fortuna está de mi lado. No te aflijas, hermano, tú ya tendrás a tu ratoncito para consolarte en dos días —se burló Colín elevando las cejas con sorna.

Marcus le lanzó una botella vacía, fastidiado de sus pullas y también afectado en su sentido competitivo, mas no le atinó y su hermano la atrapó carcajeándose. Un fuerte golpe en la ventana les hizo paralizarse alertas. Estaban en la biblioteca de Grayson, que quedaba en la primera planta.

Maxwell se puso en pie y caminó hasta la ventana que daba al lateral este de la mansión. Con precaución, corrió las cortinas y se asomó.

—¡Qué diablos! —siseó con pasmo el conde.

Los otros tres se enderezaron para intercambiar miradas preocupadas.

—¿Qué sucede, Luxe? —inquirió Marcus cuando el conde soltó la tela que estrujaba y se volvió hacia ellos con el rostro demudado.

—Es... Son tu prometida y sus amigas... —contestó con la voz estrangulada.

Marcus abrió la boca tanto, que se cayó el cigarro que fumaba. Increíblemente, se levantó como un rayo y cruzó la habitación para mirar por la ventana. Alex y Colín se vieron con pasmo, no dudaron de seguir al otro.

Era cierto. Fuera estaban Lady Clara y las demás. Tenían piedritas en sus manos y estaban apoyadas una en la otra riendo sin parar.

—¡Por Cristo y todos los santos! Están completamente borrachas —exclamó Colín,

estupefacto.

—¡Esto es inaudito, insólito, inadmisible! —chilló Maxwell yendo hacia la puerta como una tromba.

Marcus le siguió con gesto preocupado. Al tiempo que Colín y él cerraban la marcha riendo entre dientes. Luxe, a quien nunca había visto tan alterado, parecía un caballo desbocado dirigiéndose hacia la calle.

Por fortuna, las cuatro damas se encontraban en el lado lateral de la casa y no al frente donde estarían a la vista de todos. Era seguro que vieron la luz encendida por el vidrio de las ventanas. Cuando rodearon la mansión, observaron que las mujeres se esfumaron. Ya no estaban del otro lado de la reja. Se miraron, angustiados, pero no tuvieron que buscarlas porque un estridente chillido les hizo ubicarlas a unos metros.

—Pero, ¡qué diablos! ¡Se va a romper el cuello! —exclamó Lancaster y corrió hacia donde Lady Clara, quien intentaba trepar con la torpe colaboración de sus compañeras.

Colín llegó antes que él y logró sujetar a Clara antes de que esta se estrellara en el suelo.

—¡Oh! —dijo la joven al sostenerse del cuello del rubio—. Lord Lancaster, lo estaba buscando. Tengo que decirle algo importante —continuó Clara cuando el rubio la depositó en el piso.

Alex se detuvo tras Marcus, que frenó en seco y respiraba agitado, y a su lado lo hizo Luxe. Él concentró su mirada en la pelirroja que estaba apoyada contra el tronco de árbol, su aliento se cortó cuando vio que le miraba con fijeza. Sus ojos verdes estaban inusualmente brillantes y su mano acariciaba uno de sus mechones pelirrojos que se escaparon de su desordenado moño.

—Quiero decirle que... —siguió la dama con dificultad y el habla trabada—. Yo soy un ratón, usted es un felino y eso me gusta. ¿A usted le gusta también? —Vander intentó quitar sus manos de su cuello, pero la joven se lo impidió.

—Milady, me está usted confundiendo. —Echó una mirada desesperada hacia su hermano, quien pasó de apretar los puños con fuerza, a soltar el aire con un resoplido.

—¡Y usted a mí! —gritó de repente la muchacha—. Yo lo quiero, usted es lindo. Es rico como un pedazo de queso. Quiero a mi queso, ¿usted me quiere? ¡Confíeselo! —ordenó Lady Clara, mientras que Vander sofocaba la risa y daba un paso atrás. Ocasiónó que la luz de la luna iluminara sus rasgos.

—¡Si serás Clara! Este no es tu prometido, es el inepto del hermano —se burló Lady Abigail soltando una carcajada, algo que nunca le habían visto hacer.

—Oh... lo siento —se lamentó Lady Clara, soltó un hipo y una risita.

—Lady Clara, venga, por favor —intervino Marcus quitando a su hermano con una obvia entonación tierna.

—Mi Julieta, este árbol me impidió subir a tu balcón. Nunca creí que ser Romeo fuese tan difícil —se quejó molesta Lady Clara cuando lo reconoció.

—Milord... le encontramos. Vieron, amigas, les dije que Lord Lancaster estaría en casa del estirado —comentó contenta Lady Rusell, la amiga bajita.

Luxe gruñó ante su atrevimiento y dio un paso adelante. Se puso en el foco de visión de la morena que, al parecer, no se percató de su presencia.

—¿Habla de mí, milady? —inquirió muy serio.

Lady Mary Anne abrió los ojos como platos al verle y luego se desplomó como peso muerto. Maxwell reaccionó con presteza, la sostuvo antes de que su cabeza se golpease y la recostó con cuidado en el césped.

—¡Milady! —siseó más que alterado Luxe, inclinándose sobre la joven.

Sus caras quedaron pegadas y una sonrisa apareció en el rostro de ella, que pestañeó y abrió los ojos para mirar al castaño conmocionado.

—Siempre quise hacer eso —dijo con voz soñadora, ignoró que en esa posición su abundante delantera quedaba expuesta.

—¡Ha fingido! ¡Usted está chiflada! —se quejó indignado Max.

—¡Oh! Ya volvió el gruñón. Por qué es usted tan apuesto como malhumorado. En serio quiero apreciar su belleza, pero su cara de vinagre me dificulta hacerlo — preguntó con una mueca traviesa ella.

Alex negó, divertido, luego decidió hacer algo por el cuarteto de damas, pues si seguían allí, aquello terminaría en escándalo, por lo que salió a la acera y le hizo una seña a su cochero que esperaba en su puesto.

—El carruaje ya está esperando. —Apareció detrás de los demás, notó que Lady Rusell ya se encontraba de pie.

—¡El salvaje! — exclamó Lady Abigail con una sonrisa tonta.

—No les digas así. No es un salvaje, ya te dije, Abby. Es un Highlander, he leído sobre ellos —la reprendió la señorita Colleman separándose del tronco del árbol y parándose junto sus amigas.

—Para mí es un bárbaro. Mira su pelo y su barba, y la manera en que te mira, parece que quiere comerte de un bocado, Briana — afirmó Lady Abby al señalarlo. Él elevó las cejas y a duras penas sofocó la carcajada que pugnaba por salir. A decir verdad, en ese momento bien podía pasar por un salvaje, pues no esperaba encontrarse con damas, por eso no presentaba su aspecto más aseado y elegante.

—Así que un bárbaro, ¿usted cómo está tan segura? —la desafió Alex, divertido, se acercó de manera muy lenta y deliberada a la rubia que llevaba las gafas torcidas.

—No le haga caso, su Excelencia. Lo que sucede es que usted llevó esa pollera en su primera aparición social —aclaró la pelirroja.

—¿Pollera? —interrogó con una ceja alzada él, un poco desorientado, con una mirada hilarante hacia la muchacha.

—Su traje de gala. He investigado y ahora sé que se llama kilt. Sin embargo, tengo una duda, ¿es cierto que debajo de ellos, ustedes no llevan absolutamente nada? —preguntó con el rostro ruborizado y mirada curiosa.

Alexander quedó alucinado por su atrevida pregunta, pero nada escandalizado, sino más bien fascinado.

—Claro, muchacha —aseveró y soltó una risotada al presenciar la reacción de la joven. Ella abrió los ojos muchísimo y en su cara apareció una mueca de emoción, más que de impresión.

—Por casualidad, ¿no puede volver a ponérselo, su Excelencia? —pidió con un ruego esperanzado ella. Hizo estallar en carcajada a los tres y hasta Maxwell negó con la cabeza y una sonrisa.

—¿Por qué están en este estado y cómo llegaron hasta aquí? —inquirió Marcus volviéndose hacia Clara.

—¿Qué estado? —soltó confundida ella.

— Borrachas como una cuba —puntualizó Colín.

—Solo bebimos un vaso o dos de ese licor escocés. De verdad no recuerdo cómo llegamos. A propósito, ¿dónde estamos? —alegó desorientada Clara.

—Lo que dije, se emborracharon con Whisky seguramente y, además, apestan a cigarro — agregó Colín, incrédulo.

—¡Cómo se atreve! Nosotras somos damas intachables, señor —protestó Lady Abigail fulminando al conde con sus ojos azules apenas visibles, ya que sus lentes estaban empañados.

—Sí, damas son, lo de intachables no podría asegurarlo —le provocó Colín cruzando los brazos.

—¡Oh! Es usted despreciable, un vil sapo rastrero —le acusó la joven al señalarlo de manera despectiva—. Aunque parezca un príncipe con ese cabello rubio, esos ojos celestes, ese porte elegante y aspecto atractivo, a mí no me engaña, no, no. —Chasqueó la lengua y con su vista repasó de arriba a abajo a Colín, quien ya no parecía tan relajado ahora que tenía a la muchacha muy cerca—. Usted tiene cara de ángel, pero no lo es, es usted un demonio —afirmó Lady Abby y él tragó saliva con un gesto de idiota épico.

Pero antes de que pudiera decir nada, la muchacha se desvaneció y él la sostuvo contra su pecho, sobrecogido.

—Está dormida —dijo el rubio y la levantó en brazos.

—Será mejor que las devolvamos a su casa, antes de que alguien las vea y su reputación quede arruinada —indicó Maxwell.

Todos estuvieron de acuerdo.

Colín inició la marcha.

Alex se acercó a la pelirroja y viendo que podía mantenerse en pie, la tomó de un brazo y comenzó a guiarla. Ella se tambaleó un poco y se carcajeó.

—Los escoceses son muy atractivos. Quiero conocer esa tierra, ¿podría llevarme? —comentó a un Alexander alucinado, que no pudo más que gruñir y reprimir todas las indecentes imágenes que habían cruzado su cabeza al escuchar su proposición.

—Vamos, Lady Russell — le apremió Grayson, secundado a los otros.

—¿Por qué siempre está usted tan serio? No lo entiendo. Una vez oí a mis lacayos decir que la cura para un hombre amargado es conocer a una dama alegre. Yo soy muuuuy alegre, ¿puedo ser su remedio? —propuso Lady Mary Anne haciendo un puchero coqueto.

Maxwell se tropezó al oír su referencia a las mujeres de vida alegre y consternado se llevó a la castaña. Marcus rio más divertido que nunca y los siguió tomando del brazo a su prometida. No avanzó mucho, pues Lady Clara se frenó y tiró de su brazo llamando su atención.

Él y Luxe subieron a las damas a su carruaje, dejaron a Vander para que esperase a su hermano menor y tomaran el coche en el que ellos dos llegaron a la mansión de Luxe.

Como las mujeres no podían mantener el equilibrio, ellos se sentaron al lado de cada una y las sostuvieron guardando una distancia aceptable. Ni bien el coche se puso en marcha, Lady Russell se durmió y su cuerpo se inclinó hacia el frente. Luxe, que estaba más que consternado y parecía a punto de sufrir un soponcio, la tomó en sus brazos y la acomodó en su pecho, sostuvo a la morena por su cintura y con tanto cuidado, que pareció que más que un cuerpo sostenía una obra de arte.

Lady Briana suspiró de forma audible y apoyó su cabeza en el respaldo acolchonado del asiento, cerró los ojos y murmuró:

—Qué bello cuadro. Ya quisiera yo que un caballero me tomara así entre sus brazos, como si fuese la más frágil de las esculturas.

Alex, que no podía apartar la vista de ella, no pudo evitar percibir su desánimo y desaliento; dispuesto a hacer lo que fuese por verla sonreír de nuevo, se inclinó y antes de que la dama pudiese dejar ir un nuevo suspiro, la levantó y la dejó caer de costado sobre su regazo.

La joven jadeó y abrió los ojos para clavarlos en su rostro con gesto asombrado, mas no hizo nada por moverse y volver a su sitio, sino que se acurrucó en su pecho, apoyó su cabeza en él, suspiró ahora feliz y pareció quedarse dormida.

Alex tragó saliva, sintió cada parte de ese delicioso cuerpo rozar cada parte del suyo y mucho más con cada bache del camino. Su mirada se encontró con la de Maxwell por encima de la cabeza de la muchacha y al ver su expresión de estupefacción, encogió un hombro y susurró:

—No te asombres tanto, inglés. Por si no lo has advertido, estás tan embrujado como yo. Solo que, en mi caso, comienzo a comprender que me gusta este hechizo. Me gusta demasiado.

Capítulo 7

Una dama perfecta es experta en el arte de camuflar su predilección hacia un caballero detrás de: un trato cordial, un pestañeo estudiado y un elegante movimiento de su abanico.

—Requisitos de una dama perfecta.

Un gemido, seguido de una maldición, fue lo que devolvió a la consciencia el entumecido cerebro de Brianna. Sintió un dolor agudo en sus sienas y abrió levemente los párpados, para volver a cerrarlos cuando el fuerte resplandor del sol le cegó. Soltó un quejido lastimero.

—¡Brianna, quita tu codo de mi estómago! —se quejó Mary Anne a su espalda. Esta estaba recostada de lado hecha un ovillo, ambas estaban atravesados en la cama en posición horizontal.

—Y tú la rodilla de mi costado —contestó con la voz rasposa.

—¿Pueden hablar más bajo? Mi cabeza está por estallar —gruñó Abby, se incorporó y apoyó con esfuerzo su cabeza en el cabezal de la cama.

—¿Y Clara? —interrogó Brianna al caer en cuenta que no estaba junto a ellas.

—Aquí estoy —respondió saliendo de detrás del biombo, que estaba ubicado en un rincón de la alcoba.

—Pero, ¿qué nos sucedió? Estamos hechas un desastre —inquirió perpleja Mary. Y no exageraba, se veían como si les hubiese pasado un carruaje por encima.

—No creí que un par de tragos y ese asqueroso cigarro, fueran tan potentes. No recuerdo prácticamente nada —comentó Abby con ceño y se dirigió a asearse.

—Ni que lo digas, no pienso volver a hacerte caso, hermana. Ni volver a beber eso nuevo, nunca más —negó Clara, se dejó caer con desgano en el asiento de su tocador.

—Ahora entiendo por qué no nos permiten beber otra cosa que no sea vino rebajado o champagne. Creo que devolveré las entrañas por la boca —gimoteó Mary Anne, quien no se movió todavía de su posición en la cama.

—Por lo menos nos queda el consuelo de que nadie jamás se enterara de nuestro experimento —dijo Clara, tomó un cepillo para comenzar a desenredar su cabello enmarañado.

—Sí. Cambiando de tema, ¿qué hora es? —indagó Abby y se sentó junto a la ventana.

—Creo que cerca de mediodía. Y concuerdo contigo, Clara, sería una calamidad que alguien nos hubiese visto en estas fachas. Menos mal que no salimos de aquí —contestó Mary Anne levantándose con parsimonia y yendo hacia el biombo.

Brianna se incorporó y apoyó la espalda en una de las columnas de la cama, oyó sin poner atención la conversación de sus amigas. Cuando el mareo remitió y el sopor del sueño terminaba de disiparse, una imagen nítida apareció en sus retinas, cortándole la respiración y haciendo que sus ojos se abriesen como platos.

—¡Oh, por Dios! No, no, no, no, no, no, no, ¡no! —exclamó desencajada dando un brinco en el colchón y tapando su boca con sus manos.

La sucesión de imágenes apareció en tropel, ella se paralizó cerrando los párpados con fuerza para intentar discernir si lo que veía en su mente eran recuerdos o parte de su imaginación distorsionada por el exceso de la noche anterior.

Tenía que ser un sueño, porque si no lo era, se lanzaría de la Torre de Londres.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede, Brianna? —preguntó Clara, desorientada, por la actitud espantada de su amiga, que parecía estar en trance.

—¿Brianna? —balbuceó Mary Anne al asomar su cabeza.

Demasiado aturdida como para dar una respuesta coherente, ella se levantó de la cama con precipitación. Corrió hacia la ventana que daba a la parte trasera de la mansión. Esa donde estaba el balcón por donde trepó solo unas semanas atrás el conde de Lancaster.

Rogando en su interior para que, en el árbol, que quedaba justo al frente, estuviese el objeto de su vergüenza y detonante de su pronto suicidio, abrió las ventanas y se asomó al exterior.

Su mirada se dirigió al punto exacto en donde una de las ramas del alto árbol rozaba el suelo de césped, entonces la desesperación le desbordó y se dejó caer en el alfeizar, mientras los sucesos de la noche la atacaban sin piedad.

«—¿Cómo las subiremos? —murmuró una voz que no logró identificar en un punto cercano a su cabeza, la cual reposaba relajada en una masa firme y a la vez acogedora.

—¿Y cómo va a ser, Luxe? ¿En brazos? —respondió el duque con su ronco acento que retumbó en su pecho, la hizo sonreír y soltar un suspiro.

—Uno de nosotros tendría que subir, para así sostener a las mujeres. Que sea Marcus, después de todo tiene experiencia escalando y volando fuera de este balcón —intervino una tercera voz con el indudable tono hilarante del conde de Vander.

—Cállate, Colín, y deja de mirar con esa expresión de tarado a mi cuñada. Si estuviese despierta, ya estaría clavando aquel rastrillo en tu patético trasero —gruñó el aludido. Y el duque soltó una carcajada que le hizo estremecerse y terminar de despertar.

—¿Podemos dejar esta discusión sin sentido y poner a resguardo a las damas? No sé a ustedes, pero a mí no me apetece ser hallado por el padre de las susodichas, sosteniendo una mujer borracha e inconsciente —se quejó el conde de Luxe. Gruñó cuando lord Vander murmuró bastante alto: «como si no estuviese disfrutando de la vista».

Decidieron que era mejor que las damas esperasen en los carruajes, mientras ellos treparían al balcón y las subirían por allí.

Brianna se removió y Fisherton notó que estaba despierta, la depositó con cuidado en el piso.

Los cuatro hombres bordearon la propiedad y llegaron hasta la que era la habitación de Clara, en la que justo abajo había un árbol de gruesas ramas. Ella se tambaleó cuando el duque la soltó al llegar, pero rápido él la afirmó colocando la mano en su cintura. El movimiento provocó que sus cuerpos y rostros quedasen muy cerca. Brianna lejos de amedrentarse, se quedó viendo al rubio con los ojos muy abiertos, con una expresión de embeleso y fascinación.

—¿Sabía que cuando se viste de verde o está rodeado de vegetación, sus pupilas se tornan de un extraño color azul verdoso? —susurró, aunque no bajo, no lo suficiente, para que Maxwell no la oyese y enarcara una ceja—. Sus ojos son hermosos y su cabello, ¿es tan suave como aparenta? —siguió ella con tono anhelante, al tiempo que sus manos subían y acariciaban los mechones que habían escapado de la coleta del hombre.

El duque parecía haberse convertido en una escultura de piedra de lo paralizado y quieto que estaba. Tan rígido que no hacía movimiento ni para respirar.

Y cuando Brianna desplazó sus dedos por sus mejillas, con una caricia suave en el vello de su barba algo crecida y deteniéndose en el contorno de su boca, el hombre presionó el agarre en su cintura y con su mirada oscurecida clavada en los labios de ella, se inclinó. Con voz queda y enronquecida, dijo:

—No sabes lo que me haces, bonita flor. Sino fuese porque sé que no estás en tus cinco

sentidos, ya te hubiese cargado en mis brazos, estaría donde fuese, haciéndote mía y no te dejaría marcharte de mi lado jamás.

Brianna contuvo el aliento. Con sus mejillas sonrojadas y su peinado prácticamente deshecho, suspiró. Se puso de puntillas, levantó la cabeza, cerró los ojos y le otorgó al duque el permiso para volver realidad esa hermosa fantasía. El escocés que no dejaba de examinar con ardor cada rincón del rostro de ella, se inclinó hacia su boca y la tomó con suavidad.

Brianna jadeo, él aprovechó esto para sumergirse en su cavidad como si se tratase de una cueva y él un pirata indómito en busca de un tesoro escondido. Sus labios se acariciaron con creciente ardor. Cuando el duque, que en algún momento había pasado a apretar el cuerpo de la dama entre el tronco de árbol y su poderosa anatomía, gimió y levantó el cuerpo de ella tomándola por sus glúteos, para así presionar contra su cuerpo enfebrecido, sin cesar de saquear con ansia cada rincón de su boca. Tres carraspeos nada disimulados irrumpieron a su alrededor, se rompió la burbuja de pasión que les envolvía.

El duque se apartó sin prisa, pero no la soltó sin depositar un último beso esa vez en su nariz y susurrar con sus ojos brillantes:

—Ya eres mía, bonita flor.

Luego volteó hacia el trío de caballeros que no se movieron de sus posiciones y observaban la escena con expresiones anonadadas.

Él solo sonrió y encogió un hombro con despreocupación.

—No me digan nada. ¿Tampoco está permitido besar a una dama soltera y borracha, a quien estoy por ayudar a colar por un balcón en medio de la noche? —Y nada consternado por el silencio atronador, bufó—: ingleses, tan estreñidos que ni con tantos estómagos como un ternero, serían capaces de deshacerse de la mierda aristocrática.

—¿A eso le llamas besar, querido Fisherton? —cuestionó con la risa apenas reprimida Marcus, mientras avanzaba y comenzaba a examinar las ramas, buscando la que recordaba como más sólida—. Más bien parecía que intentabas tragarte a la damita. Mira cómo le has dejado —señaló. Todos observaron a Brianna que quedó empotrada y pegada contra la corteza del árbol, parecía un amasijo de miembros y cabellos pelirrojos.

—Miren quién lo dice. El que fue hallado comiéndose un tímido ratón en medio de una fiesta repleta de invitados —acotó con sendas carcajadas Colín.

Los hermanos mellizos comenzaron una discusión acalorada; Maxwell, que regresó al coche de estos para vigilar a las mujeres, llegó sosteniendo a Mary en brazos, pero al ver que no seguían el plan, se quejó con frustración y se sentó en el suelo, derrotado. Acomodó con cuidado a Mary Anne en su regazo.

Luego suspiró. Observó con fijeza el rostro dormido de la joven. La cual, a diferencia de Abigail, que dormía con la boca algo abierta, y de Clara, que parecía estar muerta, mantenía una semisonrisa en su semblante y parecía tener un sueño placentero, hasta que un suave ronquido escapó de ella, hizo un sonido muy parecido al de un gatito enojado.

El conde abrió los ojos al oírlo. Al final, su boca se torció en una pequeña, pero tierna sonrisa.

—¡Vamos, alcánzame a Lady Russell! —dijo Marcus, quien junto a Colín ya habían trepado hasta el balcón. Ambos hacían tanto alboroto, que era un milagro que ningún miembro de la familia o del servicio les hubiesen descubierto.

Luxe le hizo una seña al duque para que la tomara. Cuando el rubio la sostuvo en sus brazos y la levantó hacia el balcón con facilidad, como si fuese una muñeca, se puso en pie y se dirigió fuera a buscar al resto de las damas. Una a una las subieron, hasta que solo quedó Brianna pendiente. Los hermanos Bennett hicieron señas a Alexander para que la levantara y este se

inclinó hacia ella.

—No es necesario, su Excelencia —negó Brianna, salió de su parálisis y giró para encarar el árbol—. Yo no soy una frágil dama, soy... soy una escaladora de árboles especializada —afirmó, colocó las manos en sus caderas y se balanceó sobre sus talones al tiempo que examinaba el árbol.

Los caballeros se miraron con expresiones que iban desde la confusión, hasta la hilaridad. Y se quedaron viendo cómo la pelirroja levantaba su vestido hasta su cintura, dejando a la vista su ropa interior color rosada. Lo que les hizo abrir la boca, pasmados.

—Esto es pan comido —afirmó en tono cantarín y de un salto estuvo encaramada a la rama más baja.

El duque y Luxe se quedaron viendo cómo ella trepaba con absoluta pericia cada una de las ramas. Y mientras Alexander no podía quitar su gran sonrisa de fascinación, el otro negaba murmurando que se rompería el cuello. Brianna llegó hasta la rama que estaba ubicada por debajo del balcón de sus amigas sin dificultad. Sin embargo, cuando intentó subirse a esta, un sonido de tela desgarrándose y un tirón en su pierna le indicaron que sus pololos de algodón se quedaron enredados, eso le impedía seguir.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó Lord Lancaster al notar que no avanzaba quien, junto a su hermano, esperaban en el balcón asomados hacia abajo.

—¡Perfectamente, milord! —respondió ella, que tiraba de la tela atrapada tratando de liberarla sin éxito—. Solo ha surgido una dificultad —terminó algo agitada, miró con frustración el pedazo de algodón—. Me temo que he quedado atrapada.

—¿Está asustada o mareada, señorita? ¿Quiere que descienda para ayudarla? —le interrogó ahora Lord Vander.

Brianna negó y consideró sus opciones unos segundos. Entonces su mente se iluminó. Asintió de nuevo y se dispuso a terminar el recorrido.

—¿Qué está sucediendo? ¿Necesita ayuda, señorita Coleman? —dijo desde abajo la voz preocupada del duque.

Brianna no respondió, sino que se puso en pie sobre la gruesa rama con cuidado, se sostuvo del tronco con dificultad y utilizó una de sus manos para comenzar a quitarse sus pololos.

—¿Qué diablos está haciendo? —jadeó el escocés, mas esta vez su tono fue de estupefacción.

Brianna terminó de liberar la pierna que estaba cubierta por la tela atrapada, dejando a la vista su piel cubierta por unas medias blancas que llegaban hasta su rodilla. Cuando quedó libre y la apoyó en la rama, todos pudieron apreciar la piel de su muslo bien formado y descaradamente femenino. Solo la tela de la enagua que cayó sobre él, impidió que quedara a la vista su pelvis y trasero, aunque la traslucida muselina rosada dejaba poco a la imaginación.

A continuación, sucedieron diferentes cosas: se oyó un jadeo asombrado (salido de Luxe), un murmullo estupefacto (emitido por Lancaster que hacía sendos esfuerzos por quitar la mirada), un silbido y comentario subido de tono (proveniente de Vander) y un rugido feroz (vociferado del ahora salvaje duque de Fisherton).

—Yo diría que se está desnudando, amigo, la noche no deja de darnos buenas sorpresas —intervino con sorna Vander, respondió a la pregunta de su amigo y se apoyó en la balaustrada, muy atento.

—¡¿Estás loco?! No mires, o el escocés te arrancará los ojos con sus propias manos —terció Lancaster al señalar al duque que subía por el árbol como si estuviese escalando un muro en un saqueo a un castillo.

Indiferente al resultado de su acción en su público, Brianna siguió quitándose la parte faltante y

cuando su otra pierna quedó liberada, se enderezó con una sonrisa satisfecha. Continuó con su escalada e ignoró el espectáculo que componía.

No obstante, su sonrisa se transformó en un grito sobresaltado, provocado por la enorme figura que se cernió sobre ella de improviso y la cubrió con su cuerpo dejándola aplastada contra el tronco y un fuerte pecho agitado.

—Milord... casi me hace caer del susto. No he perdido el equilibrio porque... — le reclamó ella, elevó la vista al hombre que la veía con fijeza y se atragantó con sus propias palabras.

—Primero, nunca te dejaría caer —le cortó él, su aliento cálido cayó sobre la piel de su rostro y la quemó, pero no tanto como el fuego que despedían sus pupilas ahora negras—. Y, segundo, ¿estás buscando mi muerte, mujer? —Brianna negó varias veces, le devolvió la mirada con fijeza. Él suspiro, con lentitud se inclinó y rozó su mejilla con la de ella; soltó con tono enardecido en su oreja—: Pues lo estás haciendo y de la manera más efectiva. No puedes exhibir tan deliciosamente lo que es mío. No, si no quieres que mate al hombre que ose mirar el paraíso que solo fue creado para mí.

—No... no entiendo de qué paraíso habla, milord —vaciló ella al tragar saliva.

—Pronto lo conocerás —afirmó el duque con tono ronco y misterioso.

Brianna, que contenía el aliento, sintió como sus cuerpos se rozaban y la piel de sus muslos se acariciaba con la tela del pantalón del rubio. No supo cómo responder o reaccionar, más que sonrojarse y absorber aire con fuerza.

Entonces tras varios comentarios de los demás recordándole que tenían prisa y de que ella no era una prisionera de batalla, Fisherton dejó caer su vestido sobre sus piernas y sin pérdida de tiempo, la levantó, la agarró por la parte baja de sus posaderas, donde sintió con toda claridad cada uno de sus dedos masculinos, y la lanzó a los brazos de los hermanos Bennett que la sostuvieron justo a tiempo.

Una vez estuvo sobre sus pies, volteó y vio cómo el duque se despedía de ella con una sonrisa traviesa y un guiño juguetón».

—¡No puede ser! No está donde lo dejé —chilló atormentada Brianna, abrió los ojos cuando las imágenes dejaron de atacar su mente y comprobó con angustia que su ropa interior no estaba enredada en la rama. Luego de cerrar el cristal, levantó su vestido y todas abrieron los ojos, estupefactas, al cerciorarse de que tenía sus piernas cubiertas solo por las medias, no llevaba sus pololos puestos—. ¡Calamidad! Es cierto... no fue un sueño o mi imaginación —soltó compungida. Soltó la tela de su vestido derrotada.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó Abby colocándose sus lentes.

—¡Quiero morir, desaparecer, dejar de existir! —exclamó, mortificada.

—Pero, ¿por qué? Nos estás asustando, Brianna. Dinos qué sucede —murmuró ansiosa Clara.

—Será mejor que se sienten todas allí, necesitarán apoyo cuando les diga qué me pasa. — Apuntó hacia la cama. Y las tres obedecieron, curiosas.

Ella se apretó las manos con nerviosismo, incapaz de creer que realmente había hecho todo eso, pero con cada minuto se convencía de que sucedió y no sabía cómo volvería a ver a esos hombres a la cara. Sobre todo, al duque, que debía estar pensando que ella era una completa casquivana.

Cristo crucificado... ¡Le habían dado su primer beso! Y frente a tres pares de ojos como testigos. Además, estando ella como una cortesana pasada de copas en un burdel. No, no, no; no era posible, mas sí lo era. Aún sentía cada una de las caricias de la boca del duque sobre ella. Fue absolutamente excitante y muy diferente a lo que se imaginaba cuando leía alguna novela a escondidas de su madre. Le pareció un beso pecaminoso, con sabor a perdición y a prohibido.

¡Porque era así!

Realmente el Whisky la hizo perder mucho más que la vergüenza.

Sin embargo, ahora la sentía y quería poder desaparecer de la tierra para siempre.

Sus amigas la veían con una mezcla de curiosidad, expectación y alarma en sus caras. Ella decidió que no sería capaz de contarles todo lo que pasó. No necesitaba más testigos de su desvergüenza.

—Bueno... verán... puede que sea por mi sangre mitad irlandesa, pero yo, al parecer, soporté mejor la ingesta de esa bebida. Ya que después de despabilarme, regresó a mi mente casi todo lo sucedido anoche —soltó y trató de disimular su bochorno.

—¿Y eso qué? Nosotras no recordamos porque nos debemos haber quedado dormidas enseguida —intervino Abby con actitud desenfadada. Y las otras asintieron apoyando ese planteo.

—No, no. Eso es lo que intento explicarles. No nos quedamos dormidas, sino que fuimos a buscar a tu prometido, Clara —declaró y un grito de espanto salió de la susodicha.

Brianna les relató lo sucedido, evitó, con obviada, la parte que la dejaba como una prostituta de East End; ellas le oyeron conmocionadas y escandalizadas con cada palabra.

—¡Si mi padre se entera, me encerrará en un convento de por vida! —se lamentó Mary Anne con voz temblorosa y el rostro ruborizado.

—Hay algo que no entiendo. ¿Cómo hicimos para llegar hasta allí y cómo regresamos? —inquirió Abby, quien, pasada la conmoción inicial, había vuelto a su acostumbrada expresión seria y calmada.

—Pues su padre y madrastra estaban en una fiesta, la servidumbre se había retirado, nosotras salimos por la puerta trasera y caminamos hasta la mansión del conde, que solo queda a dos manzanas de aquí. Por lo que recuerdo, no nos cruzamos con nadie en el camino —respondió Brianna con los hombros caídos.

—¿Y cómo llegamos aquí? —preguntó Clara, quien lucía más que preocupada, hacía un ademán con su mano.

—Eso es lo más humillante —anunció Brianna con el rostro encarnado, la voz le tembló cuando llegaba a la parte de la historia que prefería olvidar—. Los caballeros nos trajeron en sus carruajes... y mientras Lord Luxe vigilaba que nadie apareciese, Lord Vander y Lord Lancaster se treparon a tu balcón. Lord Luxe las sacó una a una del carruaje, pues estaban inconscientes, el duque las tomó en sus brazos, las izó hacia el balcón, donde los hermanos las tomaron y fueron depositadas en la cama —relató su amiga y ellas jadearon, abochornadas.

—¿Y qué pasó contigo?, ¿también te subieron? —comentó Mary Anne, se abanicaba con fuerza.

—No. —Estaba roja hasta el cuello—. O no del todo. Yo aduje que sabía trepar perfectamente un árbol, así que me encaramé a la rama más baja y comencé a subir. El problema fue que mi vestido se enredó y la tela de mis pololos quedó trabada en una rama, por más que tiré no pude liberarlo, tan fácil como a la seda del vestido. Por lo que me quité la ropa interior y seguí subiendo con solo el vestido. Luego salté hacia el balcón y si no fuera por los rápidos reflejos de los condes que alcanzaron a atraparme, me habría estrellado en el suelo —terminó Brianna con gesto avergonzado, rogaba para que no le hicieran más preguntas.

Ellas se quedaron estáticas por unos segundos. En silencio intercambiaron miradas. A continuación, prorrumpieron en carcajadas, nerviosas y divertidas. Rieron tanto, que las lágrimas corrían por sus mejillas y habían terminado recostadas en el colchón una al lado de la otra, se sostenían sus estómagos doloridos por la risa.

—Entonces, ¿con qué cara volveremos a ver a esos hombres? —murmuró Clara cuando el momento de hilaridad pasó y tenían la vista clavada en el dosel de la cama.

—Bueno, con la misma de siempre —contestó con un encogimiento de hombros Abby—. No es que hayamos cometido un delito y, además, no olvides que tu prometido se apareció aquí borracho y no tuvo el mínimo remordimiento después. Nosotras tenemos el mismo derecho a pasarla bien y no debemos mostrarnos avergonzadas por ello —afirmó con gesto decidido.

—Pero... no es ... No me avergüenza tanto el hecho de haber bebido, sino lo que hicimos después. ¿Acaso no te apena haberle dicho todas esas cosas a Lord Vander? —indagó incrédula Brianna. No podía dejar de repetir todo en su mente y desear tirarse por el balcón de cabeza.

—No —desechó Abby con frialdad—. Después de todo, solo le dije la verdad y con respecto a lo de su atractivo. No me mortificaré por haber aceptado que es apuesto, de seguro el muy presumido ya lo sabe y debe estar acostumbrado a oírlo —aclaró y pareció relajada al decirlo.

—Pues yo no puedo decir lo mismo. No pienso volver a estar cerca de Lord Luxe, después de soltarle que es un amargado apuesto y haberle pedido darle alegría. Si antes no me toleraba, ahora me debe detestar; quiero perecer, mi vida esta arruinada. Mi padre me casará con alguno de sus amigos ancianos —exclamó con dramatismo Mary Anne.

—No, amiga, no permitiremos eso. Quédate tranquila, te ayudaremos a encontrar un buen caballero —le consoló Clara tan apenada como las otras dos—. Por otra parte, yo no tengo opción, mañana me casaré con Lord Bennett y ellos estarán allí, por lo que no podrán evitar cruzarse. Abby tiene razón, lo mejor será hacer de cuenta que aquello nunca sucedió, estoy segura que ellos se comportarán como perfectos caballeros y no harán alguna referencia al episodio —siguió ella con una mirada esperanzada.

Brianna y Mary asintieron algo inseguras. Abby masculó:

—No pongo las manos en el fuego por el bellaco de Vander.

—Brianna, no nos contaste el final de nuestra aventura. Luego de devolvernos sanas y salvas, ¿ellos simplemente se marcharon? ¿O te dijeron algo? —inquirió Abby, se puso en pie para ir hasta el cordón y llamar a su doncella. No habían comido nada y estaban a media tarde.

—No precisamente. Lord Lancaster quitó tu calzado, Clara, y depositó un beso en tus labios, mientras yo me tiraba al lado de Mary y nos descalzaba a ambas —admitió Brianna, siguió con la vista a la rubia. El recuerdo de su amiga despatarrada en el colchón y del conde de Vander inclinado sobre ella mirándola con gesto de embeleso, junto a un ceño fruncido. Le hizo sonreír, traviesa.

Abigail se volvió hacia ella y esperó el resto de la explicación con una ceja alzada.

—Y, bueno... por su parte, Lord Vander se ocupó de quitarte tus zapatos y acomodar tu vestido que se había subido bastante, y... —Las tres reprimieron la risa al observar las marcas rojas que aparecieron en las mejillas blancas de la rubia, junto a sus cejas arrugadas—. Después se inclinó y acarició tu mejilla, dijo que parecías casi un ángel así dormida, pero que los ángeles no babeaban. Y finalmente te besó, luego me guiñó un ojo y se fue —comunicó de sopetón Brianna; las tres abrieron los ojos como plato. Contuvieron la respiración a la espera de la reacción de la imperturbable Abigail.

—¡¡¿Que?!! —ladró aturdida Abby al abrir la boca, lo hizo tanto, que vieron toda su dentadura. Maldijo como un marinero al oír las risas que las demás no pudieron retener.

Capítulo 8

Indiferencia, imperturbabilidad y ecuanimidad, son reacciones típicas de una dama perfecta frente a una insinuación peligrosa.
—Requisitos de una dama perfecta.

Al día siguiente de esa atípica noche en la aburrida Inglaterra, Alexander despertó con una enorme sonrisa en su cara. Mientras se aseaba y desayunaba en sus aposentos, no dejó de rememorar los acontecimientos de hacía unas horas.

Después de que los hermanos Bennett descendieron del balcón de Lady Thompson. Alex, junto a Luxe, le esperaban al pie del árbol para partir a sus hogares. Vander fue el primero en descender y ni bien puso un pie en tierra, le lanzó una mirada socarrona.

—Vaya, vaya, Fisherton, con que estás detrás de ese bocadito —comenzó mientras se detenía a sacudirse la ropa. Alex gruñó nada contento con el tono y el cariz de aquella observación. Se cruzó de brazos mirando al conde con los ojos entrecerrados—. Y no te culpo, claro, tampoco te envidio, pero retiro lo dicho sobre que la pechugona era la única salvable de ese cuarteto— prosiguió muy divertido el rubio, ignoró el gesto contrariado de Luxe y la mueca feroz que transformaba el rostro del duque. A su espalda, Lancaster negaba con su cabeza e intentaba llamar la atención de su hermano, quien estaba concentrado acomodando la orilla de su pantalón, pero Vander siguió:

—¡Diablos, puede que no sea bonita, pero la pelirroja tiene un trasero infernal! Y ese par de pier...

El rugido que brotó de la garganta del escocés, no solo interrumpió el procaz discurso del otro, sino que ocasionó que Luxe diese un paso atrás con expresión de disfrute. Lancaster tragó saliva, levantó ambas manos, rodeó a su hermano y huyó diciendo:

—¡Sálvese quien pueda!

Colín se enderezó de golpe al oír el sonido animal que emitió el escocés, empalideció al verle acercarse con ímpetu y una máscara de ira en su cara siempre sonriente.

Y cuando el escocés arremetió contra el conde al grito feroz de «¡*cruachan!*^[4]», Vander chilló aterrorizado:

—¡Ay, diosito, sálvame! —Comenzó a correr gritando alrededor del árbol con el duque pisándole los talones.

Alex de un envión logró saltar sobre el conde y hacerlo caer contra el césped, el cuerpo de Vander rebotó, quedó aplastado bajo la enorme contextura del escocés. El silencio se cernió sobre ellos, solo quedó el sonido de la respiración agitada del duque.

Alex se levantó con sus manos apoyadas y observó el cuerpo inmóvil del conde.

—Creo que se ha desmayado, el muy blando —comentó mientras Marcus se acercaba con gesto algo preocupado.

—¿Colín? —tanteó el menor, tocó con la punta de su bota el hombro de su mellizo.

Entonces todo sucedió rápido.

Vander se volteó veloz, antes de que el duque pudiese reaccionar, le lanzó un puñado de césped

a los ojos. Alex se echó hacia atrás, llevó las manos instintivamente a su rostro. El joven se levantó como un rayo y salió disparado hacia la calle, le gritó a su hermano:

—¡Huye!

Lancaster blanqueó los ojos y sonrió divertido, pero al ver que Alex hacía ademán de ponerse en pie, siguió al rubio. El eco de sus carcajadas se oyó seguido del sonido del carruaje del muchacho saliendo a toda marcha.

—Malditos ingleses. Pasan los siglos y nada cambia. Siguen valiéndose de artilugios y paparruchadas con tal de no pelear como hombres. Ya me las pagarán —se quejó contrariado Alex. Yacía de pie, empezaba de sacudirse las briznas de pasto. Cuando llegó a la altura de Luxe, este levantó sus manos y encogió un hombro.

—A mí no me mires, mis antepasados eran romanos.

El banquete de bodas del conde de Lancaster y Lady Clara Thompson, se realizó en la casa de Lord Luxe, ya que él contaba con un enorme parque junto al lago y su propiedad quedaba a las afueras de la ciudad. Abby, Mary Anne y Brianna, llegaron en el carruaje que había usado como esposo; fueron guiadas hacia la parte trasera junto a otros invitados que llegaban.

Ni bien pusieron un pie en el exterior, tuvieron a la vista las mesas preparadas para la ocasión, un cuarteto de músicos tocando sobre una pequeña tarima y los lacayos yendo y viniendo, ubicaban a los asistentes.

Durante la ceremonia, Brianna evitó con ahínco mirar hacia donde sabía estaba sentado el duque de Fisherton. Se sentía extremadamente avergonzada por todo lo sucedido la noche anterior; no era capaz de mirar al hombre a la cara sin morir de pena y mortificación. Deseaba con todas sus fuerzas no haber recordado cada una de las cosas que transcurrieron durante esa fatídica noche, pero no era así. En su mente, su cuerpo y su alma estaban grabados a fuego cada palabra que él le había dicho y, sobre todo, cada una de las caricias de su boca. ¡Por más que ponía esfuerzo, no podía quitar de su cabeza ese beso que se habían dado! Y tenía mucho miedo de lo que el rubio pensase de ella. A pesar de que se obligó a recordar sus circunstancias, terminar creándose ilusiones y castillos de cristal alrededor de la figura del duque para terminar desilusionada y con un corazón maltrecho.

No. Lo mejor y más sensato sería olvidarse del asunto, seguir tratando al escocés con amabilidad y cortesía. El duque no era hombre que buscara sentar cabeza, sino que saltaba a la vista que era adepto del filteo y las mujeres. Brianna no tenía cabida en la realidad de ese hombre. Lo que debería hacer era ignorarlo y hacer de cuenta que ese beso nunca ocurrió. Sin embargo, a pesar de su firme resolución, no pudo evitar quedarse viéndolo cuando entró a la iglesia. Cuando él advirtió su mirada embobada, le dedicó una sonrisa y un guiño de ojo travieso; ella apartó la vista y se reprendió a sí misma, se reprochó duramente su debilidad.

Durante el viaje, comentaron la acertada elección de Clara, quien decidió rechazar el atuendo de boda sobrecargado y llamativo que su madrastra escogió, por el sencillo, pero bonito vestido color plateado que perteneció a la fallecida madre de las hermanas Thompson. La novia había lucido, además de nerviosa, luminosa y encantadora. Y el conde, que arribó a la Iglesia con apariencia muy elegante y sobria, estuvo tenso hasta que apareció su futura condesa. A partir de allí y lo que duró la ceremonia, no dejó de sonreír y tocar con disimulo a su esposa.

—¡Amigas! No miren a su derecha, junto al árbol de naranjos están ellos —les advirtió Mary Anne con inquietud. Volvió hacia ellas su rostro ruborizado solo unos segundos después que

comenzaran a caminar en el parque de Lord Luxe.

—¡Oh! No quiero tener que enfrentarles. No me atrevo a mirar la cara de esos caballeros — declaró angustiada. No podía mirar al duque ni a ninguno después de haberle mostrado sus piernas desnudas.

—Pues deberán tomar valor, porque vienen hacia aquí —anunció Abby con gesto adusto.

—¿¡Qué!?! No, no, no. Está bien, de acuerdo, actuemos con normalidad, como si nada hubiese pasado —les aconsejó Mary Anne. Giró la cabeza sin disimulo hacia donde se acercaban los hombres y volvió a mirarlas, desesperada.

—Sí, con calma. De seguro ellos serán unos perfectos caballeros y nos preocupamos en vano —asintió Brianna, sintió que ya le temblaba la barbilla. Quiso que sus palabras fuesen ciertas. Después de todo, ellos eran unos caballeros, ¿no? Eran educados, pares del reino y ejemplos de cortesía, ¿verdad?

«Público imaginario, mejor no respondan».

— Pero miren a quiénes tenemos por aquí, camaradas: a las damas borrachinas. —anunció con tono jocoso Lord Vander, se posicionó junto a Brianna y enfrente de Abby, quien le taladró con frialdad.

—Es usted un cerdo, puede irse por donde vino —contestó ella, despectiva.

—Un cerdo con apariencia de ángel, según me dijo una rubia conocida —se defendió Lord Vander, la susodicha bufó acomodando su cofia con brío y un ligero temblor en sus manos.

—Buenos días, miladies. Señorita Colleman, un placer verla repuesta —intervino Lord Fisherton, se detuvo junto a su amigo, que le sonreía a la rubia con sorna, y haciéndoles una reverencia, pero con la atención puesta sobre la pelirroja.

Brianna, que estaba ya ruborizada por completo, se encogió y ejecutó una torpe reverencia.

—Gracias, su Excelencia... ¡Oh! —exclamó al levantar la vista y encontrar la enorme figura del escocés vestida con su traje de gala escocés, muy cerca.

—Ya veo que decía usted la verdad, señorita. Le agradezco su cumplido y será un placer saciar cualquier pregunta que tenga a cerca de... de mi cultura —prosiguió el duque con sonrisa pícaro guiñando un ojo. Brianna reprimió un jadeo y se coloreó hasta el escote. No podía estar recordándole su comentario sobre los escoceses y su kilt.

—Y, como puede ver, Lady Rusell, he ofrecido mi hogar para la celebración. He dispuesto que haya música y baile, también una obra de teatro. No quiero que se confunda mi seriedad con amargura, ni antipatía —comentó a su vez Lord Luxe, su rostro estaba serio como de costumbre, mas sus ojos parecieron brillar durante unos segundos. La aludida levantó con brusquedad su cabeza oscura y miró al conde con expresión atónita.

Por fortuna, la llegada de los novios salvó a la hermandad de ese bochornoso momento. La comida se sirvió y comenzó la celebración.

El banquete de bodas de Clara y el conde de Lancaster, transcurrió con normalidad. Brianna y las muchachas se mantuvieron lo más alejadas posibles de los amigos del novio. No fue difícil, pues sin importar el lugar, el tipo de acontecimiento, o el motivo, una florero siempre era una florero.

Así que fue fácil encontrar una mesa alejada de la pista improvisada de baile bajo un árbol, en donde pudieron pasar el tiempo conversando y recordando anécdotas de Clara, junto a todos estos años de experiencia en sociedad juntas.

La novia se veía muy feliz, el esposo también. Lo que no terminaba de comprenderse para Brianna, puesto que el enlace fue producto de una estrategia para impedir un escándalo y su amiga no estuvo del todo conforme con la unión, pero a todas luces se veía que, por más que lo negase,

estaba más que encantada con su flamante esposo.

Después de unas horas, Brianna se despidió de Mary Anne y Abby, ya que los recién casados partieron; su hermano Richard se acercó para indicarle que debían volver a su hogar. Ya se había adelantado al carruaje. Se dirigía hacia la salida principal de la mansión, cuando al doblar por el lateral de la edificación que seguía un largo camino de piedra rodeado de jardines de un lado y del otro por la fachada de la casa, un fuerte tirón la hizo detener en seco y sin previo aviso fue arrastrada hacia el interior.

Por un momento el susto y el sobresalto hizo que se agitara, además de querer gritar pidiendo ayuda, pero una mano en su boca se lo impidió y la frase tranquilizadora que su secuestrador emitió, le devolvió la calma, aunque su corazón no frenó su agitada carrera, ni su cuerpo recuperó el aliento una vez estuvo libre de la mordaza natural.

—Tranquila, bonita flor, no te haré daño —dijo con su habitual voz ronca el duque de Fisherton, quitó su mano y se apartó unos pasos del cuerpo de Brianna que estaba apoyado contra la puerta cerrada.

—Su Excelencia, usted me ha asustado. No sé qué pretende, pero esto no es nada correcto, puede aparecer cualquier persona y malinterpretar esta situación —respondió a modo de regañina ella. Intentó tranquilizar su agitado pulso que, además de la impresión, estaba acelerado por la cercanía del escocés en modo intenso y ese brillo juguetón con el que la estudiaba.

—No se preocupe, este lado de la mansión está en desuso. No pretendo nada indecente, señorita, por el momento —informó el duque con mueca traviesa y su sonrisa inamovible.

—¿Entonces? —inquirió Brianna a punto de desfallecer y se enderezó. Era la primera vez que se encontraban completamente a solas; llevaban una conversación normal, aunque de normalidad no tuviese mucho.

—Solo quiero saber por qué está rehuéndome tan efectivamente, señorita —le preguntó él; ella notó sus mejillas sonrojarse aún más.

—No... no lo hago, milord. —Fue lo que balbuceó. Concentró su vista en la semipenumbra que cubría las paredes tapizadas de aquel pasillo.

—Sí que lo hace. Desde la cena de compromiso de los Lancaster, está evitando acercarse a mí. Me rehúye y quiero saber el motivo —insistió el hombre y ella se preparó para repetir su negativa, pero un dedo masculino tocó su barbilla y guió su rostro, hasta que tuvo de frente la mirada cálida del duque frente a sus ojos—. No lo niegues, bonita flor. Solo quiero saber la razón para poder disculparme en condiciones. Debes saber que muchas veces olvido que estoy muy lejos de mi tierra y mis modales pueden ser apabullantes. Si te he ofendido de alguna manera, o si lo sucedido hace dos noches... —prosiguió con un gesto serio y mirada escrutadora.

—¡No! —se apresuró a negar Brianna cuando el hombre hizo referencia a la desastrosa excursión que hizo junto a la hermandad, mortificada por el solo hecho de tener que recordar el bochorno y el espectáculo que dio, pero más que todo el beso. —No podía enfrentar al duque recordando eso, menos cuando lo tenía tan cerca y vestido con su traje de gala escocés. No, no, no. Lo mejor sería fingir desconocimiento y pura ignorancia, junto a demencia, locura y amnesia —. Es decir, no me ha ofendido usted para nada. Al contrario, su Excelencia, tengo algunos vagos recuerdos de esa noche a la que hace referencia, como haber aparecido por la casa del conde de Luxe, y por eso le pido disculpas. Agradezco que tanto usted como el resto de los caballeros, nos hayan devuelto sanas y salvas, que no regasen lo sucedido. Tampoco me he sentido insultada por usted antes, a pesar de que sí puede llegar a ser avasallante en sus modos. Sin embargo... En fin... debería marcharme, mi hermano me está esperando, puede alarmarse y hacer un alboroto. Buenas tardes, su Excelencia.

El discurso atropellado y tembloroso de Brianna flotó entre ellos. Casi frenética ella se giró, abrió la puerta para intentar huir de allí indemne y cuerda. No obstante, la gran mano del duque, la cual no llevaba debidamente enguantada, frustró su iniciativa y cerró la misma con un ínfimo esfuerzo.

—¿Adónde vas tan rápido, bonita flor? Aún no he terminado contigo —advirtió el escocés, ahora mucho más cerca, tanto que el cuerpo de Brianna tembló y los vellos de su nuca se erizaron cuando el cálido aliento de él le rozó.

Tragó saliva, Brianna le enfrentó y se topó con sus ojos azules encendidos como dos soles de verano.

— Su Excelencia... por favor... no es correcto... debo... debo irme —comentó ella, agitada. Retrocedió cuando el rubio dio un paso más y su espalda dio contra la madera otra vez.

—No se asuste. Solo quiero que me diga y que me prometa que ya no huirá de mí —musitó el duque con tono infinitamente más suave, la desconcertó. Y no solo porque la trataba de manera formal, sino también por la calma que sus palabras transmitían y que no coincidían con la intensidad con la que sus ojos la traspasaban. Parecía un animal hambriento y salvaje, que el cual se contenía con mucho ahínco para no saltar sobre su presa y espantarla.

—Yo... —vaciló ella, estremecida de pies a cabeza y jadeante—. De todos modos, ya no importa, milord. La temporada pronto entrará en receso. Viene el invierno, usted y yo no nos encontraremos demasiado. — Se obligó a responder, viendo como él sopesaba su aseveración.

—Aún quedan unos cuantos acontecimientos. Y quiero que, si nuestros caminos se encuentran, usted me dé la oportunidad de acercarme y conocerla. De ser su amigo —solicitó con expresión decidida y a la vez esperanzada.

Brianna abrió los ojos como platos ante su insólita petición. Sus cejas se elevaron hasta el nacimiento del cabello y su boca se entreabrió de manera cómica.

Es que no se hubiese sorprendido más si le hubiera propuesto fugarse y casarse en su Escocia natal, más que descalza y frente a una hoguera.

—¿Amigos? —moduló como si estuviese diciendo alguna palabra desconocida y exótica.

—Así es. Es usted la única persona, además de los hermanos Bennett y de Luxe, que no me mira sobre el hombro, con superioridad o con terror, y me gustaría contarla entre mis amistades. Usted podría ayudarme con algunos consejos para comportarme como ustedes, y así poder, aunque sea, encajar entre los círculos menos exigentes —le informó el gigante al encoger uno de sus hombros.

Brianna, aún confundida, evaluó su petición y, aunque le parecía una locura y podría considerarse incorrecto que una dama entablara ese tipo de vínculos con un hombre, no encontró una razón de peso para rechazar su oferta. Además, no proponía nada indecente, ni tampoco le declaraba amor inmortal.

¿Era alivio o desilusión lo que comenzaba a sentir?

—Yo... de acuerdo, su Excelencia. Estaré encantada de colaborar en su inserción social. No obstante, me temo que no llegue a ser de mucha ayuda, pues no es que yo pertenezca al grupo más selecto de la aristocracia —aceptó finalmente. Respiró más tranquila, le lanzó una mirada significativa para que se apartase y ella pudiese marcharse.

El duque sonrió grande en respuesta, pero no se apartó, sino que se inclinó hacia adelante apoyando sus palmas sobre la puerta, redujo así prácticamente en su totalidad la distancia que les separaba.

—Una cosa más —murmuró mientras ella contenía el aliento. Asimismo, perdía su fachada de seguridad y calma—. No le he dicho qué obtendrá a cambio de su colaboración y amistad. —Su

gesto mutó a una expresión pícaro y una sonrisa peligrosa, cuando sugirió—. Puedo instruirla en las costumbres de mi tierra, por ejemplo, el uso del kilt...

Brianna se coloreó con intensidad y soltó un graznido sofocado por la boca, al tiempo que, de manera inevitable, sus ojos bajaban por el fornido pecho del escocés vestido con esa tela cuadriculada color azul y blanca.

Sus miradas se volvieron a encontrar.

Las pupilas del duque ahora parecían dos pozos negros; ella contuvo el aliento mordiendo con fuerza su labio inferior. La boca de él se curvó y ella cerró los ojos cuando la vio acercándose.

—¡Brianna! —Fue el grito de Richard que se oyó amortiguado por las paredes, y que le salvó de cometer el error más deseado de sus veintidós años de vida.

Agitada, se tensó y miró al duque, consternada. Él solo gruñó algo que pareció dicho en su idioma, luego retrocedió y abrió levemente la puerta, lo justo para que ella pudiese salir. Algo que Brianna no dudó en hacer, tan desesperada por escapar como por quedarse, mas no pudo evitar escuchar la voz ronca que, mientras se cerraba el portón, susurró:

—Anda, ve, bonita flor. Ya habrá tiempo para enseñarte mis secretos.

Capítulo 9

Para una dama perfecta, no existe mejor virtud en un caballero, que la contención de las bajas pasiones.

—Requisitos de una dama perfecta.

Las semanas previas a la Navidad, fueron un tropel de acontecimientos en lo que a la vida del reciente matrimonio de los Lancaster se refería.

Su amiga Clara y su esposo, experimentaron una pequeña crisis, a la que no fueron arrastradas la hermandad y los amigos del conde. Gracias a esto, tanto Brianna como el resto estuvieron a punto de ver arruinadas su reputación y caer en desgracia, cuando en uno de sus flamantes planes para reconquistar al antes caballero negro, las cuatro estuvieron por ser descubiertas por el susodicho y su trío de amigos, disfrazadas de mujeres de vida alegre dentro de un club de perdición.

Brianna se salvó por los pelos de ser devorada por el duque de Fisherton; por milagro no fue reconocida por el escocés.

Al final, los recién casados solucionaron sus diferencias, sellaron su felicidad con la dichosa noticia de que pronto serían padres y la temporada social entró en receso.

Brianna, que no se salvó de los reproches de sus progenitores por haber terminado otra vez el año sin si quiera una propuesta matrimonial por parte de algún caballero, en ese momento acababa de recibir una invitación de los condes de Lancaster, dirigida también a su hermano, para celebrar la semana navideña en su propiedad campestre.

La misiva le llegaba justo a tiempo para escapar de las miradas desilusionadas y las reiteradas presiones para que se comprometiese a conseguir un pretendiente, por lo que suspiró aliviada cuando su madre celebró la novedad y se apresuró a redactar una nota en respuesta, aceptaba de manera muy gustosa la invitación. Según ella, que parecía mágicamente haber olvidado todos sus recriminaciones y observaciones nefastas acerca de la mala influencia que constituían para su hija las descarriadas hermanas Thompson, no podían dejar escapar tan fantástica oportunidad de sociabilizar con jóvenes solteros, en edad casadera, y menos ahora que Brianna contaba con tan magnífica amistad como los condes.

Así que unos días después, se hallaba en la mansión de veraneo de Clara, intentaba soportar el continuo y travieso coqueteo del duque de Fisherton. Algo que le resultaba cada vez más dificultoso, no solo porque el hombre parecía esforzarse por encontrar la manera de acaparar su atención, sino porque sin necesidad de alicientes, cada uno de sus sentidos le buscaban como una abeja a la miel.

Hasta el momento, desde que el caballero le propuso conocerla y entablar una amistad, coincidieron en diferentes actos sociales. Además de bailar una que otra pieza, habían conversado largo y tendido a cerca de innumerables temas.

El duque le contó anécdotas de su tierra natal, de su familia, a la que estaba claro que añoraba y adoraba a partes iguales, y sobre las dificultades que a veces le sobrevenían para poder estar a la altura de las responsabilidades y la posición que le cayó tan de repente.

Se notaba, no solo en sus palabras, que el duque era esa clase de personas hechas para vivir en libertad y sin presiones, por eso a ella le parecía muy meritorio el esfuerzo y determinación con la que deseaba convertirse en un duque digno de su título. En conclusión, pudo conocer un poco a la persona detrás del hombre simpático y atractivo; lo que percibió no podía más que fascinarle.

Por supuesto que aún no podría decir que lo conocía, en definitiva, pero se creó una especie de complicidad y camaradería entre ambos. En consecuencia, Brianna perdió su inicial reticencia y recelo, se sentía a gusto y cómoda en presencia del caballero, incluso llegó a creer que ambos tenían muchas cosas en común.

Lejos quedó también su timidez extrema y deseos de huir cada vez que tenía al escocés cerca. Salvo cuando él la descolocaba por completo; la dejaba al borde del colapso con alguna de sus descaradas muestras de atención o sus atrevidos comentarios.

—Un momento, ¿estás diciendo que tu hermano se vistió como un dandy para intentar competir con el primo de tu mujer? —interrogó una voz que parecía ser la del conde Luxe.

Las voces se oían desde el estudio de Lord Lancaster, el cual se hallaba justo al lado de donde Brianna y las demás, a excepción de Abigail, se hallaban departiendo acerca del extraño comportamiento de la menor de las Thompson, su inesperado interés en el conde de Vander y la sorprendente noticia de que el caballero le pidió casamiento.

—No solo eso, se inventó cualquier cantidad de disparates, como los que les conté recién —aseguró en tono risueño el esposo de Clara. Pudieron oírle con claridad, pues incentivadas por Mary Anne, las tres habían pegado la oreja a la puerta que dividía el despacho de la biblioteca en la que se encontraban.

—Es decir, que Colito está celoso de ese afeminado y, a pesar de haberlo negado, bebe los vientos por la dama de la cofia —rio con ronquera el duque de Fisherton.

—Creo que así es, de hecho, después de reírse a mi costa, él está más que loco por una mujer decente y en edad casadera —concordó Lord Lancaster.

—No me sorprende, desde el principio fue obvio que la dama lo desconcertaba y atraía a la vez. Está visto que cuando está cerca de ella, su estupidez no hace más que agudizarse —comentó en tono pesaroso Lord Luxe.

—Bueno, coincidimos en que a Vander lo tienen domado, pero la dama, ¿le corresponde? —preguntó guasón el escocés.

—No podría afirmarlo, esta mañana se veía muy contrariada. No obstante, mi hermano me dijo que la besó y ella le respondió —les informó el dueño de casa en tono cómplice.

Ellas abrieron los ojos como plato al oír las palabras del conde.

—Así que el muy bastardo ya estuvo explorando esa tierra. Se lo tenía bien guardado.

—No es gracioso, no debería haberlo hecho. Lady Thompson es una dama soltera, y semejante acción puede terminar arruinando la reputación de la dama —se quejó Luxe.

—Eso es cierto, aunque creo que eso serviría a los propósitos de Colín; ya le oyeron, está decidido —soltó Lancaster.

—Eso es algo que todavía no entiendo de ustedes los ingleses. Con esas absurdas reglas, no hacen más que complicarse la existencia. Creo que cualquier hombre escocés tendría más esposas que un sultán si le obligasen a casarse con cada mujer que hubiese besado. ¡Hombre, en mi tierra solo terminas casado si le quitas la virtud, no por unos cuantos besos robados! —exclamó Lord Fisherton en tono incrédulo.

—Pues no se te ocurra andar prodigando besos a las damitas de aquí, o te verás frente al vicario antes de poder parpadear —se mofó el marido de su amiga.

—La advertencia llega tarde, no solo Vander ha incursionado entre ese grupo. ¡Y que me aspen

si renuncio a volver a beber de la boca de esa pelirroja! —gruñó el escocés.

Del otro lado de la puerta, Mary Anne y Clara se volvieron a mirar estupefactas a Brianna, que se puso tan pálida que no quedaban rastros de sus pecas.

Su boca se abrió y cerró, intentó hallar alguna excusa que pudiese sonar coherente para convencer a sus amigas de que lo que oyeron, no era más que una broma del duque.

Sin embargo, como era costumbre, no pudo articular palabra y, en su lugar, se sonrojó. Por fortuna, la repentina apertura de la puerta le salvó de sufrir una verdadera inquisición por parte de la hermandad. Y luego la insólita relación que surgió entre el conde de Vander y Abby, colaboró para que el desatinado comentario del duque quedase momentáneamente olvidado.

No obstante, su mente no siguió ese patrón, sino que se esforzaba en recordar lo que el escocés comentó, que se negaba a privarse del placer de besarla y que no le interesaba las consecuencias que ese acto podría acarrear.

Aquello parecía una declaración de intenciones, pero Brianna se negaba a profundizar en las posibles connotaciones que de allí podrían derivarse, pues el duque no le manifestó ninguna propuesta, siendo directo, y no deseaba crearse falsas esperanzas. Bien podría estar viendo fantasmas donde no los había y el caballero solo se dejó llevar por la frivolidad de una conversación entre amigos.

Con esto en mente, ella intentó comportarse con normalidad y pulcra amistad en cada interacción que tenía con el duque. Creía que lo lograba y hasta terminaría airosa, curada de aquel capricho en el que se convirtió el rubio para ella.

Hasta que... sentada en el prado, rodeada de nieve y abrigada hasta las orejas, vio salir por las grandes puertas cristaleras de la casa al duque de Fisherton.

Él llevaba su ancho pecho un poco desnudo, una tela gruesa de cuadros azules y celestes cruzaba la mitad de este, que brillaba como oro bajo el sol de invierno, y sus piernas estaban cubiertas por una falda de igual color, que le cubría solo hasta las rodillas. Era una especie de amplia pollera que se sostenía a la tela de su torso por un cinto de cuero, donde colgaba un puñal.

Los gritos escandalizados aumentaron cuando el hombre caminó en su dirección y sin apartar la mirada de ella, quien sentía se iba a desvanecer y seguro debía estar ruborizada hasta lo indecible, se detuvo a su altura, y tomando una de sus temblorosas manos, acarició la palma enguantada con una rosa roja, la dejó allí y luego tras dedicarle una brillante sonrisa, volteó para reunirse con los demás hombres. Dejó a todas las mujeres con los ojos clavados en su espalda y en la piel de sus fuertes muslos, que con cada paso se asomaban, poderosos.

Brianna aferró la rosa, que era tan perfecta como ella, una masa derretida, y la observó, estupefacta. Sus amigas le echaban miradas curiosas. Por supuesto, contenían su interrogatorio. Y no solo porque estaban rodeadas de las demás invitadas, sino porque el juego que se organizó para intentar reivindicar al conde de Vander ante los ojos de Abigail, ya había dado comienzo.

Brianna hizo caso omiso de su escrutinio, y de la competencia, aún impresionada y afectada. No podía más que pensar en que el duque acababa de declarar su interés delante de más de una docena de testigos. No solo eso, se vistió con su kilt y apareció como un auténtico highlander frente a sus ojos.

Su boca se secó con solo verle acercarse. En ese momento que lo veía cabalgando sin silla y con su cabello al viento, su cuerpo se encendió más que una hoguera en la plaza principal. El duque se apeó de su caballo, dirigió su vista azul hacia ella, le transmitió con aquel gesto, aún a distancia, una determinación y anhelo tan intenso como pasional.

Entonces Brianna, con el estómago contraído y la respiración contenida, supo que, a ciencia cierta, era demasiado tarde para proteger su corazón del asedio infranqueable de Alexander

MacFire.

—¿Está por salir? —inquirió la voz de Lord Pemberton, deteniendo el descenso de Alexander hacia el piso inferior.

—Así es, tío, me dirijo hacia Bristol.

Contuvo un suspiro.

No es que tuviese una mala relación con el marido de su tía, pero no terminaba de acostumbrarse a su carácter agriado, su ceño fruncido permanente, y sus miradas de reprobación.

Además, el conde, como cuñado de su abuelo, era quien se ocupó de su adiestramiento y preparación desde que llegó a Inglaterra, pues desde hace más de una década, debido a la enfermedad que padeció su difunto abuelo y anterior duque, se hizo cargo de todos los asuntos referentes al Ducado y también de administrarlo.

Por esto, en deferencia al afecto que en poco tiempo adquirió por su tía y esposa del conde, es que Alex toleraba la continua presión y el trato rígido e inflexible que el hombre le daba.

No era necesario ser un genio para notar que el anciano no soportaba su presencia en la mansión, no aprobaba que se hubiese convertido en el nuevo duque de Fisherton, no empatizaba con el carácter y personalidad desenfadada y poco inglesa del escocés.

—Recuerda, Fisherton, que mañana partimos hacia Cambridge. El administrador lleva esperando conocerte meses; hay asuntos que no se pueden ya postergar —le recordó con evidente reprobación. Utilizó su título como siempre hacía, aunque estuviesen en la casa y entre familia.

—Lo sé, Philips, no se preocupe. Estaré aquí al anochecer —contestó con una sonrisa, muy satisfecho cuando su tío se envaró ante el uso de su nombre de pila. Y tras hacerle una venía rápida, bajó la gran escalinata silbando una melodía escocesa, de manera nada propia de un noble.

Remató su escandaloso comportamiento cuando guiñó un ojo a la doncella de planta baja, que sonrojada le alcanzó su abrigo y palmeó la espalda del mayordomo que, con una sonrisa reprimida, le hizo entrega de su sombrero.

A solo dos semanas de la reapertura de la temporada social londinense, se llevó a cabo el enlace entre Lord Vander y Lady Abigail Thompson. Para el acontecimiento, la familia del novio utilizó la propiedad de campo del Marquesado de Windsor y se congregaron en la vicaría del pueblo casi una centena de personas.

Brianna, que asistió acompañada de sus padres, ya que Richard se casó recientemente con la señorita Meredith Gibson, levantó la mano para saludar a Mary Anne que en ese momento ingresaba a la capilla junto a su habitual carabina. La anciana que se ocupaba de cuidar a su amiga, se vistió con un traje color pavo real espantoso, lucía también su mueca amargada infaltable.

Una vez que ambas mujeres estuvieron ubicadas en los asientos que les asignaron, Mary le lanzó una mirada hastiada, que hacía referencia a su carabina, y luego le hizo reír cuando simuló con sus manos que disparaba hacia el bonete de la anciana, que más que un accesorio, parecía un animal muerto.

Como la unión inesperada e incomprensible de su hermano con la cuñada del padre de la novia, convertía a los Colleman en familia política de los Marqués de Garden, su ubicación era privilegiada y muy cerca del altar. Su madre no cabía en sí de orgullo por aquel minúsculo hecho de estar relacionada con gente importante, y su padre parecía más bien agobiado, porque esa relación le obligaba a tener que comparecer a acontecimientos sociales como aquel, que además

de gastos extras en traslado y vestuarios, significaban alejarse de sus libros y amado despacho. Para Brianna, aquel cambio en su posición no provocó mucha diferencia, salvo que ahora las personas que solían ignorarla o mirarla con desdén, parecían encontrarla repentinamente más tolerable; las anfitrionas que en el pasado nunca le invitaron a sus preciadas veladas ya les habían hecho llegar floridas invitaciones perfumadas.

No obstante, ella solo pensaba en el sacrificio que tuvo que hacer el pobre de Richard, puesto que su nueva esposa, con su carácter caprichoso y sus actitudes frívolas, no era en su opinión una mujer adecuada para hacer feliz a su hermano, también en que ella misma no tardaría en tener que seguir el mismo camino que él. Desde la última vez que vio a la hermandad, ya hacía unos meses, en Navidad, su realidad cambió.

No sabía cómo reaccionarían sus amigas cuando lo supiesen, sino se los había contado en las cartas que habían intercambiado, era porque no quería preocupar a Clara, que se encontraba encinta y guardando reposo, y le pareció más prudente esperar a que pasara la boda de Abigail y estuviesen otra vez las cuatro juntas para ponerlas al corriente.

Las puertas de la iglesia se volvieron a abrir, aunque no era de buena educación, Brianna se volteó para tratar de visualizar a quien llegaba. Su corazón se aceleró cuando comprobó que se trataba del duque de Fisherton, quien avanzó por el pasillo con su desenfadada manera de caminar, seguido del conde de Luxe. Esta vez él no llevaba su atuendo de gala escocés, ella pensó que se debía a las bajas temperaturas que todavía se sentían, pese a que estuviesen a las puertas del otoño, sino un impecable traje color gris oscuro que no hacía más que ensanchar su enorme figura. El duque y su amigo tomaron asiento en la primera fila del lado contrario al que estaba ella, que era el de la novia. Y como Brianna estaba junto al pasillo del medio, el hombre quedó a solo un brazo de distancia de ella.

En ese momento arribó al lugar el flamante novio que traspasó el umbral, seguido de su hermano y sus padres. El conde se esmeró en su apariencia y parecía todo un príncipe de cuento. Su cabello rubio estaba peinado hacia atrás con pulcritud, llevaba un elegante atuendo color blanco que solo destacaba sus claros ojos. No parecía nervioso, sino que saludó al duque y a Luxe, luego se ubicó en el altar y escuchó lo que fuese que el vicario le decía. Luego el conde de Lancaster se acercó a él, pareció decirle alguna chanza que le hizo fruncir el ceño, pero, tras replicar, se convirtió en una sonrisa brillante y descarada.

Pasado unos segundos en los que Brianna, consciente de que el escocés estaba mirándola sin disimulo, se limitó a presionar con nerviosismo su ridícula prenda color verde agua, que hacía juego con su vestido, que pese a ser nuevo, seguía siendo demasiado añinado y anticuado para su gusto; se oyó que el caballero se inclinaba sobre el banco de madera y susurraba:

—Buenos días, bonita flor, sino fuese porque el invierno no ha acabado, creería que estamos en primavera por la bella visión que tengo frente a mí.

Brianna contuvo el aliento y giró la cabeza, angustiada, por la posibilidad de que su madre le hubiese oído. Soltó el aire aliviada de ver que su progenitora estaba conversando con la marquesa de Garden, que ya había llegado.

—Su Excelencia, veo que no ha cambiado sus maneras poco ortodoxas en este lapso de tiempo. Creí que los consejos que le había dado le habían servido —replicó a su vez ella, hablaba tan bajo que dudaba que le pudiese oír.

—Oh, señorita, por supuesto que me fueron muy provechosos. Pero no aplican para las amistades, menos para las tentaciones... —insinuó con su acento escocés levemente enronquecido.

Brianna le miró por el rabillo del ojo, sintió sus mejillas arder y abrió su boca para replicar, mas la música nupcial, que indicaba que la novia hacía acto de presencia, se lo impidió.

Clara, ataviada con un bonito vestido color ámbar y su cabello recogido en un alto moño, traspasó las puertas y se dirigió a su sitio en el altar frente a su esposo, que también oficiaría de testigo de la boda. Se veía encantadora en su estado, aunque el tamaño de su vientre era mucho más grande de lo que cabría esperar en un embarazo de cuatro meses, aún no se notaba lo suficiente como para impedirlo asistir al acontecimiento.

Luego tocó el turno de hacer su entrada a la novia, pero la música seguía y esta no daba señales de aparecer. Los invitados que estaban de pie mirando el espacio vacío, se vieron entre ellos, luego al novio que perdió su sonrisa confiada, y comenzaron a murmurar entre sí.

Clara, Mary y ella intercambiaron gestos preocupados. A una señal de la primera, las tres salieron de la iglesia y se dirigieron hacia donde debía estar Abigail.

—¿Qué está sucediendo, padre? —indagó ansiosa Clara, cuando vieron al Marqués golpeando la puerta del carruaje nupcial con aspecto agobiado.

—Hija... es tu hermana... ha enloquecido, se niega a descender —suspiró el hombre mayor al pasar sus manos por su escaso cabello canoso.

—Ay, Dios —gimió su amiga retorciendo sus manos enguantadas—. Está bien. No te preocupes, padre, hablaré con ella, ve a tranquilizar los ánimos allí dentro y espéranos en la puerta.

Una vez el Marqués se marchó, con una negación de su cabeza, Clara se acercó al coche y golpeó con los nudillos.

—Abby... Abby, abre, soy yo, solo queremos hablar contigo y saber si estás bien —alzó su voz. Del otro lado no hubo respuesta.

Ellas se vieron, consternadas. Fue el turno de Brianna de intentar ayudar a su amiga.

—Abby, no queremos reprocharte nada, solo permítenos acompañarte en este momento —le pidió, rogó que la rubia les dejase ayudarla.

—Amiga, no te juzgaremos, si quieres huir, veremos la manera para que lo logres. Eso sí, yo que tú lo pensarías, tu prometido es demasiado atractivo para que lo botes tan fácilmente —acotó Mary con su acostumbrado tono pícaro.

Entonces se oyó un chasquido que indicaba que la novia quitó la traba interior. Clara se precipitó a abrir la puerta para que las tres pudiesen abordar el coche. En el interior hallaron a Abigail sentada con sus rodillas dobladas contra su pecho y la mirada perdida en la ventana a su izquierda.

—Abby... —inició Clara con tiento, luego de tomar sitio junto a ella y colocar una mano en su brazo.

—Tengo miedo —confesó abruptamente la menor.

—¿De qué? ¿De estar haciendo algo incorrecto? Sé que tú nunca habías planeado casarte, pero...

—No, no —interrumpió Abby, suspiró con fuerza y prosiguió con voz temblorosa, pero con su gesto inexpresivo usual—: No creo incorrecto ya tener que casarme. Es decir, yo acepté este matrimonio porque así lo quise, solo... solo tengo miedo de que la felicidad que he sentido estos meses, junto a Bennett, se termine. Que un día me despierte y tenga una vida desgraciada junto a un esposo que, convertido en un extraño, busque placer en brazos más jóvenes, mientras yo finjo que no lo sé y me quedo en casa cociendo pañuelos. De perder a la persona que sin saber cómo, se ha convertido en el sentido de la felicidad para mí, en mi motivo para sonreír. Sé que Vander es un idiota casi la mayor parte del tiempo, es irritante, insoportable, competitivo, vanidoso, y posesivo, pero... pero yo no concibo ya la vida sin su amor. Si lo pierdo...

—Eso es imposible —dijo de pronto una voz masculina. Las cuatro voltearon hacia la puerta

del carruaje, donde se encontraba Lord Vander con los brazos en jarra y su rostro tenso—. No sé ya qué tengo que hacer para que entiendas que nunca podría alejarme de ti de ningún modo, que jamás podría abandonarte, Abigail.

»Que significas para mí, mucho más que la mujer que se adueñó de mi voluntad y mi corazón, eres mi misma alma. Ni queriendo con todas mis fuerzas podría arrancarte de aquí dentro, porque sería como terminar con mi vida yo mismo.

»No importa si eres alguien solitario, demasiado testaruda e independiente, poco obediente, mínimamente afectuosa y con un brutal golpe letal si te arman con un rastrillo; te amo, te amo mucho y ni todos los años de la tierra, ni las mujeres que me codiciarán por mi increíble apostura, podrán lograr que ni por un instante deje de amar a mi esperpento favorito. A mi fea empedernida.

Las palabras dichas con tanto sentimiento, provocaron que Brianna sintiese su corazón estrujarse. Mary soltase jadeos y llorara a lágrima viva. Clara, más que conmovida, asintiese hacia su cuñado y, tras besar a su hermana, se apeara del coche.

Ella y Mary la siguieron fuera. El conde, que no apartaba su mirada celeste del rostro demudado, pálido y emocionado de Abigail, se subió sin dudar y cerró la puerta tras de sí.

Lo que siguió fue que los novios se demoraron alrededor de una hora en salir del coche. Dentro de la iglesia, los asistentes no cesaron de especular sobre lo que allí dentro acontecía. El vicario, más que escandalizado, no dejó de negar con su cabeza aun cuando los padres intentaban fingir normalidad. Al final, los futuros esposos aparecieron en la entrada. Lord Vander estaba despeinado y con su traje arrugado en diferentes partes. Sin embargo, su cara irradiaba una alegría desbordante.

Por su parte, Abigail se veía radiante en su vestido de novia de tafetán azul real y organza plateada. El cual no tenía escote, ni ningún brillo ostentoso, mas le hacía ver hermosa en su sencillez, aunque su peinado, que a todas luces había sido un elegante recogido, estaba prácticamente desarmado y se sostenía en su sitio por dos hebillas de plata. Su cara estaba sonrojada al extremo. No obstante, lo que captaba toda la atención era que, en lugar de su gesto ilegible, había una brillante y amplia sonrisa.

Después de esa nada convencional aparición, la ceremonia transcurrió con normalidad. Los novios sellaron su unión con un beso y los vítores recorrieron la iglesia. Finalizada la ceremonia, se trasladaron a la propiedad de la familia Bennet, donde se llevaría a cabo el banquete de bodas.

A media tarde, Brianna se disponía a partir de nuevo hacia Londres, pues poco a poco los invitados se fueron. Cuando sintió que alguien se sentaba en el sitio que hasta hace unos minutos ocupó Mary Anne.

—¿Ya se retira? —indagó el duque de Fisherton al ella mirarle, sorprendida.

—Sí, su Excelencia, mi padre está ansioso por regresar a la ciudad —respondió, desvió la vista de su intensa mirada azul.

—¿Pensabas irte sin despedirte de mí, bonita flor? —cuestionó con tono juguetón y una leve sonrisa. Brianna abrió la boca y la cerró, sin saber cómo responder ese comentario. El rubio movió la cabeza de un lado a otro, al parecer, muy divertido con su apuro—. He querido acercarme todo el tiempo, pero sus padres no la dejaban ni un momento a solas. Y este salón es demasiado pequeño para hacer lo que tengo en mente... —siguió él sin dejar de escrutar su rostro ruborizado.

—Su Excelencia, no... no entiendo qué insinúa, pero estamos rodeados de personas, y... —

jadeó, tan nerviosa y a la vez ansiosa, que sentía que le faltaba el aire por momentos.

—Estoy diciendo que me muero por besarle —le interrumpió. Clavó sus orbes en los labios entreabiertos de Brianna—. Lo deseo como no te imaginas, bonita flor. Y no he dejado de pensar por qué me privó de ese placer exquisito. Por qué no mando a todas estas personas al infierno y tomo aquí mismo esos labios, que son los que me mantienen despierto por las noches, y perdido en necesidad cada día desde que la besé por primera vez.

—Porque no sería correcto, milord. Y porque no siempre se tiene lo que se desea —replicó ella con el pulso enloquecido y las entrañas revueltas. Cerró sus manos en puños para intentar ocultar su temblor y la extraña necesidad que sus palabras habían despertado en su interior.

—No estoy de acuerdo, muchacha. No hay nada incorrecto en lo que siente mi cuerpo cuando te veo. Y yo soy un acérrimo creyente de que cuando deseas algo con la suficiente fuerza y devoción, es imposible que no puedas tenerlo. Por eso sé con total seguridad, que un día saciaré mi deseo de ti y luego volveré a desearte más todavía —declaró con voz ronca, con letal rotundidad.

Su mirada transmitía una seguridad y promesa aplastante.

—Yo... no... no... ¿Qué está queriendo decirme? No crea que por ser yo una casi solterona, accederé... aceptaré... yo renunciaré a mis principios —balbuceó, anonadada—. Además, no depende de mí, mis padres esperan que...

—No está entendiéndome, muchacha. —Volvió a interrumpir y ella se estremeció por la seriedad que expresaba la cara siempre risueña del rubio—. Pero tienes razón, ya he dicho demasiado. Quisiera poder demostrarte con acciones mis intenciones, mas no puedo aún, debo partir por asuntos del Ducado, los cuales son impostergables.

—Yo... no sé qué decir, milord. No me debe usted nada —respondió Brianna, desilusionada, y abatida por sentir esa ridícula decepción.

El duque la silenció con un chasquido de su lengua y sin importar que estuviesen en la sala de banquete de los Windsor, levantó una mano y tocó su mejilla, envió una sensación indescriptible a cada rincón del cuerpo de Brianna, que solo pudo quedarse estática, respiró con dificultad y anheló que los labios delgados de él acariciaran los suyos.

—No me mires así, bonita flor. Solo ten fe y espera. Prometo que, a mi regreso, convertiré en realidad cada deseo que tengamos. No te quedará duda de lo que tengo planeado para nosotros. Serás mía, como yo ya soy tuyo —murmuró con abrasadora solemnidad y deslizó sus dedos hasta rozar sus labios con lentitud.

Brianna jadeó, sintió un fuego ardiente quemando por completo su cuerpo. Sin embargo, ese deseo se convirtió en horror cuando apareció en su campo visual la silueta de su madre, quien se acercaba con gesto furioso.

Un parpadeo después, el duque desapareció. Ella, con la vista perdida en el espacio vacío que el escocés dejó y el alma dolida, solo tuvo lugar para un desesperante pensamiento. Uno que la atormentó sin cesar estas últimas semanas y que no pudo, de ninguna manera, confesarle al hombre que, además de haberse convertido en el dueño de su corazón, era sin saber cómo, su máspreciado amigo.

Debía casarse en menos tres meses... o su padre iría a la cárcel de deudores...

Capítulo 10

Una dama perfecta jamás despierta en un caballero más que un deseo de protección y caballeridad absoluto.

—Requisitos de una dama perfecta.

—Brianna, escúchame bien. Esta noche no puedes enclaustrarte en ese rincón como haces siempre. Olvídate de conversar con otras desgraciadas y damas de compañía. Debes quedarte a la vista, para que así logres que algún caballero te pida un baile. ¿Lo entiendes? —murmuraba la baronesa de Fergusson, mientras hacían su entrada a la velada de los condes de Penny—. Y no me mires con esa expresión de cordero llevado al matadero, sabes en la situación que estamos, y que, aunque no logres concertar un matrimonio ventajoso que nos salve de la inminente catástrofe, debes al menos lograr casarte para evitar hundirte con nosotros. Tu padre ya no puede garantizar tu bienestar ni futuro, debes conseguir un marido que pueda cuidar de ti, y cuando el rumor de nuestra ruina se esparza, eso será imposible, nadie más nos invitará a una sola fiesta. Y ahora sonríe, si Richard con su nula fortuna, lengua trabada y poca imaginación logró una buena unión, tú podrás hacerlo —terminó su progenitora, hablaba con una sonrisa fingida y saludaba con la cabeza a las amistades que se cruzaban.

Brianna solo se limitó a asentir, escuchó con sumisión el discurso que su madre venía repitiéndole una y otra vez durante las primeras semanas de la temporada social. Como si por hacerlo ella se convertiría en una dama requerida y deseada, no en la fea florero que siempre fue.

Aunque solo porque sabía que, a pesar de no parecerlo, lo que motivaba a su madre era la preocupación por ella y porque pudo vislumbrar en su mirada verde la angustia y la tristeza, decidió que esa noche pondría más de su parte y dejaría de estar todo el rato mirando hacia la puerta, en donde esperaba ver aparecer por ella a una melena rubia.

No podía aguardar el regreso del duque de Fisherton. Era una tontería y también una pérdida de tiempo, que era lo que le faltaba, puesto que no volvió a saber nada del escocés. Por Clara y Abigail sabía que no se comunicó con ninguno de sus amigos. El hombre no daba señales ni rastro; la temporada ya llevaba un mes de haber dado inicio. Además, por más que a ella le pesase, el duque era un hombre libre y no tenía ninguna obligación con ella. ¿Qué le comprometía? ¿Un beso robado y unas palabras bonitas? Nada más.

Con tranquilidad podría regresar de su viaje casado o comprometido con cualquier mujer que hubiese conocido. Ella quedaría como una ingenua y estúpida por poner sus esperanzas en su regreso. Lo mejor sería que se las apañase sola y pusiera manos a la obra. Para sumar a su desazón, estaba más sola que nunca, ya que ningún miembro de la hermandad se encontraba participando de los actos sociales.

Clara por su embarazo. Abby porque aún no regresaba de su viaje de novios. Mary tampoco, debido a que su padre cayó gravemente enfermo. Necesitaba mucho a sus amigas y sin ellas se hacía demasiado dura su cuarta y última temporada. Hasta extrañaba ver el rostro serio del conde de Luxe, que tampoco apareció. Más que nada añoraba ver al hombre que robaba cada uno de sus pensamientos, de sus desvelos y de sus sueños.

—No me digas que has renegado de tu puesto de florero, y ahora eres columna honorífica — soltó una voz junto a su oído derecho. Brianna giró, sobresaltada.

Por un momento no reconoció a la mujer que le hablaba. Sin embargo, rápido cayó en cuenta de que esos ojos azules, inteligentes y perspicaces, no podían pertenecer a otra persona. A duras penas contuvo el chillido de emoción y el abrazo que tuvo ganas de darle a Abigail cuando la vio. En su lugar, sonrió de manera sincera, no como en las semanas anteriores, tomó sus delgadas manos y las apretó con cariño.

—¡Abby! Prácticamente no te reconocí. Estás... te ves diferente —le dijo asombrada de verla en un baile y sin su aspecto acostumbrado.

Es decir, ya la había visto así en un par de ocasiones luego que decidió darle una oportunidad al amor de su conde, pero no se acostumbraba.

—No me lo recuerdes. El inepto de Vander tuvo el atrevimiento de lanzar mis baúles repletos de vestidos y cofias por la borda del barco que nos llevó a Italia —gruñó la rubia con expresión molesta—, y por su culpa tuve que pasar el resto del viaje encerrada en el camarote, con... con, bueno, con la ropa interior. —Negó con su cabeza al ver cuánto le divertía a ella imaginar esa escena.

—Pues hizo bien. Esos atuendos que usabas eran espantosos. Y las cofias y los lentes, innecesarios. Además, seguro fue a tu llegada que adquiriste este hermoso modelo —señaló Brianna y admiró el hermoso vestido color borgoña, el cual sentaba a su amiga como un guante y a la perfección. Estaba arrebatadora.

—Más que eso, mi esposo se volvió loco en cuanto pisamos la zona de tiendas y comenzó a comprar cosas como un poseído. ¡Estuvo un día entero recorriendo lugares, probándose trajes y mostrando su parte trasera enfundada en trajes de montar a las dependientas! Se llevó tres baúles más que yo. Es un vanidoso de cuidado —renegó su amiga, pero en su mirada brillaba la felicidad y también el amor. Se la veía radiante, a pesar de no estar sonriendo ni nada.

—Hubiese querido ver eso —contestó con diversión ella y se ganó unos gruñidos de la rubia.

—Pero ya no hablemos más de mí. Dime cómo estás tú. En tus cartas eras demasiado escueta. ¿Está siendo insoportable la temporada? —descartó Abby con un ademán y tras hacerle una seña a Vander, que conversaba con un grupo de caballeros sin quitarle a su mujer el ojo de encima, la arrastró hacía el fondo del salón. Brianna hizo una mueca al ver que se dirigían al rincón de floreros. Como no veía a su madre cerca y realmente necesitaba hablar y desahogarse con su amiga, se dejó hacer

—De acuerdo, de acuerdo. Que no cunda el pánico. Algo podremos hacer —soltó después de un rato, en el que Brianna la puso al corriente de su situación desesperada.

—La verdad no creo que se pueda hacer mucho. Ningún caballero se me ha acercado en estas semanas. Solo queda esperar que la noticia de la ruina de mi familia se extienda y aceptar la propuesta de algún anciano desesperado por asegurar su legado con un heredero, o de algún burgués deseoso de mejorar su abolengo — rebatió, desesperanzada.

—¡Ah, no, eso sí que no! Conseguiremos un partido decente y que tú apruebes —aseguró con determinación Abigail, desviando su vista pensativa.

—Abby... no sé... no creo...

—No lo repitas. No aceptarás pasar el resto de tu vida con un hombre que solo quiera usarte, y que ni siquiera te agrade —negó con rotundidad la rubia y luego se volvió hacia ella con energía

—. ¡Ya sé! Necesitamos ayuda, cuatro cabezas piensan más que dos. ¡Convocaremos a la hermandad, a una reunión de emergencia!

—Muchachas, no sé... —balbuceó con aprensión Brianna, miró a sus tres amigas que estaban sentadas junto a ella en el interior del amplio carruaje del conde de Lancaster.

—No lo dudes más, Brianna, hemos estado ensayando toda la semana y preparando este momento —le cortó con gesto amable y una sonrisa de ánimo, Clara, quien ya ostentaba una barriga prominente, no dejaba de abanicarse y quejarse del calor que hacía en Londres desde que volvió a la ciudad para socorrer a la pelirroja.

—Dejarás a todos sorprendidos, estoy segura —acotó Abigail, comenzó a colocarse sus guantes.

—Y no olvides a Madame Antua. ¡Ella afirmó que serás todo un éxito entre los caballeros, y es una mujer de experiencia vasta! —agregó Mary, muy animada, contagiándole su entusiasmo.

Brianna espío por la ventana del coche y vio la multitud ingresando a la legendaria fiesta de disfraces de Lady Somert. Los nervios que sentía desde que iniciaron aquel loco plan, no hicieron más que acrecentarse.

—Pero... ¿no creen que me veo demasiado... ostentosa y exagerada? No me siento como yo misma, y... —dudó ella, apretó con angustia su antifaz color plata.

Las tres negaron a la vez y protestaron por enésima vez desde que Brianna salió del vestidor de la modista más prestigiosa de Londres, luciendo un aspecto irreconocible. Luego fue Clara quien se inclinó y colocándole la máscara, le dijo con una sonrisa cálida:

—Para nada. Te ves como la dulce mujer que siempre has sido, solo que una versión de ti mejorada y más hermosa. Así que ahora sonríe y ve a demostrarle al mundo de qué está hecha esta dama perfecta.

—Sí, señor, ve, déjalos boquiabiertos y maravillados —sumó exultante Mary Anne.

—Y luego ciérrale la boca a esa parda de inútiles que por años te rechazaron — finalizó Abby con un esbozo de sonrisa satisfecha.

Brianna absorbió aire, temblorosa. Miró a aquel trío de mujeres leales y nobles. Contuvo la emoción, se enderezó y declaró:

—Muy bien. ¡Aristocracia, prepárate, porque esta noche conocerás a la nueva Brianna Colleman!

El baile anual de disfraces de Lady Somert era, sin dudas, un evento prestigioso y exitoso. Se celebraba una vez al año, siempre a la mitad de la temporada. No obstante, este año los anfitriones decidieron adelantar el acontecimiento.

Las invitaciones para el baile eran codiciadas por toda la nobleza inglesa, no solo por su alta categoría, sino por las historias y leyendas que se habían creado a su respecto. Se decía que desde su primera celebración llevadas a cabo hace diez años, hasta la última sin excepción, una joven soltera encontraba el amor verdadero y obtenía esa misma noche una propuesta matrimonial de parte del caballero en cuestión.

Por supuesto que la leyenda tomó fuerza, después que todas y cada una de las parejas comprometidas esa noche, resultaran felizmente casadas. Por lo tanto, toda jovencita en edad casadera deseaba asistir, esperando encontrar el amor y obtener un compromiso. Las que no, eran arrastradas por sus madres o tutores sin piedad, ni excepción. Este era el caso de Brianna, quien incapaz de desprenderse de su sensatez habitual, se negaba a creer en esas supersticiones y

disparates populares. El salón de enormes proporciones fue decorado de manera mágica.

Y solo con poner un pie dentro, el invitado podía sentirse transportado a un palacio mitológico, al mismo Olimpo. Las gasas y velos de marfil pendían desde el alto techo, hasta el suelo cubierto por una tela transparente; se distribuyeron docenas de columnas artificiales decoradas con incrustaciones de oro. Era imposible no quedarse sin aliento al traspasar las puertas, no sentirse sumergido en un mundo mágico y no quedarse viendo la vestimenta de los lacayos que personificaban a Cupido.

La duquesa de Windsor, con tal despliegue, no hacía más que erigirse como la anfitriona de la temporada. Este era el comentario que se repetía en cada conversación del atestado sitio.

—Mi madre se enojará en cuanto me vea —dijo Brianna, con algo de aprensión, pasada una media hora de haber iniciado el baile—. Este no es el atuendo que ella había escogido para mí.

—Pero es mucho más bonito, amiga. No podías venir disfrazada de pastora. Esa tela marrón te sentaba espantosa. Así te ves mucho más bonita, no hagas caso a las cotillas perversas que se ríen de nosotras diciendo que no tenemos arreglo, aunque nos vista la misma reina. Ellas no tienen razón, somos más nobles que ellas y, por lo tanto, más hermosas —le animó Mary Anne, la cual estaba irreconocible en su disfraz blanco. Aunque tanta tela le hacía parecer más diminuta y añorada, salvo por el escote alto del vestido que, como de costumbre, parecía a punto de reventar.

—Lo que importa es que Madame Antua estaba en lo cierto. El cambio en tu vestuario te favorece en gran manera y ya estás despertando curiosidad en varios caballeros. Mira —intervino Abigail y señaló, con el elemento que componía su atuendo, a un grupo de hombres que inauditamente tenían su vista fija en ellas.

—Más bien creo que te están viendo a ti, Abby —negó ruborizada Brianna, volvió los ojos al cuerpo de la rubia—. El conde de Vander sufrirá un severo colapso cuando se percate de lo que te has puesto. Es... es...

—¿Escandaloso? ¿Indecente? ¿Impúdico? —terminó Abby por ella y luego encogió un hombro desnudo—. Se lo merece. Se ha estado burlando de mí, de lo mojigata y anodina que soy durante semanas. Pero al momento de escoger el disfraz para esta noche, se ha presentado con un enorme vestido de esposa abnegada para mí. Ya le enseñaré lo puritana que soy a ese perro sarnoso... —aseveró con sus ojos azules brillantes tras la máscara granate que ocultaba su rostro.

—Abby... creo que se enfadará contigo, es demasiado atrevido. Ni siquiera las viudas más liberales presentes esta noche, se han animado a tanto —acotó Mary con su mirada café desorbitada tras el antifaz blanco, hacía un ademán hacia una mujer que vestía un ostentoso atuendo de diosa mitológica, quizá de Venus.

—Pues no me interesa, se lo tiene bien merecido —afirmó con una sonrisa maliciosa.

Brianna negó y luego aceptó una copa que uno de los lacayos le ofrecía.

Como en aquellas veladas los invitados debían guardar sus identidades hasta la medianoche, no se estilaba usar el clásico carné de baile. Por eso solo tuvo que parpadear y cuando los primeros compases de una cuadrilla sonaron, tuvo ante sí a un hombre vestido de caballero medieval, le solicitaba bailar la pieza.

Brianna miró a las muchachas con duda, tras ver sus gestos de ánimo y alegría, aceptó la mano del recién llegado. La armadura impedía que el caballero se desplazara con libertad, pero ella se sorprendió de la amabilidad y la atención que le prodigaba, cuando hasta ese día nunca fue merecedora de ese trato, sino que era ignorada o mirada con desdén. Pronto estuvo girando en la pista con otro hombre, en este caso vestido del Rey Arturo, y no pudo dejar de ver el interés que él demostraba en sus palabras y en su mirada avellana.

Los nervios que sintió desde que inició ese loco plan, junto a la hermandad, comenzaron a

remitir poco a poco. Aunque sabía con total certeza que ni el vestido nuevo, ni un peinado diferente, cambiarían su aspecto, tampoco la manera en que la sociedad siempre la vio; ya no se sentía un adefesio, hasta se percibía agradable a la vista. Por primera vez creía que, si no podía estar a la altura de las beldades, al menos podía aspirar a que algún mozo pidiese su mano.

Empezaba a sentir expectativas y esperanza en su interior. Eso solo lo sintió en aquellas ocasiones en que un caballero, que era demasiado atractivo y arrasador para una joven como ella, le dedicó su atención y halagos. Su corazón se estrujó al recordar, por enésima vez en el día, los momentos vividos junto al duque de Fisherton. Debía hacer a un lado esos sentimientos de anhelo y añoranza, pues el escocés desapareció de su vida; no había indicios de volver a verlo. Era seguro que, cuando se reencontraran, ella ya estaría casada. El tiempo apremiaba y no podía quedarse a tejer sueños rotos cual Penélope.

Debía tomar las riendas de su futuro y encontrar a un caballero que le guste, que esté dispuesto a tomar una esposa sin dote, sin apellido importante y ni belleza. Un trémulo suspiro escapó de su boca y tras ejecutar un giro, miró a su partener con renovada energía y una sonrisa genuina.

—De ningún modo saldré a la calle vestido así —se quejó con expresión de enojo Maxwell, en cuanto salió de detrás de un biombo de la recámara del conde de Lancaster.

—Pues no tienes opción, llegaste a última hora y ya están tomados los otros dos disfraces disponibles. Colín solo tenía este de repuesto —alegó Marcus desde su posición despatarrada en la gran cama de dosel.

—¡Porque a él le va a la perfección! ¿O acaso te parezco la personificación de la felicidad y la algarabía? Yo no soy un payaso como Vander —siguió, enajenado, el conde. Volteó hacia el espejo para examinar su figura embutida en unas calzas coloradas y un chaleco corto del mismo color, del que se desprendía retazos de tela de diversos y alegres colores. Completaba el disfraz un estrafalario calzado de punta alargada color verde chillón y un sombrero a juego con borlas multicolor.

—Eh... no, no lo pareces, menos con ese gesto de ira y ese ceño fruncido. Tampoco te ayuda tu postura rígida y digna de una estatua de cera, pero... las calzas favorecen las formas de tus nalgas —se mofó Marcus al soltar la carcajada que contuvo desde que vio aparecer a Luxe.

—Ni siquiera sé por qué les hago caso y les sigo considerando como mis amigos —gruñó Luxe al arrancarse el ridículo sombrero de bufón—. Tú y Vander son una plaga, no hacen más que meterme en problemas desde que los conozco. Como si ya no tuviese suficientes problemas en mi vida —saturizó y calló en cuanto vio el gesto preocupado transformar el semblante de Marcus.

—¡Estoy listo! —interrumpió la voz de Colín, que se plantó ante ellos, ya con el antifaz negro colocado.

—¿Ese es tu disfraz? —preguntó divertido Marcus—. ¿Y tu esposa de qué irá, de calavera?

—Claro que no. Por supuesto que irá personificada como la misteriosa Anne Hathaway. La verdadera musa de este poeta. El mejor trovador de la humanidad — espetó Colín, señaló su larga casaca color negra adornada con grandes botones y sus calzas del mismo color; giró sobre su calzado con tacón y hebillas de plata.

—Shakespeare ni siquiera la quería. La dejó enclaustrada en el campo para vivir como todos los artistas en el libertinaje, mientras se dedicaba a su “arte” en Londres —comentó Luxe mientras se colocaba su máscara verde.

—¡Eso no es cierto! La amaba y le dedicó más de una letra, solo que la mujer lo exasperaba —

protestó Colín tirando del cuello de su camisa ribeteado de encaje, siguió a los otros dos que ya bajaban la escalera rumbo al piso inferior. Luego recitó con teatralidad—: Aquellos labios que la propia mano del amor hacía respirar sucesivamente el sonido de mi decir “Yo odio”. A mí, que languidecí por su bien, pero cuando ella vio mi lamentable condición, la gracia vino directo desde su corazón, reprendiendo a aquella lengua nunca tan dulce que fue usada para dar noble perdición, y fue entonces enseñada para de nuevo saludar: “Odio” que ella alterara con un final, que le siguió, como un noble día sigue a la noche, quien como un demonio del cielo al infierno es expulsado; “odio” del odio ella echó y salvó mi vida, diciendo “vos no”^[5].

—Qué romántico... —ironizó Marcus tocando el techo del carruaje para que el cochero lo pusiese en marcha—. Yo solo sé que el poeta se casó con dicha dama, estando ella encinta de varios meses. ¿Otra coincidencia, hermano? —inquirió con sorna. Con el rostro compungido y pensativo del rubio, provocó que riesen hasta que el coche se detuvo frente a la mansión de los Duques de Windsor y la portezuela se abriera.

—No me digan que venimos aquí —graznó incrédulo Maxwell, al ver el gesto afirmativo de los mellizos, agregó lívido—: ¿Están locos? ¡Ningún soltero en sus cabales se aventura a aparecer en esta fiesta! Hacerlo es una clara afirmación de que se está buscando abandonar la soltería con esmero.

—¡Bah! No me digas que tienes miedo a esas tonterías de la maldición de la mansión Windsor —se rio Colín y codeó a su hermano.

La cual versaba que, si un caballero asistía, habiendo logrado escapar a los lazos del matrimonio y sin tener aún una dueña de su amor, terminaría irremediablemente cazado y comprometido esa noche.

—¡Por supuesto que no! No son más que tonterías supersticiosas, pero ustedes están casados —se indignó Luxe—. En cambio, si un hombre sin compromiso asiste, está declarando su intención de buscar esposa. Y eso es igual que colocarte frente a las mismísimas tropas de Napoleón con solo un anillo como arma.

—Pues suerte, que tendrás al dios del trueno para defenderte del implacable asedio de las hordas armadas con abanicos y vestidos de seda —dijo Colín con una sonrisa hacia la enorme figura que se acercaba hacia ellos.

—¿Si quiera le han dicho de qué trata el baile y en dónde se está metiendo? —murmuró Luxe cuando el rubio duque ya llegaba a su altura.

—No. Solo cumplimos órdenes de nuestras espositas. Ellas nos pidieron que lo localicemos con urgencia. Yo no podía perderme esto, pero hasta aquí los acompaño —se despidió Marcus sonriente, les instaba a que descendieran del coche.

—No te preocupes, querido Luxe. Si alguna matrona se pone agresivamente insistente, le pedimos a “Thor” que la despedace con su martillo —susurró Vander, inició la marcha y palmeó al duque en la espalda para darle la bienvenida, quien casi lo lanzó de vuelta al carruaje para devolverle el gesto.

Capítulo 11

Una dama perfecta jamás se permite desear lo prohibido, ni pone en riesgo la sensatez de lo correcto.

—Requisitos de una dama perfecta.

Alexander no fue capaz de contener las carcajadas cuando, después de unos segundos de contemplación, se percató de que el hombre disfrazado no era otro que el conde de Luxe. Era imposible que existiese otro caballero que tuviese aquella rigidez y estreñimiento para moverse.

¡Por Odín, que se veía ridículo! ¿Cómo es que había acabado vestido de bufón medieval?

—No lo digas —le advirtió tenso Luxe al pasar por su lado, para iniciar la marcha hacia la puerta de la mansión, la cual era una fantástica edificación de piedra blanca, que detrás de las rejas color bronce y un magnífico jardín delantero, relucía a través de la decena de ventanas abiertas iluminadas en su interior.

—Bienvenido de vuelta a la ciudad, Fisherton. Creímos que jamás volveríamos a saber de ti —comentó Vander una vez traspasaron la entrada de la casa, previo a entregar sus invitaciones.

—Yo también lo creí así. Me fue imposible regresar antes. Las propiedades que tuve que revisar estaban en un estado caótico. El administrador que estaba a cargo de ellas, era un completo timador. Y descubrí que no hacía más que robar a mi abuelo, aprovechándose que hacía años que el duque estaba enfermo. El estado de las cuentas, de los arrendatarios, empleados y tierra, era un desastre. Y eso, junto a la constante presencia de mi tío, no me dieron un minuto de respiro —explico él, se detuvo, perplejo, a mirar el salón de baile al que acababan de ingresar.

La estancia era enorme y estaba repleta de personas ataviadas con multitud de disfraces, más los músicos enmascarados apostados en un rincón que en ese momento interpretaban un vals, pero lo que le dejó asombrado fue la estrambótica ambientación del lugar, la cual parecía sacada de unos de esos libros de antigüedad mitológica.

—Bueno, lo importante es que ya estás de regreso. Y puedes ocuparte de otros menesteres más placenteros —contestó Vander y tomó la copa que un lacayo le ofrecía. El sirviente llevaba una máscara blanca cubriendo su rostro y además de tener una túnica del mismo color, le colgaban de su espalda unas alas y un arco con una flecha—, y no es que sea entrometido, pero llegaste justo a tiempo, unos días más y te encontrabas con una sorpresa desagradable.

—Eres la personificación de la intromisión y la indiscreción, Vander —intervino con ironía Luxe al tomar de su copa—, pero en este caso tienes razón. Tu aparición es oportuna. No sé si te agradarán las novedades, solo espero que, de no ser así, estés en condiciones de poder actuar en consecuencia. Muchas veces no es uno capaz de cambiar las circunstancias que lo rodean, por más que atenten contra sí mismo.

—¿De qué diablos estás hablando Luxe? ¿Acaso adelantaste el festejo desde tu casa? —espetó Alex, viendo confundido el gesto taciturno del castaño. Pensó que quizá ya estaba borracho.

—Olvidalo, Fisherton, está así desde que volvió vaya a saber de dónde, y no hemos logrado que suelte prenda. —El rubio negó con su cabeza.

—Bien. Entonces en su carta decían que era menester que regresara a Londres. ¿Se puede saber cuál era la urgencia? —interrogó Alex, impaciente, y comenzó a examinar la concurrencia en busca de una cabellera pelirroja. Si había algo que no podía esperar más, era volver a ver a la dama que ocupó su mente cada segundo de los días en que estuvo lejos de ella.

Ardía en deseos de volver a verla y proseguir desde el punto en el que dejó su acercamiento. Por eso le desánimo constatar que, además de una señora mayor disfrazada de Reina Ana, no había más mujeres con el cabello color fuego en el sector en donde siempre estaba su bonita flor.

—No la encontrarás por allí. Ya no —anunció Vander poniendo voz a su reciente descubrimiento. Abarcó con un movimiento de su mano a las muchachas consideradas solteras, las madres y carabinas, sentadas en el rincón.

—Pero, ¿por qué el misterio? No viajé casi un día sin detenerme, para soportar sus acertijos ingleses. Hablen de una vez —les ordenó ya exasperado.

—De acuerdo, no la pagues con nosotros —respondió divertido Colín levantando sus manos. Y luego señaló un punto por detrás de su cabeza y su expresión socarrona no hizo más que poner en alerta al duque—. Justo allí está la respuesta al misterio.

Alexander giró la cabeza en dirección al punto señalado. Solo la columna que tenía a su espalda logró que no perdiese el equilibrio de tal impacto que sintió golpear el mismísimo centro de su pecho, de su estómago, de su corazón, de sus rodillas y hasta de su ingle.

—*Teine*^[6] —pronunció con voz por completo enronquecida y la vista fija en la mujer que se desplazaba en la pista guiada por los brazos de un hombre joven.

Su mirada se oscureció como el mar cuando se avecina una violenta tormenta. Luego se apaciguó a la vez que sus ojos se deleitaban con cada porción de piel que su mirada devoraba. Ella estaba hechizante y arrebatadora en su disfraz de Brigid, la diosa celta del fuego, la poesía y la guerra, igual de ardiente y fulminante.

Su pulso se desbocó aún más cuando detalló aquellas curvas embutidas en satén y seda dorado, el cinturón de cuero que definía la rotunda y voluptuosa forma de sus caderas, la capa forrada de terciopelo color burdeos que hacía el marco perfecto para su magnífico cabello color fuego suelto en su espalda y apenas sostenido a un costado para mantener su rostro enmascarado libre. No sabía qué hizo esa mujer a su apariencia cándida habitual, pero el cambio le satisfacía y enardecía su deseo como una llama al heno.

—¿Y qué vas a hacer, Fisherton? Ya ves que tu dama está siendo objeto de admiración. Tal parece que ya no pertenece al grupo de las rechazadas... y ya... ha llamado... la atención de otros... —inquirió Luxe con un ademán de su cabeza, aunque su voz se perdió al final y su vista quedó fija en un punto cercano al borde de la pista, donde una dama vestida de blanco, que sostenía el bastón de Mercurio en una de sus manos, miraba con una sonrisa melancólica a las parejas danzantes.

—¡Miren, es Felicitas! Qué oportuno, Luxe, qué mejor pareja para la diosa de la felicidad que un alegre bufón. Ya no te contengas y ve a alegrar a la damita Russell, como sabemos, te mueres por hacer —se mofó Vander al palmeo la espalda del conde, quien se atragantó con el champagne.

—¿Por qué mejor no vas tú a reclamar a tu ramera, Vander? Yo no estaría tan tranquilo en tu lugar, parece que están por pescar a tu peccecita —contraatacó Luxe con una mueca de sorna.

Vander borró su sonrisa y dio un paso hacia el otro con sus rasgos teñidos de ira, pero no pudo hacer más, pues Alexander, que comprendió el comentario de Luxe, se interpuso y tomó al rubio por los hombros, le obligó a girar y le dejó de cara a un extremo de la pista de baile, para que comprobase por sí mismo de qué hablaba el otro.

Su cara, a pesar de estar debidamente cubierta, fue un poema. Nunca Alex vio a alguien

ponerse tan pronto pálido, todo lívido.

—Pero, ¡qué demonios! Esta vez sí la mato, la asesinaré con mis propias manos... No saldrá de mi cama en días cuando termine con ella —estalló Vander, tan enajenado que no se percató de que entregó sin amabilidad su copa vacía a un invitado que pasaba cerca en lugar de a un lacayo. Salió disparado hacia el centro de la pista.

—¿Tú no reaccionarás como Vander? —curioseó Luxe, mientras ambos veían al rubio yendo hacia una desprevenida mujer disfrazada con un escueto peto granate que dejaba parte de la piel pálida y sedosa de su ombligo a la vista, junto a una falda del mismo color que no terminaba de cubrir las piernas enfundadas en medias de seda de la diosa de la Poda y la agricultura. También conocida como la Ramera, por la costumbre que tenían las mujeres en la antigüedad de Roma de sacudir las ramas para llamar a la fecundidad y la prosperidad, a la que se le rendía culto en cada cosecha, terminando la celebración en bacanales y orgías multitudinarias.

—¿Acaso no te preocupa que la dama que te interesa esté en brazos del Rey Arturo?

—No —contestó seguro Alex. No le preocupaba que la mujer que consideraba suya bailase con otro caballero, ya que no existía rey, ni noble, ni plebeyo en la tierra capaz de hacerle competencia, no porque él fuese superior a todos, sino porque jamás permitiría que nadie le arrebatase lo que le pertenecía.

—Entonces... ¿no te molesta que la dama en cuestión esté siendo objeto de interés y miradas acaloradas? —cuestionó con gesto pensativo.

Ambos observaron al conde irrumpir entre los bailarines, sin importar que algunos de ellos se quedasen viéndole atónitos, tomar a su esposa en brazos y abandonar la pista y esquivar a duras penas los pinchazos del rastrillo que la rubia colgada de su hombro lanzaba al trasero del noble.

Alex negó y sin apartar la mirada de su flor ni un instante, depositó la copa en la bandeja de un lacayo que pasó por su lado y con sonrisa amplia, declaró: —No. Ustedes ingleses pueden observar todo cuanto quieran, pero aquel que toque a mi mujer, habrá visto su último amanecer.

Y junto a los acordes finales del vals, abandonó a Luxe, para por fin ir a reclamar a su dueña, a su diosa particular.

Si ella era el fuego, él era las brasas.

Brianna suspiró aliviada cuando el caballero con el que bailó el vals, la dejó un momento para ir en busca de una copa para ella. El hombre le pareció muy agradable y atento, simpático en exceso, bueno conversador y excelente bailarín. Otro punto a su favor, era más alto que ella. Le preguntó su nombre y ella se lo dijo. Lo hizo a la espera que él echara a correr en dirección contraria ni bien lo oyese y supiera que era una don nadie, mas no sucedió, él solo sonrió, dijo que le parecía un nombre dulce y especial. La joven se sonrojó, nada acostumbrada a recibir ese tipo de halagos y atenciones. Solo pudo quedarse viendo los ojos castaños y brillantes del hombre mirando los suyos. No la intimidaba, no la avasallaba, ni la ponía nerviosa.

Su compañía era hasta placentera y relajante. Aquello en lugar de emocionarle, le decepcionaba. Se sentía muy frustrada y enojada consigo misma, porque en lugar de estar enfocándose en lo que debía hacer, valorar que solo tal vez podría haber encontrado a un partido aceptable, el cual podía ser la solución a su apurada situación, estaba abatida y desanimada con su vista puesta en su compañero de baile; a todos los comparó con una persona que no estaba allí.

Esperaba sentir ese temblor que él le ocasionaba con solo entrar en una habitación, ese estremecimiento que recorría cada terminación de su cuerpo cuando él la observaba, ese ardor

que invadía su interior cuando él la tocaba de cualquier manera, y esas cosquillas que apretaban su estómago cada que vez que él le hablaba. Quería sentir su pulso acelerado, esa emoción, esa expectación, esa pasión. Estaba loca, total e irremediamente loca. El Duque de Fisherton no era hombre para ella, ¿cuándo se resignaría? Él era alguien inadecuado en más de un sentido, también incomparable, irremplazable, inimitable. No podía pretender encontrar en toda Inglaterra a alguien siquiera similar al escocés. Nunca nadie sería atrevido, desenfadado, irreverente, encantador, vibrante, salvaje, impetuoso, seductor, apuesto, exótico, provocador... La lista era interminable.

«Brianna Coleman, ¡otra vez estás pensando en el duque, olvídate de él! ¡Él se marchó, se esfumó, desapareció! ¡Ya no está!».

—Sabía que los ingleses son estúpidos, pero no había entendido hasta qué punto —comentó con tono ronco y acento extranjero pronunciado, una voz justo a su espalda. Brianna se tensó y paralizó durante unos segundos, trataba de dilucidar si lo que acababa de oír fue de verdad o producto de su deseo desesperado—. No voltees, bonita flor —ordenó el duque justo cuando ella iba a girarse, apresurada. Su aliento caliente rozó la nuca de ella y erizó cada vello de su piel—. Ya que el inepto que te tenía en brazos ha cometido la estupidez de dejarte sola y a merced de cualquiera lobo en busca de presa, voy a aprovecharme de eso. Te espero en cinco minutos en el mirador del patio central —habló a su espalda, desde detrás de unas plantas que le impedían a las demás personas verle—. No dudes en acudir, pequeña. Sabes que no me importaría hacer como Vander y sacarte a la vista de todos en volandas de aquí, sino lo hago, es porque más que eso, deseo que seas tú la que venga hacia mí por una vez.

Brianna sintió cómo la presencia del hombre se alejaba; soltó el aire que retenía. Se apoyó en la columna a su derecha para intentar calmar el temblor que se apoderó de su cuerpo. A su alrededor, el baile, las conversaciones y la velada, proseguían como si nada hubiese sucedido.

Su compañero de pieza no regresó y tampoco veía a Mary Anne entre la multitud. A su madre no la volvió a avistar desde que ella salió hacia la casa de Abigail para acudir a la fiesta, pero sabía que estaba en el sector de solteronas y carabinas, asegurándose de que ella no fuese a refugiarse allí y a incumplir su orden de mostrarse, de ser accesible.

Debían haber pasado por lo menos tres minutos, mientras ella se recuperaba de la impresión; cavilaba si ceder o no a la propuesta poco sensata de verse a solas con Fisherton. Solo recordar su advertencia fue suficiente para ordenar a sus pies que se movieran. Ella también quería verlo, lo necesitaba, y ya estaba cansada de reprimir ese sentimiento, de negarse sus propios anhelos y de prohibirse a dar rienda suelta a sus deseos.

El jardín de la casa era una imagen majestuosa, rodeado de altos setos y ciento de flores. Los sinuosos y largos caminos muy bien iluminados, estaban siendo recorridos por varias personas. En el costado más alejado, se hallaba empotrado un pintoresco y pequeño mirador. El mismo permanecía a oscuras en este momento, dando el obvio mensaje de no estar disponible para los invitados. Desde las puertas del salón podía verse perfectamente su exterior franqueado por un gran rosal, mas el interior no podía vislumbrarse debido a la larga enredadera que cubría el techo y colgaba por los extremos de este, hasta casi tocar el suelo. No era cortada por la gran sombra que proporcionaría durante el día.

Con el corazón acelerado, Brianna subió los escalones de la estructura circular y apartó las largas plantas para traspasar la entrada. La imagen que le recibió no solo hizo que sus pasos se congelasen en el sitio, sino que su ser por completo se paralizara.

El hombre apoyado en el lateral del mirador, que dejaba una porción del jardín y el cielo nocturno iluminado por una enorme luna, parecía una aparición sobrenatural, una criatura mística y

mitológica sacada del mismo olimpo.

Un dios implacable, indómito y de belleza letal. Peligroso, ardiente y fulminante como solo el amo del trueno y la guerra podría verse, ningún terrestre ordinario y débil podía ser inmune a esa visión. El peto color bronce que abarcaba y cubría su poderoso pecho brillaba como oro. Sus calzas oscuras sostenidas por el cinturón en sus caderas, sostenían la falda corta que tapaba sus pelvis. Sus piernas largas y fuertes estaban tapadas por grebas y rodilleras. Sus brazos, que no podían pasar desapercibidos, llevaban correas desde los guanteletes, hasta los codales y las hombreras. El espaldar del peto se sostenía por los ristes, de él colgaba una ondeante capa de terciopelo color carmesí oscuro. No llevaba máscara, pues la parte superior de su rostro quedaba velada por el casco de bronce, del que salían dos alas de acero. El martillo de Thor colgaba de su mano, como si no pesara nada y pudiese destruir con este cualquier intento de alejarle de su propósito con solo un ínfimo movimiento.

El duque le devolvía el escrutinio en un silencio que solo era interrumpido por la melodía que les llegaba del interior de la mansión; dentro de ese lugar todo parecía lejano y mágico, como si en realidad no estuviesen allí, sino muy lejos, suspendidos en un limbo entre la realidad y las fantasías más prohibidas.

—Acércate, milady, prometo no usar mis poderes contra ti. —Retumbó la voz del duque. Terminó con el intercambio silencioso en el que se sumergieron.

Brianna quiso decirle que su promesa llegaba tarde, puesto que ya desde hace mucho ejercía un poder irrevocable sobre ella, pero solo tragó saliva y se acercó con lentitud. Casi esperaba que él se transformase de un segundo a otro en una criatura salvaje y saltase sobre ella.

—¿Cómo ha sabido que soy yo? —indagó una vez estuvo a solo unos pasos de distancia del duque. Después de todo, se veía diferente a como él la vio la última vez. Además, llevaba una máscara que cubría su rostro hasta prácticamente la barbilla.

—Nadie más me hace arder con su sola visión. Nadie más tiene el fuego en su cabello, ni las formas de la misma Brigid en su cuerpo. Nadie más me provoca ser criatura que mortal. Solo tú —murmuró grave. Sin importar el jadeo que escapó de la garganta de Brianna, se separó de la pared y tras quitarse el casco, comenzó a caminar hacia ella. Con cada palabra que decía, avanzaba implacable ante la retirada inconsciente que ella inició, que terminó con su espalda apoyada entre la vegetación del lateral contrario y el cuerpo enorme del escocés—. Te ves diferente, lo puedo ver, pero para mí sigues siendo la misma bonita flor que me cautivó desde la primera vez que te vi. La única diferencia es que ahora no soy solo yo quien puede darse cuenta; déjame decirte que no me ha hecho gracia llegar, y encontrarme a otro hombre tocando lo que es mío, pueden mirar porque no se puede impedir a un ciego que disfrute de ver el paraíso por primera vez. Sin embargo, ponerte una mano encima, no. Eso solo es mi privilegio, pienso dejárselo claro al mundo lo antes posible —sentenció, se quitó de imprevisto la máscara que ocultaba su cara acalorada y boquiabierta.

La respuesta de Brianna se ahogó en su boca, pues el duque la tomó con su fuerte mano por la nuca y se apoderó de sus labios. Si el primer beso que aquel gigante le robó le había dejado temblorosa, este ataque sin tregua a su misma esencia de mujer, amenazaba con arrebatarle el espíritu del cuerpo. Ahora no estaba borracha, ni mareada, ni tenía su cerebro embotado, sino que era consciente de cada caricia que sus cavidades se prodigaban.

Todas sus terminaciones nerviosas se crisparon cuando el rubio gruñó una palabra ininteligible, soltó el martillo a sus pies, la sostuvo por la espalda y comenzó a devorar su boca con desenfreno y ardor desbordado. Sus cuerpos estaban pegados de pies a cabeza. Brianna, que después del estupor inminente yacía abandonada a las sensaciones que experimentaba con cada embiste de la

lengua del duque, que ella devolvía con creciente pericia e igual ansia. Las manos masculinas abandonaron su espalda y en ese momento acariciaban su piel por encima del disfraz de la diosa del fuego, le hacía sentir un calor indescriptible y un deseo desconocido en lo más profundo de sus entrañas. Con cada roce de sus bocas, la anatomía endurecida del duque se apretaba contra ella y colmaba con esa exquisita presión las partes secretas de su cuerpo que dolían necesitadas. No podía soportar esa tortura, tampoco era capaz de saciarse de ese arrebató pasional que los consumía. Él era puro fuego, juntos ardían como la hoguera más poderosa.

Con un gemido tortuoso, el duque arrancó sus labios de los de ella y crispando sus dedos en sus caderas, las cuales se mantenían unidas a las masculinas como si fuesen una sola, fijó su mirada azul, oscurecida de lujuria y determinación, en la de ella, dilatada y brillante, y con tono febril, espetó:

—Sino me detengo ahora, te tomaré aquí mismo, muchacha, y no una vez, sino las suficientes como para empezar a calmar mi deseo de ti. Así que, sino dices algo, lo que sea, para devolver algo de cordura a mi mente, no habrá marcha atrás, serás mía en todo el sentido de esa palabra.

Brianna volvió a estremecerse; con la respiración agitada y toda la fuerza de voluntad que fue capaz de reunir, quitó los brazos del cuello masculino. Dijo la única verdad que podría salvarles de sus propios deseos:

—Mi padre... Mi familia está en la ruina. Una mala inversión le llevó a adquirir una deuda estafalaria que terminó por causar la pérdida de toda su fortuna, la mansión familiar y hasta mi dote. Tengo que conseguir rápido un marido que esté dispuesto a aceptarme sin un céntimo y a pagar las deudas de mi familia. Mi padre terminará en Newgate, mi madre y hermanos en la calle. Por eso... no puedo seguir con... con lo que sea que esté pasando entre nosotros, su Excelencia, aunque usted estuviese buscando esposa también, está por encima de una mujer corriente, fea y pobre como yo. No tiene caso seguir arriesgando mi reputación y virtud. Debo buscar un partido que esté a mi altura y usted no es ese caballero.

Las palabras de Brianna flotaron entre ellos, impregnadas por la evidente amargura que desprendían. Sintió sus ojos picar y su garganta arder. Se agachó, levantó su máscara y comenzó a apartarse del duque que solo le escuchó en silencio con su pecho subir y bajar tan agitado como ella. Tenía una expresión inescrutable.

Solo había dado dos pasos hacia la salida, cuando sintió un tirón en su brazo y de un impulso estuvo de nuevo frente al rostro del escocés.

—Te equivocas, muchacha. Si alguien no está a la altura, ese soy yo —pronunció con tono implacable y gesto serio—, pero, aun así, no interesa. Te merezca o no, ya no hay nada que hacer. Soy tan tuyo como tú eres mía. Si tienes que casarte, pues lo harás; de ningún modo pienses que llevarás otro nombre que no sea el mío. Me importa un comino el ducado, serás una MacFire y acabaré con quien se atreva a impedir que seas mi mujer. Ahora solo queda que aceptes este hecho y me digas cuáles son los malditos protocolos ingleses a seguir para que el resto por fin sepa que nos pertenecemos.

Capítulo 12

El valor de una dama perfecta radica en las virtudes y cualidades que solo la más pura procedencia, innegable belleza y vasta riqueza, pueden aportarle.

—Requisitos de una dama perfecta.

—¡Oh, por Dios! ¿Te han pedido matrimonio? —estalló emocionada Mary Anne, dio un brinco en su asiento que ocasionó que de su taza de té dejara derramar un poco de líquido y que cayera sobre su vestido color turquesa—. Ay, no, la señora Green me regañará otra vez —se lamentó, hizo un puchero y trató de arreglar el estropicio con una servilleta.

—Pues es solo una mancha, fue un accidente. Además, no sé con qué autoridad moral se atreve a decirte algo esa mujer, si los sombreros que usa parecen animales disecados —bufó Abigail y rodó sus ojos.

—¡Abby! —la reprendió Clara con tono de advertencia, pero una obvia mueca de hilaridad—. Tú tampoco eres lo más avezada en tocados, ¿no? Sino fuese por tu esposo, seguirías usando esas horrendas cofias —se burló, se inclinó y alcanzó su cuarto bollito de canela.

—Desde que te has casado, estás insoportable, querida —rebatió la rubia al mirarla con los ojos en rendijas—. Tal parece que tu conde te ha contagiado su pésimo sentido del humor. Te han corrompido.

—Por lo menos, mi conde no me encerró en un carruaje para comerse el pastel antes de la boda. ¡Y frente a la casa de Dios! —arremetió la mayor, encogió un hombro e hizo una mueca de placer cuando saboreó un pan relleno de almendras.

—¡Oh! —exclamó ofendida y con la cara enrojecida Abby. Pareció quedar sin réplica de manera momentánea, lo que provocó una risita en la hermana. Brianna y Mary miraban la disputa, boquiabiertas, temían entrometerse—. Te lo dejaré pasar porque en este momento no eres mi hermana del todo. Estoy segura de que es ese engendro del caballero negro que llevas dentro, el que ha hablado por ti —espetó ofendida.

—¡No lames así a mi retoño! También es tu sobrino; tus hijos llevarán la misma sangre —protestó ofuscada Clara y señaló a su hermana con una hogaza de pan—. El único demonio es tu marido. Por eso hacen buena pareja.

—¡Oh! El embarazo no te sienta nada bien, Ara. Te pones... ¡maléfica!

Y si sigues devorando así, no habrá carruaje que pueda transportar tu trasero —arremetió Abigail con una sonrisa perversa.

Clara emitió un jadeo mitad ofendido, mitad resoplo. Abrió la boca para rebatir a su hermana, pero Brianna decidió intervenir antes que aquello terminase en una tragedia griega.

—No les he dicho quién es el caballero que me propuso matrimonio.

Eso fue suficiente para lograr que las tres mujeres volviesen su atención a ella, que ya estaba sonrojada.

Clara hizo una seña al lacayo que permanecía a la espera junto a la puerta de su sala de día. Cuando el hombre se marchó, comenzó el interrogatorio de la hermandad.

—¿Fue en el baile de Lady Somert?

—¿Quién es?

—¿El caballero que estaba vestido como el Rey Arturo? Parecía muy interesado en ti —aventuró Abby.

—No... Eh... en realidad... —balbuceó nerviosa, con resquemor por la reacción que sus amigas tendrían. Temía que tal como ella pensaba, le dijese que era una locura considerar una unión entre ella y el duque de Fisherton.

—Brianna, ¡dime que fue el duque quien te propuso matrimonio, eso sería tan romántico! —le cortó Mary con los ojos brillantes.

—Sino la dejamos hablar, no podremos enterarnos, muchachas —las tranquilizó Clara. Brianna le miró con agradecimiento—. No avasallemos a Brianna, amigas. A ver... no te pongas así, querida, puedes decirnos lo que sea.

Brianna tragó saliva, trató de disminuir su aprensión y devolvió el apretón de mano de Clara. Decidió que decirlo de sopetón sería más fácil.

—Sí. Fue en ese baile. Esa noche, el duque... él me besó... y... y me pidió... mejor dicho, me dijo que se quiere casar conmigo. No obstante, me temo que solo sea por un sentido de caballerosidad y compasión, pues me lo dijo después de que yo le informase de mi apretada situación. No creo que el duque esté interesado realmente en contraer nupcias conmigo. Es decir, eso no es posible, yo no soy una candidata digna de alguien de su rango. Solo mírenme; soy fea, nada atractiva, poco interesante, cero elegante. Para rematar, pobre y de una familia casi plebeya. Ni siquiera puedo aportarle una dote al acuerdo, solo las deudas de mi familia.

—Brianna —le interrumpió Abby con gesto serio—. No puedo creer que estés diciendo eso. Tú eres una candidata más que digna. No serás de la creme aristocrática, pero el duque tampoco es de abolengo impoluto. Su padre era conde, pero dicen que era un salvaje de las tierras altas.

—Eso es verdad. Estoy segura que su Excelencia ha sabido ver todas las virtudes y cualidades que hay en ti —sumó Clara y envolvió sus manos en las suyas para que dejase de retorcerlas.

—No digas que eres fea. Es evidente que el duque se siente atraído por ti y te considera bonita. Con respecto a la dote, me consta que el hombre ha heredado una gran fortuna y seguro a eso se debe que poco le importe tu mala situación económica, ya que puede permitirse el lujo de ayudar a tu padre —agregó con seguridad Mary.

Brianna se las quedó viendo con los ojos empañados, hacía esfuerzos para no dejar ir sus emociones. No quería llorar, eso no aportaría nada a su dilema.

—No lo sé —murmuró al bajar la vista—. De todos modos, tal vez ya se arrepintió. Estamos teniendo esta conversación en vano. No le he dicho nada a mis padres y ellos están contentos porque luego del baile, dos caballeros dejaron su tarjeta de presentación para presentarse a invitarme a un paseo.

—Pero... No estoy entendiendo. ¿Aceptaste la propuesta o no? ¿Y por qué dices que se ha arrepentido? —inquirió Clara, e echó hacia atrás y sin importa lo impropio de la postura, levantó sus pies sobre la otomana y acarició su gran barriga, emitió así un suspiro de satisfacción.

—Sí acepté —contestó con tono mortificado y Mary aplaudió contenta, mientras las otras solo esperaban, intrigadas—. A pesar de todas las razones que me dicen que es una pésima decisión, fui incapaz de doblegar a mi corazón y rechazarle.

—¿Y entonces cuál es el problema? —cuestionó Abby.

—Lord Fisherton me dijo que al día siguiente se presentaría aquí y le pediría mi mano a mi padre. Dijo que en una semana podría liquidar los pagarés que penden sobre él y frenar el embargo de la mansión. Y que una vez obtuviésemos la bendición del Barón, podríamos anunciar el compromiso, pero... pero de eso ya pasó una semana y no he tenido noticias de él. Lo esperé día

tras día, no apareció. No he vuelto a saber del duque —explicó derrotada y desanimada.

Sus amigas se quedaron viéndole con diferentes niveles de compasión. Trataron de animarle con una conjetura sobre diversos contratiempos que podrían haber motivado la falta de palabra del escocés. Sin embargo, Brianna no tenía muchas esperanzas, aunque su corazón doliese, sabía que tal vez él se retractó de su propuesta. Si así era, ella no podía más que entenderlo, después de todo, siempre había sabido que el interés del rubio por ella era demasiado fantástico, demasiado bueno y demasiado bonito para ser real.

A las demasiado feas no se les cumplían sueños demasiado esplendorosos.

¿En qué momento había perdido su sensatez y olvidado esa valiosa lección?

—Está como una cuba —comunicó una voz que se oyó muy cerca de su oreja derecha. El intruso levantó su cabeza, luego la dejó caer sin mucha consideración sobre la superficie de madera del escritorio en la que se hallaba despatarrado.

—¿Diez botellas de Oporto? Yo estaría tocando el arpa con San Pedro a esa altura. Si que tiene resistencia el maldito —exclamó con tono asombrado un segundo hombre.

—¿Por eso no acudió al club desde la fiesta de disfraces? Es la primera vez que lo veo de esta guisa —comentó con un tono reprobatorio muy familiar un tercer caballero.

—Fisherton... Fisherton... ¿me puedes oír? —insistió el primero que habló y sacudió su hombro.

Alex gruñó, trató de volver al mundo de los vivientes o jamás se liberaría de las visitas indeseadas.

—Ah, está despertando. Y yo que tenía la ilusión de vaciar esto en su gran cabeza —soltó con un deje risueño Vander, quien se apartó con prisas cuando él se enderezó y rápidamente soltó la jarra de agua que tuvo la intención de derramar sobre el sujeto.

—No provoques a la bestia, hermano, no parece que esté para tus chanzas — advirtió Marcus, quien lo observaba a su derecha.

—¿Qué está pasando contigo, MacFire? Desapareciste de todos lados, y cuando venimos a verte, te encontramos completamente bebido —cuestionó Luxe, rodeó el escritorio y se sentó frente a él.

—No estoy borracho, inglés. Solo algo mareado, hace falta mucho más para dejar en ese estado a un escocés. Simplemente me quedé dormido —rebató Alex, eludió la parte del comentario donde le preguntaba el porqué de su ausencia.

—Entonces si no estás borracho, ¿por qué estás en ese estado? Te ves fatal, Fisherton. Sino fuese porque sé que ninguna fémica se te resiste, diría que te han roto el corazón —intervino con descaro Colín, quitó el asiento en donde Marcus hizo ademán de sentarse y se dejó caer en él con expresión sardónica.

—¿Es eso? —preguntó Marcus, envió una mirada enajenada a su mellizo y se sentó en el diván que estaba frente a la chimenea—. ¿Problemas de faldas?

Alexander suspiró y se pasó las manos por su cabello, que como estaba suelto, era un enredo. El vello de su cara le raspó los dedos cuando se cubrió la cara y trató de armarse de paciencia. Las preguntas de sus amigos no hacían más que recordarle el motivo de su desazón y frustración.

—Déjenme que me adecente primero. Mientras pongo algo sólido en mi estómago, voy a satisfacer su curiosidad —propuso luego de un instante de tenso silencio. Sin esperar respuesta, se puso en pie y se dirigió al piso superior.

Una vez se hubo aseado y cambiado de vestimenta, bajó hasta el comedor sintiéndose mejor.

Era media tarde, su estómago rugió cuando entró y vio la merienda servida en la mesa, de la que el trío de hombres ya estaba dando cuenta, por lo que no perdió tiempo y se lanzó a comer antes de que se quedase sin nada.

—Así que le propusiste casamiento a la pelirroja, te lo tenías bien guardado, bribón. Fue en el baile, ¿verdad? No pierdes el tiempo, viste que había competencia y fuiste a por lo tuyo —rió Colín y tragó un bocado de tocino.

—Mi esposa y las demás se pondrán exultantes. Clara insistía en que tú eras el candidato ideal para la señorita Coleman. No obstante, también me dijo que estaba apurada en casarse, porque la familia está pasando un aprieto económico. ¿Te has enterado y eso te echó para atrás? —afirmó Marcus.

—¿Acaso ella te rechazó? ¿Por eso te encontramos así? Te dije que las mujeres solo dan dolores de cabeza.

Alex terminó el contenido de su taza y la depositó en la mesa, pensaba por dónde comenzar para responder el cuestionario al que estaba siendo sometido.

—Sí se lo pedí, y no fue por ese mequetrefe con el que bailaba. Supe de las deudas del barón de Fergusson por la propia boca de la dama y eso no me detuvo en mi intención. Y no, no me rechazó, por el contrario, me dejó más que claro que desea entregarse a mí y ser mi duquesa. El problema no tiene nada que ver con eso —gruñó y miró a cada uno de sus amigos a medida que respondía.

—De acuerdo, de acuerdo... Tranquilo, escocés. Solo eran meras suposiciones — reculó Marcus al levantar sus palmas en señal de rendición.

—Ya puedes borrar ese ceño y soltar el cuchillo. Soy demasiado joven para morir. Además, no puedo irme de esta tierra sin lograr embarazar a mi mujer. Me niego a quedar en desventaja con mi hermanito menor —dijo con una ceja alzada Colín y una sonrisa traviesa. Señaló la mano de Alex que, de manera inconsciente, sostenía con fuerza el cuchillo con el que se sirvió la jalea de frutas.

—Si logran cerrar sus bocazas de viejas chismosas, podremos enterarnos de una vez de lo que está sucediendo —sumó Max, impaciente, fulminando con sus ojos verdes a los mellizos y usando la servilleta de lino para limpiar el resto de migas de la comisura de sus labios.

—Mejor vamos a mi despacho. Allí les mostraré algo que explicará mejor todo —suspiró Alex.

Los guió de nuevo al estudio que ya fue limpiado por la servidumbre y no había rastros de las botellas caídas y el desorden anterior.

—¿Qué demonios es esto? —inquirió confuso Colín, después de pasar la vista con rapidez por las dos hojas de papel algo desgastado que Alex puso en sus manos.

—Déjame ver—ordenó Marcus, le arrebató los papeles a su hermano para leerlos con avidez. Una mueca de desconcierto tiñó su semblante y miró al duque, anonadado.

—Mi turno —exigió Maxwell, se acercó con la palma hacia arriba y tomó de las manos del conde el escrito.

Luego de unos segundos, en los que Alex se limitó a recordar el momento en que, al igual que sus amigos, él recibió esos papeles y quedó tan impresionado como ellos, sin ver la expresión de satisfacción mal disimulada en el rostro de su tío, el conde de Pemberton; Luxe levantó la vista hacia él y con tono estirado, leyó:

—La lista de la dama perfecta. —Entonces su cara inexpresiva se convirtió en una máscara de incredulidad y desorientado dijo—: ¿Qué rayos es esto?

—Una cláusula del testamento del difunto duque, de la que no tenía idea de su existencia hasta

que no le planté a mi tío que pediría la mano de una señorita en matrimonio —explicó frustrado Alex. Ellos le vieron asombrados, él apartó la vista y la clavó en el techo abovedado del estudio, sintió la tristeza opacar su alma y cubrir su corazón de sombras, de esperanzas rotas—, y una maldita lista de razones que me impiden casarme con la única mujer que hace girar mi mundo.

El silencio que siguió a la dolida aseveración de duque, duró lo suficiente para que el grupo de amigos intercambiase miradas preocupadas y comenzaran a hacerse señas instando al otro para que dijese algo que pudiese consolar al rubio, quien no apartó su vista del techo del estudio.

—Bueno, eh, Fisherton —carraspeó finalmente Marcus—. Supongo que con tu comentario nos estás diciendo que la señorita Colleman no cumple ninguno de los requisitos de esta lista.

—Qué perspicaz eres... —ironizó Colín e hizo rodar sus ojos, luego se cruzó de brazos y piernas en su asiento, estudió al duque con gesto pensativo.

—«Es mi última voluntad, que en el caso que el candidato a heredar mi título y fortuna decida desposarse, la candidata a aspirar al título de duquesa de Fisherton, cumpla inexorablemente con los siguientes puntos: Lista de la dama perfecta: 1. Linaje impecable y de rancio abolengo aristocrático inglés, no menor a un título de tercera línea. 2. Reputación y nombre intachable e incuestionable. 3. Fortuna, posición y dote vasto. 4. Belleza, carácter destacable y admirado. Esto a fin de que mi apellido, el buen nombre de mi familia, la perpetuidad de nuestro linaje y la fortuna del ducado, no corra peligro, ni sea manchado de ningún modo. Si mi heredero se niega a cumplir con dichos requisitos, perderá inexorablemente todas las propiedades no anexas al título y las rentas de dichas tierras. Las cuales, especificadas en el testamento que dejó en vida su cuantía y valor mayor a la suma de cien mil libras esterlinas, pasarán como herencia a mi querida hermana Lady Sarah Granville». Eso responde a tu pregunta, Lancaster. Ahora comprendo la satisfacción del esposo de tu tía, es casi seguro que esperaba este desenlace. Contaba con que alguien como tú solo sería capaz de poner los ojos en una dama inadecuada. Y de esta manera, él se convertiría en el nuevo poseedor de la fortuna familiar —argumentó Luxe con tono seco y depositó las dos hojas sobre el escritorio del duque.

—Encantador... —Se aclaró la garganta Colín, desvió su vista, reflexivo. Luego se enderezó. Rotundo, exclamó—: Tal como lo veo yo, solo tienes dos opciones, Fisherton; desistir de pedir la mano de la señorita Colleman o renunciar a tu fortuna y la herencia que te corresponde por nacimiento.

Alexander inspiró aire con fuerza y se puso en pie con brusquedad para comenzar a recorrer el lugar, como si de un animal enjaulado se tratase.

—¿Eso sería tan terrible? —cuestionó Marcus—. Es decir, no es justo, y ciertamente dejarías de ser un hombre acaudalado, pero podrías vivir decentemente de la herencia que corresponde al ducado, ¿no es así? Y no creo que a la dama en cuestión le interese tu cambio de estatus en demasía.

—Con el título me quedaría esta mansión, dos propiedades en el campo y una renta anual más que generosa como para que a mi esposa e hijos no les falte nada, aunque no tendríamos una vida de derroche. Incluso podría quedar algo para invertir en alguna sociedad, tener ganancias a futuro y así vivir más holgadamente... pero... pero... ¡Por Odín! —gruñó el escocés, detuvo su ir y venir frente a la ventana del despacho que daba a la calle, por donde era incesante el traqueteo de carruajes.

—¿Pero...? ¿Cuál es el problema entonces? —suspiró Colín.

El Duque se tensó más aún, si eso era posible, y dejó caer su cabeza contra el cristal, derrotado, incapaz de saciar la curiosidad del conde.

—Una deuda, una promesa de honor a la que no puedes traicionar, eso es lo que se interpone

entre tú y tu deseo, ¿no es cierto? —intervino Luxe con tono mordaz y seguro.

Los hermanos Bennett solo esperaron la respuesta de su amigo, aunque su silencio y postura dejaban claro cuál sería.

—Y una familia —retumbó la voz del escocés, se giró y dejó ver la tristeza que teñía sus rasgos, usualmente sonrientes, y también una seriedad poco habitual—. Un pueblo entero depende de mí. Fue por ellos que decidí dejar mi vida, mi tierra, mi esencia. Abandoné todo lo sagrado y amado por la promesa que un día le hice a mi madre.

»La situación en las tierras altas ha sido crítica los últimos cincuenta años. Ya no hay animales, ni tierras en las que trabajar, ni cosechas, ni hombres que trabajen. Muchos emigraron o fueron expulsados de sus casas y abandonaron todo, mujeres, ancianos, niños incluidos, y estos mueren de hambre. Mi hogar... mis hermanos y las familias que están a cargo de nosotros; el condado... ellos dependen ahora del dinero y todas las provisiones que mensualmente les envío. Es mucha la inversión que se requiere para hacer sus vidas al menos dignas. Yo acepté convertirme en alguien totalmente opuesto a lo que fui, a lo que esperaba de mi futuro, solo por ellos. No puedo... No puedo decirles que se olviden de mi juramento, que echen fuera a los pocos aldeanos fieles que se han quedado con nosotros. No puedo abandonarlos.

Capítulo 13

Una dama perfecta jamás se ve envuelta en una situación escandalosa.
—Requisitos de una dama perfecta.

Una semana completa de bailes no sirvió para que Brianna recibiese la propuesta o si quiera atención de algún caballero. Sus padres estaban desesperados a esa altura, aunque el Barón le había dicho que no era su responsabilidad y que él lo único que deseaba era que consiguiese un marido antes de que el rumor de su ruina se extendiese, porque de lo contrario jamás podría formar una familia después, Brianna sabía que tanto él como su madre, tenían la esperanza que, si hacía un buen matrimonio, todos pudiesen salvarse de esa situación. Por lo que más que nunca lamentaba no ser agraciada, haber nacido en una sociedad que rechazaba lo que ella era, solo porque no encajaba en sus conceptos de hermosura y gracia. Si al menos estuviesen sus hermanos allí, se sentiría menos desdichada, pero Richard aún no regresaba de su viaje de bodas; James estaba en alguna parte del continente realizando el viaje que todos los jóvenes caballeros recién graduados solían hacer. Ambos desconocían, al volver, que les caería la desgracia encima. Uno quedaría sin su herencia y título, el otro arruinado por completo.

Caía, por primera vez, en ese feo sentimiento de resentimiento y amargura; era algo que nunca experimentó antes. Ella nunca se sintió bonita y la gente que la rodeaba tampoco se lo permitió, con una excepción: cuando la miró el duque de Fisherton. En cada uno de esos momentos en los que interactuaron, Brianna había creído que podía ser tan hermosa como él parecía creerla, cometió la insensatez de comenzar a tener fe en que no todos los caballeros eran banales, cayó en la insensatez de atreverse a soñar y confiar en las promesas del duque. Y todo resultó ser una mentira, palabras vacías, cuentos de hadas, castillos de aire.

Tristeza, decepción, soledad.

Se sentía traicionada y a la vez estúpida por sentirse así. Después de todo, el duque solo dijo unas cuantas palabras y robó un par de besos, no es que la haya abandonado en el altar. Cuando se enteró de su situación, prometió cosas en el calor del momento, luego seguro cayó en cuenta de que escogerla como esposa sería una imprudencia y solo se esfumó, incapaz de espetarle su rechazo a la cara. Casi lo prefería así, pues dudaba haber podido resistir un discurso de pena o rechazo de la boca del hombre por el que guardaba sentimientos intensos.

La hermandad, a excepción de Clara, a la que solo podía ver en su casa debido a su ya visible vientre de embarazada, la acompañaban en cada evento, y aunque Brianna agradecía su apoyo y compañía, no soportaba ya las miradas de compasión que Mary Anne le dedicaba cuando pasaban las horas y ella, como siempre, continuaba relegada a su rincón de florero, ni el gesto de disgusto y preocupación que Abigail esbozaba cuando ningún caballero se acercaba a pedirle un baile, le removía algún sentimiento. Ella era un fracaso y no había remedio.

—Señorita —dijo la voz del mayordomo una mañana en la que Brianna solo se dedicó a mirar sin ánimo la profusión de flores; colores con que la primavera se encargaba de decorar los jardines, junto a los espacios verdes escasos que la ciudad tenía en el momento—. La condesa de Vander y Lady Mary Anne Russell, la aguardan en el salón de visita —informó el hombre calvo y

de expresión avinagrada, la cual el último tiempo se acentuó, sobre todo, desde que se le redujo el salario y el personal comenzó a renunciar.

—Buenos días. No las esperaba... creí que nos veríamos en el baile de... —saludó Brianna más animada ingresando a la habitación, pero al ver lo que allí le esperaba, se interrumpió, sorprendida y confusa.

—Buenos días, querida, sé que no esperabas vernos, pero... —contestó Abby desde el sofá donde apenas se la veía, pues los bultos que la rodeaban amenazaban con hacerla desaparecer bajo su peso.

—Yo... ¿Qué está sucediendo? —balbuceó Brianna mirándolas de hito en hito.

—Nada malo, amiga —terció Mary al ponerse de pie, muy animada. Al tomar sus manos le sonrió con su acostumbrado entusiasmo efervescente—. ¡Somos tus hadas madrinas y estamos aquí para que dejes de ser una calabaza!

—Eso sucedía con el carruaje, Mary. —Rodó los ojos Abby, hizo a un lado los paquetes y caminó hacia ella, que estaba demudada, y poniéndole una mano en el hombro, le vio con su calma y bondad usual—. Hemos pensado que, para obtener resultados diferentes, hay que probar estrategias distintas. Por eso hemos ido a la casa de moda de Madame Antua, y como ella ya tenía tus medidas desde que acudimos a encargarte tu disfraz de Freya, rápidamente confeccionó un nuevo vestuario para ti. Aquí están todos los vestidos que en esta semana lograron confeccionar sus modistas. Y en unos días llegarán los demás.

—¡Son hermosos, más que adecuados para tus formas y tez! También trajimos accesorios para ellos: enaguas, corsé, medias, guantes, ridículos, sombreros, tocados, cintas; que terminarán de convertirte en una princesa —agregó al batir sus palmas Mary.

—Pero... pero... muchachas... no... yo no puedo aceptarlos... no tengo ni siquiera ya la mesada que mi padre me otorgaba y yo no... —negó Brianna, emocionada y al mismo tiempo contrariada con el gesto de sus amigas.

—Tú vas a aceptar y déjate de tonterías, Brianna Coleman. Somos tus amigas, un par de trapos no nos harán más pobres. ¿O es que de ser inversa la situación, tú no nos habrías echado una mano? —le cortó Abigail, fruncía su ceño y cruzaba sus brazos.

—¡Claro que lo haría! —rebatía ofendida ella. Al ver cómo arqueaba su rubia ceja la condesa, se calló, miró de una hacia otra con un resoplido y dudó en su proceder.

—Ya no lo pienses más, Brianna, eres como una hermana para mí, lo sabes. Para esto conformamos la hermandad. Sabes que Clara estaría muy dolida si supiese que estás rechazando su ayuda —explicó Mary al componer aquella expresión de ruego que hacía imposible decirle que no—. ¡Vamos, cariño! Ya verás que, con tu nueva imagen, conseguiremos que un apuesto caballero se fije en ti y cuando conozca lo maravillosa que eres, se enamorará y querrá hacerte su esposa sin importar tu situación económica —aseguró con emoción y seguridad la castaña.

Brianna solo pudo suspirar en respuesta, tragarse su escepticismo y negatividad, y dejarse llevar por los locos planes de sus amigas.

—Realmente hay demasiada gente. Y está haciendo calor. No entiendo por qué tenemos que estar aquí —protestó Maxwell Grayson al tirar de su pañuelo blanco.

—Porque prometimos cuidar los intereses de nuestro amigo —informó Colín Bennett, hizo una seña a un lacayo para que le cambiase su copa vacía por una llena y se asomó sin disimulo por el costado de la estatua junto a la que estaban, mirando hacia un lateral del salón.

—No recuerdo que nadie hiciese promesa alguna. Es más, tengo grabado el nítido sonido de la voz de Fisherton diciéndonos que nos larguemos y olvidemos su triste desventura —alegó con acritud Luxe.

—¿Y desde cuándo alguien que se dice amigo, hace caso cuando su compañero le miente diciendo: vete y no hagas nada? ¿Eh? Él no lo decía en serio, el pobre está tan desesperanzado que es obvio que estaba suplicando nuestro apoyo. No podemos hacer mucho, pero al menos podemos vigilar que nadie coma la oveja, mientras el pastor no está para salvarla —rebatío el rubio con tono cantarín.

—MacFire no nos pidió esa ayuda, dejó claro que no interviniésemos. Más bien, creo que eres un entrometido sin remedio y solo estás aquí para ver en primer asiento lo que sucede con la desafortunada pareja —murmuró Luxe negando con su cabeza.

—Eso también —asumió con una descarada sonrisa el conde—, pero también estoy seguro de que terminará por agradecer nuestra encomiable colaboración.

—Esto no terminará nada bien —gruñó Luxe y tras vaciar el contenido de su copa, ya rendido, se asomó por encima del hombro de su amigo. Sus ojos se abrieron, sorprendidos, cuando localizó al trío de mujeres detenidas cerca de la pista y no en el rincón que había mirado en primer lugar—. Veo a tu condesa y a su lado está lady Mary Anne Russell, pero, ¿esa... esa es la señorita Colleman?

—La que viste y peina —afirmó Vander y se volvió a mirarle con picardía—. ¿Entiendes ahora por qué debemos vigilar el puesto, mientras el verdulero regresa? Si nadie mira, le comerán la frutillita...

—Es la que viste y calza —corrigió bastante divertido Luxe y movió la cabeza cuando su amigo le miró sin entender su aclaración.

Ambos observaron la escena que se desplegaba ante ellos y cuando los acordes del primer vals de la noche iniciaron, fueron testigos de cómo los dos caballeros que conformaban el grupo, se debatían por ganarse el puesto de partener de la dama pelirroja y ruborizada. Al final, un hombre de cabello castaño claro, contextura delgada, alto, y de sobrias maneras, guio a la joven hacia la pista.

Maxwell vio el interés reflejado en la mirada afable del hombre y también la atención que le prodigaba a la joven.

—No obstante, creo que comienzo a entender tu punto. Por fortuna, no está aquí el duque, porque de ser así, no creo que le agradase ver lo que acontece. No querría ser testigo de su reacción, ni estar cerca cuando explote su temperamento.

—Pues no creo que puedas evitarlo —afirmó Colín, regresó a su lugar tras la estatua y lo observó con un movimiento de cejas, travieso—. Adivina quién acaba de traspasar las puertas del salón...

—Oh, maldición. —Fue lo único que atinó a decir Max cuando apartó la vista de la mujer castaña que descaradamente sonreía al pretendiente abandonado de su amiga, miró hacia el arco de entrada de Lady Raymond y vio al gigante escocés caminar hacia la pista con un gesto brutal en su cara.

—¿Hacemos algo? —murmuró Vander, siguió con la vista la trayectoria del duque de Fisherton, quien se bordeaba la pista con su mirada fija en la pareja que, ajena al inminente peligro, giraba al ritmo de un vals.

—Desde luego que no. Es demasiado tarde, él ya ha comenzado a llamar la atención. Mejor larguémonos —gruñó Luxe. Se ocultó todo lo que pudo detrás de la columna y oteó hacia la salida más cercana.

—Ah, no, no podemos dejar que cometa alguna locura —siseó frenético Vander y tras constatar agobiado que el escocés estaba a pocos metros de su objetivo, giró desesperado hacia el castaño que negaba con su cabeza repetidamente y comenzaba a retroceder. Por lo que, al tomarlo de las solapas de su chaqueta, espetó con dramatismo y ruego—: Si arruina la reputación de la señorita Colleman de algún modo, mi esposa me golpeará con el rastrillo más filoso que encuentre y lo peor es que volverá a cerrar su cuarto con llave por las noches hasta que pase su furia.

Y, créeme, esa mujer es una fiera sin compasión cuando se molesta.

—De todos modos, no está en nuestras manos impedirlo. Te desafío a que trates de detener a esa montaña escocesa. Yo no quiero morir joven, gracias —jadeó el conde al liberarse del agarre del rubio, quien se llevó las manos a la cara y luego las bajó, se quedó con la vista fija en el piso.

Un segundo después, levantó los ojos y antes que Maxwell pudiese adivinar a qué se debía la mueca diabólica que insinuaba la sonrisa de Vander, este lo rodeo y con teatralidad, gritó a todo pulmón:

—¡Un ladrón, un ladrón! ¡Le han robado su collar de esmeraldas a mi esposa!

Y el caos se desató.

La multitud comenzó a gritar. Las mujeres chillaron asustadas y se cubrieron sus joyas con nerviosismo. Los caballeros se miraron, desconfiados. En diferentes puntos del salón se iniciaron discusiones acaloradas, hombres que se acusaban entre sí y damas señalando a otras que respondían con furia.

—¡¿Qué esperas, Grayson?! ¡No te quedes ahí, ve a por MacFire! —exclamó Vander mientras esquivaba a los invitados que se precipitaban hacia la salida. Se dirigió hacia su esposa que le miraba horrorizada y confusa.

Luxe bufó y jurando por lo bajo, salió del escondite justo a tiempo para interponerse entre el duque y la pista de baile.

—Momento, Fisherton —ordenó, sorprendió al escocés que se detuvo antes de atropellarle y le vio con el ceño fruncido.

—Quítate, Luxe —ladró e intentó, sin éxito, esquivarle—, pero qué diablos te sucede, ¿por qué me detienes? Muévete.

—Si tienes la intención de ir a abordar a la señorita Colleman, olvídalo, es una locura y no terminará bien —exclamó el conde alzando la voz para hacerse oír sobre el barullo del lugar.

—Sé que es una locura. Que me aspen si permito que ese debilucho inglés siga tocando a mi mujer. De ninguna maldita manera permitiré que me la arrebaten, aunque para conservarla a mi lado deba cometer el peor de los pecados —declaró con énfasis el duque y sin mucho esfuerzo, apartó al conde de su camino.

Luxe gimió, frustrado. Fue tras el gigante, insistía y trataba de frenarle sin éxito. Cuando el rubio casi alcanzaba a la pareja que a espaldas a ellos conversaban con la baronesa de Fergusson y otras matronas más, quienes se abanicaban exaltadas, aprovechó que debían pasar por una puerta ventana lateral que se encontraba abierta, decidió tomar medidas desesperadas.

—¡Dije que te detengas! —repitió y se lanzó a la espalda de su amigo.

—¿Ese fue alguno de tus brillantes planes, querido, debería estar lamentando la pérdida de mi joya imaginaria? —saturizó Abby, señaló hacia el duque que forcejeaba y daba vueltas sobre sí mismo, y a Luxe que vociferaba aferrado a la enorme espalda del escocés pareciendo una pequeña sanguijuela colgada del lomo de un gran animal.

—Oh, no. ¿Qué están haciendo? Si se cae de ahí, se lastimará —balbuceó anonadada Mary Anne. Cerró los ojos cuando la pareja de caballeros desapareció por el rellano sin dejar de forcejear.

—Bueno, eso no era parte de mi plan inicial, pero digamos que logramos el cometido —respondió Colín al encogerse de hombros.

—Pero qué hace el duque aquí. Lleva desaparecido semanas y se presenta de improviso. ¿Acaso pretende importunar a nuestra amiga? Porque no lo permitiremos. No es justo que llegue e ilusione de nuevo a Brianna, para luego esfumarse —advirtió enajenada Abby.

—Así es, no lo toleraremos. Bastante nos costó lograr que ella saliese de su tristeza y se atreviese a confiar en sí misma y conocer a otros caballeros, para que aparezca su Excelencia, quien ni una explicación dio a Brianna, y eche por la borda todos nuestros adelantos —acotó molesta Mary Anne clavando un dedo en el brazo de Vander.

—Tranquilas, damiselas... —Elevó sus manos en señal de defensa y amilanado por el gesto desdeñoso de las mujeres, se apresuró a añadir—: Juro que hay una razón para el comportamiento de Fisherton. Y a pesar de que su presencia repentina demuestra que no está pensando con claridad, él está genuinamente interesado en la señorita Colleman y guarda las más nobles intenciones. De hecho, él estaba listo para pedir su mano en matrimonio, e iba a hacerlo, hasta que ese maldito testa... ay... Diantres, ya hablé demasiado —se interrumpió cuando cayó en cuenta de lo que estuvo a punto de develar.

Abigail y Mary Ann, intrigadas, intercambiaron miradas y se volvieron hacia el rubio con gestos curiosos. Al unísono, preguntaron:

—¿Dijo usted motivo? —inquirió precipitada Mary.

—¿Hasta qué, esposo? —demandó Abby.

Vander maldijo entre dientes. Miró en derredor en busca de alguna vía de escape en aquel salón atestado que continuaba alborotado debido a la búsqueda del ladrón ficticio y las variadas trifulcas que no cesaban. Sin embargo, al ver el gesto decidido de las damas, comenzó a retroceder.

—Ni un paso más, Bennett —amenazó Abby pegándose a su marido que tragó saliva al sentir el aliento de su esposa muy cerca—. Queremos ya mismo saber cuál es ese motivo y lo que esconde el duque. Tú nos lo dirás.

Capítulo 14

Una dama perfecta nunca ignora la voz de la razón, mas siempre sabe hacer oído sordo a los susurros del corazón.

—Lista de la dama perfecta.

—¿Bebiendo tan temprano? —preguntó el conde de Lancaster y tomó asiento frente a un cabizbajo duque de Fisherton.

—No es mi culpa que ustedes los ingleses, sean unos holgazanes. Lllaman temprano a las once de la mañana —bufó Alex, levantó la cabeza para localizar a algún camarero del club y tras hacerle una seña con su vaso vacío, regresó la vista a su acompañante—. No hay horario para tomar una buena copa de Whisky, aunque a veces daría una fortuna por beber una jarra de cerveza de mi tierra de nuevo, nada de lo que se puede encontrar aquí en este sitio tan snob se le compara. En Londres todo es anodino; la carne, los panes, los aromas, los paisajes, las personas, las... las mujeres... Bueno, se me ocurre al menos una excepción... —Fijó su vista azul en el ajetreo del otro lado de la ventana, que a esa hora se encontraba en plena ebullición de carruajes, carros y transeúntes.

—Debería decirte que estás borracho, mas sé que no lo estás, aunque tal vez termines así si te sigues esforzando tanto. El dueño del White's tiene suerte que eligieses este sitio —alegó Marcus observando con calma a su amigo. El café que había pedido llegó junto con una fuente de huevos y jamón. Él hizo una pausa mientras se lo servían. Cuando estuvieron a solas, prosiguió—: Por otra parte, poniéndote como una cuba, no lograrás olvidar lo que te aqueja, ni mucho menos amortiguar el sufrimiento, no por más de unas pocas horas. Créeme, hablo con conocimiento de causa y tú fuiste testigo del daño que en mi caso causó la...

—Al grano, Bennett —le cortó el duque con un gruñido impaciente—. No estoy de humor para soportar los desvaríos eternos, metáforas estúpidas y florituras innecesarias con las que arruinan las conversaciones los ingleses.

El conde reprimió la risa y negó con su cabeza, muy divertido de ver tan malhumorado al duque. Alguien que siempre estaba de buen talante, era de sonrisa fácil, poco dado al dramatismo y los exabruptos.

—De acuerdo, no más rodeos —accedió Marcus al levantar sus manos en señal de rendición—. Lo que estoy tratando de decir es, ¿cuándo demonios piensas dejar de autocondolerte, regodearte en tu miseria y harás algo para obtener lo que tanto deseas?

Las palabras de Marcus flotaron en el aire entre ellos uno segundos en los que Alexander quitó los ojos de la superficie de mármol de la mesa y miró a su amigo con el ceño fruncido.

—¿Crees que estoy contento con esta situación? Nunca en mi vida me había sentido más impotente y frustrado —alegó con los dientes apretados—. Si por mí fuese, ya habría irrumpido en su casa y habría tomado a mi bonita flor para hacerla mi esposa. Si de mí dependiera, nada me hubiese impedido ayer, en el baile, arrebatársela a ese mequetrefe y llevarla lejos. Si solo pudiese hacer lo que deseo, no tendría que beber hasta desmayarme cada noche para lograr reprimir mis ansias de ir en su busca, secuestrarla de su cama y hacerla definitivamente mía. Pero no puedo. No

está en mis posibilidades hacer nada de aquello. No está en mi poder elegir. Y eso me está carcomiendo lentamente, es una maldita tortura.

—¿Entonces es definitivo? ¿Dejarás que la joven se case con cualquier otro? Porque, por lo que dice mi esposa, ella no tiene muchas alternativas. No queda mucho para que la temporada acabe y debe contraer matrimonio. Es su última oportunidad —cuestionó el conde, hizo a un lado los restos de su desayuno y se inclinó hacia adelante.

Por unos segundos, el silencio se abatió sobre ellos. El duque vio fijamente a su amigo, trataba de pronunciar una aceptación que su cuerpo y alma se negaban a asimilar. La angustia comprimió su garganta, tanto que sintió que sus ojos se mojaban. Por lo que los cerró, se reclinó en su asiento emitiendo un suspiro tembloroso y con voz quebrada, dijo:

—Ya sabes cuál es mi situación. Si tan solo se tratase de mí, si pudiese pensar solo en lo que yo quiero... pero no... no puedo elegirla a ella sabiendo que hacerlo significa darle la espalda a cientos de personas que dependen de mí. Sería abandonar a su suerte a mi familia, insultar el recuerdo de mis padres, romper el juramento que un día hice. Es mucho más que una deuda de honor lo que me impide ir por la mujer que a ciencia cierta hoy sé que amo; es una deuda de amor. De un amor que es tan puro y primordial como el que llena mi corazón cada vez que pienso en Brianna. Y al que voy a renunciar y, a pesar de que muera por dentro, aceptar el hecho que se unirá a otro hombre. Uno que ni por un maldito segundo podría amarla como lo hago yo. Anoche, en el baile, me desquicié al verla en brazos de ese hombre y estuve a punto de echar todo por la borda. No estaba pensando, solo ardiendo de celos y amargura. Por fortuna, Grayson logró hacerme entrar en razón y ver que no puedo ser egoísta con la señorita Colleman. Ella merece ser feliz, necesita encontrar un esposo que pueda ayudarla y yo no soy esa persona, aunque decidiese incumplir la cláusula del contrato y tomarla como esposa, me quedaría sin fondos para afrontar las deudas del barón Fergusson. Es un hecho. Debo mantenerme alejado de la muchacha y dejarla en paz. No existirá jamás nada entre nosotros y debo asumirlo.

Su confesión no recibió una respuesta inmediata, lo que ocasionó que Alex abriese los ojos y se incorporara esbozando un gesto de interrogación. Mueca que mudó en una expresión de incredulidad cuando siguió con la vista el lugar hacia donde el conde miraba.

—Pues tendrás que decírselo a ellas, porque yo me niego a ser quien rompa sus ilusiones de un final feliz —objetó Marcus en tono cómplice.

—¿Qué están haciendo ellas aquí? Y qué demonios le sucedió a tu hermano en el rostro.

—Ratoncita, ¿qué estás haciendo aquí? Deberías estar reposando, querida. Ven, vamos... ¡Ouch! —exclamó preocupado Marcus, se acercó apresurado hacia la condesa de Lancaster, pero se calló cuando ella levantó su parasol y le propinó un leve golpe en la mano con la que él pretendía hacerle regresar al carruaje.

—¿Para qué quieres que regrese? ¿Para seguir enclaustrada allí, mientras tú te paseas por todo Londres, ocultándome información? Pues no, se acabó aquello —negó con el ceño fruncido Clara y sostuvo con sus dos manos su voluminoso vientre.

—¿Información? No sé de qué me hablas, esposa —contestó el conde y sobó su mano enrojecida, al tiempo que enviaba una nada disimulada mirada iracunda a su hermano.

—No te esfuerces en negarlo, hermano, anoche fui secuestrado, golpeado en mi intento de huida por el jardín y coaccionado por un grupo de perversas damas. No me quedó más remedio que confesar hasta cuántas veces uso el orinal —intervino Vander al asomarse por detrás de su mujer con su pómulo visiblemente amoratado.

—Así es, lo sabemos todo. Este sapo rastrero soltó lo referente a las condiciones del testamento de su abuelo, su Excelencia. Y no entendemos qué rayos estaba esperando usted para

salir de ese aprieto. ¿Acaso piensa quedarse bebiendo y lamentándose el resto de su vida, mientras nuestra amiga sufre en silencio? —cuestionó Abby al dirigirse a Fisherton, quien les observaba asombrado y retrocedió ante el dedo acusador con que la rubia le apuntó.

—Pues... yo... eh... —balbuceó el duque y rascó su cabeza, anonadado.

—Le diré lo que hará. Sin embargo, primero, debemos dirigirnos todos a mi casa. Necesito comer algo y que nadie se atreva a mencionar que no es hora de desayunar —terció Clara al emprender la marcha sin esperar respuesta. Abigail les miró con un gesto de advertencia y siguió a su hermana.

De inmediato, se inició una enardecida discusión entre los mellizos, que se dirigieron hacia el coche de Lancaster. El menor le reprochaba haber abierto la boca al mayor, y este le acusaba de haberle dejado a merced de las mujeres.

Por su parte, Alexander decidió tomar su carruaje y ver qué clase de planes tenían en mente ahora aquellas mujeres, tan encantadoras como peligrosas. Y si no fuese porque no estaba de humor y porque viendo la prueba del mal genio de la más pequeña de las Thompson, temía por su integridad física. Se hubiese carcajeado ante la visión que componían las dos hermanas. Una parecía un pato y la otra un marinero.

—Tome mi mano, señorita Colleman —dijo solícito el hombre, al tiempo que ofrecía a Brianna su mano enguantada para ayudarla a descender del alto faetón.

—Muchas gracias por el paseo, Sir Chester, he pasado una tarde muy agradable —agradeció deteniéndose ante la puerta abierta que sostenía el mayordomo.

El caballero asintió en respuesta y tomó su mano para depositar un galante beso en sus nudillos. Brianna reaccionó como cada vez que se despedían y recibía aquella muestra de afecto. Sus mejillas se colorearon, a pesar de que comenzaba a sentirse cómoda en presencia del hombre, seguía allí la timidez y nerviosismo que rara vez le abandonaban.

—El placer es todo mío, querida —respondió sir Chester. Le obsequió una cálida sonrisa y una mirada bastante penetrante de sus ojos avellana—. Y espero no ser imprudente, pero estos días que he tenido la fortuna de pasar en su compañía, me han motivado para animarme a hacerle una invitación que tengo la esperanza no rechace.

Brianna se cubrió con su chal para protegerse del leve viento que acompañaba a la tarde soleada y trató de no sonar tan aprensiva cuando contestó.

—Si está en mis posibilidades y mis padres lo autorizan, con gusto aceptaré.

—Por supuesto, puede consultarlo con ellos, ya que la invitación es también para el barón y su esposa. En caso que le den permiso, quisiera invitarles a una cena en mi casa de campo. Es la mansión de retiro familiar, donde reside todo el año mi padre debido a su delicada salud. Allí se celebra cada año su aniversario.

Brianna solo atinó a balbucear que lo consultaría y se apresuró a entrar en la casa, para evitar demostrar el pánico que se apoderó de ella ante la propuesta del caballero.

Una vez dentro, huyó a su habitación para esquivar el interrogatorio que seguro le tenía preparado la baronesa y una vez estuvo a salvo en la intimidad de su alcoba, se permitió dar rienda suelta a sus emociones. Las lágrimas no tardaron en hacer su aparición, muestra de la arrolladora tristeza que, por más que se empeñara, no podía erradicar de su alma. Y es que lo que comenzó con un baile en la fiesta de disfraces, acabó con una invitación formal, que evidentemente servía como excusa para que, sus padres y ella, conociesen a la familia del hombre

con el que se comprometería en breve, pues dar ese paso oficializaría el cortejo y era la antesala de una propuesta de matrimonio formal.

Una propuesta que llegaría en el momento justo, a la que no le quedaría más remedio que dar un sí como respuesta. A pesar de que no viniese del caballero al que indefectiblemente pertenecía su corazón.

Era oficial, comenzó el último mes de la temporada social, también la última temporada para Brianna; si bien le quedaba todavía una quinta para transitar, ya no sería considerada como una debutante, sino más bien como solterona. Por fortuna, para sus padres y situación familiar, al parecer no acabaría de la misma manera que los años anteriores, puesto que ya se podría decir que, por primera vez, tenía un pretendiente en toda regla. El honorable sir Franklin Chester. Un hombre viudo, hijo segundo del Barón Lambert, algo mayor, pero no por eso viejo. Aunque no había preguntado directamente, pudo deducir de las conversaciones que tuvieron, que él tenía unos treinta y cinco años. Claro que, para ella, que ese año cumpliría su veintitrés, le parecía mucho mayor.

No obstante, como decía su madre, alguien en sus circunstancias no podía pedir más, antes debía agradecer tener a un partido así de interesado en ella. Alguien aún joven, de presencia, de maneras sobrias y agradables; lo más necesario e importante: una gran fortuna. Por supuesto, nada en esta vida era perfecto y todo tenía un precio, un pero o, en su caso, una maldición. Estaba por convertirse en la nueva esposa de la familia Chester o mejor conocida como la familia maldita. Si la maldición era real y había amplias pruebas que convenían hasta el más escéptico a creerlo así, ella se casaría, pagaría todas las deudas de su familia y salvaría a su padre de la cárcel.

Además, moriría antes de que el año llegase a su final.

Capítulo 15

Una dama perfecta, sin dudas, sabe cuándo debe huir de una posible situación comprometida.

—Lista de la dama perfecta.

—No puedo creer que me convencieron para hacer esto —refunfuñó bajando del carruaje un contrariado Lord Luxe, mientras se volvía para ofrecer su mano a la esposa de su amigo.

—No es para tanto. Ya verás que será rápido. Repasé varias veces el plan, no hay puntos ciegos —aseguró el conde de Vander al detenerse a su lado. Maxwell vio su vestimenta, de la que no se percató por la oscuridad del coche, y sus ojos se abrieron espantados.

—¡Pero qué rayos haces así vestido! —espetó y luego se atragantó al ver cómo la condesa se inclinaba, tomaba el ruedo de su vestido y lo levantaba hasta quitárselo por la cabeza, quedar con las prendas interiores, que eran unas calzas, una camisa y un chaleco masculino. La mujer se calzó un sombrero y le sonrió, al parecer muy divertida con su reacción.

—No me mire tanto, bribón, estoy comprometida. —Aflautó su voz y pestañeó de manera coqueta Colín, cuando se hubo colocado una lustrosa peluca de bucles rubios. Comenzó a caminar haciendo un mohín tan despectivo, como femenino, con la tela de su amplio vestido de muselina rosado—. Y no se atreva a mirar mis posaderas, perverso —agregó cuando Luxe, quien no salía de su estupefacción, se quedó viendo la estrecha cintura que le hacía al conde el corsé del vestido. Si alguien lo viera de espaldas, no creería que era un hombre disfrazado de dama. De frente, le delataba su inexistente busto, los rasgos masculinos de su cara y, por supuesto, las botas que se asomaban con cada paso.

—Decidimos que era mejor intercambiar vestuario, milord. Por si alguien nos ve bajar del coche y entrar a la casa, siempre hay un vecino chismoso, y así no podrán deducir nuestras identidades —le informó Abigail Bennett. Pasó un par de guantes a juego con el vestido a su esposo y le entregó a su hermana su vestido.

—Están locos... —suspiró Luxe al negar con su cabeza—. Y que sepas que no tengo ni un gramo de fe en tu plan, Vander. Por seguirte la corriente en el baile, tuve que pasar un día entero recostado, mientras mi ayuda de cámara humillantemente me quitaba las espinas del trasero.

—Tengan cuidado, si veo algo, daré la señal —les despidió Lady Clara Bennett, se asomaba por la ventana y luego de varios intentos de enderezarse por culpa de su hinchado vientre.

Las carcajadas del rubio se escucharon todo el camino que hicieron hasta la entrada de la mansión del duque de Fisherton. En la cual los tres se iban a colar, a fin de encontrar el dichoso testamento del fallecido duque. Para eso, Marcus, Alexander y Lady Mary Anne Russell, se habían quedado en la fiesta de los condes de Ross, donde estaría Lord Pembroke y tratarían de distraerle, así les daría tiempo a ellos de registrar la casa. Además, que estando el escocés allí, no podría ser acusado en caso de que el anciano descubriese el robo del documento.

—¿Entraremos por la puerta principal? —preguntó confundido Maxwell al ver al conde dirigirse a la verja de hierro color bronce bruñido y abrirla sin miramientos.

—Tengo la llave. MacFire les dio la noche libre a todo el personal —aclaró Colín y entraron a

la casa que permanecía a oscuras.

—Bien, nos dividiremos. Tú, pecesita, registra la biblioteca. MacFire dice que el viejo utiliza el escritorio de allí para firmar documentos, desde que él tomó posesión del despacho que corresponde al duque. Aunque no creo que sea tan ingenuo de dejar el testamento al alcance de la mano. Nosotros revisaremos su cuarto y el de su esposa —ordenó Vander, la rubia asintió, depositó el candelabro que había encendido en la mesa junto a la entrada y se marchó, ellos se dispusieron a subir al segundo piso.

—Si continúas mirándole así, se desintegrarán —comentó Marcus a su amigo, quien no apartaba la vista de la pareja que giraba en la pista—. Mejor concentrémonos en Lord Pembroke, parece que continúa conversando con el anfitrión.

Alex solo gruñó en respuesta y tras vaciar el contenido de su copa, continuó mirando fijo a la dama pelirroja que se mecía, de forma armoniosa, entre los brazos de un alto caballero de cabello castaño claro. Sus puños se apretaron con violencia cuando la joven le sonrió a su pareja de baile; tuvo que contenerse para no lanzarse hacia la masa de danzantes, al notar que él acercaba el voluptuoso cuerpo de la mujer hacia sí. Sentía un nudo en el estómago apretándose cada vez más y un vacío en el pecho que crecía con dolor.

No soportaba ver a la mujer que consideraba suya, siendo tocada y cortejada por otro, aunque sabía que no tenía derecho a reclamar nada, pues él desapareció de la vida de ella sin dar una explicación, aun así, se sentía furioso y muy celoso.

Ella era suya, tanto que le dolía respirar al saberla tan lejana e indiferente. Con pesar, desvió los ojos hacia donde permanecía su tío y lamentó no poder acercarse a la señorita Colleman y pedirle un baile. La presencia del anciano se lo impedía, pues la muchacha no estaba incluida en la lista de supuestas damas perfectas que este le dio.

Por fortuna, el vals terminó, y solo así Alex pudo comenzar a tomar aire sin sentirse asfixiado. Justo por eso, es que estas semanas él se mantuvo lejos de ella y las veladas sociales, porque sabía que no resistiría verla y no tocarla, abrazarla, besarla. En definitiva, amarla.

Apesadumbrado, vio que aquel mequetrefe, al que, para su pesar, después de investigarlo con intensidad, no encontró nada turbio, salvo cotilleos y cuentos improbables sobre una maldición que acarrearía. Acompañaba a la pelirroja hasta un rincón de la pista y luego partía, seguro que en busca de bebidas.

Brianna sentía la cara entumecida de tanto mantener una sonrisa fingida, mientras que por dentro se deshacía en lágrimas. Es que no podía creer que aquel descarado escocés se hubiese presentado en el baile, así como si nada, luego de no dar señales por días. Le había visto nada más al traspasar el umbral. Su aspecto en aquel traje negro era devastador y su cabello atado en la nunca, el cual brillaba como oro bajo la luz de las velas, aunque no tanto como habían refulgido sus ojos azules cuando sus miradas se cruzaron a través del salón repleto.

De inmediato, ella miró hacia su acompañante, no sin notar cómo el duque repasó con lentitud cada centímetro de su cuerpo cubierto por el vestido de seda y encaje violeta oscuro que llevaba puesto. Su piel ardió bajo aquel intenso escrutinio y sofocada, fingió oír con atención lo que Sir Chester decía. A partir de ese momento se dedicó a ignorar al rubio, bailó, rio y bebió aparentando despreocupación y felicidad, a pesar de que en todo momento fue consciente del lugar exacto donde el dueño de su corazón se encontraba, de percibir a cada segundo su vista ardiente sobre ella. Por lo que en cuanto tuvo ocasión, huyó hacia el tocador de damas y trató de alivianar

sus mejillas ruborizadas con paños fríos.

Después de un rato de contemplar su reflejo en el espejo, que le devolvía su nueva imagen mejorada y más que bonita, se dejó caer en una butaca con un suspiro. Cerró los ojos para retener las lágrimas que se negaba a derramar. Estaba perdida, dolida, triste, abatida, desesperanzada, confundida, pero, sobre todo: muy furiosa. Esperaba que ese gigante charlatán no tuviese la desfachatez de aproximarse a ella, porque entonces se enteraría de quién era Brianna Coleman en realidad.

—Por fin a solas, bonita flor —dijo una gruesa y conocida voz a su espalda, al tiempo que Brianna abría los párpados de golpe.

Se giró, sorprendida, para ver al duque de Fisherton apoyado en la puerta cerrada con llave, la contemplaba con intensidad.

Clara se hallaba reclinada en el asiento del carruaje de su esposo, vigilaba que nadie se acercara a la mansión del duque de Fisherton. De repente, se abrió la puerta del coche y eso la sobresaltó.

—¡Marcus! Me asustaste. ¿Qué haces aquí? Creí que estabas en el baile ayudando al duque —preguntó intrigada mientras se hacía a un lado con dificultad.

—Lord Pembroke no se ha movido del sitio en una hora, me estaba aburriendo extremadamente. Además, no es lo mismo sin ti... —confesó al bajar la voz y pegándose a su costado—. Te extrañaba, ratoncita, te amo y a mis bebés también. —Sus manos acariciaron su vientre abultado—. Tengo hambre —murmuró con tono perezoso. Se inclinó sobre el cuello de Clara y la acarició con su nariz.

—Yo también te quiero, pero ya deja de decir que son dos, eso dolerá mucho. Marcus... para... Creo que aún me deben quedar un par de galletas —dijo ella entre risas, se sofocó cuando el conde comenzó a investigar en su escote.

—Ay, querida, no me refería a esa clase de comida, sino a algo mucho más apetitoso —negó él y besó con la boca abierta la piel de su pecho.

—Esposo, ¿qué estás haciendo? ¡No! —exclamó entre risas cuando él deslizó los dedos en su espalda, aflojó los lazos de su vestido y lo bajó sin miramientos. La tela cayó, dejó al descubierto su desnudez.

La expresión, mezcla de sorpresa, dicha y deseo que esbozó su marido, la hicieron ruborizarse.

—Mis pechos están más grandes, hacen que no soporte tener nada que los apriete —explicó con agitación, al tiempo que Marcus observaba con fijeza su torso libre de corsé y enaguas.

—*Grrug...* —Fue el ruido casi felino que brotó de la garganta del conde antes de tomarla en sus brazos y tras sentarla en sus piernas, prosiguiera a callar sus protestas no muy convincentes sobre que debía vigilar la mansión con sus ardientes y hambrientos besos.

—Revisé todo el cuarto, el viejo no guarda allí el testamento —informó Luxe al entrar en la habitación del conde de Pembroke, donde Vander se encontraba revisando.

—Aquí tampoco hay nada... Uf... —contestó Colín, cerró la tapa de un enorme baúl y se puso de pie con esfuerzo, debido al enredo de tela.

—Entonces deberíamos irnos, estamos arriesgándonos... ¿Escuchaste eso? —se interrumpió

Maxwell, se acercó a la puerta que estaba abierta y aguzó el oído.

Ambos se miraron, espantados, cuando notaron el ruido que provenía del piso inferior. Alguien entró por la puerta principal y el tintineo de las llaves indicaba que caminaba por el vestíbulo.

—¿Qué hacemos? ¡Maldición! Se supone que mi cuñada nos alertaría —susurró frenético Colín, miraba en todas direcciones.

No tenían escapatoria, las ventanas estaban cerradas, aunque las abrieran, estaban en un cuarto piso y no había árboles fuera.

—No nos pueden descubrir aquí. ¡Dios santo! ¡¿Quién me manda a hacerles caso?! ¡El conde nos denunciará y acabaremos en la cárcel! —espetó en tono bajo y enfadado Luxe.

—Ven, tenemos que ocultarnos —le instó Colín con las manos. Luxe salió al pasillo y se puso pálido al oír los pasos subiendo la escalera—. Entremos al cuarto de MacFire. ¡Espera, apagaré la vela de aquí!

Maxwell entró a la habitación del duque y tras dar una rápida mirada a su alrededor, se metió en el único sitio donde podía esconderse, en el gran ropero empotrado en una pared decorada con tapiz verde oscuro. Colín cruzó el umbral, muy apresurado, pero antes de que pudiese cerrar la puerta, sintió una presencia a su espalda.

Una voz masculina cortante y de exquisito tono británico, ligeramente alterado, espetó:

—¿Quién es usted y qué está haciendo en mi casa?

¡Rayos!

El duque no se movió de su posición contra la puerta por unos segundos. El sonido amortiguado de la melodía que se tocaba en el salón fue lo único que se oyó, mientras Brianna, paralizada, observaba las pupilas azules del hombre fijas en ella.

Su respiración no tardó en alterarse, lo que atrajo la mirada del rubio hacia el pecho que subía y bajaba entre respiraciones agitadas. De inmediato, ella sintió un calor subir por su cuerpo y a sus mejillas ruborizarse. Aquello no hizo más que acrecentar el enfado que sentía, le molestaba que ese hombre tuviese la potestad de alterar su cuerpo y su tranquilidad con su sola presencia. Sin percatarse, apretó los puños y levantó su barbilla al tiempo que se ponía en pie.

—No sé qué pretende encerrándonos aquí, su Excelencia, pero no logrará su cometido. Haga el favor de marcharse, si nos encuentran aquí, caeríamos en desgracia. Y en este momento no puedo permitirme arruinar mi reputación. Abra la puerta —exigió con toda la serenidad que pudo reunir, a pesar del leve temblor en su voz al ver que él se despegaba de la madera y comenzaba a acercarse con lentitud, logró sonar segura y firme.

Se detuvo frente a ella, a solo un palmo de distancia, y deslizó la vista por cada rincón de su rostro, hasta detener el ardiente escrutinio en su boca. Brianna tragó saliva, nerviosa, y la abrió para repetir su exigencia, pero antes de poder emitir sonido, los labios del duque se abalanzaron sobre los suyos, reprimiendo cualquier intento de protesta.

Él la abordó con un ansia controlada, pero una pasión desbordante. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró rodeada por unos fuertes brazos, apretada contra un duro y amplio pecho; sintió su cabeza dar vueltas por las diversas sensaciones que experimentaba. Pese a odiarse a sí misma, fue incapaz de retroceder o de mantener cerrada su boca cuando, con un gruñido animal, el duque le apremió a abrir su cavidad y aceptar su caricia en el interior. Sus rodillas se aflojaron, temió caerse, pero la presión de los brazos masculinos que la izaron hasta que se encontró pegada al hombre de pies a cabeza, disiparon ese temor hasta convertirlo en un fuego abrasador que parecía

consumirlos.

Se besaron con ardor y tanta pasión que ella olvidó todo; el tiempo, el lugar, su enojo, su resentimiento y su decepción.

El picaporte de la puerta sonó como si alguien estuviese intentando abrir, Brianna se apartó y por unos segundos se quedó desarmada en sus brazos con una expresión extasiada, los ojos dilatados y brillantes.

El duque rio e inclinó la cabeza hacia ella, provocó que Brianna saliese de su burbuja de amor. Avergonzada, se alejó un paso. Él bajó los brazos despacio, como si le costara dejarla ir. Se quedó viéndola con sus ojos oscurecidos y la respiración tan agitada como la suya.

Entonces, cayó en cuenta de lo débil e imprudente que era por culpa de este hombre y de sus besos. Furiosa, levantó una mano y se la estampó en su mejilla izquierda.

—Cómo... ¿cómo se atreve a presentarse aquí después de haber desaparecido semanas y abordarme de esta manera? No se equivoque, milord, soy una señorita decente, no una de esas doncellas a la que seguro asaltaba en su castillo medieval. No tiene usted derecho a tocarme, no soy propiedad suya ni de nadie —reprochó en un resuello airado, muy consciente de que debía ser todo un espectáculo con el cabello revuelto y las mejillas al rojo vivo.

El duque apretó la mandíbula, se llevó una mano al lugar donde quedó marcada la forma de sus dedos y acarició la aureola roja, despacio. Ella se envaró dispuesta a repeler su enfado o el insulto que tuviese preparado. No obstante, se quedó atónita cuando él esbozó una amplia sonrisa y sus ojos destellaron con algo parecido al placer.

—Así que no tengo derecho, ¿eh? —dijo risueño. La acorraló contra el asiento en el que había estado sentada, hasta que no tuvo escapatoria y él la inmovilizó reclinándose sobre ella. Sus grandes manos tomaron su barbilla y con sus pulgares acarició la piel de su cara. Sus ojos la vieron con seriedad y su voz se oyó ronca cuando añadió—: Eso lo discutiremos en otro momento, ahora déjame decirte que, si me gustabas tímida, salvaje me encantas más. Y deberías saber que tus labios son lo más delicioso que existe en este mundo, no me importa recibir cien bofetadas, volvería a besarte mil veces y mil más. Te besaría día y noche, hasta que olvides tu nombre, hasta que te rindas a esto que sentimos y que nada puede borrar. Hasta que seas tan mía como yo soy tuyo. Hasta que aceptes escucharme y pueda confesarte lo que me ha mantenido lejos, que no es mi voluntad, pues ya ves que yo no soy capaz de estar lejos, ni mi cuerpo tampoco. Me atraes, me tientas, me enloqueces, bonita flor...

Brianna jadeó y quiso replicar, echarle en cara cada una de las palabras que guardó en su interior y dejarle claro que de ninguna manera volvería a creer en sus falsas palabras de amor, menos caer en sus juegos de seducción. Sin embargo, los abrasadores labios del duque la silenciaron una vez más.

Capítulo 16

Una dama perfecta jamás se permite mostrar una actitud exaltada, beligerante o poco amable.

—Requisitos para ser una dama perfecta.

El anciano tío de Fisherton estaba en el pasillo mirándole con enojo evidente. Vaya fiasco de vigiladores habían resultado ser los demás. Colín dudó unos segundos, en los que no se atrevió a mover un músculo y comenzó a pensar con frenetismo.

No sabía cómo iba a zafarse de esa situación, ni que pudiese desvanecerse como la bruma. Todavía tenían que escapar Grayson y Abby. Hasta que una idea iluminó su mente y de improviso emitió un chillido lo suficientemente agudo como para pasar por una mujer alterada.

—¿No me ha oído? ¿Qué hace en el cuarto de mi sobrino y quién es usted? —repitió airado el conde.

—¿Quién es usted, señor? No se atreva a tocarme —exclamó de espaldas al hombre mayor, cuando este hizo ademán de entrar al cuarto que, por suerte, permanecía en penumbra, con solo una fina estela de luz nocturna colándose por el resquicio entre las cortinas y las ventanas cerradas.

El conde de Pembroke se detuvo, él giró la cabeza para mirar su expresión atónita y enfadada.

—Le exijo una explicación, esta es mi casa y usted ha entrado sin autorización. Seguro con intenciones delictivas. Ahora mismo enviaré a por la policía —amenazó, envarado.

Colín se desesperó y decidió que debía distraer al viejo, antes de que terminará en Newgate tras las rejas y encima travestido. «Seguro que no la pasaría nada bien», pensó, amedrentado. «Bueno... a situaciones desesperadas, soluciones descaradas. O algo así era el refrán». Con la máxima suavidad que pudo lograr, volteó hacia el hombre cubriendo sus facciones con un abanico plateado que movió con coquetería, acomodó su peluca rubia, dejó un hombro desnudo y batió las pestañas, ladeó la cabeza.

—¡Por favor, no lo haga, milord! —suplicó y con tono ronroneante, añadió—: Su presencia imponente y elegante me intimidó, pero debe saber que soy... soy la señora Colett Van... Dervall... Y, su Excelencia, el duque, me entregó esta llave y me ordenó que lo esperara en su cuarto... para ya sabe... pasar un momento agradable —improvisó, puso el manajo de llaves a la vista, donde la luz iluminaba.

Pembroke sacó rápidamente conclusiones y su expresión mudó a un gesto horrorizado.

—Pero, ¡cómo se atreve, ese escocés promiscuo! Esta es una casa cristiana y respetable; este salvaje grotesco trae a una prostituta callejera para revolcarse a solo unos pasos de donde duerme su tía. ¡Con razón insistió en darle la noche a la servidumbre, para poder tener la casa sola y llevar cabo sus licenciosos propósitos! —despotricó pálido y enajenado el anciano.

—¡No se lo permito, milord! Que no soy ninguna prostituta. ¿Acaso usted no se sacrificaría para llevar un plato de comida a sus seis hijos pequeños, después de perder a su amado esposo en la guerra y a sus padres en un naufragio? —le cortó Colín muy ofendido.

El conde se quedó viéndole con suspicacia, entonces se oyó un graznido y un sonido que parecían risas amortiguadas. Colín se apresuró a fingir un llanto y convulsionarse, trató de

amortiguar el ruido, mientras lanzaba una mirada fulminante al ropero. Iba a renovar el lloro cuando el conde, impaciente, se estiró, le arrebató las llaves y con sequedad le ordenó:

—Mire, deje ese escándalo. Váyase ahora mismo, no realizaré ninguna denuncia. Y no se le ocurra volver por aquí o terminará en la cárcel. ¡Voy a por un lacayo para que la escolte por la puerta trasera, no se mueva! Yo estaré a los pies de la escalera, así que no intente nada. No permitiré que vague sola por mi casa una ratera pobretona —dijo con hastío. Abrió la puerta de su propia habitación, tras comprobar que todo estaba en orden, cerró con la llave que estaba puesta, repitió la acción con la de su esposa y se marchó.

En cuanto le oyó bajar, Vander se volvió y abrió las puertas del mueble, en donde halló a Luxe con rastros en su cara de lo bien que lo pasó a expensas de su ridícula actuación.

—¡Muy gracioso! ¿Qué esperas para salir? Larguémonos antes que vuelva con el sirviente —le apremió corriendo a manotazos las prendas que colgaban y tras las que se ocultaba su amigo—. ¡Qué diablos! ¿Y esto? —preguntó incrédulo tomando una prenda en sus manos.

—Vaya... así que al grandote escocés le van los pololos rosados... —se mofó Luxe más divertido que horrorizado.

—No lo puedo creer... ¡Creo que son los calzones que perdió el año pasado la señorita Coleman! Los robó y los conserva como una reliquia, ¡es un pervertido! —acotó Colín con una risa incontrolable—. Esto lo tiene que saber Marcus, no podrá creerlo.

—Ya vámonos. No quiero ni pensar cómo habrá utilizado esta prenda, el bribón de MacFire —dijo Luxe negando con sorna y quitándole la ropa, la lanzó dentro del ropero.

Juntos salieron al pasillo y abrieron puertas hasta que dieron con la que comunicaba con las escaleras que usaba el servicio. Entraron y cerraron, presurosos, justo en el momento que se oyeron pasos subir por la escalera principal. En segundos estuvieron en la cocina de la casa, que estaba desierta. Corrieron a la puerta, levantaron la barra de hierro interior y dieron con el patio de atrás, al tiempo que se escuchaban gritos provenientes del piso superior. Una vez fuera, Colín se frenó en seco.

—¡Espera, tengo que buscar a mi esposa! Vete tú... y ve si mi cuñada está bien, nosotros luego... —comenzó a decir Vander, pero el sonido de un carruaje arrancando y un silbido, le interrumpió.

Maxwell se asomó por el pasillo que rodeaba la mansión, vio el coche del conde de Lancaster avanzando hacia ellos y a la mujer de Vander asomada por la ventanilla. Cuando el carruaje ya se alejaba de la casa del duque, los dos hombres intentaban recuperar el aliento despatarrados en los asientos. Vander comentó, agitado:

—Eso estuvo cerca. ¿Se puede saber dónde se metió tu hermana? El conde nos agarró infraganti, no encontramos nada y por poco terminamos presos.

—No tengo idea, cuando oí que Pembroke ingresaba a la casa, esperé que desapareciera y salí por la puerta principal. Nadie me vio. Llegué al coche y lo encontré vacío, mas el cochero me informó que Clara está bien y que tu hermano se apareció aquí, y tras encerrarse con ella unos largos minutos, le ordenó que los llevase a casa y luego volviese a por nosotros —explicó Abby con un encogimiento de un hombro.

—Pues, ¿para qué inventan esta locura de plan si luego se van a largar y dejarnos expuestos? No sé por qué me sorprende, Lancaster parece un perro en celo, no puede mantenerse más de una hora sin manosear a su esposa. Y MacFire no se queda atrás, muy compungido y lo que sea, pero seguro que mandó al diablo la vigilancia en la fiesta en cuanto tuvo oportunidad de perseguir a la pelirroja... —se quejó Luxe, echó la cabeza hacia atrás y se tapó los ojos con un brazo.

No obstante, extrañado por la falta de respuesta de sus interlocutores, abrió los párpados y

gruñó frustrado al ver a la pareja de condes besándose con ardor y a Vander pasar las manos por el chaleco masculino que no ocultaba los atributos de la condesa, susurrando en la oreja de la rubia, que encantada acariciaba la peluca que tenía aún puesta él y se apretaba contra su pecho. Se veían ridículos, escandalosos... y enamorados.

Menos mal que ya terminaba la temporada o temía sufriría un empacho terrible por tener que soportar a estas parejas empalagosas y su amor campesino. Mejor se concentraba en el poco paisaje que le ofrecía la ventana; pensaba en la multitud de problemas que, por andar siguiendo los pasos de sus amigos, venía postergando para solucionar. Era eso o sumergirse en la autocompasión y oír a la incesante voz que le decía que, más que exasperación, lo que sentía era envidia y una agobiante soledad.

Alexander no podía detenerse, no era capaz de saciarse. Había necesitado tanto estar así con Brianna, que sentía que ni toda la eternidad le alcanzaría para llenarse de ella. De su aroma tan embriagador, de su dulce sabor, del tacto de su sedosa piel en sus manos. Estaba demasiado desesperado, hacía rato que la más intensa pasión tomó el mando de su cuerpo y les guiaba con sus bocas, manos y cuerpos a la más profunda locura de deseo y lujuria. No podía pensar. No podía razonar. No podía recordar que siguió a la muchacha para intentar explicarse, no para hacerla suya en un tocador a pasos de una multitud de gente. No podía diferenciar entre el bien o el mal. Solo podía sentir, vibrar, arder. Se bebía cada jadeo de sus labios, cada temblor de su cuerpo femenino y deseoso. Se emborrachaba de placer con cada caricia que ella le prodigaba, imitaba a sus palmas y labios que no cesaban de tocarla, explorarla y enloquecerla, hasta que la manija de la puerta volvió a sonar y, a su pesar, sintió el momento en que la joven volvía en sí; caía en cuenta de que estaba con el vestido hasta la cintura, el corsé y la enagua abiertos, y la cabeza de él enterrada entre sus pechos.

—Déjeme —dijo tensa y agitada, quitó sus manos de sus antebrazos e intentó apartarle—. Por favor —añadió en un resuello tembloroso. Alex se obligó a levantarse y se alejó, reacomodó su chaleco y camisa, que estaban desprendido y fuera de sus pantalones. Trato de recuperar el aire, de mitigar el febril deseo que corría por su cuerpo.

Ya no se oía ajeteo junto a la puerta, por lo que supuso que quien hubiese querido entrar, habría pensado que no estaba disponible el lugar y había desistido.

La muchacha le dio la espalda en cuanto le quitó su peso de encima; acomodaba su ropa, incluido sus guantes que en algún momento quedaron tirados en el suelo alfombrado. Un tenso silencio se instaló entre ellos, él se acercó y obvió la rigidez de la postura de ella, la tomó por los hombros y la giró hacia él. Ella no levantó la cabeza. A través de los mechones que habían caído sobre su rostro dejándola encantadoramente desaliñada, Alex notó que sus mejillas estaban al rojo vivo y que su labio inferior temblaba.

—No tienes de qué avergonzarte, muchacha. Hacía demasiado tiempo que te deseaba y tú también a mí. Es normal que nuestros cuerpos se atraigan y creen esa magia cuando se tocan —la tranquilizó él con tono tierno—. Además, te han salvado justo a tiempo, si no, créeme que tendrías una gran sonrisa en esa cara —bromeó, pero no surgió efecto, ella parecía demasiado afectada—. Háblame, mujer, mírame. Me estás matando, parece que estuvieses pensando en arrojarte de algún puente.

Esas palabras parecieron arrancarle de su trance, pues levantó de golpe la cabeza y sus ojos verdes le miraron, echaban dardos envenenados.

—¡Porque eso es lo que haría sino fuese tan cobarde! —espetó furiosa, quitó sus manos con una sacudida de sus hombros y se alejó varios pasos—. No estoy avergonzada de mi comportamiento libidinoso, tengo más que claro que en eso poco tengo que hacer cuando un hombre experimentado como usted puede llevarme tan lejos como quiera, y yo, inocente, ingenua y vulnerable, apenas seré capaz de reaccionar más que para ceder a cada uno de sus caprichos. — Alex tragó saliva, sintió que enrojecía ante tamaño verdad—. Lo que estoy es molesta, molesta y decepcionada, no solo de usted que no ha hecho más que jugar con mis sentimientos y mi cordura, sino conmigo misma por ser tan débil, por tener tan poco amor propio y nula fuerza de voluntad. Por su culpa he perdido la alegría, la paz y hasta la dignidad. Ya no quiero que vuelva a acercarse a mí, es cuestión de días que Sir Chester pida mi mano, así que considéreme una mujer comprometida y siga con lo que sea que lo mantuvo ocupado estas semanas.

Dicho esto, ella lo rodeó, con la espalda erguida y la cabeza en alto, se encaminó a la puerta dejando a un estupefacto, conmocionado y malditamente celoso duque detrás. Sin embargo, debió recordar que la salida estaba trancada y él tenía la llave, porque él, que se giró con lentitud, la vio detenerse y dudar. Alexander soltó el aire, muy enfadado, y abrió la boca dispuesto a decir algo para arreglar ese desastre, pero el sonido de una llave siendo colocada en la puerta se lo impidió. Alguien debió haber ido por un sirviente y avisado que la habitación estaba inaccesible, ahora iban a abrir y a encontrarles allí solos, con las bocas hinchadas, la ropa arrugada y los cabellos despeinados. Alex sonrió, se cruzó de brazos, expectante, al tiempo que la pelirroja se llevaba ambas manos a la boca para reprimir un grito, se volvía a verle con un gesto desencajado y la cara pálida.

—¿Qué cree que hace?! ¡Nos descubrirán aquí! —le reprochó al señalar, desesperada, la entrada donde habían quitado la llave y estaban probando con otra. Se oían voces, aunque no se entendía lo que decían.

—Que lo hagan, no pienso moverme. Ya veremos qué piensa su querido Sir Chister cuando sepa de que casi te poseo en ese diván. Me encantará que se entere que tú eres mía y de nadie más. Menos de un inglés amanerado y soso —retrucó Alex encogiendo un hombro, despreocupado, y repasando sus curvas con un brillo posesivo en sus ojos azules.

—¡Es Sir Chester! ¡Y se ha vuelto loco, yo no soy suya, bruto! Cómo puede ser tan descarado de erigirse mi dueño cuando me embaucó con falsas promesas y luego desapareció como si nada. ¡Ya no creo en sus palabras, no va a arruinar mi compromiso! —reclamó frustrada y molesta, mientras miraba en todas direcciones buscando alguna vía de escape.

—Tengo una explicación para eso, pero no me has dejado decírtela. Y con respecto a que no puedo declararme tu dueño... la descarada serías tú si niegas que vibraste en mis brazos solo hace unos minutos. Nos pertenecemos y lo sabes, bonita flor —rebatió él, sentía que su enojo crecía a cada segundo.

La joven le miró de hito en hito; abrió la boca para replicar, mas el ruido de la llave girando en la cerradura le hizo interrumpirse para gemir angustiada. La puerta comenzó a abrirse, ambos se tensaron sin dejar de mirarse. Ya no había nada que hacer. Las cartas estaban echadas. Los hallarían in fraganti y el caos se desataría.

En el último momento imaginando los gritos que se producirían y las acusaciones, habladurías y burlas, Brianna perdió todo el coraje y corrió a esconderse detrás del enorme cuerpo del escocés, quien tomó una de sus manos, le dio un apretón tranquilizador y se puso derecho, como si estuviese por encarar a un ejército, en lugar de a un grupo de chismosos aristócratas. La puerta se abrió y ella cerró los ojos con fuerza, se preparaba para el desastre. El caos que tardaba en explotar.

Curiosa, se asomó por el costado del duque y se encontró con que la horda de chismosos, resultó ser solo una boquiabierta Mary Anne que, con los ojos abiertos como platos, les miró de arriba hacia abajo. Dedujo con rapidez lo que había pasado allí dentro, el motivo por el que Brianna no volvió del tocador y el duque desapareció, no había sido para seguir a su tío, que hacía rato abandonó la mansión.

El problema es que, cuando quiso entrar al tocador, para constatar que su amiga estuviese bien, desde su lugar de florero pudo ver la mortificación en su rostro cuando descubrió la presencia del duque en la fiesta y como huyó del salón en cuanto tuvo oportunidad; se encontró con que la puerta estaba trabada y, alarmada, fue en busca de un lacayo, el cual estaba a su lado, aunque afortunadamente del otro lado de la puerta, que gracias a Dios tuvo la prudencia de abrir solo un poco. Estaban en problemas y, a pesar de que el rubio no parecía demasiado afectado, su amiga sí que lucía angustiada. Así que con celeridad pensó en alternativas para salir de ese aprieto. Le hizo una seña al hombre para que fuese hasta la ventana y comprobara si era una vía de escape factible, mientras cerraba la puerta y se volvía hacia el lacayo que no se movió de su lado.

—Uff, no hay nadie, menos mal me apetece estar un rato a solas para descansar del barullo. Muchas gracias, señor, puede retirarse —le despidió con la mayor calma posible. Sin embargo, el sirviente desgarrado y joven, le informó haciendo ademán de abrir:

—Lady Chadwick me encomendó revisar la cerradura del lado de adentro, milady, no es normal que esta se haya trabado y podría ocasionar que alguien quedase encerrado.

Mary se puso nerviosa, pensó frenética alguna excusa para evitar que el criado siguiera las órdenes de su jefa.

— Claro, claro. Sería peligroso y difícilmente oírían sus gritos de auxilio desde el salón — asintió ella y con una sonrisa amble, añadió—: Solo deme un momento para usar el tocador y luego me marcharé para que pueda hacer su trabajo.

Y antes de que pudiese replicar, se metió en el cuarto, cerró y se apoyó contra la madera mirando a la pareja con alarma.

—Gracias a Dios que solo eras tú, Mary —comentó corriendo hacia ella Brianna, y tomando sus manos para darle un apretón agradecido.

—Hay un problema. Uno de los lacayos de Lady Chadwick está fuera e insiste en entrar para comprobar el estado de la cerradura. No pueden salir con él allí, ni permitirle ingresar — susurró. Brianna gimió y el duque se llevó ambas manos a la cara.

—¡Estamos atrapados! Mis padres morirán del disgusto. Además de todos los problemas que ya tienen, tendrán que enfrentarse a un escándalo. Estoy arruinada. Sir Chester retirará su interés y con él se irá mi última posibilidad de ayudar a mi familia —se abrumó Brianna, dándole la espalda al rubio que la veía con expresión de culpabilidad y molestia a partes iguales.

—¿Acaso me cree tan ruin, señorita? Por supuesto que me haré responsable de esta situación, fui yo quien la ha comprometido y no permitiré que se ensucie su reputación —recriminó el duque, intercambió una intensa mirada con Brianna, que solo pudo sostenerla unos segundos y luego la desvió.

No podía culpar al hombre de todo, ella también tuvo su cuota de responsabilidad. Una dama prudente y decente hubiese echado al rubio de allí en cuanto la abordó o hubiese abandonado el lugar. En cambio, ella se dejó llevar por la lujuria y ahora estaba por unir su vida a alguien que ni siquiera sabía qué sentía por ella, que aparecía después de semanas de ausencia y desplantes.

—No todo está perdido, pensemos alguna alternativa —se compadeció Mary de la pelirroja—. Creo que un escándalo no ayudaría a nadie en este momento —añadió con intención, le lanzó una mirada significativa al rubio, que pareció encogerse y recordar su realidad. Si se casaba con

Brianna, perdería toda su fortuna, y no sería solvente para sacar al Barón Fergusson de la ruina, ni hablar de su propia familia.

Alex gruñó, comenzó a pasearse por el salón, estaban en una encrucijada. Además de estar a punto de caer en desgracia, el plan que elaboró con sus amigos podría haberse ido al garete, pues él se olvidó de todo en cuanto vio que Brianna estaba siendo cortejada por ese petimetre, solo pensó en no perderla, olvidando seguir con la estrategia de vigilar a su tío. No sabía si Marcus lo siguió, ni si los demás habían logrado encontrar el testamento. De verdad que era un bruto. Es que cuando se trataba de esa muchacha, todo él quedaba reducido al instinto, la emoción y el corazón, dejaba fuera la lógica y la razón. Le dolía ver que ella estaba tan decepcionada de él y tan distante. Ni siquiera le mantenía la mirada.

—No se preocupe, su Excelencia, no tiene usted ninguna obligación conmigo. Queda en libertad de marcharse, yo daré las explicaciones pertinentes a mis padres. De ningún modo deseo unirme en matrimonio en estas condiciones —dijo de repente ella, malinterpretaba, al parecer, su nerviosismo, y caminó hasta la ventana, que él intentó usar para huir y no manchar su reputación, mas que estaba cerrada a cal y canto.

Sonaba tan apagada, resignada y abatida, que algo se rompió dentro de Alex. Fue hacia ella para tomarla por los hombros y hacerle enfrenarle.

—¡Qué estás diciendo, mujer! Sé que he hecho mal las cosas últimamente, y sería lógico que mal pensarás de mí. Sin embargo, no puedo permitir que ni por un segundo dudes que mis sentimientos hacia ti son sinceros —espetó con voz ronca, le levantó la barbilla con suavidad para que pudiese ver en sus ojos la fuerza de sus emociones y su sinceridad—. Escúchame, tengo mucho que contarte, pero no pierdas la fe en nosotros, no dejes de creer en que cada cosa que te he dicho fue desde el sentimiento de amor más puro y auténtico. Te doy mi palabra de highlander, de que no hay nada en este mundo que yo desee mas que casarme contigo. Que anhele más que hacerte mi mujer y ser tu hombre para siempre —confesó con ardor y se inclinó para tomar su boca, abierta de conmoción, para besarla con hambre. Luego soltó sus labios y sin dejar de acariciar sus mejillas sonrojadas, añadió viéndose en sus orbes llorosos—: Solo espera un poco más, bonita flor. Encontraré la manera para que estemos juntos. Nada podrá detenerme en mi empeño, sería tan difícil como separar al sol del cielo.

La joven asintió, incapaz de emitir palabra, y él la abrazo con fuerza, intentó transmitirle mucho más de lo que podía formular con palabras. Entonces se oyó un carraspeo desde la puerta, ambos se separaron y se volvieron para ver a una ruborizada y risueña Mary Anne.

—Si me permiten interrumpirles, tortolitos, les diré que el lacayo ha tocado ya dos veces, pero no se agobien. Se me acaba de ocurrir una excelente idea —afirmó la morena moviendo las cejas con picardía.

Y antes de que ellos pudiesen reaccionar, abrió la puerta y salió dejándola entornada. Intrigado, ellos intercambiaron miradas y se dirigieron a la salida para espiar con tiento. Abrieron los ojos con pasmo ante lo que se encontraron.

—¡Milady, milady! ¿Me puede oír? ¡Milady! —exclamaba ansioso un joven criado sosteniendo a duras penas el peso de una desvanecida Lady Mary Anne, quien permanecía inmóvil, con los ojos cerrados y sus extremidades laxas—. ¡Por Cristo, iré por mi señora! —declaró el criado a nadie en particular y tras depositar con cuidado a la mujer en suelo, echó a correr despavorido en dirección al salón.

De inmediato, la joven abrió los ojos y se incorporó sin esfuerzo.

—¡A qué espera, milord, huya! —le expolió abriendo del todo la puerta.

Alex parpadeó, asombrado, y cruzó el umbral con rapidez. No obstante, antes de desaparecer,

se detuvo junto a la pequeña morena y después guiñar un ojo a la pelirroja que no se movió del sitio, tomó la cara de su salvadora y le estampó un casto beso en los labios.

—Estoy en deuda con usted, milady. Considérese parte de mi familia de ahora en adelante —le dijo con solemnidad y soltando una carcajada potente ante el gesto de total estupefacción de ella, se marchó.

—¡Si piensa pagar así, cuente conmigo cuando quiera, su Excelencia! —bromeó extasiada la joven.

—¡Mary! —Oyó que su bonita flor reprochaba con indignación y carcajeándose, se dirigió a la salida de la mansión.

El mayordomo le informó que Lord Pembroke ya se había retirado, así que Alexander decidió que lo mejor sería abandonar la casa y dirigirse hacia la suya para comprobar si en ese instante no se gestaba otro caos allí. Si habían atrapado a sus amigos dentro de la propiedad, no sabía qué pasaría con ellos y el plan, pero más que nunca, necesitaba invalidar la cláusula del testamento, ya que por fin asumió que dejar libre a Brianna era imposible. Jamás podría renunciar a ella. Era preferible renunciar al aire que respiraba.

La amaba demasiado.

—¿Ya se retira, su Excelencia? —soltó de pronto una voz, salió al paso e hizo que Alex se frenara en seco. La mujer le escrutaba con una expresión seria y postura rígida. Él leyó en su cara el mensaje no tan velado que sin dudas le transmitía. Por lo que, bastante intimidado, asintió con brusquedad—. Esa impresión me dio —comunicó con tono escueto. Su aspecto, a pesar de ser el de una mujer que pasaba la edad madura, era lozano e impecable. Su cabello aún conservaba un brillo considerable, y sus ojos verdes relucían perspicaces cuando añadió—: Entonces mi marido lo espera mañana a la hora del té, milord. Espero que haga lo correcto y demuestre cuán honorable es. Buenas noches.

Y dicho esto, se marchó. Dejó al duque aturdido.

Al parecer, no siempre podía uno burlar al destino y la máxima prueba era aquella, pues quien se alejaba no era otra que la señora Colleman, baronesa Fergusson, y su futura suegra.

Capítulo 17

Una dama perfecta sabe distinguir a la perfección una propuesta inteligente y adecuada, de una insensata y escandalosa. Elegirá siempre buscando obtener el trato más ventajoso.

—Requisitos para ser una dama perfecta.

Brianna descendió del lando abierto aceptando la mano que le ofrecía Sir Chester. El caballero se presentó después del almuerzo y estuvo unos minutos a solas con el Barón; Brianna estuvo muy nerviosa esperando que le pidieran acudir para informarle lo que pasaba, pero no sucedió. Por el contrario, se le informó que Chester solicitó a sus padres dar un paseo por el parque. Estaba temerosa de lo que pasaría en adelante, pues sabía que el viudo pretendía formalizar un compromiso, mas no podía dejar de pensar en lo sucedido la noche anterior con el duque, lo que le dijo, sus besos. Aunque lo intentó con todas fuerzas, trató de no mostrar debilidad, de resistirse a las emociones que solo experimentaba en esos brazos, pero por supuesto que terminó fracasando y cayendo una vez más en la red que hacía mucho el duque tendió a su corazón.

Se sentía culpable, pues el hombre que en ese momento caminaba a su lado con una sonrisa amable, haciendo observaciones interesantes, fue más que encantador con ella todo ese tiempo; no se merecía un trato desleal por parte de ella.

Él le agradaba, además de sentirse cómoda en su presencia y por lo poco que conocía de él, consideraba injusto lo que se rumoreaba de sus matrimonios y familia. Deseaba que algún día encontrase una joven que fuese sabia como para ignorar aquellos disparates supersticiosos. No obstante, sabía que contra los dictados del corazón muy difícil se podía luchar, aun así, le debía al castaño al menos sinceridad. Sus paseos por Hyde Park les llevó hasta un banco de madera ubicado muy cerca del lago y allí se sentaron.

Brianna acomodó la tela de su vestido de muselina verde agua, recordando la expresión desaprobadora de su madre cuando la vio bajar por las escaleras. La baronesa no estaba de acuerdo con su nuevo estilo en moda, pero ya que estaban en bancarrota, no podía oponerse a que vistiese los modelos que sus amigas le obsequiaron, puesto que pronto sería una esposa y ellos no podían proporcionarle un ajuar de novia apropiado.

Después de observar un simpático grupo de patos, Brianna tomó aire, trató de infundirse aliento y se volvió a mirar al caballero, se ruborizó al constatar que él la estaba viendo a su vez con mucha atención y seriedad. Era un hombre atractivo, no del modo arrasador del duque, sino de una manera diferente, ostentaba ese tipo de belleza melancólica y profunda. Su cabello castaño claro un poco largo se ensortijaba en la nuca y sus ojos avellanas, o como en esa ocasión: verdosos, destacaban en su rostro delgado y angulosos.

Sin embargo, se volvía en realidad hermoso cuando sonreía, como en ese momento, y dos hoyuelos aparecían en sus mejillas cubiertas de un leve vello. A pesar de que la sonrisa nunca le llegaba a la mirada, como si algo en su interior se lo impidiera.

Se quitó el sombrero despacio, ella abrió la boca para intentar poner en palabras su revoltijo de sentimientos. No obstante, el viudo se le adelantó.

—Es curioso cómo uno no se da cuenta de lo que tiene, hasta que definitivamente lo pierde —

comentó él con tono suave, bajó los orbes hacia las manos de ella enguantadas que se apretaban con nerviosismo y las tomó para darle un apretón tranquilizador.

—Yo... Sir... no entiendo a qué... —balbuceo Brianna, desconcertada, ¿acaso el hombre leía sus pensamientos y advirtió sus inquietudes?

—No te inquietes, querida —le interrumpió, no dudó en darle una palmadita en su mano—. Te he traído aquí porque quería que supieras que esta tarde le he solicitado tu mano a tu padre.

Brianna estuvo a punto de abrir la boca, conmocionada ante ese anuncio. Es decir, sin dudas esperaba recibir esa noticia, pero no por eso dejaba de afectarle y más cuando sabía que el duque pretendía que ellos estuvieran juntos.

—Pero no te preocupes, le dije al Barón que no deseaba que me diese una repuesta inmediata. Prefiero que seas tú quien lo considere y cuando te sientas cómoda, me des una contestación. Además, me puso al tanto de su situación económica, y eso no será ningún impedimento; de casarnos puedo solventar el problema—siguió Chester, le sonreía de esa extraña manera en la que ella estaba segura no era del todo auténtica; siempre parecía pender sobre él una tristeza arraigada.

—Sir... —vaciló ella y se mojó los labios, inquieta.

Debía decirle que su corazón estaba comprometido, aunque fuese una locura, no podía hacer otra cosa que esperar que el dueño de su amor cumpliera con su palabra y fuese por ella. Sin embargo, no se atrevía, temía que él se enfadara y sintiese un terrible enfado.

—Sé lo que sucedió anoche, milady —le cortó Chester y Brianna se calló, soltó un jadeo avergonzado y asombrado a partes iguales—. Me preocupé por usted cuando volví con las copas y no estaba donde la había dejado. Su madre dijo que la vio ir hacia el tocador, fui hasta allí cuando logré pasar desapercibido y vi al duque de Fisherton entrando y encerrándose con usted —explicó con calma. Ella solo pudo bajar la vista, ruborizada y temblorosa. Estaba confundida, si él los había visto, ¿por qué entonces hizo una petición de matrimonio? ¿Acaso pretendía chantajearla y de ella negarse, utilizaría esa información para arruinar su reputación? Dios mío—. No es lo que está pensando, yo nunca haría nada que la perjudique. Sé que le parecerá extraño e ilógico, pero no me interesa saber lo que está pasando entre el escocés y usted, tampoco quiero conocer los pormenores de su relación. Estoy dispuesto a casarme con usted igualmente, a menos, claro, que se haya entregado usted al duque, pues eso haría imposible una unión entre nosotros. —Aumentó su conmoción y desconcierto, hizo una pausa en la que Brianna interpretó que esperaba una respuesta a su última observación y cuando ella, mortificada, respondió con un movimiento negativo de su cabeza, él prosiguió:

»Bien, no se agobie más, mis intenciones con usted no se han modificado. Debo casarme, créame que en estos meses he conocido muchas jóvenes, por eso puedo asegurar que las muchachas como usted escasean, no hay muchas doncellas con su personalidad afable, dulce, humilde y generosa. Es usted un tesoro y, si me lo permite, quisiera cuidarla, protegerla y adorarla lo que nos quede de vida —confesó, obvió su gesto incrédulo y su intento de réplica—. No me responda ahora, estoy dispuesto a esperar hasta que finalice la temporada. Ahí le pido me dé usted una respuesta, y sé que, si es un sí, contaré con su lealtad y en un futuro podré lograr también un lugar en su corazón, como usted ya lo tiene en el mío.

Brianna se quitó la papalina color crema, sintió aún las manos temblorosas, y la dejó junto a la puerta de su alcoba. Con lentitud se acercó a la ventana que daba a la calle y se asomó para ver

cómo el coche de Chester partía. Aún no podía creer la propuesta que el viudo había hecho. Tenía demasiado en qué pensar, y poco tiempo, pues para finalizar la temporada, solo restaban unas pocas semanas. Suspiró. Se volvió para comenzar el proceso de quitarse aquel vestido sola, debido a que hacía rato tuvo que prescindir de su doncella, cuando gritó al toparse con la figura de un hombre apoyada en la pared del fondo del cuarto. Junto al biombo, con los brazos cruzados y pose indolente, la miraba el duque de Fisherton.

—Buenas tardes, bonita flor —le saludó el rubio en tono bajo y peligroso—. Creí que había dejado claro mis intenciones anoche, pero me equivoqué. Al parecer mi sirena pelirroja necesita un recordatorio. Tal vez así ya no se le olvide a quién pertenece, ni que ya no es libre de andar correteando por ahí, pues lleva a cuestas mi corazón.

Brianna solo pudo jadear en respuesta a esa declaración y se sonrojó, pero pronto recobró la cordura. Frunció el ceño y espetó en un murmullo molesto:

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo entró en mi casa a plena luz del día? ¿Acaso está buscando mi ruina? Porque solo se ha comportado como un bruto desde que regresó.

Él la miró boquiabierto unos segundos, luego cerró sus ojos en rendijas sin ocultar su enfado.

—Esa es mi bonita flor, que por fin saca sus espinas. Déjame decirte que no tengo miedo a mancharme las manos con sangre si es necesario; sin mi rosa no me voy.

Ella sintió un estremecimiento que causó aquella afirmación tan implacable y a la vez velada, pero se negó a demostrar una grieta en su barrera defensiva.

—No me ha respondido y ya escapamos de un terrible escándalo por los pelos anoche, no tengo deseos de volver a arriesgarme —rebatía elevando su barbilla.

—Está bien, de acuerdo, de todos modos, vine a eso, a dejarte claro unas cuantas cosas, muchacha —respondió él sin perder ese brillo peligroso en sus luceros—. Primero debo decirte que no entré a tu mansión a la fuerza. Tu misma madre me citó aquí hace una hora. —Una mueca sardónica se dibujó en su apuesta cara cuando ella abrió la boca, sorprendida—. Sí, bonita, es lo que estás suponiendo, aunque ya veo que la baronesa no te puso al tanto. Anoche, después de que te dejé, me la encontré en el vestíbulo, más bien ella me interceptó. Y resultó que me vio entrando al tocador después de todo, porque en pocas palabras me dijo que, si tenía honor, me presentaría aquí a pedir tu mano como corresponde. Eso hice, ya sabes que lo iba a hacer, te lo he dicho y yo nunca hablo en vano. Mi palabra es sagrada. Ningún highlander que se precie, falta a una promesa.

Brianna estaba demasiado conmocionada como para emitir palabra, así que solo pudo quedarse allí, con la cara pálida y los ojos abiertos de par en par. Su madre los descubrió y no solo el viudo. No entendía por qué ella no le reprendió, ni su padre. Era una locura.

—Sino he venido antes a solicitarte en matrimonio, es porque hay algo que me lo impedía y he estado tratando de solucionarlo. Nunca porque no quisiera. Aún lo estoy intentado, de hecho, y era de lo que iba a hablarte anoche, pero, como siempre, perdí la cabeza por tu culpa y ya no pude decírtelo. —Esbozó una mueca pícaro.

—¿Por mi culpa? Pero, ¿si fue usted quien se abalanzó a besarme, sin dejarme emitir una protesta! Yo no hice nada —no pudo evitar recriminar Brianna y se cruzó de brazos, ofendida. Aun así, su estómago revoloteó al escuchar de sus labios que tenía intenciones serias de casarse con ella.

—No tienes que hacer nada, muchacha, solo es verte y me enciendo como heno al fuego. Solo es tenerte cerca y me consumo en deseo. Solo la visión de tu cabello rebelde, de esos ojos luminosos tan verdes, lo que esconden tus ropas, y me provoca devorarte —se justificó él. La repasó con la vista, con una ansia y hambre amedrentante.

—¿Y qué... qué le dijo mi padre? —balbuceó Brianna y tragó saliva, era distraerse o acabar

buscando ella misma la perdición.

—Por supuesto que me echó en cara el haberte mancillado, pero se calmó cuando le aseguré que tenía intenciones honorables y que tu virtud seguía intacta. Entonces me puso al corriente de tu ausencia de dote, de su estado financiero y las condiciones para conceder tu mano. Además, agregó que el paleta de Chester acababa de declararse también; que serías tú misma quien elegiría cuál petición aceptar. De más está decir que cuando oí aquello y a tu madre agregar que incluso en ese momento te hallabas de paseo con él, sentí ganas de hundir la cabeza calva de tu padre en ese horrible florero que tiene en su escritorio. No solo considera a ese mequetrefe como potencial esposo, sino que te permitió salir a solas con él.

Brianna se erizó al ver el cambio brutal que adquirió su lenguaje corporal, todo él pareció transformarse en un animal a punto de saltar sobre su presa. No obstante, empujada por algún diablillo, que no sabía que vivía en su interior, comentó:

—No es la primera vez que Sir Chester me invita a pasear en su coche abierto. De hecho... — El movimiento repentino que el rubio hizo al separarse de la pared, le hizo titubear, pero envalentonada por saber que él jamás la dañaría, prosiguió—. Salimos en varias... —Esta vez el aire se le cortó, ya que él comenzó a acercarse con un brillo letal en su mirada. Ella perdió el coraje, retrocedió y lo esquivó, se escudó tras los muebles, como si su habitación fuese lo suficientemente espaciosa. Él la seguía con un gesto rígido y su mandíbula apretada. Ella sintió un escalofrío, el duque era tan grande que sobrepasaba el tamaño de su ropero. Por lo que, jadeante, completó—: Oportunidades...

Chilló al verle saltar un alto baúl y acorralarla contra uno de los postes de su cama.

—Dime una cosa... ¿se atrevió a tocarte? —murmuró muy suave, pero las palabras salieron de su boca como si las escupiera.

—Claro que no, Sir Chester es un caballero. No todos los hombres acostumbran a lanzarse sobre las damas en cuanto tienen oportunidad —negó ella con un retintín irónico y los ojos abiertos como platos.

—Bien. Porque si no tendría que matarlo, y el hombre no me cae mal del todo. Casi me vuelvo loco esperándote aquí e imaginando que él podía estar tocándote, besándote. Lo temí tanto que, al salir del despacho de tu padre, aproveché un descuido del mayordomo y me escabullí hasta aquí. —Se relajó. Sin embargo, con los brazos puestos a cada lado de su cabeza, la encerraban. Ni dejó de observarla con intensidad y se demoró más de la cuenta en sus labios—. No esperes que me disculpe por no ser como tu pretendiente. O ese no tiene sangre en las venas, o no te desea lo suficiente, sino es imposible que hubiese contenido su apetito de ti. Tú eres una tentación irresistible, bonita flor —terminó con su voz enronquecida, acercó más su cara para aspirar el aroma de su cabello, la piel de su cuello y dejar salir su aliento sobre él.

Brianna se sofocó y pensó que este hombre no debía estar bien de la cabeza, sino no se explicaba cómo podía definirla así. Desde donde se encontraba podía ver el reflejo de ambos en el espejo de su tocador. El aire se le atascó en la garganta ante el cuadro que representaban, mas comprobó que su imagen era la misma. Su cara ancha, su nariz chata, sus innumerables pecas entorpeciendo su cutis que debía ser impoluto, su cabello desordenado, sus rasgos en general ordinarios y poco atractivos. No obstante, el duque parecía verle desde otro espejo, uno que aún entonces resultaba incomprensible para ella. Algo cambió, cerró los ojos mientras sentía la respiración agitada de él acariciar la piel del escote, ahora más atrevido, y volvió a mirarse, esta vez lo que vio la dejó sin aliento. Del otro lado le devolvía la mirada una mujer distinta, una que parecía más femenina, madura, exultante, vibrante. Se sentía esplendorosa y hermosa entre los brazos y el cuerpo anhelante de ese hombre; esa revelación la impulsó a, por primera vez, dejarse

llevar por sus deseos y necesidades.

Sus manos subieron, treparon por los brazos musculosos del duque, quien se tensó repentinamente con su respiración jadeante, y se detuvieron en la mandíbula masculina. Sus ojos se encontraron, Brianna vio en sus pupilas correspondidas sus sensaciones. Él no se movió, más que para descansar su frente en la suya, provocando que sus narices se rozaran. Ella acarició sus mejillas y con un suspiro dulce, susurró:

—Alexander. —Y sin más, unió sus bocas.

Al oír su nombre dicho por esos labios de manera tan íntima, anhelante y sensual, el corazón de Alexander latió tan acelerado en su pecho, que pudo jurar que la joven podía sentirlo. Su dulce boca rozó la suya muy despacio y él se quedó muy quieto a merced de las sensaciones que invadían su cuerpo. Se imaginó que ella hacía esto en muchas noches solitarias, pero jamás llegó a imaginar que causaría un efecto tan desbastador. Su cuerpo al completo se encendió, el fuego se extendió por sus terminaciones cuando la muchacha, con sus labios temblorosos y sus manos suaves, abrió con timidez su cavidad y tomó su labio inferior entre los suyos.

Alex no soportó más aquella tortura exquisita y gimiendo como un animal herido, tomó a la joven por la espalda baja y la elevó contra su pecho, tomó posesión de sus labios. Se besaron con desbordante entrega, de manera lenta, pero muy profundo. De repente, todo el mundo de él se reducía a ese instante, a ese cuarto, a esa mujer y a la magia que creaban juntos.

Obnubilado y desquiciado por el deseo, elevó a la joven tomándola por debajo de sus posaderas y la recostó con suavidad en su cama. Su cuerpo la cubrió buscando absorber todo de ella, sentirla en cada parte de su ser, beber hasta explotar como un sediento que encuentra su manantial en un desierto.

Ella le correspondió sin reparos, mientras él asolaba su boca sin tregua, la muchacha imitaba los envites de su lengua, se retorció contra él, enfebrecida.

Alex se sintió como el rey del mundo, como el dueño de todas las riquezas, cuando pudo acariciarla en su lugar más íntimo y venerar sus encantos con manos temblorosas y expertas a la vez. Recibió la caricia inocente, pero letal, de sus palmas en su pecho y espalda rígida de necesidad. Bebió sus jadeos, se llenó de la imagen de su cuerpo retorcido en placer, su cabello suelto rodeándolo como fuego encendido, su piel sedosa expuesta para él, su rostro extasiado y encantadoramente ruborizado, sus pecas deliciosas decorando su cuerpo perfecto, lleno de curvas y matices sensuales.

Al momento de posicionarse y trascender esa barrera que le separaba de la felicidad eterna, cayó en cuenta de lo que hacía.

De inmediato, se paralizó y alejó de su cuerpo como si hubiese estado recostado sobre carbones encendidos. Jadeante y sintiendo sus rodillas temblar, se quedó viendo cómo la muchacha, igual agitada, abría sus ojos enturbiados, brillantes, y lo miraba, confundida. Alex gimió como un preso castigado con dureza; le dio la espalda mientras se acomodada sus calzas, prendía su camisa y chaleco, buscaba por el suelo alfombrado su saco y pañuelo. Era eso, o volver a saltar sobre ella y terminar lo que, con locura, empezó.

—Cúbrete, bonita flor, esconde de mí ese tesoro, no confío en mi capacidad de contención, estoy muy cerca de saquearte hasta desfallecer —le rogó con voz estrangulada y tan ronca que apenas se entendía, su acento escocés se marcaba mucho más cuando estaba en una situación límite.

Brianna, que a duras penas podía mover un músculo de tan afectada que quedó por las caricias intercambiadas, se sentó, intentó reprimir el mareo y calmar su respiración. Procedió a atar los lazos de su enagua que estaba casi desgarrada, se colocó su vestido que tenía bajado hasta las

caderas que, por fortuna, tenía los botones por delante. Con un jadeo avergonzado reprimido, subió sus pololos, bajó la falda de su vestido que yacía amontonado y arrugado en su cintura. Su cuerpo temblaba, pues había sido arrancado de un limbo de placer súbitamente y sentía frío, por lo que se envolvió en la manta que descansaba a los pies de su cama; se puso en pie para dirigirse a la ventana donde el duque miraba hacia afuera dándole todavía la espalda y mantenía sus puños apretados contra sus piernas. De manera inexplicable, sentía ganas de llorar, pensaba que el hombre estaba arrepentido de tocarla o se habría decepcionado de su cuerpo.

Por unos segundos, ninguno dijo palabra, solo se quedaron con los ojos puestos en el ajeteo de las calles de Londres. Después sintió que el rubio la observaba y giró la cabeza para encontrarse con su mirada azul que, en lugar del brillo habitual, estaba oscurecida y muy seria.

—No me detuve porque no te deseo, mujer —espetó con rotundidad él adivinando a la perfección sus temores—. Todo lo contrario, tuve que usar cada gota de mi fuerza de voluntad para frenarme y no tomarte como he soñado y deseado desde que te vi por primera vez. No dudes que, si antes me tentabas, ahora representas todas mis pasiones y mis fantasías secretas en un cuerpo de mujer.

—Entonces, ¿por qué...? —titubeó Brianna, sintió sus mejillas enrojecer más todavía.

—No puedo hacerte mía de esta manera, Brianna —atajó el duque, dijo su nombre de una manera tan excitante, que le costó no saltar sobre él y besarle de nuevo—. He de hacer las cosas bien, con honor. Estamos en la casa de tus padres, no es el momento ni lugar, no solo porque puede entrar alguien en cualquier momento, sino porque siento que mancharía el acto más puro y divino si lo hago a escondidas y en la clandestinidad.

Brianna apartó la vista y se sintió humillada. Él tenía razón, estuvo a punto de entregarle su pureza a un hombre que ni siquiera era su prometido aún; a pasos de su familia. Perdió la cabeza por completo.

—No te avergüences, lo que acabamos de hacer es lo más bonito que he vivido en mis treinta y un años de vida. Nunca me arrepentiría y en otras circunstancias nada me hubiese detenido. Pero mi honor me impide ceder a esa necesidad. Hay cosas que aún no sabes, y no es justo que me entregues algo tan valioso hasta que no estés al tanto de los motivos que me impidieron estar cerca de ti y cumplir lo que te dije en aquel mirador —aclaró, se giró por completo y tomó una de sus manos.

—Entonces, dime, ¿qué es eso tan importante y determinante? —interrogó con desesperación ella sin dejar de mirarle.

—A eso había venido, pero ya estuve demasiado tiempo aquí, debería marcharme y no tentar más nuestra suerte. Ya que, aunque he pedido tu mano, no puedo casarme inmediatamente contigo si estallase un escándalo. Por eso es que me siento muy molesto conmigo y mi falta de contención, pero si sirve de algo, debes saber que cuando te tengo cerca, pierdo el control de mí mismo de manera humillante. —Acercó su cara y depositó un beso corto en sus labios.

—No comprendo. Por favor, cómo es que... —vaciló Brianna más confundida cuando oyó que no podía casarse con ella.

—Prometo decirte todo. Ven mañana al tentempié que organiza Lady Somert, tus amigas y sus esposos naturalmente estarán allí, me han enviado una nota para concertar una reunión en la biblioteca —pidió con respiración acelerada mientras besaba su cara, cuello y, de nuevo, su boca.

Brianna asintió, recordó que su madre recibió la invitación de la marquesa y madre de los hermanos Bennett.

—Alexander... dime, no puedo soportar la intriga —le rogó ella en un resuello, correspondió su beso y abrazo.

El duque apretó el agarre en torno a su cintura y estiró el cuello hacia atrás para mirarla con intensidad.

—Es mejor que me vaya ahora, mujer, no puedo parar de imaginarme tomándote en esta habitación de decenas de formas distintas y todas placenteras. Sin embargo, primero debo solucionar ese problema, luego seré libre para unir mi vida a la tuya. Quiero que cuando te haga mía definitivamente, seas mía en todos los sentidos, ante los dioses y los hombres. Mía, completa y absolutamente mía para siempre —declaró con ahínco y fuego en sus ojos color cielo. Tras besarla con voracidad, gruñó, la soltó y ante su cara en trance todavía, abrió la ventana, comprobó que no hubiese nadie y tras detenerse en el canto para guiñarle un ojo, saltó al vacío de dos pisos de altura.

Brianna reprimió un grito y se asomó para ver cómo el rubio se incorporaba, sacudía la tela de sus rodillas y elevaba la cabeza para mirar donde ella observaba, atónita. El duque subió su mano cerrada en un puño, golpeó su pecho a la altura de su corazón, sonreía con mirada solemne y ardiente. Ella solo contuvo el aliento ante ese inusual saludo; le vio desaparecer calle abajo, sintió que más que nunca era él quien se alejaba llevando su corazón a cuestas.

Y jamás lo tendría de vuelta, pues era suyo.

Capítulo 18

Una dama perfecta siempre hace la elección correcta. Piensa con la cabeza y decide con la razón.

—Requisitos de una dama perfecta.

Alexander ingresó a la mansión de los Marqueses de Windsor con ánimo renovado. Después del encuentro que tuvo la tarde anterior con su bonita flor, se sentía esperanzado, pues por fin hallaría una manera de solucionar lo del testamento y así poder casarse con la muchacha. No había otra opción, ninguna otra realidad que aquella. Solo era capaz de imaginar su vida con Brianna a su lado. Soñaba vivir con ella cada día, despertar viendo su rostro dulce, cerrar los ojos después de amar su ardiente cuerpo hasta que se saciaran, pasar larga horas conversando de todo y de nada. Se veía paseando con ella y con muchos niños de cabello pelirrojo que correteaban a su alrededor. La llevaba conocer su tierra, a su familia, haciéndola suya sobre la hierba que crecía junto al Castillo.

Su futuro era esa muchacha, era el sol en sus mañanas, el aire en sus pulmones, la fuerza de su cuerpo, el motivo de su risa, la razón de su existir. Y la culpable de que se haya vuelto un sensible con peligro de terminar siendo un poeta amanerado. Algo que le hizo sonreír; recordó la vez que a Vander se le cayó un rollo de papel de su saco, él se lo arrebató y ante su gesto frustrado y avergonzado, leyó el garabato que contenía. Solo había escrito puras mariconadas. Estuvo burlándose a sus expensas semanas, aunque se apiadó de él y no reveló a nadie más su secreto.

El mayordomo le guio por la casa hasta donde le esperarían los hermanos y sus esposas. Alex estaba impaciente por verlos y poder seguir urdiendo alguna manera de desligarse de la maldita cláusula de ese testamento. Dentro de la enorme estancia amueblada con sillones, divanes, una exquisita mesa de mármol y cristal labrado, además de multitud de libros decorando las paredes desde el suelo hasta el techo, estaban los dos matrimonios y Luxe con su habitual cara de hastío.

—Buenos días, su Excelencia, tome asiento —le saludó Lady Bennett, la esposa de Vander, puesto que era la casa donde residía desde su matrimonio, por lo que le tocaba ejercer de anfitriona.

Alexander saludó con una inclinación a la rubia vestida de un impecable azul cielo y a su hermana que lucía su gran vientre dentro de un atuendo borgoña; Lady Lancaster se veía radiante y muy saludable. Él no entendía esa costumbre de ocultar a la sociedad a una fémica preñada, ya que en su tierra no era algo que se acostumbrara; en su opinión, era una estupidez: era en estado cuando más hermosa se encontraba una mujer.

—¿Dónde está la señorita Colleman? —preguntó una vez estuvo ubicado junto a Luxe, enfrente de las parejas, y hubieron comenzado a degustar la comida improvisada que habían preparado.

—Fuera con el resto de los invitados. Como sabrá, no puede estar mucho tiempo aquí y alejarse del almuerzo dispuesto fuera por su condición de soltera, y yo no puedo dejarme ver por mi estado, así que Lady Mary Anne le está haciendo compañía; en cuanto se termine la comida y los asistentes se distraigan con las actividades que planeó la marquesa, Abigail irá a buscarlas y las traerá hasta aquí —contestó Lady Clara, aceptó el bocado de carne que su esposo le ofrecía.

Alex gruñó.

Estaba desesperado por ver a la dama, quería ponerla al tanto de su situación lo antes posible y sincerarse por completo con ella, sino lo había dicho desde un principio, fue debido a la desesperanza que se apoderó de él. Después su maldito tío lo mantuvo lejos y al regresar, decidió que era mejor esperar a tener al menos una luz de esperanza antes de revelarles que tal vez no podrían estar juntos. Lo que más temía era la reacción de la joven, pues ya en varias ocasiones ella le había dicho que era poca cosa para un duque. Los endiablados requisitos de la cláusula no harían más que darle la razón. Sin embargo, a él no le importaba. Ella era perfecta y era su dama. Tocaba ponerla al tanto, rogar por que ella comprendiese y estuviese dispuesta a luchar con él.

—Bueno, ya debes saber, Fisherton, que el plan fracasó, buscamos en todos los lugares que nos dijiste y no hallamos el testamento —dijo Luxe limpiándose las comisuras de su boca con la servilleta de tela.

—Y para empeorar la situación, tu tío nos descubrió, pero no adivinó nuestras identidades, tranquilo —acotó Vander bebiendo de su copa, ofreció un trozo de cerdo a su esposa y esta le apartó la mano de un manotazo para tomar un bocado ella misma. El rubio rodó los ojos, mientras la condesa sonreía al ver su gesto enfurruñado.

—Eso ya lo sé. Lord Pembroke me echó en cara el haber metido una fulana a la casa de la familia. Inmoral, depravado, endemoniado, lascivo, es lo menos que me lanzó. También añadió que estaba deseando que me uniese a la señorita Colleman, pues era del nivel que un salvaje como yo merecía, así quedaría arruinado y no continuaría manchando mi título y legado —respondió Alex, hizo una mueca y volvió a contraer la mandíbula al recordar las palabras e insultos de su tío político.

—Viejo desgraciado. Renacuajo inservible. Escoria humana —masculló indignada Lady Abigail, bebió de una vez el contenido de su vaso.

—¡Abby! —la reprendió su hermana, pero en su expresión se notaba la indignación—. Ese hombre es...

—Créame que lo que le respondí estuvo a su nivel, milady, y no le estampé un puño en la cara por deferencia a mi tía, que en ese momento se interpuso y nos rogó calma —atajó Alex, muy divertido por la cara de horror con la que Grayson miraba a la rubia que seguía murmurando toda clase de maldiciones, mientras Vander se reía a pierna suelta, esquivaba los débiles manotazos que ella le daba para silenciarlo.

—Entonces qué vamos a hacer. No podemos dejar que el conde se salga con la suya. Algo se tiene que poder hacer —dijo Marcus, alejó la bandeja de postres de su esposa, que ya había comido buena parte, y le veía con el ceño fruncido.

—Es terriblemente injusto, pero legal. Por lo menos la parte del documento que vimos. Hubiese sido de mucha ayuda ver el testamento entero y poder hacerlo revisar con un abogado que no sea el de tu tío —comentó Luxe, suspiró y meneó la cabeza.

—¿Y si nos metemos al estudio del abogado? Debe tener alguna copia del testamento —propuso Lady Abigail con entusiasmo.

—¡¿Estás loca, mujer?! —espetó Colín, exasperado—. Es el mismo abogado del príncipe regente y del rey. Eso nos metería en un grave problema y es demasiado peligroso.

—Además, no servirá de nada, como duque ya me presenté ante el letrado para exigir ver el documento, pero el hombre me perjuró que no posee una réplica —intervino Alex adelantándose a la discusión que iba a empezar la pareja si se guiaba por las miradas molestas y obstinadas que se dirigían.

—Pues Brianna no tiene más tiempo. Solo quedan dos semanas para finalizar la temporada,

debe comprometerse con urgencia. El plazo que le dieron al barón para saldar los pagarés se vence —se lamentó Lady Clara, puso en palabras los temores de Alex, que se echó hacia atrás y se cubrió la cara con las manos, angustiado.

—Entonces pensemos, algo se nos tiene que ocurrir, no podemos darnos por vencido —alegó Marcus y un silencio reflexivo se cernió sobre el grupo.

Cuando el mayordomo apareció en la biblioteca seguido de un lacayo y procedieron a retirar las bandejas del almuerzo, Colín y su esposa se pusieron en pie. La condesa no se veía nada entusiasmada por tener que interrumpir su reunión, pues por más que habían estado prácticamente una hora cavilando, no habían llegado a ninguna parte. Nada que permitiese a Alex acceder al testamento y así obtener una posibilidad de anular la cláusula de La dama perfecta. Nada que no fuese volver a enfrentar a su tío, como ya hizo decenas de veces, y exigirle ver el documento completo.

Así que, desanimado, el matrimonio abandonó la habitación para ir a cumplir con la actividad social que se llevaba a cabo en la casa y prometieron regresar con la señorita Colleman.

Él ya sudaba frío por los nervios de estar a punto de sincerarse con la muchacha y por la ansiedad de verla, aunque la hubiese tenido en sus brazos hace solo unas horas. Deseaba tanto poder compartir sus preocupaciones con ella, que pudiesen luchar juntos por este amor, que su estómago se estrujaba más a cada minuto que el reloj de oro y mármol ubicado sobre la chimenea avanzaba.

Marcus y su esposa ya se habían retirado, puesto que la dama no pudo evitar empezar a dar cabezadas hacia el final de su conversación. Lancaster la cargó en brazos, no con poco esfuerzo, y a pesar de sus protestas, la llevó a casa; le prometió al duque que algo se les ocurriría y él podría solucionar su dilema. Alexander asintió, intentó no perder el optimismo, ni la fe de que podría vivir una vida al lado de su bonita flor.

—Tú no crees que lo lograremos, ¿verdad? —preguntó Alex con su mirada perdida sobre la cabeza de su mejor amigo.

Luxe suspiró; aprovechó que estaban solos, se recostó y cruzó sus piernas a la altura de los tobillos. Cuando Alex le miró, vio la reticencia del conde. Lo conocía, sabía que buscaba la manera de contestar sin sonar excesivamente mordaz.

—No se trata de lo que nadie pueda creer, viejo amigo. Sino de que simplemente algunas cosas no están destinadas a ser. E intentar torcer el destino no puede acarrear más que sufrimiento y fracaso. A veces es mejor aceptar que esta vida solo es para transcurrirla, conformándose con lo que nos da y no deseando alcanzar imposibles. El cielo está muy lejos de los mortales, lo único que puede salvarnos de la desidia es aferrarnos a la tierra —contestó luego de un momento con sus ojos verdes opacados y una expresión taciturna.

—El problema es que yo no tengo esa opción. Nunca he podido escoger, no puedo. Desde la primera vez que vi a esa cándida muchacha pelirroja, lo supe —murmuró Alex apartando la vista de su amigo y dejándola vagar por la estancia—. Brianna es mi destino, ella es la vida, es ese cielo y también mi tierra, mi lugar. Es todo.

En ese momento, como si su confesión apasionada la hubiese atraído, la puerta se abrió y entró la dueña de sus pensamientos detrás del matrimonio de condes. Ella estaba aferrada al brazo de Lady Mary Anne, por la expresión de esta y de los demás, algo no estaba bien. Alexander y Maxwell se pusieron de pie de inmediato e hicieron su saludo formal a las damas. Sin embargo, él solo tenía ojos para la muchacha que, por el contrario, aún no hacía contacto visual, sino que cabizbaja permanecía sentada con sus manos apretadas en su regazo y los hombros caídos.

Sus amigos se habían trasladado al otro lado de la biblioteca, dejándoles en una relativa

privacidad y escuchaban algo que la pequeña morena les decía. Por su gesto, no podía ser nada bueno. Preocupado, Alex la miró largo rato, su silencio le desconcertaba y alarmaba a partes iguales. Por lo que, ansioso, dejó a un lado el protocolo, se sentó junto a la muchacha que se tensó al sentir su anatomía cerca y se puso tiesa cuando él tomó sus manos en un fuerte agarre.

—Buenos días, bonita flor, te estaba esperando. Como te dije ayer, necesitamos hablar —dijo despacio mientras la observaba.

Ella no contestó y él, desconcertado, tomó su barbilla con su mano izquierda y la instó a levantar su cabeza. Cuando con un aleteo de sus pestañas, sus ojos se encontraron. El ánimo de Alex cayó a sus pies. Sus orbes verdes estaban arrasados en lágrimas contenidas, en un dolor que él sintió propio y que abrió una brecha en su pecho, le dificultó el respirar.

—¿Qué...? —Comenzó a preguntar, angustiado, soltando su cara, pero el entendimiento golpeó sus entrañas—. Ya lo sabes. —afirmó con tono sombrío. No era así, no de esta manera. No planeó que ella conociera la verdad de manera cruel.

—Entonces es cierto —musitó ella con dificultad y él sintió sus manos temblar dentro de la suya.

—Brianna... yo... te lo iba a decir, estaba buscando la manera, el momento correcto... es que — se explicó Alex con desespero.

—Ahora entiendo el porqué de su repentina ausencia. Fue allí que se enteró de la cláusula, ¿no? Debió decírmelo directamente. De todos modos, no me habría sorprendido, de alguna manera, ya lo sabía. Yo no estoy a la altura, no soy alguien... —espetó la joven tragando saliva de manera compulsiva.

—No, no sigas —interrumpió él con brío—. Ya te dije que tú eres todo lo que quiero, no importa lo que diga ese maldito papel, mi tío o el mundo entero. Sino te lo dije antes, es porque sabía que te sentirías así. Quería encontrar una solución antes de que lo supieras. No todo está perdido, tus amigas y los míos nos están ayudando. Encontraremos la manera, bonita flor, créelo, por favor. Hazlo por mí, por ti, por nosotros.

Brianna se removió e inspiró aire, agitada y temblorosa. Bajó la vista, con lentitud quitó sus manos de su agarre y se puso en pie.

—No existe esa manera, su Excelencia. Usted no puede escogermme como esposa, no cumplo con ninguna de las condiciones de esa lista. Si lo hace, va a perderlo todo. Su familia... ellos lo necesitan, sé cuánto los ama, recuerdo cada anécdota que me contó sobre su vida allí, lo mucho que su antiguo clan ha luchado. No puede dejarlos a su suerte, jamás podría vivir con eso en mi conciencia. Y, aunque pudiese ser tan egoísta, tampoco lo haría. Mi padre no va aceptar su petición, yo tampoco, necesito contraer matrimonio con alguien capaz de salvar a los míos. Es la única manera —negó ella y comenzó a retroceder.

Alexander sintió la desesperación golpeando su centro y, acongojado, se puso en pie, tomó a la joven por los hombros.

—Muchacha, no puedes estar hablando en serio. Nada de eso importa, lo sabes. Esto que sentimos es más fuerte. Por favor, no lo hagas, no —imploró como nunca había hecho en su vida.

Brianna se estremeció y con el dolor dibujado en su rostro pálido, elevó la vista hacia él. Alex pudo ver tanto en esas pupilas; dolor, tormento, desolación, decepción y amor profundo, arrasador.

—Bonita flor, sé que sientes lo mismo. Lo puedo ver. Por favor, no te rindas, aún hay tiempo, aferrémonos a la esperanza. Luchemos juntos por lo que sentimos, lo que nos une —insistió con el corazón en la mano.

Un sollozo contenido brotó de ella que, a continuación, se liberó y se alejó más aún. Sumergió

en la angustia al duque que solo pudo dar un paso hacia ella, impotente.

—Brianna, no te apartes, no me dejes. Nada me importa más que tú, aunque tenga que renunciar a mi fortuna, lo haré. Viviremos de las rentas de la herencia que me pertenece por derecho. Y aceptaré el préstamo que mis amigos me han ofrecido para saldar la deuda de tu padre, aunque eso me convierta en un hombre sin orgullo. No me importa perderlo, puedo perderlo todo, hasta mi dignidad, pero no a ti —suplicó con sufrimiento, sabiendo que con eso también renunciaría a ayudar a su familia.

Los rostros de sus hermanos inundaron su mente, el nudo en su garganta creció. No podía perder a esta mujer, no si quería seguir cuerdo. Aunque tuviese que trabajar en cualquier cosa, les mandaría por lo menos algo. Por Brianna rompería el juramento hecho a su madre y mucho más. Era eso o arrancar el corazón de su pecho. Ahora lo sabía y por eso, con agonía, completó:

—Te amo, Brianna, te amo como un loco.

La joven contuvo el aliento, conmocionada y entonces densas lágrimas inundaron sus mejillas. El llanto brotó y él, incapaz de tolerar su sufrimiento, la abrazó fuerte y besó sus labios con ternura, al igual que con ardor. Ella devolvió ese gesto con desbordante necesidad y cuando el aire les faltó, arrancó su boca de la suya y se alejó precipitada, agitando su cabeza.

—Lo siento, Alexander... yo... —jadeó abrazándose a sí misma—. Te amo —confesó e hizo girar el mundo de Alex—. Te amo demasiado para aceptar que te sacrifiques así por mí. No puedo permitirlo. Sería un amor destructivo, egoísta, si para tenerte debes renunciar a todo, a tu esencia, tu honor. No. Dejarías de ser el hombre del que me enamoré, me odiaría a mí misma por haberte convertido en eso. No hay más que decir, lo siento...

—Brianna... no —la llamó él con voz rota cuando ella giró apresuradamente hacia la puerta.

Ella se detuvo con los brazos apretados a los costados de su cuerpo y la espalda rígida.

—Aceptaré la propuesta de Sir Chester. Por favor, entiéndelo, no podemos ir contra el mundo, simplemente no podemos —declaró ella; el mundo del duque se derrumbó con fuerza—. Siempre te recordaré; lo que vivimos vivirá eternamente en mi corazón y mis recuerdos. Gracias por demostrarme que el amor es real, auténtico y noble. Adiós, Alexander.

Y con esas palabras echó a correr seguida de sus amigas que lanzaron a Alex una mirada de pena.

Él jadeó y se dejó caer donde había estado sentado. Con manos temblorosas cubrió su rostro, sintió sus mejillas mojarse.

Su cuerpo se sacudió, sintió cómo todo el color de su vida desaparecía, dejándolo sumido en la oscuridad y la miseria. Una mano se posó en su hombro; él agradeció no estar solo. Sino fuese por la presencia de sus amigos, terminaría de desmoronarse.

Gritaría como un desquiciado, arrasaría con cada mueble de ese sitio, maldeciría hasta desfallecer. ¿Para qué quería mantener su honor, su fortuna, si no la tendría a ella? Si esa mujer era la razón de su existir, podría ser un pordiosero por siempre si eso le aseguraba vivir a su lado. ¿Por qué la vida se había ensañado así con ellos? Desde niño le fue arrebatado todo; sus padres, su protección, cariño, su alegría. Aun así, había seguido adelante, porque sentía que había algo por lo que vivir, un destino, un hogar esperándole en algún lado. Ahora... ahora ya no quería seguir. Ella lo era todo. Si la perdía, ya no tendría sentido su existencia.

«¿Acaso no lo entendiste, bonita flor? Si te vas, te llevas mi alma, mi corazón, y solo queda de mí un caparazón vacío e inservible. No puedo respirar si no te tengo, Brianna. No puedo. Y no lo haré».

Capítulo 19

Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios.
—Hebreos 13:16.

Brianna abandonó la biblioteca con paso urgente, las lágrimas ya corrían libres por su rostro mientras ella sostenía la falda de su vestido y así poder acelerar sus pasos. Era consciente de que Abby y Mary Anne la llamaban, preocupadas, y trataban de alcanzarla, pero ella solo quería huir de allí para poder refugiarse en algún lugar en donde pudiese dar rienda suelta a su dolor. Y es que nunca le había dolido tanto el alma como en ese momento en el que Alexander le dijo con tanta ternura las palabras más hermosas que pueden existir. Escuchar de sus labios que la amaba, que él la quería de verdad, resultó tan dolorosamente devastador como para perder su alegría y ganas de vivir por siempre. Porque significaba que, aunque ellos sintieran amor incondicional y eterno, no podían estar juntos; esa realidad le desgarraba y amenazaba con llevarse su cordura. El pecho le dolía con cada respiración agitada que daba, su visión se anuló por el líquido salado que soltaba con inconsciencia.

Ya no podía reprimir sus emociones, era incapaz de refrenar el sufrimiento que le provocaba haber dicho al único hombre que hacía de color sus días, que no podía compartir su vida con él.

Decirle que no estaría a su lado, la había destruido. No había nada que anhelara más, pues estúpidamente, a pesar de que su mente y razón se lo advirtieron ciento de veces, ella se enamoró de ese hombre; tan tosco como dulce, tan inconveniente como especial, tan único y maravilloso. Amaba al duque, lo amaba tanto como se puede añorar ver la luz cuando se nace ciego. Lo amaba tanto como un marinero extraña su hogar en altamar. Lo amaba, Dios, lo amaba.

Por eso sentía que, al romper su corazón, arrancaba una parte de sí misma, porque ella le pertenecía, ella solo existía para ver sus sonrisas, solo cerraba sus ojos para recordar sus facciones. Tenía su nombre, su piel, su voz, su esencia, grabadas a fuego en su corazón. Nunca dejaría de amarlo, viviría aferrada a su recuerdo cada día hasta el final. Su último pensamiento sería para él, su último suspiro le llamaría, su último latido sería por él.

Deseaba tanto que sus realidades fuesen diferentes, que ella no fuese quien era, sino tal vez una damisela sin apellido ni distinción. Una muchacha con falda y blusa de burdo algodón que un día corriendo descalza en una pradera con su cabello suelto, se topara con un hombre cualquiera.

Un muchacho apuesto de cabello rubio y ojos azules, el cual, mostrándole su bella sonrisa, la tomaría en sus brazos y giraría con ella para hacerla sentirse viva y feliz. Luego se besarían con dulzura y tomados de la mano se alejarían para no separarse jamás. Sin embargo, no era posible. Eso no pasaría. Ella era hija de un noble venido a menos, un padre que fue bueno y cariñoso, que cometió un error, el cual la orillaba a buscarse un destino que ya odiaba.

Y él... él era un caballero importante, del cual dependía mucho más que un título y sus tierras.

Él tenía un destino marcado y ella no podía formar parte.

¿Por qué? ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué no se mantuvo alejada? ¿Por qué se atrevió a soñar con imposibles? Si sabía que el duque era demasiado, era una ilusión, era una estrella lejana para ella, hermosa, pero inalcanzable. No obstante, no se arrepentía, porque amarle y

saberse amada por Alexander, era lo único importante y bello que tenía. Eso nadie se lo podía arrebatarse, aunque le quitasen todo, hasta los motivos para seguir, eso no se lo quitarían. Era feliz por amarle y viviría por ese amor.

Jadeando y sofocando los sollozos que intentaban salir de su interior, dobló en una esquina del largo vestíbulo y colisionó con una persona que salía de una de las habitaciones.

—¡Oh! —exclamaron ambas. Brianna se tambaleó y por poco cae de espaldas, pero la mano delgada de la marquesa de Windsor aferrando su brazo, lo impidió.

—Señorita Colleman, ¿está bien? —dijo con preocupación la dama cuando se percató del aspecto y la actitud de Brianna.

Ella se estabilizó. Miró con vergüenza el bello rostro de la anfitriona, retrocedió para acomodar su cabello alborotado y secó el surco que dejaron las lágrimas, pero fue en vano porque de inmediato fueron reemplazadas por nuevas gotas gruesas y pesadas, tan pesadas como sentía el alma.

Quiso buscar alguna excusa para salir del paso y justificar su estado deplorable, mas solo fue capaz de emitir un graznido incoherente y un llanto reprimido.

—Ay, cariño, no te preocupes. Ven —la calmó la rubia con una mirada compasiva. Tomó con delicadeza su mano enguantada y la animó a entrar al cuarto que estaba junto a ellas.

Resultó ser una sala de estar decorada muy femenina en colores pasteles alegres y que debía ser el lugar donde la marquesa recibía a sus amistades y pasaba las tardes.

Ella la sentó en una de los mullidos sillones color amatista y luego tomó asiento junto a ella. Por un momento no hablaron; Brianna sollozó, quebrantada, sentía las manos de la mujer palmar su espalda en señal de consuelo. Cuando pudo al menos contenerse un poco, levantó su cabeza y se encontró con los ojos celestes de Lady Bennett viéndole con empatía. Tímida y humillada, aceptó el pañuelo que ella le ofreció, trató de arreglar el desastre que debía ser su cara.

—Déjeme adivinar, le han dado una muy mala noticia —soltó la marquesa con simpatía. Su voz era melodiosa, pero denotaba agudeza y un carácter extrovertido se adivinaba el leve acento que la delataba como de procedencia extranjera.

Era, sin dudas, hermosa, a pesar de tener por lo menos medio siglo. Sus cabellos rubios con algunas canas que solo le hacían parecer de oro blanco, relucía. Sin embargo, no tanto como la belleza de su mirada color cielo que hipnotizaba y le hacía a uno pensar que estaba viendo un ángel, una criatura mística. Debía haber sido una auténtica belleza en sus años mozos, ese tipo de belleza que deja sin aliento. Nunca podría comprender a una muchacha como ella, pensó Brianna con tristeza.

—Disculpe, milady, las molestias, lamento... —comenzó a disculparse ella, buscaba la manera de escabullirse y poder ir a casa.

—No es problema, jovencita. Y no creo que sea conveniente que salga así, es evidente que no está en su mejor momento —le cortó la mujer al levantarse y yendo hacia un mueble, de donde sacó una botella y dos vasos. Sirvió líquido en ambos, luego le puso el objeto de vidrio en sus manos—. Toma, un poco de anís calmará sus nervios. Así que finalmente no han podido solucionar el tema del testamento del duque de Fisherton. —Brianna jadeó. Solo pudo verla, boquiabierta—. No se sorprenda tanto. Mi hijo Colín no se caracteriza por la discreción, y su esposa no se queda atrás. Sus discusiones se oyen por toda la casa cuando esos dos se trenzan. Y también las risas en las que terminan esas batallas verbales y después el delatador silencio. Que ya no es un secreto cuando más tarde aparecen ambos sonrientes, lanzándose pullas inofensivas y hasta tiernas —aclaró y rio con suavidad al ver la mueca atónita de Brianna.

—Yo... Lady Somert, no sé... —balbuceó ella, bajó de nuevo la vista, compungida. Una cosa es

que sus amigas y los del duque estuviesen al tanto de su dilema con el escocés, otra que hasta estuviesen enterados los marqueses y vaya a saber quién más.

Además, estaba el hecho de que en ese momento estaba muy dolida con las muchachas, pues se había dado cuenta que ellas ya sabían lo de la cláusula y no se lo dijeron.

Se sentía traicionada, triste, abatida y desconsolada. Y debido a eso, no quiso que ellas le hablaran hacía un momento. Necesitaba tiempo.

—Llámame Annel —atajó la dama y depositó su vaso en la pequeña mesa frente a ellas—. No te avergüences, por supuesto que no saldrá de mí esa información, ni mucho menos de mi esposo. Debo confesarte que tenía la esperanza de que mi hijo y los demás llegasen a una solución. Pero por tu ánimo, ya veo que no fue así. ¿Te lo ha dicho el mismo duque?

—No, milady... digo, Annel... —negó con amargura Brianna, la observó de nuevo—. Lamentablemente supe de la existencia de ese testamento y de ese problema solo hace una hora, y no de boca de Lord Fisherton —reconoció con voz quebrada. Asimismo, le reveló cómo llegó a enterarse de aquella maligna cláusula.

Llegó a la mansión con la ansiedad y la expectación a flor de piel, pero también mucha emoción. Estaba ansiosa por ver al hombre que la hizo inmensamente feliz tan solo unas horas antes en la intimidad de su cuarto. Apenas podía creer que él deseara tomarla en matrimonio y que pudiese corresponder a sus sentimientos. Esos que después de lo experimentado en sus brazos, ya no negaba ni quería contener. Estaba dispuesta a dejarse llevar, a aceptar aquella luz de alegría y amor que significaba la presencia del duque en su vida. Aceptaba que estaba enamorada del gigante escocés y se sentía dichosa de haberlo asimilado.

Una vez hubo su madre y ella saludado a los anfitriones, fueron guiadas hasta el exterior, en donde se dispuso la larga mesa en el centro de una enorme terraza, con vistas a un jardín primoroso y que, con la primavera todavía presente, era un colorido y perfecto marco. Había más de media docena de invitados, entre ellos Mary Anne, que estaba acompañada de su tía y dama de compañía, la cual le saludó con su mano, de manera disimulada, y ella le devolvió el saludo. Intentaba adivinar por qué no estaban ahí los condes de Vander y el hombre que la desveló el día anterior. Se sentó en el puesto que le asignaron.

Después de degustar un almuerzo elaborado y exquisito, que incluyó carne de cerdo, faisán, puré, pastel de arándanos y postres variados, la marquesa les informó que se dispondría una competencia de tiro con dianas para los caballeros y damas que se animaran a participar. Brianna aprovechó y se acercó a Mary. Ella le dijo que Abigail le mandó con un lacayo una nota explicando que iría después de la comida por ellas, que la llevaría con el duque y los demás. Ella contuvo el entusiasmo y después de pedir permiso a su madre, se encaminó hacia los jardines junto a su amiga.

Comentaban sobre el horroroso tocado que se puso la señora Green y guarda de Mary, cuando desde detrás de unos tupidos arbustos, llegó hasta ellas el sonido de una conversación. El dúo de caballeros no estaba siendo especialmente discretos y por eso es que ellas escucharon a la perfección el nombre del duque siendo mencionado por una voz tirante y pomposa.

Se detuvieron para aguzar el oído tras mirarse, intrigadas.

—Lo que te digo, Marshall, no tienes de qué preocuparte. El estúpido de Fisherton ya no irá a amenazarte. Ya le dejé claro que las condiciones del testamento no pueden modificarse y que solo yo tengo acceso pleno al documento —dijo con tono despectivo. Sabía quién era, era el conde de

Pembroke. La mano de Mary se tensó en su brazo y tiró de ella con insistencia, pero Brianna, que estaba decidida a saber de qué hablaban, no se dejó llevar.

—¿Y cómo sabes que tu plan funcionará? —tercio cortante su interlocutor que obviamente era Sir Marshall, el abogado real y de los nobles más prestigiosos, su vestimenta y peluca blanca se traslucía entre el follaje—. Te recuerdo que me debes mucho dinero y no solo a mí. Te aseguro que los demás se están volviendo impacientes y no esperarán a que tu sobrino juegue al Casanovas.

—Ya te dije que te pagaré antes del verano. Mi sobrino es un palurdo y bruto escocés, que no tiene idea de nada. Es tan burdo, que se enamoró de una casi plebeya don nadie. Sé que no renunciará a ella y en cuanto se casen, todo el dinero de su herencia volverá a mis manos. Es igual a su madre, si mi cuñado estuviese vivo, volvería a morirse. Nunca le perdonó a su hija haberse casado con ese sucio escocés. Ni siquiera porque su suegro haya sido un conde y uno de sus amigos. El viejo le daba demasiada importancia a su rancio y prestigioso abolengo. Fisherton se casará con la hija del Barón Fergusson, la cual bien sabes no cumple ninguno de los requisitos que su abuelo estipuló para la consorte de su heredero. Y cuando lo haga, perderá todo, solo quedarán migajas de su fortuna actual —espetó con frialdad Pembroke.

Brianna se cubrió la boca con sus dos manos con los ojos desorbitados y el pulso latiendo alocadamente. Se volvió hacia su amiga que igual de impactada la veía, pálida.

—Ah, sí, la cláusula del testamento, esa que sacó de ese libro, Requisitos para ser una dama perfecta. Es ridículo, pero en este caso, útil, recuerdo que pensé que el viejo ya había perdido la cordura cuando me dictó esa parte del documento: «1. Linaje impecable y de rancio abolengo aristocrático inglés, no menor a un título de tercera línea. 2. Reputación y nombre intachable e incuestionable. 3. Fortuna, posición y dote vasto. 4. Belleza y carácter destacables y admirados». Sin dudas, es imposible que esa damita las cumpla —se mofó Marshall.

—Por supuesto que no. Tiene reputación de florero, casi solterona, no es distinguida ni de familia importante. Es hija de un Barón que apenas mantiene su posición, he oído rumores de que está en la ruina, por lo que dudo tenga dote. Y para rematar, es fea y poco agraciada. Nada elegante y de personalidad anodina. Todo un dechado de virtudes. Con ese panorama, ya podemos celebrar que el animal escocés se haya fijado en esa desgraciada. No esperaba menos de ese ignorante primitivo —saturizó mordaz el conde.

Y fue suficiente para que, por completo atónita y estremecida, Brianna saliera corriendo de ahí seguida de su amiga que no fue capaz de sostener su mirada de reproche, ni el arrepentimiento en sus ojos café.

Después se encontraron con los Vander, Brianna, temblorosa y desencajada, pidió ver al duque, e ignorando las muecas de pesar de Abigail, caminó detrás del matrimonio.

Conmocionada y desgarrada, se aferró a un único pensamiento. No le daría con el gusto a ese perverso conde. No ganaría, ni le daría la satisfacción de robar y humillar a Alexander. Él lograría devolver el brillo a su tierra, regresar el honor a su familia. Sería un hombre honorable, como ya lo era.

Y algún día sonreiría de nuevo. Su amor no lo convertiría en alguien marcado por la culpa y el remordimiento, no viviría pagando el precio por amarla. No tendría que escoger entre tenerla o dejar en la miseria a su sangre.

Brianna lo amaba demasiado, no podía aceptar ese sacrificio.

Annel oyó su relato con una expresión, mezcla de compasión e indignación, en su bello rostro. Brianna contuvo el nuevo ataque de llanto que pugnaba por salir, a duras penas, y bebió de su copa agradeciendo que la dama se lo rellenara sin consultar.

—Es increíble lo que me cuentas, querida. —comentó la marquesa cuando la angustia de ella mermó—. Pembroke es un canalla.

Brianna percibió que su situación le conmovía, pero no creía que la dama pudiese comprender realmente el alcance de su dolor. No cuando debió nacer en una cuna de oro, siendo bendecida con una belleza angelical, modales exquisitos y encanto sin igual.

—Es mi culpa, milady, jamás debí poner los ojos tan alto, es una realidad que en esta sociedad cada quien debe ocupar su sitio y no aspirar a cosas imposibles —respondió ella, avergonzada y desalentada, pensando que de seguro la mujer debía sentir lástima por su ingenuidad al pensar que un hombre con el rango y posición del duque podría casarse con alguien como ella.

La marquesa no contestó de inmediato, sino que se quedó ensimismada con sus ojos celestes fijos en el tapiz claro de las paredes. No obstante, cuando los volvió hacia ella, estos brillaban con tanto fuego que le dejó pasmada.

—Eso no es cierto, niña —espetó con brío—. No te conviertas en un títere más de esta sociedad sin alma ni corazón. No permitas que te arrebatan también la luz y la fe. Que no te corrompan, Brianna, si me permites llamarte así.

Ella solo pudo verle con sorpresa, pues en ese momento no había rastro de la dama de sociedad, sobria y elegante, sino que parecía furiosa y llena de emociones desbordantes que no supo descifrar.

—Escucha, te contaré algo que, de todos modos, no es un secreto. Sin embargo, pocos saben la verdadera historia y no lo que se inventó de ella —prosiguió Annel con gesto resuelto. Esperó su asentimiento y continuó—: Cuando conocí a Lord Somert, mi esposo, él era, por supuesto, el conde de Vander, su padre era el Marqués y un hombre muy poderoso e influyente. En su familia solo hubo enlaces concertados, uniones con integrantes de familias puras y aristocráticas. Sus antepasados se remontaban a reyes y conquistadores. Arthur tenía un futuro planeado y mucha responsabilidad y carga sobre sus jóvenes hombros. Ya entonces participaba en política, y era considerado una persona de gran estima desde la parte monárquica.

—Oh... su compromiso con usted debió ser un cuento de hadas, destinado a ser, ¿no? —conjeturó Brianna no con poca envidia. Imaginaba a la hermosa rubia bailando en los brazos del apuesto conde en un salón repleto iluminado con cientos de arañas, cual príncipes.

—¿Eso crees? —inquirió Annel con una sonrisa pícaro, que se transformó en dulce y melancólica cuando dijo—: Nada más lejos de la realidad, querida. De hecho, la primera vez que le vi, fue cuando él casi atropella a mi hermano menor, cuando paseaba en lando con su prometida, y me confundió con una criada. Y no lo culpo, iba yo con un vestido celeste remendado tantas veces que parecía un harapo. Llevaba el cabello despeinado, apenas sujeto con una cinta desgastada y descalza.

Recuerdo que la mujer que lo acompañaba, parecía la misma reina a mi lado. Y también la mueca de horror en su lindo rostro sonrojado cuando vio que el pequeño se cruzaba frente a los caballos y en paños menores. Su gesto escandalizado cuando asustada por lo que estuvo a punto de pasarle a mi hermano, comencé a insultar a Arthur y lanzar piedrecitas a su coche —siguió riendo divertida ante la cara estupefacta de Brianna.

—Entonces... ¿no pertenecía usted a la nobleza? Es decir... disculpe —balbuceó incómoda por su indiscreción ella, pero demasiado sorprendida para reprimir su curiosidad.

—Oh, no, no te disculpes. Es mi turno de hacer confesiones —la tranquilizó Annel, dándole

una palmada en su mano—. Yo no era una dama, solo era la hija de un Vicario que sí era hijo de un noble, pero sin título. Mi bisabuelo había sido vizconde. Nosotros vivíamos en la vicaría, en el campo, mi madre era dama de compañía de una anciana viuda de un Barón. Ella me enseñó todo lo que había aprendido de su propia madre, pues mi abuela fue institutriz. Así que sabía leer, escribir y cálculos básicos, al igual que llevar una casa modesta como la nuestra, remendar, tocaba el piano y tenía idea del protocolo general. Pero yo era un alma libre, bastante salvaje e indomable. Solo éramos mi padre y yo, pues Ben llegó siendo mi madre ya mayor y no resistió al parto. Así que mi padre me dejaba hacer. Y yo pasaba los días vagando por ahí, corriendo descalza entre los pastizales a riesgo de recibir una mordedura de serpientes o cualquier otra alimaña, y trepando a los árboles. También me gustaba cabalgar. Sin embargo, solo teníamos un caballo viejo y lo usaba mi padre para ir hasta el pueblo a visitar sus feligreses.

—¿Y cómo es que terminó casada con el Marqués...? Si él... estaba prometido. Debió ser todo un escándalo —preguntó Brianna ya entusiasmada con la historia. Ella se veía feliz en su matrimonio, Abby y Clara habían dicho que la pareja de marqueses solía ser muy pegado y él le traía en el desayuno una rosa blanca todos los días sin falta.

Así que ya no se sentía tan inadecuada, después de todo, ella no era nada parecido a lo que fue en su juventud la marquesa. Annel era hermosa y eso, sin dudas, compensaba lo demás.

—Ah, sí... ¡el escándalo de la década! Arthur estaba comprometido para casarse y, de hecho, en ese momento visitaba a los parientes de su prometida. Lady Margot vivía en una enorme mansión a unas millas. No te haré la historia muy larga. Fue amor a primera vista, de parte de ambos, aunque yo no lo reconocí hasta que no me quedó más remedio, pues además de pobre, era orgullosa y tozuda, pero Arthur no me dejó lugar para resistirme. Al día siguiente se apareció frente al portal de mi casa con una rosa blanca en sus manos, fue muy atrevido. Por supuesto, yo lo eché con cajas destempladas, creí que pretendía tomarme como amante y que la mujer del lando era su esposa. Créeme que a mujeres de mi condición nos pasaba a menudo, ni siquiera por ser hija de un hombre de Dios se reprimían. Sin embargo, Arthur no se dio por vencido y regresó cada día hasta que acepté su invitación a pasear y su palabra de que tenía intenciones honorables —relató con un brillo emocionado en su mirada—. No obstante, él no fue del todo sincero, pues no me confesó quién era, no supe que era un conde y que estaba comprometido, hasta que una noche apareció con dos caballos y me propuso huir con él para casarnos.

—¡Oh! ¿Y cómo reaccionó? —preguntó Brianna, emocionada, pensando que, si estuviesen allí sus amigas, estarían igual. Mary seguro estaría chillando extasiada, Clara sin palabras y conmovida, y Abby fingiendo no escuchar, pero muy atenta.

—Al principio me enfadé, grité, le lancé la flor en el rostro, luego lloré, volví a gritar; al final terminé abrazada y aceptando sus besos como si fuese el último día de nuestras vidas. Pretendía rechazarle, hacerle pagar sus mentiras, pero no pude, pues ya estaba encandilada y por completo enamorada. Así que acepté su propuesta. Nos casaríamos en Gretha Green, a pesar de que él sería desheredado y yo no era una mujer adecuada para ser ni condesa ni mucho menos una futura marquesa. Arthur ya había roto su compromiso, su padre le había quitado su apoyo económico y su herencia. No obstante, seguía contando con una herencia de su abuela materna y la pequeña propiedad en Surrey —explicó Annel riendo por momentos.

—¿Y huyeron? —dijo ella, ansiosa por llegar a la parte emocionante.

—Lo intentamos —respondió estoica—, pero yo no podía marcharme sin antes despedirme de Ben y prometerle que regresaría, era como su madre. Y sin dejarle una carta a mi padre y evitarle morir de angustia. Así que él me sorprendió cuando estaba saliendo del cuarto del niño.

—¿Y se enfureció? —Brianna no cabía de la intriga.

—Por supuesto —asintió la marquesa con sonrisa evocadora—. Tuve que confesarle todo. Mi padre hizo entrar a Arthur y nos sermoneo largo rato, pero era un hombre justo, por lo que decidí apoyarnos. Él mismo ofició la ceremonia, nos casamos en la vieja vicaría, con el asistente de mi padre y su esposa como testigos.

—Pero se convirtieron finalmente en los marqueses de Windsor... —mencionó Brianna, confundida.

—Así es, mas no porque mi suegro no tratara de impedirlo. Aunque nada pudo hacer, no tenía más herederos, y era aceptarme como esposa de su hijo, o que todo volviese a manos de la corona. Obviamente él y mi suegra no querían saber nada de mí, por lo que Arthur me instaló en el campo. Contrató los mejores profesores y fui instruida en modales y educación de una dama hasta convertirme en alguien adecuada a mi puesto. Eso sí, continúe vagando por la casa descalza. El tiempo pasó, cuando llegaron Marcus y Colín, finalmente sus padres me aceptaron, no pudieron resistirse al encanto de los mellizos. Sobre todo, cuando al tener el marques a Marcus en sus brazos por primera vez, se vio reflejado en miniatura. El niño le hizo un guiño de ojos a su manera y se aferró de su peluca dejando su calvicie a la vista de todos; Colín emitió risitas y acto seguido vomitó a la marquesa. Arthur y yo quedamos consternados, pero mis suegros se miraron y estallaron en carcajadas. Esa fue la primera vez que les vi sonreír. Volviendo al presente —se interrumpió Annel, mirándola con intención y franqueza—. Te he contado esto para que sepas que, cuando se ama de verdad, nunca nunca hay que rendirse, ni mucho menos renunciar a ese amor. Pues si hay algo por lo que vale la pena luchar en este mundo cruel, es por el amor. Tú has encontrado un tesoro muy valioso, algo que muy pocos pueden decir, no lo pierdas, aférrate a él y haz que sea.

Brianna limpió las lágrimas que eran mezcla de risa y llanto, después se quedó en silencio. La historia de los marqueses le tocaba una fibra muy íntima de su corazón, a pesar de reprocharse y saberlo inadecuado, sentía renacer la esperanza. La ilusión de que quizá no todo estuviese perdido, que tal vez aún hubiese un rayo de luz que ayudase a iluminar el oscuro futuro que les aguardaba sin el amor que Alex y ella se tenían.

Al finalizar la charla con Lady Somert, pidió que le informara a su madre que regresaría a su casa. Minutos después se alejaba en el carruaje de la familia. Reclinada en el asiento acolchado, cerró sus ojos que ya estaban secos de tantas lágrimas derramadas.

No sabía cómo soportaría una vida de tristeza. No había hecho más que empezar. Todavía debía pensar en un futuro matrimonio que no deseaba y en seguir respirando, aunque sintiese su alma desgarrada volver a sangrar con cada segundo que se sabía lejos de Alexander. Solo tenía un consuelo, la fuerza de su amor por él sería su fortaleza en la oscura existencia en la que, a partir de hoy, se cerniría su vida.

Anhelaba tirar todo por la ventana, hacer caso al consejo de la marquesa y arriesgarse a huir con el duque, mas no podría vivir luego con las consecuencias. Era cierto que el destino estaba en manos de uno mismo, pero a veces afectaba también a otros y podía dañar a personas queridas. Sobre todas las cosas, el amor no era egoísta ni mezquino. No amaría a Alex así, no estaría a su lado al precio que fuese.

Eso sí, cerraría los ojos cada noche, rezando por él, rogando que pudiesen estar juntos y amándose cada día más que el anterior.

Capítulo 20

Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará.

—Lucas 9:24.

Alexander abandonó la casa de los Bennett con el ánimo y el corazón derrumbados. Toda la esperanza y resolución que hasta el momento guardaba, se diluyeron con las palabras que Brianna le había dicho. Su pecho ardía cada vez que las recordaba, sentía deseos de morir. Aunque, por supuesto, nunca cometería la locura de atentar contra su vida, pues era creyente y agradecido a Dios, además que no dañaría de esa manera a su familia.

—Es tu quinto vaso, amigo. Deberías pensar en parar —dijo Luxe, quien salió detrás de él cuando logró refrenar sus emociones tras la conversación con la muchacha y decidió irse al club en busca de consuelo momentáneo. No deseaba compañía, pero Maxwell se subió con él en el carruaje sin decir nada y Alex le dejó hacer.

—No me voy a emborrachar si eso te preocupa, este Ron no es tan bueno —contestó con sorna Alex, vació otra copa y dejó ir un suspiro. Su mente no lograba entumecerse lo suficiente como para silenciar sus tormentosos pensamientos. Una y otra vez recordaba el rostro de su bonita flor, su expresión de dolor, su confesión de amor que inundó su pecho de dicha, para desgarrarse implacablemente cuando ella se despidió para siempre de él.

¡Por Dios santo, cómo la amaba! Era imposible resignarse a la idea de no tenerla jamás. De perderla definitivamente. La necesitaba, ella era su razón de ser, cómo podría continuar sino la tenía a su lado.

Ella se iba a casar con ese Chester; él de solo pensarlo sentía la furia roerle y una sensación de vacío y oscuridad tan violentas que temía ser capaz de cualquier cosa, como de asesinar con sus propias manos a ese hombre, a pesar de saber que no era culpable de nada. Sin embargo, Brianna se entregaría a ese, él la tocaría, besaría y haría suya a su mujer, a la mujer que amaba. Alex, antes de permitirlo, se desquiciaría por completo.

Mandaría toda consciencia y responsabilidad al diablo, lo sabía. Ya no tendría nada que perder entonces, pues su vida estaría perdida sin esa mujer a su lado.

—Lo sé. Pero te vuelves menos simpático cada vez que te excedes con la bebida, y menos inofensivo. Puede que termines cometiendo alguna imprudencia o acto impulsivo. Eres peligroso todo el tiempo, aunque engañas con esa sonrisa, mas bebido me temo que podrías ser letal —advirtió Luxe quitándole el octavo vaso que ya se disponía a vaciar. Soportó su gruñido bajo junto a su mueca agresiva y amenazante—. Agradezco a Dios que estemos en Inglaterra, porque si estuviésemos en tu tierra nada te pararía. Tu tío ya estaría tocando el arpa con San Pe... ¿Qué pasa? —se interrumpió Maxwell, sorprendido, por verle ponerse de pie y dirigirse a la salida—. ¿Dónde vas? —preguntó al apresurarse para seguirle, esquivó a los caballeros que en ese momento ingresaban—. Estás bebi...dofff. —Alex soltó la cara de su amigo y riendo por primera vez en el día, ignoró el rostro estupefacto del castaño que se quedó paralizado y las expresiones atónitas de los sirvientes que custodiaban la puerta. Reemprendió la marcha hacia su coche.

—Eres un genio, viejo amigo, me has dado una idea genial —dijo de buen humor.

—¡Estás loco, Fisherton! ¡Depravado escocés! —exclamó indignado Maxwell saliendo de su estupor, no dudó en refregar sus labios con fuerza y repulsión.

—No te callabas, estabas histérico. Además, acabas de devolverme la alegría, debía agradecerte. También sé que te gusto, no me engañas, inglés. De seguro fue mejor que tu primer beso. Aun así, no te enamores de mí, ya tengo dueña —se mofó Alex y se subió al carruaje, se volvió para mirar al sulfurado conde, que no se movió. Cuando los guardias comenzaron a reír y silbar bajo mientras les señalaban, este se sonrojó y salió disparado hacia el coche.

—Maldito... pensarán que somos raros —masculló al fulminarlo. Entretanto, se alejaban del club.

—¡Bah! Apenas toqué tus labios. Y nadie pensará eso de mí, soy demasiado varonil, aunque de ti... —se burló él. Contuvo otra carcajada ante el gesto consternado del conde y su manera de examinarse a sí mismo, preocupado.

—Ya se te contagió la estupidez de Vander —rezongó Luxe después de percatarse de que le tomaba el pelo—. ¿Se puede saber qué diablos estás por hacer?

—Oh... lo que debería haber hecho hace rato —declaró Alexander con un brillo resuelto en su mirada—. Solucionar este problema de la única manera que se puede resolver.

—Ah, ¿sí? —resopló Max—. ¿Y cuál es? ¿Eh?

—A la manera highlander —sentenció Alex con tono peligroso y su amigo empalideció.

Brianna pasó la tarde encerrada en su alcoba, reflexionaba sobre la conversación que tuvo con Lady Annel sobre el amor, las decisiones y su futuro. Con valentía logró retener las lágrimas e incluso contuvo el llanto cuando se propuso escribir a Sir Chester.

Aún no se había cumplido el plazo que cortésmente el caballero le concedió, pero ella sentía la necesidad de ser sincera con él y con sus sentimientos. También de darle un cierre a su disyuntiva emocional. Así que escribió una contestación a su propuesta matrimonial, un tanto temblorosa, y antes de arrepentirse, selló la misiva y llamó al mayordomo para que la enviase con el lacayo. Tomó la única elección que tenía, no quedaba alternativa. Debía casarse con Sir Chester y tratar de ser una esposa devota.

Alexander MacFire debía quedar en su pasado, como un recuerdo lejano, pero para siempre atesorado en lo profundo de su corazón.

—Brianna. —Su madre irrumpió en su cuarto con la ropa de calle aún puesta y aspecto urgido. Ella se tensó, preparada para recibir su regañina por haber abandonado el almuerzo. No obstante, ella la sorprendió envolviéndole en un apretado abrazo—. Hija, lo siento tanto.

Y finalmente, rodeada por los brazos de su madre, Brianna se desarmó, dejó ir en asoladores sollozos todo su dolor. Marion acarició su espalda por largo rato, hasta que el llanto de su hija mermó; pudo arroparla y acariciar su cabello enredado con lentitud.

—Tu padre está muy abatido, hija. Ya sabes que no desea ningún sacrificio por tu parte, no ha dejado de recorrer la ciudad en busca de algún negocio que pueda sacarnos de la ruina. Y solo quiere que te cases antes de que te veas arruinada y se arruine tu futuro. De verdad, creímos que estarías bien, después de que el duque se presentó aquí y pidió tu mano. Creímos que se casarían pronto, estábamos dejando que fueses tú quien tomara la decisión —dijo la baronesa en un murmullo bajo.

—¿Por eso no me reprendieron cuando supieron de mi indiscreción en la fiesta de Lady Harrison? —preguntó decaída ella, le dolía la sola mención de ese hombre.

—Así es, yo ya me había percatado que se sentían atraídos, Brianna, por Cristo, no eres nada discreta y el duque es extremadamente obvio. Prácticamente te devoraba con los ojos cada vez que se encontraban. Solo estaba esperando que la propuesta llegara, por eso me sorprendió verte tan triste estas semanas. Ahora que me enteré de ese nefasto testamento... —contestó su madre con un deje reprobatorio.

—Te lo dijeron las muchachas —adivinó Brianna y soltó un suspiro.

—Están muy preocupadas, querían venir a verte, mas creí que lo mejor sería darte un respiro. Tú eres como Alfred, te agobias con facilidad, igual a tu padre, y necesitas silencio para recuperar la serenidad. Soledad para volver a la calma —soltó Marion, detuvo su mano en la punta de la trenza que ella se hizo y tras un silencio prolongado, prosiguió—: ¿Sabes? Yo no quería que repitieses mi historia, por eso siempre he sido más dura contigo. Me esforcé para hacer de ti una señorita sensata y nada sentimental. Lamento si mi obsesión te causó daño, yo solo quería evitarte sufrimiento.

Brianna, que estaba somnolienta, frunció el ceño y se enderezó para enfocar el rostro de su progenitora. Sin embargo, al parecer no era capaz de soportar el escrutinio, pues se puso en pie y se alejó para detenerse frente a la ventana que daba a la calle.

—No entiendo, madre, ¿de qué sufrimiento hablas? —inquirió perdida.

—Lo que te diré no tiene nada que ver con lo que conoces de mí, forma parte de mi pasado y no significa que no lograra ser feliz más tarde. —Aferró con fuerza la tela de las cortinas sin volver la mirada—. Como ya debes saber, en nuestra sociedad no existen tales cosas como el amor, no como lo cuentan los poemas al menos. Las uniones y matrimonios se hacen por común acuerdo, teniendo en cuenta los intereses y las afinidades. Lo que no significa que sus miembros estén exentos de sentir ese inquebrantable sentimiento. Solo que... —Su voz se cortó en ese punto y con amargura declaró—: Rara vez son correspondidos o pueden vivir su vida con el objeto de su amor. Así existimos y convivimos, unidos con unos y amando a otros. Así aprendemos a continuar, amortiguando el dolor, el anhelo, la necesidad. Y así transcurre nuestra vida hasta que terminamos por sentir afecto por el destino que nos tocó a los más afortunados, los demás solo se limitan a disimular su amargura hasta que esta les carcome totalmente.

—¿Estás...? ¿Estás diciéndome que te casaste con padre, enamorada de otro hombre? —jadeó Brianna, incrédula. El silencio de Marion fue elocuente—. ¿Por qué? ¿Quién era él?

—Sí. Me casé con Alfred enamorada de otro y rabiosa con él y con todos. Mis padres lo escogieron para mí, pues yo había renunciado a todo viciada por la tristeza. Llegué a mi última temporada soltera y habiendo rechazado a varios pretendientes. No quería unirme a nadie, solo deseaba morir —relató en tono cruento, como si no hubiese sido ella la protagonista de esa trágica historia.

—¿Y él no intentó...? —atinó a preguntar Brianna, pero su madre le interrumpió con tono algo brusco.

—Él se había casado durante mi segunda temporada con una joven de familia inferior, ya sabes que tu abuelo era un vizconde. Ella era hija de un comandante condecorado y a pesar de ser muy hermosa, era también excesivamente tímida, por lo que no era popular entre las damitas.

»Yo gozaba de buena popularidad entre hombres y mujeres, tenía una corte decente de admiradores y la incluí en mi círculo. Nos hicimos grandes amigas, aunque nunca le confesé que mi corazón ya tenía dueño, a pesar de que ella si me había mencionado estar enamorada de un caballero. No fue hasta una mañana que leí la parte de sociedad de la Gazette que comprendí que se trataba del mismo hombre. Susan y yo nos habíamos enamorado del mismo caballero. De un joven conde que se convertiría en Marqués, del que yo era una especie de amiga desde niña, pues

él era vecino nuestro en el campo y buen amigo de mis hermanos. Jamás en los largos paseos que habíamos dado, me atreví a confesarle lo que sentía, ya que creí que él lo sabía y que cuando fuésemos mayores, y llegase el momento adecuado, Edward se declararía y pediría mi mano. Estaba segura que estábamos hechos el uno para el otro. Pero me equivoqué. Él amaba a mi amiga... Más tarde supe que se había enamorado a primera vista de ella.

Brianna contuvo el aliento. No estaba segura, pero no podía ser casualidad, comenzaba a atar cabos con celeridad.

—Tú... él... —balbuceó, incrédula.

—Sí, amaba al Marqués de Garden, Edward Thompson. Y odié después de querer mucho a Susan Miller. Creo que ese injusto sentimiento solo se esfumó cuando supe de su triste fallecimiento. Solo allí me permite llorar lo perdido, el amor, la amistad y la hermandad. —La voz de su madre se quebró y ella no supo qué decir.

Marion amó al padre de Clara y Abby. Su madre, quien falleció siendo ella unas niñas, fue su amiga en el pasado y le arrebató el amor de su vida. Era demasiado impresionante.

—¿Y padre? ¿Él lo sabía? —preguntó después de una pausa.

—Oh, sí, siempre lo ha sabido. Él era parte de mi corte y adivinó mis sentimientos. Como no lo había hecho nadie. Ni siquiera la pobre Susan, a la que alejé de mi vida injustamente, o el bueno de Edward que ni lo sospechó (créeme, no hubiese podido verle a la cara cuando te hiciste amiga de sus hijas), o Richard se casó con su cuñada, y finalmente quedamos emparentados. Sin embargo, Alfred nunca me presionó, se ganó mi confianza y afecto con paciencia, dedicación y esfuerzo. No te mentiré diciendo que pude amarle con la misma intensidad que a Edward, mas logré amarlo. —respondió Marion con una sonrisa volviéndose a mirarle, sus rasgos bañados por la luz del atardecer eran hermosos y Brianna comprendió que el Barón hubiese resignado lo que fuera por tenerle—. Amo a tu padre y no cambiaría mi vida a su lado. Él ha sido mucho más de lo que merezco. Siempre se ha esforzado por demostrarme que no hizo una mala elección al aceptarle como esposo, por eso ha llegado a endeudarse en busca de darme lujos que muchas veces le he repetido que no necesito. Se convirtió en mi amigo, mi confidente, mi aliado y mi amante. He sido y soy dichosa a su lado. Te estoy contando esto, hija, para que sepas que, si escoges a Sir Chester, no serás desgraciada, puedes llegar a quererlo con el tiempo, pues hay amores que se sienten y otros que se deciden sentir. No obstante, debes estar muy segura de que podrás hacer un espacio en tu corazón, que pondrás de tu parte. Por lo que vi, el caballero necesita afecto y una mujer que le ayude a sanar sus heridas... eso solo puede lograrse con amor sincero. —La vio con solemnidad, se acercó para depositar un beso en su frente y añadió—: Si no eres capaz de albergar un ínfimo sentimiento de amor hacia él, será mejor que no aceptes su propuesta, sería como matar cualquier posibilidad de ser feliz y de hacerle feliz. Por nosotros no te preocupes, la dote de Meredith alcanzará para evitar que seamos desalojados. Tu padre prefiere ir a la cárcel, pagar allí sus deudas, y no enterrarte en una prisión de tristeza para salvarnos. Sino puedes escoger con el corazón, no te limites a elegir con la razón. Haré que te suban una bandeja con la cena, duerme. Mañana será otro día, quién sabe y el sol trae consigo buenas noticias.

Brianna suspiró recibiendo sus palabras con los párpados cerrados. Cuando abrió los ojos, vio la mirada avellana de su padre, la cual le transmitía afecto y apoyo desde la puerta de su habitación. No sabía desde cuándo estaba allí, pero lo último que vio antes de que la puerta se cerrase, fue a su madre siendo abrazada y besada con amor y deseo evidente.

Philips descendió del carruaje y traspasó la reja de entrada de la majestuosa mansión de cuatro pisos con paso pastoso. Le costó meter la llave en la cerradura, después de tres intentos lo logró y cruzó el umbral maldiciendo la ausencia del mayordomo.

Desde la llegada del perro escocés hacía cuatro años, todo en aquella casa se había desvirtuado. El personal ya no respondía a sus órdenes, cada uno de esos sucios ingratos seguía las directivas escandalosas del nuevo duque. En lugar de tener al mayordomo esperando la llegada de los señores como en toda familia acomodada, MacFire opinaba que era inhumano hacer esperar hasta altas horas de la noche al viejo Rain y ordenó que tanto él como el resto del personal se retiraran a las diez de la noche.

No conforme con ello, su sobrino pensó que era un abuso pretender que la cocinera estuviese recalentando el desayuno toda la mañana, por si los señores se decidían desayunar, por lo que, como si se tratase de una posada de pueblo, tuvo el mal gusto de dictaminar que el desayuno se sirviese hasta las diez de la mañana. ¡Obligándoles a madrugar si no deseaban pasar hambre hasta la comida de medio día! Y lo que terminó de colmar su paciencia, fue el día que MacFire encontró a la doncella del piso inferior sacándole el brillo a la vajilla de plata.

El bruto le preguntó por qué lo hacía, cuando la muchacha le contestó que porque era lo indicado. Él meneó la cabeza y le dijo que era una pérdida de tiempo estar horas despellejándose las manos para dejar brillante una vajilla que ni si quiera tenía pensado usar. Ya las limpiaría cuando él se casara y tuviesen visita o alguna fiesta en la casa.

Además, estaba el día que concluyó que era estúpido cambiar de atuendo tres veces por jornada, dándole tanto trabajo extra a su ayuda de cámara que, por otra parte, no hacía mucho, pues él se vestía solo, se aseaba solo y se ofuscaba si pretendía ayudarlo a bañar. Y como cualquier plebeyo, tuvo el descaro de comenzar a permanecer todo el día con la misma ropa, a excepción de la cena, a la que de todos modos se presentaba sin el saco y el pañuelo, pues según él, no se ajustaría el pescuezo solo porque tuviese que compartir la mesa con la calavera de su tío.

Ya ni hablemos del día extra que le daba libre a todos los empleados de la casa, ¡dejándolos sin servicio durante toda la jornada y cocinando él mismo un pescado apestoso!

Sarah era una estúpida, pues recibió a su sobrino como si fuese el hijo que nunca pudieron concebir y disfrutaba con su comportamiento impresentable, descarado e insultante. Al igual que la servidumbre, que solo eran unos igualados e ineptos. Ya nadie lo respetaba en aquella maldita casa y todo por culpa del infame escocés.

Un juramento se escapó de sus labios cuando tropezó con una de las mesas del recibidor. Para variar, Rain ni siquiera se molestaba en dejar las lámparas de gas del vestíbulo encendidas y la mansión estaba sumida en la oscuridad. Podría caerse y partirse el cuello, nadie se percataría hasta la salida del sol.

Con tiento, se dirigió hasta la biblioteca en donde instaló su despacho, luego de la llegada de Fisherton, y guiándose por la luz crepuscular que se colaba por las rendijas de las cortinas, caminó hasta el decantador para servirse una copa de oporto. Aquel licor era el único que se salvó del duque, puesto que solo bebía Whisky o peor: Ron, cual marinero. Le costó derramar el líquido dentro del vaso, pero logró hacerlo y vació el contenido en su garganta.

La presión que la situación estaba ejerciendo sobre él, lo acababa. El plazo que sus acreedores le habían dado ya se vencía y estaba de manos atadas hasta que su sobrino contrajera matrimonio con la muchacha Coleman. Era la única salida a sus deudas, sino recibía el dinero del Ducado, estaría en graves problemas. Para empeorar todo, había apostado hasta perder el último penique esta noche, con la esperanza de tener un golpe de suerte, y obtener lo suficiente como para ganar tiempo en caso de que su plan fallara.

—Maldito perro escocés y malditos ingleses que no exterminaron cuando pudieron hasta el último de esos salvajes —murmuró con desprecio, vació otro trago y, a continuación, se paralizó en el acto de apoyarlo en la mesa.

—Eso hubiese sido lo más inteligente. Fiel a su sangre, ustedes solo piensan con la codicia por delante. No te ofendas, pero para deshacerse de hasta el último escocés, les falta huevos a sus arrogantes traseros —respondió una voz grave con tono peligroso y marcado acento, haciendo estremecer a Philips, mas el filo de la espada apoyada en su cuello logró hacerle temblar de pies a cabeza.

—Fi... Fisherton, baja eso —tartamudeó una orden, se tensó cuando sintió el filo de la espada clavarse ligeramente en la piel expuesta de su pescuezo.

Él chasqueó la lengua, su cara se asomó por encima de uno de sus hombros, su cabello rubio impudicamente suelto cubrió la tela de su chaqueta. Sardónico, comentó:

—Te creía más perspicaz, viejo Philips. Otro en tu lugar ya hubiese comprendido quién da las órdenes aquí. —Hizo una pausa y tras pincharle con la punta de la espada, pronunció—: Ahora, sino quieres que te separe la cabeza del cuello, me entregarás el testamento de mi abuelo.

—¡Por favor! —se mofó Philips, intentó disimular su temor y con tono despectivo continuó—: Sé que no llevarás a cabo esa amenaza. No eres un asesino. No cederé, ni pienso entregarte el documento. Esa fortuna no te corresponde, fui yo quien se encargó de administrarla todos estos años, el que la hizo crecer y multiplicarse. ¡Es injusto que el viejo te la haya heredado a ti! Sé que no renunciarás a la rolliza pelirroja, eres demasiado predecible. ¿Por qué crees que te presenté a Luxe? Era cuestión de tiempo que terminarás prendado de alguna de las amigas floreros de la que iba a ser la prometida de Lancaster. ¡Solo eres un bruto salvaje!

Su discurso no recibió respuesta inmediata. Antes de que pudiese parpadear, un crujido y un tirón le hizo emitir un grito de terror e intentar liberarse, para volver a paralizarse al sentir la espada traspasar levemente su piel, le hizo arder. El duque le cortó la tela de los pantalones y ropa interior. Estas colgando hecha jirones, dejaron sus partes nobles libres a merced de una cuchilla lo suficientemente filosa para hacer un corte limpio y letal.

—Tienes razón, estimado tío. No sería capaz de terminar con tu inservible vida —espetó con frialdad y hastío el duque, le hizo sentir el frío del cuchillo en sus bolas y gritar aterrorizado otra vez—, pero no tengo reparos en cortarte estas. Así ya no podrás seguir humillando a mi tía con esas mujercuelas de burdel fino. Y ella no tendrá que viajar a Bath para fingir que no sufre por tus indiscretas aventuras. Sí, es una buena idea, y al final del día habré matado dos pájaros, o pajaritos de un tiro.

—¡No lo entiendes, Fisherton! ¡Debo mucho dinero, sino pago terminaré en la cárcel de deudores o igualmente muerto! —gimió con pavor él. Rompió a llorar cuando el cuchillo se acercó más a sus partes.

—Ese es tu problema. Sino hubieses sido tan miserable y ambicioso, habrías recurrido a mí y yo te habría ayudado. Ahora decide, o me entregas el testamento o te rebano las pelotas —gruñó MacFire. Su mano no tembló, ni dudó en presionar aquel lugar tan sensible.

—¿Qué tal fue? —preguntó Luxe, una vez que su amigo subió al carruaje y dio la orden al cochero para que arrancase con rumbo a la mansión de los Lancaster.

El rubio tenía mejor aspecto, sus ojos brillaban más que el cielo soleado de aquella mañana.

—¿Cómo crees, viejo amigo? —Su sonrisa se amplió, puso un conjunto de papeles a la vista e

hizo un guiño travieso—. No hay nada que un highlander enamorado no pueda lograr.

Capítulo 21

Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin.
—Eclesiastés 3:11.

A pesar de que en la mansión Lancaster se desplegó un gran desayuno, con tarta y pudín incluidos, cuando Alexander hizo acto de presencia, las hermanas Thompson se pusieron en pie y sin pérdida de tiempo, el grupo se trasladó a la biblioteca de la casa. Aunque la condesa no se privó de llevarse un bollo de canela para ir picándolo por el camino.

Marcus comenzó a recomendarle que no comiese en demasía, pues después sufría las consecuencias, pero una mirada fulminante de la embarazada dama bastó para silenciarle. Lo que provocó que Colín, Maxwell y él, que cerraban la marcha, se riesen entre diente y Lancaster les fulminara con ojos acusadores.

La biblioteca de los Lancaster no era enorme, ya que en general la mansión era de proporciones pequeñas, aunque elegantemente decorada con tapices claros y alfombras aboutton brillantes. Los muebles eran de madera de cerezo y también estilo Luis XV.

—Bien, no hay tiempo que perder, su Excelencia, mi esposo me dijo que usted necesitaba hablar con nosotros —inició Lady Clara una vez estuvieron todos sentados.

—Así es, milady. Tengo el documento en mi poder —asintió Alex sacando el rollo del bolsillo interior de su chaqueta verde. El par de matrimonios contuvo el aliento y le miraron, interrogante.

—¿Cómo lo conseguiste, Fisherton? —preguntó Colín, extendió la mano hacia los papeles que él dejó sobre la mesa circular de cristal que estaba en medio. Sin embargo, una suave palmadita de su esposa se lo impidió y el rubio le miró, ceñudo.

—No los toques, con tu suerte te buscas la manera de estropear el documento antes de que podamos leerlo —se quejó la condesa de Vander, cuyo atuendo rosa viejo le hacía parecer delicada y muy bonita.

—De la manera en la que tendría que haberlo hecho desde el principio, a punta de espada —respondió Alex y esbozó una sonrisa socarrona, mientras Vander gruñía a su esposa—. Mi tío casi se ca...

—Cae de la sorpresa —le cortó Maxwell, horrorizado, lanzándole una ojeada de advertencia y Alex se carcajeó.

—Bueno, como trabajé con el abogado de mi familia cuando mi padre creyó que moriría de alguna enfermedad contagiosa por mi vida disoluta y por mi condición de no heredero, tomaré el privilegio de revisar el testamento —intervino Marcus y se estiró para tomarlo, ignoró los gestos enfurruñados de su mellizo.

Sus orbes comenzaron a pasarse por las líneas escritas y sus cejas oscuras se fueron frunciendo más con cada hoja que pasaba. Un expectante silencio se cernió sobre el grupo. Alex se puso nervioso, ya que él esperó a estar con sus amigos para saber qué contenía el testamento, pues de todas formas no entendería demasiado.

—¿Y bien? ¿La cláusula no existe y fue un invento de Lord Pembroke? —conjeturó Lady Abigail con impaciencia.

—¿Está completo? Si es así, tengo entendido que tiene que tener la firma del duque, la del abogado y el sello real al final —inquirió Lady Clara con ansiedad y acarició su abultado veinte, que envuelto en aquella fina tela color ocre, le hacía parecer más joven.

—¡Ya dínos, Marcus, lee en voz alta! —protestó Colín, fastidiado, y se levantó para inclinarse sobre el hombro del menor.

—La primera parte es lo que ya habíamos visto, todos los detalles de las propiedades y la fortuna a heredar que seguramente fue lo que te leyó el abogado cuando llegaste a la ciudad y tomaste posesión del ducado. Luego está la tercera hoja, que es la que tu tío te entregó al tú manifestarle intención de contraer matrimonio con la señorita Colleman. Y, por último, hay una hoja extra —explicó Marcus dando vuelta la hoja para que todos viesen las firmas que atestiguaban que el documento estaba completo. Y tras hacer una pausa, regresó a la penúltima parte y leyó—: «Es mi última voluntad, que en el caso que el candidato a heredar mi título y fortuna decida desposarse, la candidata a aspirar al título de duquesa de Fisherton, cumpla inexorablemente con los siguientes puntos: Lista de la dama perfecta. 1. Linaje impecable y de rancio abolengo aristocrático inglés, no menor a un título de tercera línea. 2. Reputación y nombre intachable e incuestionable. 3. Fortuna, posición y dote vasto. 4. Belleza y carácter destacables y admirados. Esto a fin de que mi apellido, el buen nombre de mi familia, la perpetuidad de nuestro linaje y la fortuna del ducado, no corra peligro, ni sea manchado de ningún modo. Si mi heredero se niega a cumplir con dichos requisitos, perderá inexorablemente todas las propiedades no anexas al título y las rentas de dichas tierras. Las cuales, especificadas en el testamento que dejé en vida su cuantía y valor mayor a la suma de cien mil libras esterlinas, pasarán como herencia a mi querida hermana Lady Sarah Granville. En el caso de que la dama escogida no cumpliera con alguno de los puntos antes especificados. Deberá como única excepción recibir la aprobación de mi honorable y gran amigo el duque de Brunswick-Lüneburg y Bremen. Solo él y en presencia de testigos que así lo atestigüen, podrá autorizar dicho matrimonio. Si así no se hiciese, quede mi heredero libre de ostentar el título de Duque de Fisherton».

Tras la lectura, todos permanecieron en silencio asombrado. Y a continuación, comenzaron a hablar a la vez exaltados.

—¡Maldito Philips, con razón se negaba a darme el testamento! —bramó Alex al poner en pie, incrédulo ante lo que oyó.

—La cláusula sí existe —se lamentó Lady Clara.

—Pero, ¡cómo pudo incluir tamaño locura! —protestó indignada Lady Abigail.

—Es demasiado complicado —comentó Luxe meneando la cabeza.

—¿Quién demonios es el tal Brunsw...no sé qué? Nunca oí ese título en ningún evento social —declaró Colín, ceñudo.

—Ni yo —acotó Luxe.

—Tampoco sé quién es. Lo siento MacFire —admitió Marcus cuando Alex le miró esperanzado.

—Estoy perdido, quedan menos de dos semanas para que se ejecuten los pagarés de Lord Fergusson. La señorita Colleman debe contraer matrimonio antes. No hay tiempo para intentar averiguar quién es ese hombre —se desesperó Alex y se dejó caer nuevamente en el sillón.

—Pero... su Excelencia, la cláusula tiene esta excepción, eso nos da esperanza, no podemos rendirnos —le animó Lady Clara, quien parecía igual de consternada.

—Si lo hacemos, Brianna se casará con Sir Chester, y tanto usted como ella serán desdichados. Debemos intentarlo. Tal vez mi padre o el de ustedes, sepa quién es el duque —aseguró Lady Abigail con firmeza.

—Si es que ese hombre está vivo. Si no recuerdo mal, tu abuelo era bastante mayor cuando falleció —comentó Luxe con tiento.

—Así es, el abogado me dijo que tenía ochenta años y que había sido muy longevo, al igual que su antecesor —respondió compungido Alexander.

—Seguro tu tío sabe quién es, Fisherton, y el hombre mencionado sigue vivo, de lo contrario, Pembroke no te habría ocultado el testamento —conjeturó Marcus, sagaz.

—¡Es verdad! No tendría sentido hacerlo si el duque hubiese ya fallecido. ¡Eres asombroso, esposo! —celebró Lady clara mirándole con admiración, Marcus de inmediato se acercó y la besó en la boca delante de todos. La muchacha se ruborizó, su hermana y Colín rieron, mientras Luxe veía con hastío.

—¡Ni que hubiese descubierto la identidad del misterioso duque! —rezongó Colín—. Su conjetura no ha aportado nada.

—Es cierto. ¿Quién demonios es el tal Brunswick-Lüneburg? Creo que tendré que ir a por mi espada de nuevo y sacarle la información a mi tío bajo amenaza —espetó Alex con ira contenida—. ¡No voy a perder a Brianna! ¡Aunque tenga que ir con el maldito Rey de Inglaterra, haré a Brianna mi esposa!

—Y eso es precisamente lo que tienes que hacer —afirmó una dulce voz de repente. Y los seis voltearon, sorprendidos, hacia la puerta.

Detenida bajo el umbral estaba Sarah Granville, condesa de Pembroke. La anciana vestía ropa de viaje y se adentró en la habitación acompañada por la marquesa de Windsor. Alexander miró boquiabierto a su tía, mientras sus amigos y Luxe también se ponían de pie en deferencia a las damas. Marcus se apresuró a ofrecerle asiento a su madre y él hizo lo propio con su tía.

—Tía. No sabía que estabas en la ciudad —dijo confundido. Ella se instaló en Bath desde la temporada pasada para cuidar de una prima enferma.

—Y no lo estaba. Acabo de llegar, querido. Lady Annel se contactó conmigo y cuando leí lo que estaba sucediendo en mi ausencia, no dudé en regresar a Londres —aclaró Lady Sarah quitándose la papalina, dejó a la vista su cabello rubio coronado con algunas canas a la vista. La mujer no ostentaba una gran belleza, pero su expresión afable y dulce le daban un aire agradable a la vista. La bondad en sus ojos azules, del mismo color que había tenido la madre de Alex y sobrina de Sarah, al igual que él mismo, le confería un aspecto encantador—. Sé lo que estás pensando, hijo, ¿cómo pude unirme a un hombre como Philips? Aunque no lo creas, él no fue siempre así. De joven y los primeros años de nuestro matrimonio, él era una persona distinta. Era noble y tenía muchos sueños. —Dejó perder su vista con un brillo melancólico y tono de pesar—. Pero con el tiempo, muchos de ellos se frustraron, y sumado a que perdió gran parte de su herencia pagando los tratamientos que los médicos me hacían para intentar hacerme concebir, y de que mi hermano, tu abuelo, lo tratase a menudo con desprecio, pues se convirtió en lo que es hoy. No lo justifico, por supuesto, pero me cuesta dejar de apreciar al Philips del pasado. Yo sabía que estaba en alguna clase de aprieto, porque había pasado de resignarse al hecho de que tú heredarías el ducado y la fortuna, a mostrarse resentido y hostil por esa realidad. Ahora entiendo por qué me insistía y animaba a no volver a la ciudad, creí que era por sus indiscreciones, mas ya veo que se debía a que si yo me presentaba, no dudaría en ponerte al corriente de la excepción a la cláusula. Entonces su plan se vería arruinado.

Alexander y el resto le oyeron atentos. Él lamentó ver a la mujer tan alicaída. Era obvio que aún amaba a su esposo.

—Entonces... ¿usted sabe quién es el caballero que puede anular la cláusula, le conoce? —inquirió con esperanza él, sintiendo su corazón palpar acelerado.

—Por supuesto, querido, ya te lo dije hace un momento. La única persona que puede autorizar tu matrimonio con esa jovencita, es Lord George William Frederick, duque de Brunswick-Lüneburg, y duque de Bremen. Él y el conde de Bute, fueron íntimos amigos de tu abuelo desde muy jóvenes —contestó con seguridad su tía.

—¿Y dónde podemos encontrarlo? ¿Me puede llevar hasta él? —interrogó Alex, deseó que el anciano fuese alguien afable y accesible, de lo contrario, se complicaría acceder a él y que aceptase a Brianna.

—Oh, eso sí es un poco más difícil, hijo —respondió la anciana mirando hacia Annel con aprensión. La marquesa se veía también preocupada.

—¿Por qué, milady? ¿Dónde reside el duque? —curioseó Marcus.

—Pues dónde más —exclamó Sarah, viéndolos como si se hubiesen vuelto locos—. En el Castillo de Windsor.

La reacción de los presentes fue digna de un retrato, uno que, de haberse hecho, hubiese divertido a más de un espectador. Estaban patidifusos y completamente atónitos.

—Queridos, parece que no entendieron. El duque no es otro que Jorge III, el rey de Hannover, su Majestad, su Alteza. Rey de Gran Bretaña e Irlanda —aclaró Lady Annel. En la biblioteca resonó la exclamación de Marcus que a duras penas logró sostener el cuerpo desvanecido de su esposa.

Alexander también se hubiese desmayado, pero de hacerlo, se partiría la crisma, puesto que nadie allí podría sostener su peso. Mejor le pedía a Lancaster apoyo étlico, porque no sabía cómo, pero lograría que el rey loco le diese la aprobación para unirse a su bonita flor, aunque tuviese que arriesgar la cabeza.

—Es una verdadera locura... —balbuceó Alex llevando sus manos a la cabeza.

Las mujeres estaban conmocionadas y sus amigos tan aturdidos como él. Marcus le observaba, preocupado, a pesar de que era de mala educación beber en presencia de las damas, se puso en pie y rápidamente sirvió un vaso de oporto al duque, que lo aceptó con la mirada perdida y lo bebió de un tirón, haciendo una mueca.

—Veo muy difícil que puedas acceder al Rey, MacFire. Desde que tuvo la última recaída, hace cuatro años, lo recluyeron definitivamente en el Palacio de Windsor —comentó Luxe con su habitual mirada seria.

—Así es, su enfermedad ya le ha hecho perder la razón de todo. Jorge se tornó violento y peligroso, ya no solo para sí mismo, sino también para los demás, por eso lo encerraron allí —añadió Lady Annel, agradeció la taza de té que le sirvió Lady Abigail, pues su hermana estaba recostada en un diván luego de despertar del desmayo, mas se negaba a retirarse—. Como ya saben, hijos, su abuelo era primo segundo de Jorge, y por eso su padre sabe bastantes cosas de la familia real. Jorge piensa que sigue siendo el monarca y así se lo hacen creer, no tiene noción de que es su hijo Priny, el Príncipe regente, es quien gobierna. Nadie se atreve a decirle que fue desplazado, así que él sigue dando sus discursos, emitiendo edictos y leyes como en el pasado. Los pobres sirvientes le siguen la corriente, pues su temperamento es tan volátil, que manda a cortar la cabeza a quien le contradice. La muerte de la princesa Amelia terminó de desquiciar al pobre rey. Y Arthur me contó que el tratamiento del doctor Francis Willis no logró esta vez hacerle recobrar la cordura, está peor —relató al dirigirse a Colín y Marcus. Su familia tenía conexión con la realeza, pero tras el matrimonio inadecuado del Marqués con la dama, su posición ante la corona era delicada y no eran demasiado bien vistos.

—La mayor complicación es que Jorge no recibe visitas. Solo lo ven sus hijos y su esposa, la reina Carlota, y siempre en presencia del médico que está a su cuidado ahora —agregó Lady

Sarah con expresión angustiada.

—¿Y si le hacemos saber que soy el nieto de Randall Granville? Tal vez lo recuerda y acepta una audiencia —preguntó a su tía.

—No sé si lo recordará. Puede que sí, tu abuelo fue un amigo muy cercano al Rey, desde la infancia. Eran un trío inseparable junto al conde de Bute, quien ya falleció. De hecho, fue por esa conexión que tu padre conoció a tu madre, querido —contestó con mueca pensativa la anciana.

Alex la miró atento, no tenía idea de cómo habían terminado casados sus padres.

—Nosotros nunca supimos esa parte de la historia. Solo lo que nuestra niñera, que antiguamente había sido la doncella de mi madre, nos contó. Que mi madre era inglesa, que vino de aquí para casarse con mi padre y fueron felices los años previos a su muerte. Aunque de vez en cuando ella lloraba porque recordaba a sus padres. Y decía a menudo que no tenía dudas de que su padre permitiría que uno de sus nietos fuese su heredero, pues ella seguido le enviaba cartas, le contaba sobre sus niños y su vida allí. No recibía respuesta, pero no dejaba de enviarlas, porque ninguna volvía rechazada, así que sabía que el duque las leía. ¿Usted sabe cómo fue en realidad? —La voz de Alex se tornó temblorosa cuando recordó su infancia y a su familia.

—Oh, sí —asintió entusiasmada Lady Sarah tras depositar su taza de porcelana en la mesa de cristal—. El conde de Lenin, tu abuelo paterno, era parte de los lores que se aliaron con Inglaterra en el enfrentamiento con los laird de las tierras altas, él vino a Londres, trajo a su hijo y heredero con él. En ese entonces tu madre era una debutante, la damita más hermosa de la corte. Jorge y Randall pensaban casarla con uno de los príncipes. Sin embargo, una mañana, poco antes que las fiestas que se estaban dando en el palacio terminaran, amanecimos con la noticia de que tu padre y Amanda se habían fugado, ellos decían en la nota que estaban enamorados y no podían permitir que les separasen. Tu abuelo enloqueció, pero no pudo hacer nada, la pareja se casó en Escocia y ella nunca regresó, pues mi hermano le envió una carta donde le decía que jamás quería volver a saber de ella, que la repudiaba como hija. Sé que suena muy mal, mas debes comprender que Randall era un hombre muy estricto, al igual que Jorge, odiaba los comportamientos disolutos. Además, amaba mucho a Amanda, era su única hija, y no pudo soportar las cosas espantosas que comenzaron a murmurar de ella, ni la vergüenza y deshonor que su huida le provocó a la familia. Trató de que Jorge anulara el matrimonio y castigaran a Lanchal, pero el Rey no pudo complacerlo, puesto que el conde escocés era un aliado muy importante, no podía llevar a cabo esa petición y enemistarse con él. Tu abuela murió de la pena unos meses después; mi hermano jamás regresó a la corte. Solo se limitó a encerrarse. Estaba sumergido en la pena. No obstante, era demasiado orgulloso como para ir a ver a su hija. Hasta que una tarde, llegó la terrible noticia del asesinato de tus padres a manos de proscritos escoceses, nunca vi a una persona sufrir tanto. A partir de ese momento se dejó vencer y ya ni siquiera le interesó su posición como duque, vivía perdido en la bebida y delegó todas las responsabilidades del ducado en mi marido. Poco antes de morir, él le pidió a Jorge que le permitiese ponerlo como albacea en su testamento. Le preocupaba pensar que, como su heredero, había sido criado con otras costumbres y lo más seguro se casaría con una mujer de su tierra, el ducado se perdería. Quería asegurarse que no se repitiese la historia y nuevamente su heredero eligiese a alguien inadecuado que lo alejase de Inglaterra.

—Vaya... —musitó el duque, conmovido.

Clara lloraba a moco tendido y Marcus, que la consolaba con caricias en sus hombros, le ofreció un pañuelo. Colín también lloriqueó, Abby rodó los ojos y le dio una palmada en la cabeza que hizo gruñir indignado al rubio. Luxe, quien solo se limitaba a mirar a sus amigos con gesto resignado, dijo atrayendo la atención:

—Bien, creo que deberíamos pensar en alguna manera de poder llegar hasta el rey.

—Conozco a Henry Addington, el vizconde de Sidmouth, él era quien llevaba los asuntos legales de su Majestad. Desde que perdió su lugar en el Gobierno, ha perdido poder, pero continúa siendo allegado del rey. Él es también abogado de la familia. Puedo hablar con él — propuso Lady Sarah.

—Ese viejo me las debe. Se negó a dejarme ver el testamento y estoy seguro que tiene que ver con el intento de hacerme perder mi herencia—farfulló molesto Alex.

—Entonces puedes presionarle con eso —acotó Marcus.

—Pídele que te consiga una audiencia con el rey. Si se niega, amenaza con difundir lo que hizo. Claudicará, su reputación pende ya de un hilo. En la Cámara corren rumores de que está en problemas con gente de bajo fondo. Sino mi mujer le puede hacer una visita y llevar su filoso rastrillo —propuso Colín y se ganó una sonrisa orgullosa de su esposa. Él la miró con intensidad unos segundos sonriéndole también. Y luego de improviso, la besó con fuerza. La rubia trató de zafarse y cuando no lo logró, gimió y se aflojó en los brazos de su esposo devolviendo el beso.

Lady Somert jadeó. Avergonzada, se disculpó con su tía. Sin embargo, Sarah le restó importancia, rio tanto como Marcus y el duque. Clara protestó y empezó a tirar de la falda de su hermana. Entonces desde la entrada de la mansión, se oyó un alboroto. Marcus se puso en pie, alarmado, y todos se vieron, curiosos. De pronto la puerta de la biblioteca se abrió y apareció una agitada, despeinada y alterada Lady Mary Anne.

Clara y Abigail se apresuraron a levantarse y fueron hacia su amiga.

—¡Mary! ¿Qué sucede? —interrogó Clara y despidió con un ademán tranquilizador al contrariado mayordomo.

—¡Está aquí! —pronunció la castaña, tratando de recuperar el aliento. Luego de pasar la vista por el lugar, sus ojos se detuvieron unos segundos en el conde de Luxe, que parecía petrificado ante su repentina aparición, y rápidamente se apartaron hacia el duque—. Su Excelencia, le he estado buscando por todas partes. ¡Rápido, no hay tiempo que perder! —le apremió con urgencia haciendo ademanes desesperados con sus manos—. ¡Ya sé! Puede usar un caballo, es más veloz. ¿Dónde está su traje de salvaje? ¡lo necesitamos! —gritó, dejó boquiabierto a todos.

—Espera, espera, querida —la detuvo Clara y tomando su brazo, la guio hasta sentarla—. Tranquilízate, y trata de volver a empezar, pero esta vez desde el principio.

—Y con calma, para que entendamos —agregó Abigail.

La dama asintió, rio nerviosa y cuando parecía más calmada, Lady Somert le hizo un gesto para que se explicara, ella tomó aire y de sopetón exclamó: —Es que en la mañana me desperté tarde, mi doncella me subió el desayuno y me dijo que la cocinera le había dicho, que el lechero le contó, que la cocinera de los Winston oyó decir al jardinero de los Gramman, que la doncella de los Western dijo, que la niñera de los Royale le contó, que su prometido el lacayo de los Fergusson le llevó una nota a los Chester, y... —Mary se interrumpió para respirar, y el resto la observó expectante—. ¡Brianna aceptó la propuesta de matrimonio de Sir Franklin Chester!

Al oír aquello, Alexander sintió como si le hubiesen dado un golpe brutal a su estómago y estuviese por escupir las entrañas.

—¡Por qué! No puede ser. Estamos a punto de resolver lo del testamento —protestó Clara.

—Pero Brianna no lo sabe. Ella cree que no hay esperanza —se lamentó Abby.

—¿Está segura de que esa información es correcta? —inquirió Lady Sarah, posando una mano en el hombro de Alex.

—Sí, sí. Porque el ama de llaves escuchó... —Todos gimieron una protesta y sonriendo apenada, la castaña se interrumpió y terminó—: En la mansión de los Chester se está preparando todo para la fiesta de compromiso que será en dos días.

Las mujeres jadearon. Alexander se puso en pie y soltó una retahíla de palabras en su lengua natal que, por la violencia de su voz, no era apta para oídos femeninos. Su cara adquirió una expresión dura y sin agregar nada más, él se dirigió a la salida, dejó atrás la discusión que el grupo inició sobre el compromiso.

Marcus, Colín y Maxwell salieron apresurados tras el duque para intentar frenarle.

—El que intente detenerme es hombre muerto —gruñó con tono letal el gigante sin dejar de caminar. Los tres condes se paralizaron.

—Estamos preocupados, Fisherton —se atrevió a decir Luxe, dando un paso adelante—. ¿Qué vas a hacer? No vayas a cometer una locura.

—Créeme que, si no lo hago, terminaré de verdad desquiciado —aclaró Alex haciendo acopio de fuerza y deteniéndose antes de cruzar el umbral, se volvió parcialmente.

—¿Y qué hay del plan? Hay que conseguir una audiencia con el rey —le recordó Lancaster.

—Les pido que me ayuden con eso. Su padre como pariente lejano puede convencer a Sidmouth de que la consiga para hoy, en dos horas. Yo les veré allí —solicitó Alex. Y tras una pausa, los tres nobles asintieron.

—¡Espera! ¿Dónde irás? —subió la voz Vander, cuando él retomó la marcha.

—¿Dónde más? —exclamó Alexander mirando sobre su hombro a su estupefacto público. Esbozó una sonrisa peligrosa—. A robar una bonita flor.

Capítulo 22

Por la mañana hazme saber de tu gran amor, porque en ti he puesto mi confianza. Señálame el camino que debo seguir, porque a ti elevo mi alma.
—Salmos 143:8.

Tal como su madre había predestinado, la mañana trajo buenas noticias para Brianna. Ella despertó decaída y estuvo unos minutos frente a la ventana de su habitación; observó el cielo azul, se sintió miserable y perdida. El corazón le dolía y sentía mucho miedo de la elección que tomó. Deseaba con todas sus fuerzas que su realidad no fuese esa, que su futuro estuviese plagado de amor y dicha, pero no de cualquier amor, sino del que hace renacer la esperanza, de ese que mueve montañas, que devuelve la fe, que vuelve posible lo imposible. Que se siente con todo lo que uno es, y lo que espera llegar a ser, que sacude los cimientos del alma, te hace sentir humilde y agradecido.

Después, sin muchas ganas, se obligó a asearse y vestirse. Descendió al piso inferior para desayunar. Ni bien ingresó al comedor diurno, vio a los sentados alrededor de la larga mesa y se frenó, sorprendida.

—¡Richard! —exclamó emocionada. Sonrió más al sentir los brazos del que fue desde niña su mejor amigo abrazándole con mucho afecto. Su hermano se apartó y la observó, sonriente. Sin embargo, su expresión se tornó preocupada cuando se percató de sus ojeras y percibió que ella no estaba bien—. ¿Acaban de llegar? —preguntó ella para intentar distraerlo, desviaba la vista para mirar a la flamante esposa de su allegado.

Richard asintió, su cara reflejó una repentina seriedad y tomándola del brazo, se acercaron a la mesa. Donde, además de su madre, estaba sentada Meredith Gibson, ahora Meredith Colleman. Ella tenía su aspecto elegante y atractivo habitual. No obstante, al mismo tiempo se veía diferente, no sabía decir de qué manera, pero no parecía la mujer altiva, engreída y arrogante que siempre fue.

—Buenos días, señora —saludo Brianna a la rubia, que estaba con los ojos puestos en su esposo.

—Hola, Brianna, por favor, llámame Meredith —contestó ella, apartó la vista y la centró en su taza.

Richard no dijo nada, solo tomó su lugar al lado de ella. Y comenzó a conversar con Brianna y su madre, sin hacer ningún intento de incluir a su esposa en la conversación. La reciente novia hacía lo propio limitándose a ingerir la comida y el té en un sepulcral silencio.

Brianna intentaba ocultar su desconcierto. Aunque siempre Richard y ella habían sido muy unidos, su hermano no había querido hablar del asunto de su apresurado matrimonio con la hermana de la madrastra de Clara y Abby. Desde el principio había mantenido un obstinado silencio, y ella quedó asombrada cuando llegó una mañana y dijo que se comprometería en dos días, pues la noche anterior había frenado un inminente escándalo.

Algo que cualquiera que conociese mínimamente a su hermano, no creería pudiese pasar. Richard era en extremo tímido, contenido, correcto, humilde y amable. Su esposa era todo lo contrario, su completa némesis; descarada, desinhibida y ambiciosa. Además, era superficial,

vanidosa y cruel. Por esto Brianna no pudo entender cómo habían terminado juntos y enredados. Era bien sabido que Meredith aspiraba a cazar un partido mucho más grande que un simple futuro barón y que, para variar, estaba arruinado y sin un céntimo en estos momentos. Ella apuntaba alto, buscaba un noble rico y de alta alcurnia. Algo que su hermano nunca llegaría a ser. Era evidente que algo ocurría en el matrimonio y que ninguno estaba feliz con el otro, no parecían llevarse bien, ni una pareja recién llegada de su viaje de novios. Su hermano tartamudeaba más de lo normal, eso denotaba que estaba alterado, nervioso o preocupado. Lo que le daba mucha pena y tristeza, pues si había alguien que mereciese ser feliz, era su noble Richard.

Más tarde, ella y su hermano fueron al jardín y se sentaron en su lugar secreto. Era un espacio circular que permitía a las largas ramas de un árbol, las cuales llegaban hasta el suelo, ocultarles tras el frondoso follaje de las hojas. Meredith se retiró del comedor en cuanto terminó de desayunar, agradeció la comida de bienvenida; su madre y ella se quedaron boquiabiertas ante su nueva y no conocida amabilidad. Richard se quitó la ropa de viaje, vestía solo una camisa blanca, un pañuelo y chaleco a juego color marrón claro. Su corto cabello pelirrojo estaba despeinado, como si hubiese pasado sus manos por él numerosas veces. Él le contó sin muchos detalles sobre su viaje a Italia, de los lugares y personas que visitó. Sus ojos no la miraban directamente y Brianna sabía que le rehuía adrede.

—¿No me vas a decir lo que está ocurriendo? —le interrumpió ella, detuvo una de sus descripciones de un monumento antiguo ubicado en la ciudad de Roma.

Richard no dijo nada unos segundos y después de vacilar, soltó un suspiro frustrado.

—No sé a... a qué te refieres. —Su dificultad para hablar siempre disminuía cuando él entablaba conversación con ella.

—Sí lo sabes. Hablo de ti y de tu esposa —le aclaró muy seria—. A penas la reconocí, no parece la misma persona que miraba a todos por encima de la nariz, parloteaba sin cesar de lujos y vestidos, que no perdía la oportunidad de humillar u ostentar su belleza. Ha cambiado.

— No creo que sea pa... para tanto. Créeme que he co... comprobado el alcance de su egocentrismo —negó con patente tono amargo—. So... solo debe estar cansada por el largo viaje o es... está urgiendo algunos de sus trucos para obtener algún capricho.

—¿Estás seguro? A mí no me pareció que fingiese. No sé si te fijaste, pero ya no viste con tanta presunción y apenas probó bocado, creo que está indispuesta —respondió y observó cómo su hermano fruncía más el ceño; sus manos agarraban la hierba con más fuerza. Como no respondió, ella agregó—: Deberías cerciorarte de que no haya cogido alguna infección en el viaje de regreso.

—No lo creo. De ser así, ya... ya lo hubiese manifestado. La discreción no es una de sus po... pocas virtudes —zanjó Richard con tono agrio.

—Hermano, ¿por qué te casaste con ella? Es notorio que ella no te agrada, que no estas cómodo a su lado y eres muy desgraciado casado con Meredith —comentó angustiada.

—¿Tanto se nota? —inquirió con una risa seca. Brianna asintió—. Vaya... no pensa-saba que se notará a primera vista que estoy sufriendo el peor año de mi vida, y que estoy atrapa-pado en un matrimonio que no me ha dado más que decepción. Atado a una mujer vanidosa, cruel y vacía.

—¿Y entonces por qué te casaste? Ella no es una mujer adecuada para ti y tú lo sabías —repitió, posó una mano sobre la de su hermano y sintió propio su dolor.

—Po-Porque soy un imbécil —espetó él y tras esbozar una breve sonrisa apagada, añadió—: Y porque la a-amo como un idiota. La amé desde la primera vez que la vi. Sin importar nada, ni qué. La amo.

Brianna contuvo el aliento. Jamás hubiese imaginado que su hermano albergase esos sentimientos por alguien tan imposible como inadecuado. Bien sabía ella que cuando de amor se

trataba, el corazón no distinguía personas, ni sabía de limitaciones de ninguna clase, mucho menos se avenía a razones o conveniencias.

—Oh, Richard —musitó muy triste—. ¿Y Meredith no te corresponde? —se atrevió a preguntar, albergó una ínfima esperanza. Después de todo, ella obtuvo el amor de un hombre como el duque de Fisherton, por más irrisorio que eso fuese.

—¿Puede amar una estrella, a una triste luciérnaga? Para ella so-solo soy un desgraciado, un tar-tartamudo po-pobre y miserable, un don nadie —respondió con una fría crudeza que ella no sabía que pudiese poseer—. Mejor cambiemos de te-tema y cuéntame cómo es eso de que estas por co-comprometerte con Sir Chester. ¿Es que quieres morir? ¿No has oído que todas las mujeres que desposa, en-encuentran una muerte segura?

Brianna le miró un instante, sopesó si debería continuar con el tema de su desastroso matrimonio, pero decidió respetar su silencio y no presionarle.

—No creo en esos rumores mal intencionados, me conoces, me extraña que pienses que me dejaré llevar por un cuento de matronas chismosas —se quejó, alegrándose de ver aparecer un amago de sonrisa en el rostro delgado de su hermano—. Además, no tengo más opción, si no me caso, perderemos todo.

—Brianna, no puedes estar pensando en sa-sacrificarte así —le reprendió Richard volviendo a ponerse serio. Sus ojos verdes la veían con severidad—. Le dije a madre que la do-dote de Meredith puede frenar el embargo, nadie que-quedará en la calle.

—Ya lo sé, pero padre deberá ir a la cárcel para pagar la deuda —protestó ella—. ¡No puedo soportar verlo encerrado y humillado! Si está en mis manos la posibilidad de impedirlo, ¿cómo voy a ser tan egoísta y darle la espalda? Él ha sido el mejor de los padres —terminó y su voz se cortó debido a la angustia que se apoderó de ella.

—Lo sé, lo sé. Pe-Peró deberías pensarlo bien, no es bueno unirse a alguien cuando el co-corazón le pertenece a otra persona. Creo que no sería co-correcto, ni justo para nadie —la consoló y pasó un brazo por sus hombros.

—El hombre que amo no puede estar conmigo —dijo con agonía, tragando saliva—. Y Sir Chester sabe que no estoy enamorada de él, ni él de mí. Me propuso conocernos, tener un matrimonio de conveniencia, pero con afecto y compañerismo sinceros. Dice que está seguro de llegar a quererme y que le gusto. Él también me agrada, es un buen hombre y puedo llegar a quererlo lo suficiente. —Trató y decidida.

—Brianna... —dudó su hermano en tono de advertencia—. ¿Y si esperamos a James? Seguro él tiene algo que decir. —Hizo referencia a su otro hermano, quien aún continuaba de viaje.

—James no volverá hasta la navidad. Y no creo que regrese convertido en el rey Midas —afirmó con sarcasmo y abatimiento—. De todas formas, es demasiado tarde para echarse atrás. Ayer envié una nota aceptando su propuesta. Los pagarés de padre se vencen en poco más de una semana. No tengo alternativa, no veré a madre destrozada, a padre preso, a Timothy y Thomas llorar por su ausencia. Me casaré, Richard. Y algún día, finalmente lograré, sino ser dichosa, estar agradecida y en paz.

Richard abrió la boca para rebatir sus palabras, pero entonces se oyó la voz de Marion llamándoles.

El momento llegó.

Sir Chester estaba en la puerta, venía por ella para cerrar su acuerdo matrimonial en persona. El futuro estaba decidido. Se casaría con el encantador Sir Chester. Lástima que su corazón siguiese llorando una protesta desoladora y su mente le trajese insistentemente la imagen devastadora de unos hermosos ojos azules.

Unos minutos después de que llegasen a Hyde Park, Brianna aceptó tomar asiento sobre una manta que, al parecer, Sir Chester llevó dentro de una canasta, junto con algunos bocadillos. Ella no tenía ánimo como para participar de aquel almuerzo improvisado, pues estaba demasiado nerviosa y apenas podía atender a la conversación del caballero.

Él se veía bastante contento con la idea del matrimonio y estaba contándole acerca de las propiedades que la familia tenía, sobre su parentela. Eran muy ricos y ella suponía que a eso se debía que el hombre, a pesar de no tener título, consiguiera esposa tan rápido. Además, claro, que era un caballero muy agradable físicamente, para qué lo negaría si estaba a la vista, mas no lo suficiente como para hacerle acelerar el corazón con una mirada o para hacerla sentir un incómodo calor por todo el cuerpo con su cercanía, como le provocaba el duque; estaba otra vez pensando en él. No podía evitarlo, parecía que lo tenía grabado a fuego en la mente, no solo eso, también en la piel y el alma.

—¿Se encuentra bien? —se interrumpió Chester y la observó con gesto preocupado.

—Sí, yo... Sí, claro. ¿Por qué lo pregunta? —respondió ruborizada. Él borró su sonrisa y ahora sus ojos, que en este momento estaban de un color verde claro, la estudiaban con seriedad. Brianna comenzó a sentirse muy incómoda y bajó la vista, incapaz de soportar el escrutinio.

—Porque está usted más distraída y callada de lo habitual —pronunció con tono cauto y ella le miró con expresión culpable. Por unos segundos solo estuvieron así, hablando sin decir nada. Y luego Chester esbozó una sonrisa amarga y suspiró—. Ya veo.

Brianna no supo que decir. Parecía que el hombre percibió su abatimiento y reticencia. Y eso que intentó disimularlo lo mejor posible. Tendría que haber esperado algo así, ella nunca fue buena fingiendo o aparentando lo que no es.

—No tiene que decir nada más —la cortó él con tono más resignado que molesto. Y ella cerró su boca, consternada—. A decir verdad, yo no esperaba recibir una nota de su parte aceptando el compromiso, por eso me sorprendió mucho cuando llegó. Sin embargo, realmente creo que usted no tiene ningún deseo de unirse a mí. Y no es mi intención forzarle de ninguna manera —siguió con voz apagada—. Sé que le dije que me conformaba con compañerismo y aprecio mutuo, lo sigo deseando así. Sin embargo, tengo como requisito indispensable que no tenga usted su afecto ocupado con nadie, pues de ser así se haría muy difícil encontrar contentamiento en un nuestro matrimonio. El caso es que usted no dispone de ese afecto, ¿no?

Brianna estaba avergonzada y sin habla. Realmente no sería capaz de mentir a este hombre, pero el bienestar de su familia dependía de él.

—No, Sir. Es decir, usted me agrada y sé que puedo llegar a sentir un afecto sincero hacia usted con el tiempo. Pero yo... Mi corazón está con otro caballero, él... —confesó cabizbaja dejando la frase inconclusa, incapaz de poner en palabras lo que sentía y por quién.

—Él no parece nada contento de vernos... —completó Chester y Brianna levantó la cabeza de golpe.

Chester puso una mano en su mejilla y con una mueca divertida en su apuesto rostro, le hizo girar la cabeza para que viese más allá de la línea de árboles, en donde quedó su doncella ejerciendo de carabina. El alma se le cayó a los pies, su mandíbula abierta, y seguro se puso tan pálida como la misma nieve.

A todo galope se acercaba un enorme caballo de pelaje ébano y su imponente jinete. El rubio cabello del hombre volaba por la brisa como una bandera, su cuerpo se inclinaba sobre la silla

apremiando al animal con brío.

Antes de que pudiese parpadear, el duque de Fisherton detuvo al caballo, el animal levantó un poco sus patas delanteras al frenar, pero él lo controló sin esfuerzo y de un salto se plantó frente a ellos. Una mirada a su rostro le bastó para sentir que podría desmayarse o tal vez esconderse en hueco y no salir jamás. Sus luceros azules parecían dos esferas encendidas y su cara tallada en piedra. Su mueca era feroz y daba la sensación de que estuviese por acabar con un ejército entero él solo. Brianna contuvo el aliento, miró de reojo a su acompañante. El joven le hizo un guiño de ojos disimulado, sin aviso se puso en pie y la levantó de un brazo para colocarla a su espalda.

Brianna jadeó por la sorpresa, pero cuando un sonido afilado se oyó, miró sobre el hombro de Chester y lanzó un grito asustado.

El duque tenía una espada inmensa apuntando al cuello de Sir Chester.

—O se quita o lo atravieso —gruñó Alexander al fulminarlo con la vista, al delgado inglés que, además de estar tocando a su mujer, se atrevió a interponerse cuando dio un paso hacia Brianna.

—No permitiré que se lleve a la señorita Colleman, no en contra de su voluntad —le desafió Chester sonando muy firme.

—¿Te atreves a desafiarme, inglés? —ladró en tono muy grave el duque, sin apartar la punta del arma del paralizado hombre. Su ceño se incrementó y parecía enajenado. Ambos caballeros se miraban con fijeza, se medían.

—Los padres de la señorita la han confiado a mi cuidado, no puedo permitir que le haga ningún daño —contestó después de un segundo de vacilación—. Además, pretende usted secuestrar a mi prometida.

El duque pronunció una palabra en su idioma natal, que no debía ser ningún halago. Y acto seguido, gruñó y quitó la espada del cuello del otro. Chester soltó el aire con fuerza, pero mantuvo su agarre en la mano de Brianna para impedirle salir de detrás suyo.

—Que sea así entonces —respondió solemne el rubio y clavó sus orbes azules en ella—. Brianna Colleman; yo, Alexander MacFire, quinto duque de Fisherton, te reclamo como mi mujer, mi compañera, mi duquesa y la madre de mis hijos —declaró con voz potente, se enderezó y apoyó su espada en su pecho. Ella emitió un jadeo incrédulo y sin percatarse, soltó la mano de Chester para llevarla a su boca y reprimir un sollozo emocionado. El duque le miró con una fusión maravillosa de emociones en sus orbes brillantes; anhelo, pasión, esperanza, sufrimiento, deseo, agonía, ilusión y amor, un desbordante amor. Extendió su mano izquierda hacia ella en clara invitación—. ¿Me aceptas para amarte hoy, aquí, para siempre y en el más allá? Sé mi esposa, bonita flor, y prometo ser tu highlander enamorado por el resto de nuestras vidas.

Capítulo 23

Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis.
—Jeremías 29:11.

No tuvo que pensarlo demasiado, era imposible negarse a esa petición hecha con tanto sentimiento y autenticidad. Su corazón latía con violencia cuando apoyó su mano en la del duque; él esbozó una lenta sonrisa rasgada y con sus pupilas titilando con un ardor secreto, tiró de ella y la besó con una fuerza abrumadora. Brianna, apretada contra su fuerte pecho y rodeada por uno de sus brazos, no pudo más que ahogar un gemido y corresponder a la necesidad del hombre con la suya rivalizando y amenazando con hacerles arder como el fuego más poderoso. No supo si fue unos segundos después, o tal vez una eternidad, de tan subyugado y conquistada que se sintió, que el duque separó sus bocas, le sonrió con el sol en sus rasgos y sin más, la izó en sus brazos y la depositó con cuidado en el lomo de su corcel. Brianna sofocó un chillido mientras se aferraba a la silla de montar, trataba de recuperar el aliento. Entonces, un poco avergonzada, recordó dónde estaba y con quién. Miró hacia abajo por encima del rubio dispuesta a disculparse con el hombre que tan valientemente la defendió, creyéndole en peligro, y parpadeó al comprobar que no había nadie, Sir Chester se marchó. Consternada, se volvió y vio que su doncella tampoco seguía junto al árbol. Era la única empleada que le había quedado y muy leal a su madre, de seguro huyó para dar aviso en su casa de lo que sucedía.

—No te angusties, muchacha, tu madre sabía que vendría por ti. Fue ella quien me dijo dónde encontrarte —dijo con cierta sorna Fisherton y con un movimiento montó delante suyo.

Ella parpadeó, incrédula y confusa, quería preguntarle qué sucedía, por qué fue por ella de repente. Qué pasaría con su situación financiera y la de su familia, sobre todo, a dónde la llevaba, pero antes de que ella pudiese emitir una palabra, él clavó los talones en los flancos del caballo, expolió las riendas y con voz ronca dijo:

—Abrázame fuerte, bonita flor.

Brianna jadeó cuando salieron al galope, se aferró con ambos brazos a la cintura del duque y escondió el rostro en su enorme espalda, agradecía haber tenido la precaución de ceñirse bien los lazos de su papalina verde claro. Al menos mientras avanzaban por las calles, podría ocultarse de ojos curiosos. Aunque no se percató de lo llamativo y escandaloso que era ver a una pareja con ropas finas montando junta en pleno centro de la ciudad y a una dama aferrada como lapa a la espalda de un gigante con el cabello al viento, que llevaba a una mujer sentada a horcajadas sobre un semental.

Media hora después, Alexander llegó a su destino, exultante y emocionado. El grupo de nobles les esperaba tal y como decía la nota que Lancaster les envió.

El sol de mediodía calentaba con fuerza, pero eso no parecía afectar a los presentes que, al verle detener su caballo cerca, prorrumpieron en vítores.

Él descendió de un salto y ayudó a la ruborizada pelirroja a hacer lo mismo. Ella se veía ansiosa y preocupada, así que tomó su barbilla y con tono tranquilizador, le soltó:

—Ya no te agobies. Todo saldrá bien, he encontrado una excepción que puede anular la

cláusula del testamento de mi abuelo. Mi tío intentó ocultármela para así quedarse con el dinero. Estamos aquí para ponerla en efecto, no perderé mi fortuna, tu padre podrá saldar las deudas, después de eso tú y yo nos casaremos. Y por fin estaremos juntos. Solo es cuestión de que el tal Jorge nos dé el visto bueno.

Como la joven estaba boquiabierta y un poco conmovida, él le dio un corto beso y aferrando su brazo, la guio hasta el resto.

—¡Brianna! —exclamaron las mujeres y rodearon a su futura esposa. Él les guiño un ojo y sonrió más cuando las tres se sonrojaron, aunque Lady Vander intentó ocultarlo rodando sus ojos claros. Él se carcajeó y pasó de largo hacia donde los hombres le esperaban.

—¡Eh, deja de coquetearle a mi esposa! No tengo problemas de verte al amanecer y meter... —recriminó Vander con el ceño fruncido, pero al percatarse de que llevaba su espada en la cintura, abrió los ojos y continuó con una sonrisa nerviosa—: ...te un buen abrazo de enhorabuena.

Lancaster rio y se sumó las felicitaciones, al tiempo que Luxe hacía lo propio dándole una comedia palmada en el hombro.

—Bueno, gracias. Pero aún no está todo solucionado. Falta lo más importante. A propósito, ¿qué hacemos aquí? El Castillo queda a más de un kilómetro —comentó él.

—Nuestro padre no consiguió que le permitieran ver a Jorge, le dijeron que está muy perdido y no reconoce a nadie. Sin embargo, tenemos información útil para intentar abordarle cuando abandone los apartamentos de estado en donde lo han recluido, para pasear por los jardines.

Alexander gruñó y comenzó a temer que después de todo, no lograsen ver al monarca. Sería un milagro si aquella locura resultaba.

—Tengo un plan —intervino Colín y él solo pudo volver a gruñir—. El largo camino es la entrada principal, está al lado sur, rodeado por olmos y bosques. Por allí no podremos acceder, la guardia nos vería venir desde lejos. Mejor tomaremos una de esas, accederemos al Castillo por el acceso norte. —Señaló una de las barcas emplazadas a la orilla del río Támesis. En la otra orilla, se levantaba la imponente edificación del colegio Eton, que en este momento parecía cerrado, pues ya estaban a las puertas del verano y habría pocos estudiantes residiendo allí.

Su tía, la marquesa de Windsor, y la tía de la joven Russell, aguardaban en el carruaje y les saludaron con sus manos una vez este partió. Quedaron solo Vander, su esposa y Luxe, para acompañarlos, pues no cabrían todos en la pequeña barcaza y no sería prudente que la condesa subiese en su estado, ni que la otra dama los acompañase sin carabina.

El trayecto les tomó unos minutos y después de pagar al encargado de manejar la barcaza, los cinco estuvieron frente al castillo de Windsor, por el que se podía ver las terrazas del acceso este. El mismo se encontraba en el condado de Berkshire, era notable por su antigua relación con la familia Real Británica y por su arquitectura. Su origen fue un castillo medieval comenzado a levantar en el siglo XI, tras la conquista normanda de Inglaterra por Guillermo I el Conquistador.

Desde tiempos de Enrique I de Inglaterra, fue habitado por numerosos monarcas británicos, hecho que lo convertía en la segunda residencia real.

La fortificación fue diseñada originalmente sobre una mota y con tres murallas en torno a un montículo central para servir como baluarte de los conquistadores normandos en las afueras de Londres, y dominar una zona estratégicamente importante del río Támesis. Que resultaba en una majestuosa combinación de torres, bóvedas, almenas y terrazas. Marcadas por estilo principalmente medieval, pero también gótico inglés, rococó y barroco. El conjunto resultaba sobrecogedor.

Ellos tomaron rumbo a la parte sur. Después de recorrer un largo camino lateral, arribaron a la entrada secundaria, la Puerta de Enrique VIII, que lucía el escudo de armas de Catalina de Aragón.

Sin embargo, al ver que estaba custodiada, frenaron y se escondieron detrás de unos olmos.

—Maldición —masculló Alex. Brianna se retorció sus manos enguantadas y Luxe negaba con su cabeza, contrariado.

—¿Esta era tu idea, esposo? Si ponemos un pie en ese camino, nos encerraran en las mazmorras —se quejó Lady Vander.

—No entren en pánico, era obvio que habría Caballeros de la orden de la Jarretera aquí. —les tranquilizó Vander y depositó el bulto que ahora veía traía atado a la espalda, sonrió—. ¡Entraremos disfrazados de doncellas del Palacio!

Luxe y él se miraron con horror. Tras soltar un impropio en su lengua, se dispuso a oír la idea del conde.

Los guardias apostados delante de la puerta, les ordenaron detenerse a diez pasos de distancia de ellos y ellos se tensaron bajo su intenso escrutinio. Delante iban Brianna y Lady Abigail. Vander y Luxe en medio, él cerraba la marcha caminando lo más encorvado que pudo, sintiéndose ridículo al tratar de reproducir los pasos cortos y femeninos que Brianna les enseñó. Menos mal que ningún miembro de su familia podía verlo en semejante situación humillante. Luxe parecía estar por sufrir un ataque de lo rígido que se movía, mascullaba impropios nada finos. Por parte de Vander, él parecía en su elemento avanzando a buen paso y meneando sus caderas tanto que, si seguía así, lo confundirían con una fulana, en vez de una sirvienta.

Realmente estos tipos tenían que ser muy estúpidos para creer que él podía ser una doncella. Medía por lo menos cuatro cabezas y tuvo que ocultarse tras lo demás, pues las amplias faldas le llegaban apenas a las pantorrillas y podían verse sus botas negras. Además, aferraba la capa color marrón, para esconder su camisa blanca, pues la parte superior abotonada del vestido gris que componía junto al delantal el uniforme oficial de las empleadas, se rasgó cuando intentó meterlo por su cabeza, así que se metió la tela dentro de los pantalones que llevaba debajo de la falda del vestido. Los demás sí llevaban el atuendo completo, aunque le quedaba un poco corto a los hombres. Ellos ocultaban sus rostros debajo de las amplias papalinas marrones. Uno de los guardias le preguntó a qué venían. Y con voz un poco temblorosa, Brianna respondió que a hacer limpieza en la residencia del gobernador. Alex levantó un poco su cabeza y vio que el tipo fruncía el ceño. Muy tenso, él cerró los ojos y elevó una oración. Y tras unos segundos agónicos, se escuchó una orden y luego el sonido de las puertas abriéndose.

Cuando estuvieron dentro, Alexander soltó el aire que contuvo y miró alrededor. Se encontraban dentro del recinto inferior. En el extremo opuesto de la capilla de San Jorge, existían varias edificaciones, entre ellas el alojamiento de los Caballeros Militares de Windsor y la residencia de su Gobernador. Comenzaron a caminar, mientras Vander explicaba que detrás del Claustro de Herradura estaba la Torre Curfew, una de las estructuras supervivientes más antiguas, que databa del siglo XIII. En su interior se conservaba una mazmorra y los restos de un antiguo acceso, una salida secreta para los habitantes del castillo en caso de asedio. En su planta superior se hallaban las campanas, que estaban ahí desde 1478, y el reloj del castillo, instalado en 1689. Su tejado cónico era de estilo francés.

—Vander, me interesa un comino su apestoso castillo. ¿Dónde está el rey? —le calló impaciente Alex y tuvo que clavar los talones para evitar caer hacia atrás, pues al oírle Brianna, se detuvo abruptamente logrando que todos se apiñaran ante el inesperado movimiento.

—¿Rey? ¡¿Has dicho Rey?! —exclamó atónita la joven volviéndose hacia él—. Pensé que estábamos aquí para ver a algún vocero real. —Lady Abigail le tomó una mano y trató de infundirle tranquilidad.

Alex sonrió con cara de circunstancia e hizo ademán de rascarse la cabeza, pero no pudo

porque llevaba aquel ridículo sombrero que le apretaba los sesos. Se acercó a la joven y tomó una de sus manos temblorosas.

—Ah, sí. Me faltó decirte ese pequeño detalle. La excepción de la que te hablé, significa obtener una aprobación de tu rey, solo así puede anularse la cláusula de la Dama perfecta.

—Moriré solterona y mi padre en la cárcel —gimió con dramatismo la joven y cayó hacia atrás, mas Luxe alcanzó a sostenerla con torpeza.

Después de que la joven se recuperara y de haber tenido que esconderse varias veces, salieron al emplazamiento del palacio. Una colina que restringía el tamaño de sus jardines y que se extendía al este del castillo. Un extenso parque rodeaba el exterior del recinto palaciego, cuya área oriental era una creación paisajística conocida como Home Park, que incluía jardines y dos granjas, además de varias casas de campo ocupadas por empleados de la Frogmore House.

—Aquí —indicó Vander cuando estuvieron frente a una extensión de agua, rodeado de árboles y vegetación—. Después de comer, mi padre dijo que el rey pasea por aquí y que incluso pesca en el lago Virginia. Será cuestión de...

—¿Quiénes son ustedes? —interrumpió una voz a sus espaldas con marcado acento aristocrático.

Luxe, que estaba de frente al recién llegado, abrió los ojos como platos y su expresión desencajada habría resultado muy cómica en otras circunstancias.

—¡Guardias, detengan a los intrusos y córtenles la cabeza! —ordenó con violencia el que debía ser el rey.

—¡Dios santo! Ni siquiera veo un rastrillo cerca —exclamó la condesa.

Alexander se tensó y aferró fuerte el brazo de Brianna, girando dispuesto a impedir que tocaran a la muchacha con su propia vida. No obstante, solo pudo quedarse paralizado y tan estupefacto como los demás.

—¡A ellos ahora o morirán ahogados! —bramó el hombre, su porte era imponente, llevaba el cabello blanco despeinado y nada más. Estaba completamente desnudo, con solo una corona con incrustaciones de piedras preciosas como único ornamento.

Brianna emitió un grito ahogado y abochornada; se escondió detrás de la espalda del duque. Acababa de ver a su monarca como Dios lo trajo al mundo, de contemplar su figura arrugada y nada agradable de ver.

El Rey comenzó a emitir insultos a su Guardia, que rivalizaban con los de un marinero en su peor día en alta mar. Brianna recordó que por eso le llamaban también El Rey granjero, pues sus modales eran simples y Llanos. Se sabía que en el pasado él se recuperó con algunos tratamientos, le administraban El polvo de James, lo purgaban y sangraban. Sin embargo, en su última recaída, el doctor Heeb, intentó curarle analizando sus heces y orina, pero fracasó, dictaminando que el rey perdió la cordura de manera permanente. El hombre estaba más que loco, estaba desquiciado, y ya ella pensaba que podían ir olvidándose de obtener su bendición.

Los guardias, que resultaron ser una familia completa de patos y dos ocas, solo graznaron y comenzaron a alejarse, ignoraron la orden y mirada furibunda del gobernante. Alexander soltó el aire y tomó valor, dio un paso adelante y se quitó la papalina, dejó su rostro al descubierto.

—Su Majestad... —Hizo una reverencia—. Permítame presentarme, soy el duque de...

—¡Fisherton! —le cortó el noble, cambió su tono y expresión por una alegre y asombrada—. ¡Viejo amigo! Hasta que te dignas a venir. No hemos echado una partida de cartas hace siglos.

Alex se quedó sin palabras y solo le miró, agobiado.

—Hombre, te está confundiendo con tu abuelo —susurró Luxe, frenético, desde atrás—. Síguele la corriente, es sabido que, si alguien le contradice o se niega a seguirle la conversación,

los manda a decapitar.

—Rey Jorge, es un placer saber que no se ha olvidado de mi —farfulló Alex, trató de imitar el acento inglés y se oyó cómo Vander contenía la risa, luego una queja debido al codazo que le propinó su esposa.

—Cómo te iba a olvidar, no ha pasado tanto tiempo —rebatío el rey y le hizo una seña para que se acercara. Ignoraba a los demás, era imposible saber quiénes creía que eran.

Ambos comenzaron a caminar, él inició una larga perorata sin ton ni son, de la que Alex no captó ni una palabra. Parecía creer que él seguía en funciones y decía que Guillermo de Normandía estaba allí visitándole, porque estaban planeando lanzar una ofensiva a Francia.

—Allí está, le gusta asolarse largas horas. —Señaló un alto árbol que estaba a unos pasos—. Cuando despierte, te presentaré, es un buen conversador, departimos horas y tiene innumerables anécdotas, una más hilarante que la otra.

Alexander fingió observar y hasta saludó con su cabeza al antiguo olmo. Trató de no dejar ver que pensaba que el viejo estaba más que chalado.

—Pero bueno, ¿qué asunto te trae por aquí? —preguntó Jorge cuando estuvieron frente a una profusión de flores y se inclinaba lentamente hacia una pequeña mariposa para intentar atraparla con un objeto circular que llevaba en la mano.

—Yo... —vaciló un poco y tomó aire—. Necesito su ayuda. Quiero contraer nupcias, pero mi padre no aprueba a la mujer que escogí. Necesito que firme una orden para que pueda desposarla. De lo contrario, mi padre me quitará mi herencia.

Jorge se volvió hacia él y le miró con el ceño fruncido. Mientras él trataba de no mirar sus partes nobles, terriblemente incómodo.

—¿Y qué pasó con Lady Caroline? ¿Acaso la has repudiado? —Su tono era reprobatorio.

Él le vio desorientado unos segundos. Y luego recordó que ese era el nombre de su abuela. También que Lady Annel les había comentado que Jorge era un ferviente defensor de la monogamia y nunca había tomado amante, sino que permaneció fiel a su esposa hasta que la reina Carlota falleció.

—Eh... ella murió hace poco... de... de fiebre —tartamudeó, trató de sonar seguro y compungido.

—Lo lamento, Randall, nadie me informó —se lamentó Jorge y luego regresó la vista a las flores. Alex esperó en angustiante silencio mientras el monarca parecía meditar—. Creo que podría ayudarte, pero antes tendría que conocer a tu dama, no me gustaría contribuir a una mala elección.

Farfullando un juramento que, gracias a Dios, el rey no oyó, Alex asintió y retrocedió sin darle la espalda al hombre, hasta que estuvo alejado y pudo volverse para ir en busca de Brianna.

Tuvo que llevarla a rastras prácticamente, pues ella estaba conmocionada y no podía dar un paso sin tropezar. Cuando llegaron a la altura del Rey, este estaba inclinándose, intentaba cazar una mariposa de vivos colores. La muchacha gimió y él contuvo una carcajada, pues no les quedaba más opción que ver esa cara nada agradable del gobernante.

—Su Majestad —le llamó él y cuando tuvo su atención, siguió—, le presento la señorita Brianna Coleman. Hija del Barón Fergusson.

Jorge extendió la mano. Brianna, tras hacer una reverencia, avanzó y besó sus nudillos. Sus cabellos brillaron bajo la luz del sol y como se habían quitado las ropas de sirvientes, ella se veía presentable.

—Ya veo... —murmuró el rey, acercó su cara a la de la sonrojada muchacha y la examinó con profundidad—. Ella es como mi Carlota. Tu padre debe haber visto lo que yo vi cuando conocí a

la reina —prosiguió con una sonrisa y expresión evocadora—. Era joven y me creía enamorado de una bella mujer con la que no me permitían casarme, así que me negué a conocer a la que escogieron como mi reina, hasta el día de los esponsales. Cuando la tuve en frente, me estremecí porque me pareció poco agraciada en exceso, pero me bastó una mirada a sus ojos, para encontrar la misma representación de la belleza en su más pura esencia. De inmediato comprendí que ella era única, pura, noble, bondadosa, y perfecta. Me casé y jamás me arrepentí de esa decisión. Así que, por supuesto que tienes mi bendición. Les deseo una unión próspera, fructífera. Muchos años de felicidad y plenitud.

Lo que siguió fue que apareció el asistente real y al verlos allí, se horrorizó y dio la voz de alarma. De inmediato estuvieron rodeados de guardias y cuando Jorge manifestó que era su amigo el duque de Fisherton y las doncellas de su prometida, les soltaron a regañadientes. Finalmente partieron con una orden real y una bolsa de oro como regalo de bodas.

Al atardecer, llegaron a la casa de los Fergusson, exultantes de felicidad y muy emocionados. Los padres de la muchacha estaban esperando, ansiosos, y también sus tres hermanos, junto a la esposa del mayor.

—Mi hermana tiene un libro de poemas, escribió debajo de los que dicen cosas tontas, su nombre, su Excelencia —reveló uno de los pequeños pelirrojos.

—¡Thomas! —gimió Brianna, avergonzada, cuando él la miró, le sonrió con una con ternura y calidez.

—Y le mintió a madre, diciendo que iba a la biblioteca a leer libros sobre buenos modales y en realidad lee manuscritos antiguos sobre las Highlands —añadió el otro hermano—. Tiene ilustraciones de hombres que llevan solamente unas extrañas faldas y nada más.

—¡Timothy! ¡No es cierto...! —protestó la joven ya de color escarlata. Y el duque prorrumpió en carcajadas.

Todos cenaban, les habían permitido a los más jóvenes compartir la mesa, pues era la única celebración de compromiso que tendrían. Alexander estuvo largo rato arreglando con el barón los detalles de su matrimonio y el hombre se conmovió hasta las lágrimas cuando él le entregó la bolsa de monedas, como obsequio y agradecimiento por otorgarle la mano de su hija. Se negó a aceptar parte de ellas como dote de su hija. Con esa cantidad de oro no solo pagarían las deudas, sino que podrían vivir holgadamente por el resto de sus vidas.

Más tarde salieron al jardín trasero, se sentaron en un banco de piedra junto a la puerta que daba a la casa. La noche vestía una brillante luna y agarrados de la mano, acordaron que la boda sería lo más pronto posible.

—¿Lo viste, bonita flor? Te dije que no me rendiría y que estaríamos juntos —le susurro él, tomó su rostro entre sus manos y bajó la vista hacia esos labios que deseaba con intensidad—. Quiero que las semanas pasen rápido y así poder tenerte por fin solo para mí.

Brianna tragó saliva y sintiendo una calidez en su estómago, pegó su nariz a la del duque.

—Lo deseo igual. No sé cómo lo logramos, pero estoy inmensamente agradecida, porque en el fondo no había perdido la esperanza y sabía que el destino no podía ser tan cruel como para ponerte en mi camino y luego apartarte de mí —contestó con suavidad.

—Te amo, Brianna, me has cautivado tanto que solo existo para amarte —declaró el duque, bajó su boca hasta que sus labios se unieron y comenzaron una danza de deseo y ardor.

—Yo también te amo —pronunció ella con voz temblorosa y conmovida. Acarició su mandíbula y se perdió en su mirada azul radiante—. Desde que comprendí que el amor también es para las muchachas como yo, y que podía ser amada sin importar mi apariencia, ni posición, prometo ser tu aliada, tu mejor elección, y amarte durante el resto de mi vida.

El duque sonrió, besó su boca con ardor y con voz solemne, contestó:

—Y yo juro ser tu compañero, tu apasionado amante y tu fiel highlander por el resto de nuestras vidas.

Capítulo 24

Era tradición en Escocia que el anuncio de la boda se hiciese durante tres domingos consecutivos, por lo que así se hizo en cuanto la familia MacFire recibió la misiva del duque, relatando las novedades.

El viaje hacia las Highlands, Drummond, les llevó varios días de trayecto hecho por tierra y agua. Viajaron junto a ellos los barones de Fergusson, la condesa de Pembroke y los Condes de Vander. Lady Sarah pareció de mejor ánimo a medida que avanzan el viaje, pues había quedado devastada al enterarse del alcance de las deudas de su marido Lord Pembroke, este al verse apremiado por sus acreedores, huyó de la ciudad sin dejar pistas de su destino. Por supuesto, Alexander asumió la deuda para evitar a su tía la humillación, ruina y escándalo.

El lugar en donde su futuro esposo había nacido y criado, era una gran fortificación de piedra, la cual ya no contaba con el muro exterior, sino que desde lejos se podía avistar coronando una gran colina. A su alrededor destacaban decenas de pequeñas casas con tejados reformados. El Castillo, en el que en lo alto de la torre principal ondeaba una tela azul, celeste y blanco con un dibujo en el centro, también parecía ser una mezcla de antigüedad y modernismo, tanto en sus torres agrietadas como sus tejados nuevos. Pero lo que dejó sin aliento a Brianna, fue el paisaje que rodeaba todo aquello. El verde se extendía tanto y tan lejos, que parecía hacerse uno con el cielo más azul que ella nunca vio. El aire soplaba con fuerza, mas era tan limpio que daba la sensación de que si se respiraba profundo, podías purificar hasta el alma. El sol brillaba con demasiada intensidad sobre sus pieles y Brianna se sentía como si estuviese en un lugar de fantasía; es que cuando sus ojos se posaban en aquel marco compuesto por montañas, colinas, riscos y vegetación, veía una perfección que hasta entonces solo contempló en pinturas.

Cuando llegaron, les esperaba, además de un clima de verano muy agradable, una enorme cantidad de personas. Decenas de niños, hombres y mujeres, salían de las construcciones de adobe y madera, gritaban y agitaban las manos en señal de bienvenida hacia el duque y toda su comitiva. Sus ropas no eran finas, pero sí muy limpias y pulcras. Eran muchas las cabezas con cabello color fuego que ella pudo vislumbrar.

Brianna se puso muy nerviosa cuando el duque, quien insistió en hacer la última parte del trayecto a caballo, desmontó y la ayudó a descender del carruaje.

Junto a dos grandes puertas de madera labrada, hierro y marcos de oro, estaban dos hombres y dos mujeres. Uno de ellos, el que estaba en medio, tenía cabello oscuro y era muy alto, aunque no tan ancho como su prometido. Su rostro era de rasgos fuertes y muy varoniles. Sus ojos azules, además de severos y serios, examinaban todo. Junto a él, había una dama delgada vestida de verde esmeralda, que ocultaba su cabello claro bajo un velo. Era increíblemente bella, con una piel tan blanca que parecía transparente y unos ojos celestes rasgados de expresión profunda. El otro hombre, que coincidía en la vestimenta de pantalones chaleco y camisa, también tenía el cabello oscuro, aunque no tanto como el que era de edad mayor. Él era más bajo y esbelto. Su cara se asemejaba más a la del duque, incluso en la gran sonrisa que esbozaba. Sin embargo, su gesto era pícaro; tenía un aire encantador. Él se separó de los demás y corrió hacia el duque para fundirse en un abrazo fuerte. Mientras tanto, Brianna miró a la mujer que los veía con sus orbes azules inundados en lágrimas. Su belleza era exquisita. Su cabello muy rubio y largo no llevaba velo, y

tenía un rostro delicado y perfecto. Era también alta, no como la castaña, que ostentaba medida promedio.

—¡Bràthair!^[7] —exclamó con emoción Alexander y apretó a Keith haciéndole emitir un quejido. El mocoso creció durante aquellos cinco años, ya era todo un hombre que debía hacer estragos entre las muchachas de la aldea, pues era casi tan alto como él a sus veinticinco años y demasiado atractivo para su bien.

—*Cuir fàilte air, bràthair*^[8] —le correspondió el castaño, se fijó en Brianna, que se sentía como un bicho raro entre tanta gente hermosa—. *Tha' a chaileag bóidheach*^[9]. —La miró con detenimiento y alzó las cejas varias veces.

—*A tha an, taigh seo*^[10] —gruñó Alex, dio un golpe en la cabeza a Keith y luego envolvió la cintura de su prometida con un brazo para acercarla a su cuerpo, le sonrió dándose cuenta que la muchacha no captó una palabra de lo que decían y la instó a subir la escalinata hacia el resto de su familia.

Después de repetirse los abrazos, el duque la acercó, tomado de la mano, y con evidente felicidad y orgullo dijo:

—Brianna, te presento a mi hermano mayor, Connor MacFire, conde de Lennin y jefe de nuestra familia. Ella es su esposa Lady Harriet MacFire. Por último, esta jovencita es mi hermana pequeña, Moira MacFire.

A continuación, ella fue besada y abrazada. Cuando la dejaron libre, el jefe del clan comentó dedicándole un vistazo curioso a su cabello que le habían recogido en un moño flojo:

—*Cha coltach soasechse*^[11].

—*Tha màthair a ban-Eireannach*^[12] —respondió el duque sonriendo de costado.

El mayor la miró con aprobación y dándole una palmada a su hermano, respondió:

—*'S toigh*^[13].

Alexander soltó una carcajada y la llevó hacia la fila de empleados que le esperaba, quienes sonreían también y no llevaban ninguna especie de uniforme. Solo vestimentas similares a las de la familia, pero más toscas. Había una mujer mayor, muy delgada y con el cabello repleto de canas, quien al ver a Alexander se abrazó a él con fuerza y sollozó unas palabras en escocés, pero con un obvio deje inglés, que dieron a entender a Brianna que ella era de su tierra.

—Y esta señora tan ardiente es mi nana, Agatha —bromeó el duque y la anciana le golpeó el hombro, al tiempo que le dirigía una mirada dulce y la saludaba con una inclinación que Brianna correspondió.

Decir que sus padres y el resto de nobles estaban maravillados, era poco. Además de sentirse muy bienvenidos, se sentían encantados con los habitantes de aquel lugar y con su cultura tan diferente a la rígida sociedad inglesa en la que vivían. Nada había resultado ser como ella imaginaba. Para empezar, los hombres no llevaban aquel sugestivo kilt, sino que vestían muy parecido a ellos, aunque más sencillo. Las mujeres sí se acicalaban con mucha menos pompa. Usaban vestidos de géneros como la seda, la lana, tafetán, pero sin los rígidos corsés y con mucho menos tela. Los colores, apliques y bordados, eran absolutamente preciosos y hechos a mano por ellas mismas. El accesorio que más usaban eran los cinturones de tela y cuero; en el caso de las mujeres casadas, se sujetaba el cabello con velos que tenían joyas para las ocasiones especiales.

Con respecto al Castillo, se notaba que no estaba en su esplendor. No obstante, también era notoria los trabajos de restauración y refacción que se estaban llevando a cabo, que seguramente era para lo que se usaba el dinero que el duque les enviaba. El lugar por dentro no era frío ni oscuro como ella imaginaba, sino que los paneles de madera no permitían que el aire se filtre por entre las paredes de piedra. Había mucha iluminación, arañas, lámparas de gas, grandes

ventanales cubiertas con exquisitas cortinas color borgoña que dejaban durante el día entrar mucha luz y sol. Cuadros, alfombras y grandes muebles de madera pesada bellamente labrados. Sillones con tapizado color gris oscuro y muchos almohadones de seda borgoña con tiras gris en los extremos, los cuales tenían bordado el escudo del clan MacFire. Era una rosa de tallo largo enroscada en una gran espada. La empuñadura estaba cubierta por una llama encendida. Debajo había unas letras inscritas en escocés: *Bluid fae ma bluid, craiceann fea me craiceann*^[14].

El resto de la semana estuvieron plagados de actividades, paseos, cabalgatas, fueron hasta el pueblo más cercano y recorrieron las ferias que allí había. Todos colaboraron en la decoración del gran salón, en donde se celebraría el banquete de bodas al día siguiente. Brianna no podía estar más contenta, a pesar de que le hubiese gustado que estuviesen el resto de sus amigos presentes. Sin embargo, resultó imposible, pues Clara tenía su embarazo demasiado avanzado como para arriesgarse a hacer un viaje tan largo; Mary Anne no podía acompañarlos tampoco por su condición de soltera. Por parte del conde de Luxe, él se despidió sumándose a los deseos de felicidad y felicitaciones, pero comentó que debía ocuparse de un asunto muy importante, no estaría si quiera en Londres las pocas semanas que le restaban a la temporada. Richard y Meredith también se habían quedado, pues Tom y Tim contrajeron un catarro y tuvieron que guardar cama, muy molestos y frustrados por perderse el viaje.

La noche anterior a la boda, Brianna y el resto cenaban, cuando un gran número de hombres encabezados por los dos hermanos del duque, irrumpieron en el salón, se acercaron a Alexander y lo arrancaron de su silla, para salir con él a la rastra forcejeando para liberarse.

—¿Que está sucediendo? —preguntó un poco alarmada. Se inclinó un poco hacia la hermana del duque que se hallaba sentada junto a ella, aplaudiendo como todos los lugareños al ruidoso grupo que ya salía por las grandes puertas. El conde de Vander cerraba la marcha acompañado de Keith y a pesar de tener modales tan finos, en pocos días se convirtió en uno más del grupo. Aunque no se cansaban de jugarle bromas al rubio, con las que la mayoría de las veces terminaba chillando o huyendo en busca de su esposa.

—No te preocupes. Solo es el Blackening —le aclaró, se hizo oír por encima de los de gritos y risas. Ella, al igual que todos los hermanos, hablaban un perfecto inglés, aunque con mucho acento. Su madre les había enseñado y después siguieron ejercitando lo aprendido con su nana, quien fue la doncella inglesa de la fallecida condesa.

En un principio, Brianna creyó que no lo hacían, pues en todo momento usaban el escocés para comunicarse aun en presencia de los invitados. Luego Alexander le aclaró que ellos lo preferían así, aunque si se dirigían a ella, lo harían en inglés. Mientras tanto, él podía traducirle la mayoría de las cosas.

—¿Y eso es peligroso? Él no parecía querer participar —inquirió más confundida.

—Oh, nadie lo quiere —rio la rubia—. Es una antigua tradición. Los amigos del novio deben atraparlo, desnudarlo de cintura para arriba y luego de ensuciarlo, pasearle por todo el pueblo. Después lo dejarán atado afuera. Pero no te preocupes, primero lo emborracharán, no sentirá los golpes ocasionales ni el frío —explicó con naturalidad.

Brianna abrió los ojos como platos y se ahogó con la bebida.

—La tradición no es pa-para la novia también, ¿no? —tartamudeó, horrorizada, limpiándose con una servilleta.

—En algunas partes de Escocia, sí. —Cabeceó Moira, pero al ver que su cuñada empalidecía, se carcajeó y se apresuró a aclarar—: Aquí no. Las mujeres solo nos sentamos a tomar té y comemos bollitos. Un aburrimiento —agregó al final rodando lo ojos y más animada, añadió—: Ah y te tocará abrir los regalos, esa parte es divertida. Prácticamente todas las mujeres de la

aldea dejaron presentes, algunos son muy pícaros.

Brianna respiró aliviada, les explicó aquello a su madre y a las dos mujeres mayores. Quienes reaccionaron igual de impresionadas que ella. Abby esbozó una sonrisa divertida y empujó su copa hasta el fondo. Su padre no parecía muy afectado como hubiese pensado, sino que se veía bastante alegre, mientras conversaba con un conde que era el padre de la anfitriona y esposa de Connor. Esto seguro se debía que, a diferencia de ellos, los escoceses no rebajaban la bebida, sino que la cerveza y el vino se degustaban tal y como era, tanto para mujeres como para hombres. Moira respondió a algo que le preguntaba Marion y pidió a una de las doncellas del castillo con una seña que trajese otra jarra de cerveza. Ella solo hizo una mueca y dejó su copa en la mesa. A este paso, mañana amanecerían todos borrachos.

Después de colocarle un velo hecho de seda y tul, la sentaron en la zona del enorme salón donde estaba la chimenea apagada. Procedieron a hacer el ritual del té y los regalos. Brianna pasó unas horas muy agradables. Su corazón se emocionó demasiado ante todas aquellas muestras de cariño que estaba recibiendo.

Entrada la noche, despertó sobresaltada. En un primer momento creyó que era por la algarabía que aún se oía fuera cuando ella decidió retirarse. Los hombres habían atado al duque a un gran poste en la puerta del Castillo, se habían dedicado a beber y cantar canciones de borrachos, mas el sonido se volvió a sentir y cuando ella se sentó en la cama, extrañada, cayó en cuenta de que provenía de la pared. En un primer momento se asustó y cuando volvió a escuchar el retumbar, se levantó, tomó su bata, pensó en salir corriendo y buscar ayuda. Entonces oyó claramente una voz y decía su nombre. Jadeando sorprendida, corrió hacia la pared y pegó la oreja.

—¡Brianna! Soy yo —decía y reconoció al duque—. Presiona la pared en la piedra que está justo en el centro y que tiene pintado el escudo del clan. —Le oyó decir con la voz amortiguada por el muro.

De inmediato obedeció. Se escuchó un chasquido y luego una parte de la pared se separó hacia afuera, provocó que ella gritara y retrocediera llevándose las manos al pecho. Por el espacio que se formó, salió Alexander y se plantó en el cuarto, viéndole de arriba a abajo con mueca traviesa.

—Si que tienes sueño pesado, muchacha. Llevo varios minutos llamando —comentó con la vista fija en el escote que dejaba la apretada tela de seda del camisón que le obsequiaron.

Ella no respondió, solo pudo quedarse prendada de la imagen que componía el hombre con la camisa desabrochada y el cabello suelto, alborotado y húmedo. Él sea veía muy distinto. Parecía más relajado, contento, libre e indómito. Y le quitaba el aliento.

—Sabes que me muero por besarte y por tomarte —gimió el duque con tono ronco y sus pupilas encendidas recorriéndola de pies a cabeza—, pero ya que soportamos hasta aquí, sería un desperdicio no aguardar una noche más. —Brianna asintió menos convencida de lo que debía, él rio y agregó con un ronroneo—: Mejor deja de mirarme así, muchacha, y cúbrete, de lo contrario, no respondo de mí. Que sepas que cuando empiece, no me detendré por varias lunas y no creo que te haga gracia faltar a tu propia boda.

Brianna contuvo el aliento y sonrojada, se colocó la bata y ajustó bien el lazo.

—¿Es una especie de pasadizo secreto? —preguntó una vez estuvo en relativa seguridad, observó de nuevo al hombre y notó que estaba cubierto de varias sustancias desconocidas, también cayó en cuenta de que su sonrisa no era del todo sobria.

—Sí, hay más distribuidos en el Castillo. Fueron hechas para usarlas como vía de escape en caso de asedio o ataque. Yo la usé para llegar hasta aquí sin que alguno de mis primos pudiera interceptarme cuando logré desatarme —explicó con bastante dificultad en el habla y un leve tambaleo—. No te preocupes, lo intentaron, pero no lograron dejarme como una cuba. En esta

semana mi paladar volvió a acostumbrarse al buen Whisky —le aclaró y adivinó sus pensamientos—. Aunque no me salvé del baño de melaza, carbonilla y harina —refunfuñó señalando su cabeza que, además de blanca en varias partes, tenía algunas plumas pegadas—. Vine porque deseaba darte algo, que espero si es de tu agrado, puedas lucir mañana.

Ella asintió, intrigada, y le observó sacar de su bolsillo una bolsa pequeña de terciopelo. Abrirla, luego acercarse y tomar una de sus manos que, al sentir la suya, le provocó un estremecimiento placentero. El duque depositó un objeto mediano en su palma y se alejó un poco. Brianna bajó la vista, se quedó paralizada y conmovida. Era un broche de plata que tenía grabado dos corazones enlazados.

—Es un luckenbooth, algo que un caballero entrega a su prometida como muestra de amor. Sé que tienes ya el anillo de plata, pero quería darte esto y de paso cumplir con esta tradición. Le hice añadir nuestras iniciales en cada corazón para, no sé... hacerlo más nuestro —susurró él con tono levemente nervioso—. Sino te gusta...

—¡No me gusta, simplemente me encanta! —lo silenció ella con una brillante sonrisa y él pareció relajarse—. Es lo más bello que he visto. Gracias, Alexander —suspiró feliz.

—Ven y demuestra tu gratitud como tiene que ser, muchacha —gruñó él viéndola complacido y tiró de ella para besarla ardorosamente.

El día de la boda amaneció soleado y con un precioso arcoíris decorando el cielo, pues por la noche se desató una fuerte llovizna. Algo que la madre de Harriet, la señora del castillo y esposa de Connor, comentó era señal de que la buena fortuna los acompañaría.

Luego de que ella se hubiese bañado, perfumado y peinado con un recogido flojo que dejaba sus rizos estirados, corona en su frente, le pusieron una tiara de tul, un poco de maquillaje en labios y mejillas; todas las mujeres le ayudaron a colocarse el vestido de cintura ajustada, falda amplia de tafetán y algodón color rosa viejo, a juego con los guantes. En la cintura se colocó el broche que Alex le obsequió. Y a la espalda del vestido le colocaron un gran velo de organza que tenía bordados los colores del tartán del clan MacFire. Para completar, se puso un fino collar de perlas enlazado con piedras preciosas y unas pequeñas argollas de perlas en las orejas.

—Hija... estás... bellísima —lloró su madre.

Todas asintieron en conformidad.

—Si Clara y Mary Anne pudiesen verte, estallarían en exclamaciones —acotó Abby con ojos llorosos—. Estás muy bonita. Eres la novia más bonita que vi, de hecho.

—Gracias, por tanto, Abby —le susurró Brianna apretando su mano.

Se sentía desbordante de felicidad y sí, tan hermosa como todas decían.

Siguiendo la tradición, todos los habitantes de la aldea los acompañaron caminando hasta la iglesia a ritmo de las gaitas. Su padre tuvo que tirar un puñado de monedas como señal que la unión sería próspera.

El novio partió hacia la iglesia junto al conde de Vander y su hermano menor.

Ella caminó por detrás de Abigail y Moira, que eran parte de su cortejo, y vestían con un atuendo similar al de Brianna, algo que se hacía para confundir los malos espíritus y proteger a la novia.

Cuando estuvieron a la puerta de la iglesia, Brianna se encaminó hacia donde Alexander le esperaba. Se quedó sin aire al verle vestido con su kilt con los colores MacFire, igual al resto de los hombres que también lo llevaban. No pudo dejar de mirarlo, porque nadie lo lucía como el

duque. Su cabello color oro refulgía sujeto prolijamente a su nuca. Se veía arrebatador, hermoso y masculino. Él también la miraba extasiado y con sus pupilas azules irradiando fuego puro.

Una vez estuvieron frente a frente, el duque tomó una de sus manos con delicadeza, pero firmeza, tragó saliva y con voz ronca, pronunció:

—Tusa Bluid fae ma bluid, tusa craiceann fea me craiceann. Thu gèill ma corp, air chor's gu bi neach. Thu gèill ma anam, air chor's gu bi taigh leib airson sìorraidheachd.

Brianna contuvo el llanto, posó su mano libre sobre la de Alexander y él la cubrió con su derecha. Con el corazón agitado y los ojos anegados, repitió:

—Eres sangre de mi sangre, eres carne de mi carne. Te entrego mi cuerpo para que seamos uno. Te entrego mi alma para que sea tuya por la eternidad.

Las lágrimas mojaron las mejillas de Brianna. Alexander bajó su cabeza, besó cada una de sus mejillas. Selló su unión besando sus labios con pasión y deseo desbordante.

Los aplausos resonaron al tiempo que la música de las gaitas se reanudaba. El sacerdote les guio al interior de la iglesia y una vez estuvieron en el altar, acompañados de su cortejo y todos los asistentes sentados, inició la ceremonia esta vez en latín. Cuando el hombre pelirrojo les hizo una seña, volvieron a mirarse y Alexander, esbozando una amplia sonrisa, dijo en inglés:

—Yo, Alexander MacFire, te tomo, Brianna Colleman, para ser mi esposa, para tener y sostener desde este día en adelante, para bien, para mal, para más rico, para más pobre, en enfermedad y en salud. Para amar y atesorar hasta que la muerte nos separe.

El anillo de oro y plata engarzado con un pequeño rubí, se deslizó junto al de compromiso en su dedo anular. Brianna soltó el aire, conmovida, y elevó nuevamente los ojos hacia él, deslizó a su vez un gran anillo de oro con un rubí en su dedo, y repitió:

—Yo, Brianna Colleman, te tomo, Alexander MacFire, para ser mi esposo, para tener y cuidar desde este día en adelante, para bien, para mal, para más rica, para más pobre, en enfermedad y en salud. Para amar y atesorar hasta que la muerte nos separe.

A continuación, el sacerdote tomó un plato con trece monedas de plata y las dejó caer en las manos del duque. Él las pasó a las manos de ella, Brianna se las devolvió a Alexander, quien las depositó en el plato que aun sostenía el clérigo. Esto en señal de una doble promesa: el novio proporcionaría riqueza a la novia; ella la compartiría y haría buen uso de ella. Una vez hecho esto, el religioso tomó por las asas una gran copa de bronce y plata, llamada Quaich, la cual simbolizaba la unión entre los dos clanes o familias. Les dio de beber. Elevó una oración en latín. Así quedaron unidos en matrimonio.

A la salida de la iglesia, la gente armó gran algarabía. Un niño se acercó y entregó a Brianna una herradura boca arriba, en señal de buena suerte para su matrimonio.

El banquete de bodas se extendió durante largas horas, en las que disfrutaron de la carne asada, las ensaladas, los panes con nueces y arándanos. Fluyó la cerveza y el vino. Las gaitas no dejaron de sonar, las parejas danzaban golpeando pies y palmas. Cuando Alexander se puso en pie y le ofreció la mano, ella la aceptó sonriente y se levantó.

Una de los sirvientes le dio la Quaich y Alex se la pasó a su hermano mayor, el cual bebió el Whisky y fue pasándose de mano en mano por todo el salón. Luego su esposo la guio hasta el centro del salón, todos los bailarines se movieron hasta formar un gran círculo y juntos iniciaron el último baile. Brianna rio tratando de seguir los movimientos y giros rápidos, mientras Alex la veía con ternura y devoción, divirtiéndose cuando giraba en brazo de cada hombre del círculo.

Cuando la popular canción de Robert Burns llegaba a su fin, el duque la envolvió en sus brazos y con sus ojos encendidos en ardientes deseos, le susurró al oído:

—Ven, esposa. Es hora de que seas mía completamente.

Brianna se estremeció y tal vez envalentonada por la bebida, rebatió:

—Y tú mío, señor esposo.

Le faltó tiempo a Alex para coger en volandas a su mujer y sacarla del salón con los oídos saturados por los gritos y comentarios subidos de tono que los hombres emitieron al descubrirles retirándose antes.

Escuchó gemir avergonzada la muchacha, que había escondido el rostro en su pecho, pero estaba demasiado ansioso como para seguir esperando.

Sus aposentos habían sido preparados para la ocasión con flores y algunas velas atenuando la luz del atardecer que se filtraba por las cortinas cerradas. Con cuidado depositó a la joven en el piso de piedra alfombrado, se alejó tratando de darle un momento. Ella pasó la vista por la estancia, se detuvo en la enorme cama de sábanas doradas. Junto al colchón había una jarra de vino y dos copas.

—¿Te apetece? —preguntó. Pensó que tal vez necesitaba mitigar sus nervios.

Ella negó y simplemente se quedó allí, lo miraba con fijeza. Sus ojos verdes parecían dos esmeraldas de tanto que brillaban en ese instante. Ella se mordió el labio inferior y desvió un poco la vista. Alex se olvidó lo de las copas y se acercó con lentitud. Cuando estuvo a su lado, Brianna inspiró con fuerza y regresó la mirada hacia la suya. Su expresión se tornó resuelta y sin mediar palabra, elevó los brazos, los cuales ya no llevaba enguantados, y se quitó una a una las horquillas que sostenían su peinado. Su cabello rojo cayó y cubrió toda su espalda hasta su cintura.

El corazón de Alex se detuvo varios segundos; reanudó un ritmo frenético cuando ella tomó las tiras de su vestido y las bajó despacio, hasta quedar frente a él con su ropa interior de seda y encaje transparente. En aquel momento pudo jurar que su alma se salía de su cuerpo, junto con la última prenda que cubría la creación más exquisita que él tuvo el honor de contemplar. Brianna se ruborizó entera bajo su escrutinio detallado y hambriento. El dio un paso adelante, levantó una mano y acarició su suave piel impregnada de oro, desde su mejilla, su cuello, el valle que dividía sus pechos, hasta su ombligo. Ascendió dejando esta vez que su palma abierta pudiese rozar y abarcar su tersidad.

—*Tha brèaghachd*^[15] —murmuró con reverencia, voz ronca y sin aliento.

Ella cerró sus párpados y se estremeció visiblemente.

Alexander tomó su boca despacio, besó sus labios sin cansancio ni pausa, hasta que con un gemido esta se abrió y él pudo asolar su interior con ímpetu creciente. El pulso de Alex corría como fuego por sus venas al despojarse de su vestimenta y ver a su mujer sonrojarse y estudiarlo con inocente pasión.

El deseo alcanzó límites insoportables con cada caricia que intercambiaron, con cada fracción de piel que la boca de Alexander fue conquistando, hasta derribar todas sus inhibiciones y llevarlos a las puertas del paraíso.

Los miembros femeninos se abrieron para él en señal de entrega absoluta, él se posicionó y tomando su barbilla, le instó a que lo mirase. Lo necesitaba, sería el momento más sagrado de sus vidas.

—Alexander... —suspiró ella con tono febril y anhelante—. Te amo tanto.

Cuando sus carnes se unieron, ambos jadearon.

Brianna se tensó unos segundos en los que él se mantuvo inmóvil, desperdigando besos fervorosos por todo su rostro. Luego pasó su atención a sus pechos hermosos y tan deseables; ella olvidó todo, excepto la magia que estaban creando.

Él se sumergió tan profundo, que sintió que ya nunca más sabría dónde empezaba él y donde

terminaba ella. Llegó tan lejos que juntos alcanzaron el cielo y más allá.

—*Gràdh mo bheatha, tha gaol agam ort*^[16] —gimió él al derramar todo su ser en el suyo. La dueña de su corazón, el ama de su alma, la poseedora de su cuerpo.

Ya en lo profundo de la noche, saciados y dichosos, fue que Brianna comenzó a cerrar los ojos. Alexander, que apenas vislumbraba sus rasgos, pues las velas hacía rato se habían consumido, se inclinó sobre ella y murmuró:

—Antes que te duermas, déjame decirte algo muy importante.

Su esposa se incorporó de su pecho, donde tenía su cabeza recostada y le miró atenta. Él reprimió la risa y con tono ecuánime, comentó:

—Ahora ya sabes lo que llevo debajo del kilt, bonita flor.

Un gemido consternado se oyó.

Una carcajada resonó.

Después... solo un silencio revelador.

Epílogo

Is tusa fuil m 'fhuil, agus cnàmhan mo chnàmhan.
(Eres sangre de mi sangre, y hueso de mis huesos).

Tiempo después...

La brisa suave y cálida despeinaba el cabello alborotado de Brianna quien, recostada sobre la hierba con sus ojos cerrados, se deleitaba bajo los cálidos rayos de sol de aquella tarde de verano. En aquel instante solaz, era cuando lograba sentir que todo estaba bien en su vida y encontraba paz. Ciertamente creía que Dios fue bondadoso con ella y sin merecerlo, recibió mucho más de lo que un día deseó.

El sueño la invadía cuando los gritos rompieron su burbuja de tranquilidad. Con pereza, se incorporó sobre sus codos y luego hizo visera con una de sus manos para observar lo que la perturbó, puesto que cuando estaba allí, prescindía de la rígida moda inglesa, sin nadie para apuntarle y criticar; se olvidaba de las reglas y de los sombreros. Al regreso debía soportar las reacciones horrorizadas de las damas y, sobre todo, de su madre al ver su rostro plagado de pecas y más bronceado.

Aun así, valía la pena cargar con las habladurías solo por estar allí, sintiéndose libre y, ¿por qué no? Atrevida. Además, disfrutando de aquellas vistas privilegiadas que tenía en ese momento. Sus ojos se quedaron prendados en el cuadro que componía el hombre y su compañía que chapuzaba en el lago riendo a carcajadas.

Después de unos minutos, Alexander, quien en ese momento parecía cualquier cosa menos un distinguido par del reino, salió del agua y se dirigió hacia ella al tiempo que sacudía su cabellera larga para escurrir el líquido cristalino, decenas de gotas se deslizaban por sus fuertes hombros y su amplio pecho hasta perderse por la cintura de las calzas ahora ceñidas como un guante a sus caderas estrechas.

—¿Se le ha perdido algo, milady? —dijo con tono socarrón. Sobresaltó a Brianna que se había quedado tan absorta siguiendo la trayectoria de una gota que se perdía por la marcada ingle de su esposo, que no se percató de que él ya estaba a su lado.

—¿Eh? No... no, no... solo... yo estaba pensando en otra cosa —tartamudeó tan ruborizada como su duque podía ponerla.

—En otra cosa. Sí, nunca lo habían dicho mejor —bromeó después de reírse abiertamente.

Brianna frunció el ceño, pero para sus adentros estaba más que divertida. Después de todo, no podían culparla, nadie podría evitar no tener pensamientos pecaminosos cuando se tenía semejante obra de arte enfrente. Era una dama, no una santa.

—Deberían salir del agua, ¿no crees? Se pondrán arrugados de tanto estar ahí —respondió preocupada por la prole que tanto adoraba, mientras Alex se dejaba caer a su lado después de envolver su cintura con uno de los paños que habían traído.

—Dejémoslos un rato más, necesito tener a la madre para mí solo, aunque sea unos minutos —contradijo acercándose lo suficiente como para que toda su piel entrara en calor y su vello comenzara a erizarse.

—Alex... los niños nos...

La boca del duque le impidió finalizar lo que decía y solo un segundo después, Brianna olvidó por completo lo que quiso decir. Su esposo la besó con verdadera hambre, no le dio tregua hasta que ella se desarmó en sus brazos y le devolvió cada embiste de su lengua con igual ardor.

—Los... niños... ya... tienen ocho y nueve años —comentó Alex entre beso y beso, al tiempo que a sus oídos les llegaban las voces de sus hijos, quienes, acostumbrados a las muestras de amor entre sus progenitores, no les prestaban atención—... y la renacuajo menor ya cumplió cinco, estarán bien, Keith los vigilará, tú ven conmigo, esposa.

Dicho esto, y antes de que Brianna pudiese recuperarse de aquel brutal beso, el duque la alzó en vilo y se la llevó hacia el castillo, dejando atrás a su hermano que ya cuidaba al rubio mayor y a los dos pelirrojos menores.

—¿Dónde vamos? —inquirió intrigada cuando ya traspasaban el umbral de la puerta y se adentraban en el castillo, donde acudían cada verano para disfrutar de la compañía de la familia escocesa de su esposo. Alex no respondió, ella quiso insistir, pero cambió de idea cuando Connor, el hermano mayor y jefe de la familia junto a sus hombres, los vieron pasar y comenzaron a vitorear a su esposo; ella se escondió en el cuello de él completamente sonrojada.

—Ya estamos aquí —informó Alex, mientras la depositaba en una silla que tenían apostada bajo la ventana del cuarto que le asignaron.

Brianna lo miró expectante, pues notaba su actitud reservada y misteriosa; estaba realmente confundida.

—¿Qué está sucediendo, Alex...?

Su marido se limitaba a mirarla con fijeza los ojos, tan hondamente que provocaba que las mariposas que nunca abandonaban su vientre, revoloteasen histéricas.

—Nada para alarmarse —la tranquilizó y luego se arrodilló frente a ella, bajó la vista hacia sus manos libres de guantes, aferrando la derecha la giró y depositó un objeto en ellas.

Brianna abrió los ojos, reconoció lo que allí yacía de inmediato.

—Alex... no...—balbuceó impresionada, pero no pudo terminar la frase porque su esposo la silenció colocando un dedo sobre sus labios con delicadeza.

—Shh... déjame que te cuente una historia, ¿lo harás? —Brianna asintió con el pulso acelerado por la expectación y emoción. El duque sonrió, acarició su mejilla y luego fijando la vista en el objeto que puso en su mano, prosiguió—: Este anillo es muy importante en mi familia, antes de mí perteneció a mi madre, y a ella se lo entregó la suya a su vez. Ha pasado de generación en generación; como ya sabes, lo llevo siempre conmigo. Lo que nunca te conté, es que mi madre me lo dio la última vez que la vi con vida, antes de que le arrebataran todo. Cuando me lo entregó lo hizo acompañado de una petición, una que yo tomé como un mandato y un juramento de vida. Ella me encomendó que devolviera el honor a la familia. Sin embargo, que no olvidara el aroma de mi tierra y mis raíces. He pensado que una mujer inglesa como mi madre, debería conservarlo y sobre todo una mujer a la que amo tanto como a ella. Y aquí estoy, honrando a mis antepasados, arrodillado frente a la mujer que le devolvió el honor a mi corazón y a mi vida. Mi madre me dijo que había nacido para brillar, pero hoy sé que nací para compartir mis días con la mujer que iluminó mi alma con el esplendor de su amor. Y hoy, Brianna MacFire, diez años después del momento en que pude hacerte mi esposa, quiero entregarte este anillo como símbolo del cumplimiento de esa promesa hecha a mi madre y de mi eterna devoción hacia ti.

Tras sus palabras, en la habitación solo pudo oírse el eco lejano de los pájaros y el ulular del viento. Mientras ella se llevaba la mano libre a la boca y, conmovida, reprimía un sollozo de auténtica emoción.

—Sé que es grande, pero por eso le he puesto esta cadena de oro, para que lo lleves en tu

pecho. Sé que no tiene un valor excesivo y mucho menos va con la moda de las damas inglesas... ¿Lo aceptarás? —indagó un poco consternado ante su silencio, enseñándole el enorme anillo de oro, el cual tenía un rubí encastrado en el centro.

Ella dejó ir el llanto, que rápido se mezcló con risas y tras chillar emocionada su aceptación, se lanzó a los brazos de su esposo.

—¡Claro que lo acepto! Será un honor llevarlo conmigo, mi amor —exclamó efusivamente y permitió que el duque le colocara el collar, para luego sonrientes pegar sus frentes y mirarse, conmovidos—. Te amo, Alex, casarme contigo fue la mejor decisión que tomé en mi vida. Tú has llenado mis matices de colores, tú eres mi razón de ser y mi todo.

—Me alegra oír esas palabras, bonita flor, porque te amo de tal manera que no concibo existir sin tu presencia a mi lado. Quiero ser todo eso que dices, pero me conformo con ser tu compañero cada mañana y durante el resto de nuestras vidas —murmuró con solemnidad el duque al tiempo que la pegaba a su cuerpo.

—Quiero lo mismo, y por eso tomaré esas palabras como una promesa —advirtió con coquetería Brianna, mientras rozaba los labios de su marido con los suyos.

El duque se dejó hacer y tras gruñir con fiereza, la levantó en sus brazos y a la vez que ella gritaba entre risas, se lanzó sobre la cama, dejándola bajo su poderosa anatomía.

Cuando la tuvo donde quería, se deshizo del paño mojado, aferró el rostro de ella entre sus manos, la miró con ardor e intensidad.

—Entonces, bonita flor, no tienes de qué preocuparte. Estaré contigo hasta mi último suspiro y te amaré aún más allá todavía. Es un juramento.

Brianna asintió y pegó su boca a la de su esposo con ímpetu voraz, deseando más del fuego que ardía en ellos y que los quemaba como una llama que jamás se extinguiría.

No había más que decir, el duque de Fisherton acababa de hacer una promesa y un highlander nunca rompía un juramento.

Era afortunada, pues tendría a su duque escocés hasta el fin de los tiempos.

Avance

El sol se perdía en el horizonte y con este desaparecía el aura de romance que flotó en el aire mientras la pareja que componían los nuevos condes de Lancaster se unían en matrimonio.

Con un suspiro melancólico, Mary Anne se despidió de su amiga, la señorita Brianna Coleman, y acudió al llamado de su carabina, quien ya se estaba despidiendo de los anfitriones.

Solo con acercarse hacia el dueño de la propiedad, el conde de Luxe, quien había cedido la misma para convidar el banquete de boda de los recién casados, el nerviosismo afloró en el interior de Mary, quien tuvo que obligarse a intentar disimular el mismo cuando estuvo frente a él y de su madre, la condesa viuda Loretta Grayson. La condesa se hallaba enfrascada en una conversación sobre piano con la señora Green, además de su carabina, era una admiradora de Loretta, la cual en su juventud había sido una pianista talentosa.

Y esto le dejaba a ella en la incómoda situación de tener que soportar el silencio tenso que se instaló entre su persona y el mencionado anfitrión.

Mary no se atrevía a alzar la vista por miedo a tener que toparse con la mirada reprobadora del conde a quien, en un episodio vergonzoso, acuciada por el consumo de licor, ella trató de amargado, aburrido y gruñón.

Había supuesto que, como el caballero que era, Lord Luxe no haría referencia a su desatinada observación, pero sus esperanzas habían caído en saco roto, ya que nada más llegar, el conde le hizo un velado comentario al respecto. Desde entonces se topó con su escrutinio reprobador durante la ceremonia y celebración. Todo esto le tenía con los nervios de punta y desesperada por escapar de la fastuosa mansión del conde.

No obstante, su carabina no parecía compartir su apuro y continuaba la charla con la madre de Luxe, ambas ajenas a la rigidez de los jóvenes.

Mary carraspeó y decidió que felicitar al caballero por la excelencia de la fiesta sería, además de pertinente, la manera de romper ese silencio que a ella le hacía rechinar los dientes, pues nunca soportó bien cuando las personas mantenían espacios prolongados de mutismo.

—Lord Luxe... —inició con todo el aplomo que logró aparentar, levantó los ojos hacia el alto caballero y quedando enmudecida al comprobar que él estaba viéndola fijamente y no a cualquiera otra cosa, ni con molestia, sino con intensidad. Algo que le hizo atragantarse e intensificar su sonrojo—. Dé-Déjeme felicitarle por su excelente recibimiento, ha sido una velada preciosa.

Luxe asintió con la cabeza en pose regia y no contestó nada a su cumplido.

Incómoda, Mary volvió a carraspear y abrió la boca para probablemente soltar alguna de sus parrafadas interminables y vergonzosas, pero él la interrumpió.

—Me alegra oír eso, milady —dijo en voz alta y tras comprobar que las señoras no les prestaban atención, dio un paso adelante trayendo hacia ella un ramalazo de su masculino aroma y murmuró con inaudita sorna—: Ya ve que hasta el caballero más amargado puede hacer una buena celebración, espero que de ahora en adelante ya no piense en mí como un lord aburrido, sino... todo lo contrario. —Mary contuvo el aliento atrapada en sus orbes verdes que parecían estar traspasándola, Antes de poder reaccionar, le oyó murmurar—: Cierre la boca, milady, o le entrarán moscas. No se preocupe, yo también pensaré en usted y en la manera de no ser ya “Lord amargado”. Buenas tardes.

Y con esas palabras, junto a una venía elegante, él retrocedió, saludó a la señora Green y se marchó; dejó a Mary Anne atónita, enmudecida, revuelta y más enamorada que nunca.

Otras historias de
La hermandad de las feas



Agradecimientos

Gracias a cada persona que formó parte del proceso creativo de esta novela; lectores fieles, a mi equipo de trabajo, correctores, diseñadores y portadistas. Cada una de ustedes tienen, además del merecido mérito, mi gratitud y cariño eterno.

Gracias a mi esposo e hijos que son piedras fundamentales en mi vida y en mi desarrollo profesional, son mucho más que mis caballeros andantes, son mi locura; a mi familia y amigos, que nunca dejan de animarme y creer en mí.

Y, por último, y no menos importante, quiero expresar mi agradecimiento a la única y verdadera fuente de inspiración en mi vida: Jesús.

Si estás leyendo estas líneas, es porque has llegado al final de este trayecto y una vez más eres mi compañero de aventura. Quiero darte gracias por regalarme unas horas de tu vida. No te vayas lejos porque aún quedan muchas aventuras entre mis letras.

Nos leemos en la última entrega de la serie.

Con gran afecto,

Eva.

Biografía

De Córdoba, Argentina. Vive con su esposo y sus dos pequeños hijos. Estudió relaciones públicas, ceremonial y protocolo.

Amante del romance histórico y la lectura. Su pasión es la escritura desde que, a los catorce años, leyó un libro que marcó su vida. El diario de Ana Frank. Comprendió entonces que la lectura, sobre todo, la escritura, sería el refugio y la constante en su diario vivir.

Dios es la fuente de su inspiración y su sostén. Su motivación, su familia y su vocación ponen en letras las voces de su alma.

Finalista del premio *Planeta* con *Una fea encantadora*, y con varias novelas en el mercado. En sus libros se combina el humor, el romance, el misterio y personajes entrañables que, sin duda, enamoran.

Novedades y próximas publicaciones:

Página de Facebook: Eva Benavidez.

Instagram: @Evaabenavidez.

Twitter: @Evaabenavidez.

Índice

[*Sinopsis*](#)

[*Prefacio*](#)

[*Capítulo 1*](#)

[*Capítulo 2*](#)

[*Capítulo 3*](#)

[*Capítulo 4*](#)

[*Capítulo 5*](#)

[*Capítulo 6*](#)

[*Capítulo 7*](#)

[*Capítulo 8*](#)

[*Capítulo 9*](#)

[*Capítulo 10*](#)

[*Capítulo 11*](#)

[*Capítulo 12*](#)

[*Capítulo 13*](#)

[*Capítulo 14*](#)

[*Capítulo 15*](#)

[*Capítulo 16*](#)

[*Capítulo 17*](#)

[*Capítulo 18*](#)

[*Capítulo 19*](#)

[*Capítulo 20*](#)

[*Capítulo 21*](#)

[*Capítulo 22*](#)

[*Capítulo 23*](#)

[*Capítulo 24*](#)

[*Epílogo*](#)

[*Avance*](#)

[*Otras historias de*](#)

[*La hermandad de las feas*](#)

[*Agradecimientos*](#)

[*Biografía*](#)

[1] Mi pequeño duque.

[2] Sangre de mi sangre.

[3] Mamá.

[4] Grito de guerra escocés

[5] 1 Soneto 145 del dramaturgo, poeta y actor William Shakespeare.

Los datos y nombres que se mencionan son verídicos.

[6] Fuego

[7] Hermano.

[8] Bienvenido a casa, hermano.

[9] La chica es bonita

[10] Es mía, no tuya

[11] No parece inglesa

[12] Su madre es irlandesa

[13] Me gusta

[14] Sangre de mi sangre, carne de mi carne.

[15] Eres hermosa.

[16] Amor de mi vida, te quiero.